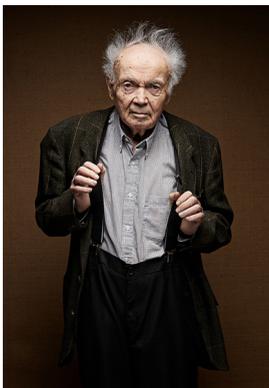


## A propósito de **FRANÇOIS DAGOGNET** (Langres, 1924, Avallon, 2015)



**François Dagognet, filósofo, médico epistemólogo francés.  
Profesor emérito de la Universidad París\***

- Presentación de la bio-bibliografía de François Dagognet, de Luis Alfonso Palau Castaño
- Por una estética del materiólogo, objetólogo y exólogo, Dagognet, Luis Alfonso Palau Castaño
- Ensayo de autojustificación. Dispersión y recentramiento, François Dagognet
- Seguir su camino (edición revisada y aumentada). Un itinerario filosófico, François Dagognet & Patrick Vighetti
- Bioética I, François Dagognet
- Bioética II, François Dagognet
- ¿Cómo plantear bien el problema del aborto?, François Dagognet
- La renuncia a las morales clásicas, François Dagognet
- Trastornos. La procreación artificial, François Dagognet
- Sobre religión, conversación entre François Dagognet y Patrick Vighetti
- Lógica y magia de la máquina, François Dagognet

\* Fotografía de Manuel Braun. En: [http://www.manuelbraun.fr/portraits/#/photos/francois-dagog-net\\_272.jpg](http://www.manuelbraun.fr/portraits/#/photos/francois-dagog-net_272.jpg)

- Objeciones y respuestas dadas por Dagognet a sus colegas, François Dagognet
- Incorporar, François Dagognet
- La diagonal del sabio, Régis Debray
- La imagen, el arte y la sociología, Bruno Péquignot

# Presentación de la bio-bibliografía de François Dagognet

Luis Alfonso Palau Castaño<sup>1</sup>

Nacido en Langres en 1924, en un hogar modesto, cursó su primaria pero no pudo asistir al liceo. Tuvo como mentor y amigo a Bachelard, y se formó como médico en la Estrasburgo de Canguilhem (pasó la agregación en Filosofía en 1949). Hizo el ciclo completo de estudios en la Escuela de Medicina de Dijon, defendiendo finalmente su tesis en Lyon en 1958. Nombrado doctor en Psiquiatría, recibió el primer premio de la Facultad de Medicina de Grange-Blanche en 1957. Ejerciendo en el centro del Prado (Lyón), fue nombrado médico asesor del tribunal de la misma ciudad para la prisión de Saint-Paul. Sus primeros análisis —que constituyeron su tesis de doctorado en Letras— en el área de la objetología, comenzaron con un objeto especialmente privilegiado: el medicamento. La pastilla, la píldora, el comprimido, la droga, es una molécula que viene del exterior y que imita la sustancia interior para ser aceptada por el cuerpo enfermo. Este objeto singular, esta *materia medicans* se inspira en el viviente, lo copia y lo engaña, el afuera y el adentro se intercambian gracias a la mínima diferencia que el medicamento comporta con respecto a su modelo biológico, que lo hace su semejante más que su adversario (farmacodinamia). Los dos términos presentes en la terapéutica, el remedio y el organismo que lo recibe, no dejan de modificarse mutuamente. Dagognet falleció el 3 de octubre de 2015 en la localidad francesa de Avallon, al sureste de París.

Ejerció la medicina al mismo tiempo que enseñaba Filosofía en el liceo Ampère, y luego en la Universidad Lyon III. El propio Dagognet nos confiesa que experimentó una cierta decepción (o un malestar) por su permanencia en el universo de la enfermedad mental. En la neuropsiquiatría llegó a preferir el lado neurológico, buscando protección en su científicidad. Se asistía a un enfrentamiento entre la tradición y una más moderna que favorecía los métodos analíticos y el recurso a las sustancias psicotrópicas. Cesaban la coerción, el electrochoque, incluso el internamiento; se emprendía el tratamiento ambula-

<sup>1</sup> Profesor titular de Historia de la Biología de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Profesor emérito y jubilado de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas. Doctor en Historia y Filosofía de las Ciencias de la Universidad de París I (Sorbona-Panteón). Correo electrónico: [lapalau@une.net.co](mailto:lapalau@une.net.co)

torio, la apertura del asilo, etc.

En muchas de sus obras está presente la interrogación metodológica que le interesa: ¿cómo manejar una cantidad de elementos, de unidades, de obras, de seres como los minerales (cristalografía), los vegetales o los animales, las enfermedades, los productos? Las ciencias experimentales confrontan así el problema mayor de la lógica propiamente dicha: el de la verdadera clasificación. Se apoya en un procedimiento que cree positivo: el de la economía de medios y de la abreviación. Este consiste en registrar y en condensar los datos más significativos, empobrecerlos en apariencia mientras los enriquece (botánica, zoología, nosología). Ante cantidades respetables, esta operación supone una codificación, instrumentos de memoria y de archivo, una administración que se encargue de todo, de ordenar y gestionar (agronomía, administración).

Espíritu acerado en el estudio de la química y de la historia de las técnicas, ha sabido predicar la riqueza creativa de la materia. Preocupado por las superficies y por las materias blandas más que por los sólidos y las sustancias, sus análisis culminan en un elogio del artificio y de los procedimientos de síntesis que crean imágenes y plásticas (imagenología, iconología) en vez de reproducir un pretendido real estable, dado de una vez por todas. Dagognet es un poeta de la demiurgia.

A partir de la generalización de los problemas de la sistemática y de la ciencia morfológica, y luego de interesarse por el destino y la evolución de instituciones como el museo, la ciudad, la fábrica..., Dagognet se ha dejado sorprender por el arte actual y sus signos: la neo-materialidad de los soportes (materiología), la fuerza de una plasturgia.

Su filosofía es pues de segundo grado, dado que los problemas que le competen suponen un desmonte previo de los campos empíricos que denotan. Se trata de problemáticas intensivas, que lo llevan a preocuparse de las cosas mismas, de las pobres cosas tan abandonadas por los filósofos ególogos dedicados al narcisismo lengüeril. Los objetos materializan los esfuerzos de las técnicas, así como el trabajo de quienes los hacen (museografía); sin embargo los filósofos idealizadores se dan el lujo de considerarlos como inertes e insignificantes, despreciando la sociedad laboriosa y toda nuestra historia.

Filósofo amable movido por una curiosidad gozosa, alegre, “materiólogo” de lo nuevo, de lo múltiple. Publicó en 1997 *una Filosofía ecológica: detritos, desechos, lo abyecto*, uno de sus más bellos textos en el que propone una nueva ontología de lo desgarrado, de lo sucio, de lo grasiento, de lo miserable... para quitarles la infamia con la que se los ha cargado; camino filosófico (estética) por el que acompaña a los artistas plásticos que muestran hoy en sus obras lo

que se corrompe, lo precario: papeles usados, envolturas arruinadas, harapos, etc. que inducen a la compasión por lo frágil y lo perecedero.

*Una nueva moral* para nuestro tiempo, en la que Dagognet propone plantear a partir del análisis de las tres instituciones a las que pertenecemos siempre y que nos definen, la familia, el trabajo, la nación, y que muestran que no existe progreso de la moralidad a pesar de que los problemas que se plantean sean siempre diferentes (derecho y biopolítica). Una recopilación de artículos *Saber y poder en medicina* en los que se la piensa en tanto que historia (conceptualizada), en tanto que potencia curativa (remedios, antibióticos, etc.) y en tanto que moral (respeto de las normas comunitarias y defensa del individuo enfermo). Sobre el mismo tema se había manifestado ya nuestro amigo en una larga entrevista que sostuviera en 1996 con Philippe Petit (*Por una filosofía de la enfermedad*).

Sus últimos trabajos proponen una exología ilimitada que nos ancla en un afuera que para nada oculta el adentro. Por este camino defiende “el tener” que acompaña al ser (humano), lo marca y ayuda en su constitución. “Ser” y “tener”, lejos de excluirse, se compenetran y se llaman el uno al otro. Un sujeto no se concibe sin algunas pertenencias a las cuales permanece apegado (hasta la Porciúncula de Francisco de Asís, y el Tonel de Diógenes); por lo demás, una parte de la vida social está dedicada por los unos a arrebatárselos a los otros lo que los singulariza (el atesoramiento inseparable de un empobrecimiento de los que son privados de su riqueza como de sus bienes –economía política)... La rabia de poseedor (y por tanto de desposeer) define una pulsión objetal que rivaliza, por su violencia, con la sexualidad a la que termina por parasitar. No se puede seguir creyendo ni en la realidad de una existencia enteramente amurallada y cortada de sus semejantes, ni en la de conductas de verdadero aislamiento. O mejor: en esto consiste el mal moral...

Casi se nos ha impuesto la idea de que el afuera de una cosa no puede equivaler a la cosa ni informarnos sobre ella, puesto que él no se sitúa en ella sino solamente en su contorno. Se supervaloriza el adentro en detrimento del afuera porque no hemos sido entrenados en la lectura de superficies (traceología), que, sin embargo, se vacían lo más frecuentemente sobre lo de abajo y dependen de él (geodinámica). El aparecer es suficiente para decir el ser que no deja nunca de exhibirse por algún lado; por lo demás, “ocultar es mostrar”, y lo latente está tan presente en lo manifiesto (psicoanálisis) que no hay por qué seguir buscando en lo abisal (geografía, paisajismo).

La exología que se propone debería mostrar la inconsistencia y la falsedad de una interiorización absolutizada; incluso el ermitaño, retirado al desierto no se exime de prácticas o de gestos litúrgicos; medita los textos fundamentales de

su Iglesia o de su religión; con miras a su intensificación solamente interioriza la vida exterior...

## Obras de Dagognet

*Sciences de la vie et de la culture*. París: Hachette, 1953.

*Filosofía biológica*. París: PUF, 1954 [Tr. Luis Alfonso Paláu, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Julio de 1991]

*La Razón y los remedios*. París: PUF, 1964 [Tr. Paláu, Márquez & García]

*G. Bachelard, su vida y su obra*. París: PUF, 1965.

*Métodos y doctrinas en la obra de Pasteur*, París: PUF, 1967 [Tr. Márquez]; reeditado con el título *Pasteur sans la légende*. París: Les empêcheurs de penser en rond, 1994.

*Cuadros y lenguajes de la química*, París: Seuil, 1969 [Tr. Paláu, Universidad Nacional de Colombia, Medellín. Octubre de 1992, en proceso]

*El catálogo de la vida*. París: PUF, 1970 [Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 14, 15 y 16. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, marzo, julio y octubre de 2001]

*Dix peintres Langrois*. 1973.

*Sobre las revoluciones verdes, historia y principios de la agronomía*, París: Hermann, 1973 [Tr. María Cecilia Gómez, Medellín: traducciones historia de la biología números 1, 2 y 3. Octubre de 1997, febrero y abril de 1998].

*Escritura e iconografía*. París: Vrin, 1973 [Tr. M. C. Gómez, Medellín, 2003].

*Por una teoría general de las formas*. París: Vrin, 1975 [Tr. M. C. Gómez, Medellín, 2002].

Edición crítica de las *Leçons de Philosophie Positive* de Auguste Comte, París: Hermann, 1975, en compañía de Serres y de Sinaceur.

"Sobre una cierta unidad del pensamiento de Augusto Comte: ¿ciencia y religión inseparables?", *Revue philosophique* dedicada a Comte, n.º 4 de octubre-diciembre de 1985. Tr. por L. A. Paláu para la revista *Sociología* 20, Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, junio de 1997.

*Una epistemología del espacio concreto, Hacia una neo-geografía*. París: Vrin, 1977 [Tr. Ma. C. Gómez, Medellín: traducciones historia de la biología números 22, 23, 24].

*Memoria para el porvenir, hacia una metodología de la informática*, París: Vrin, 1979 [Tr. Paláu, 2006].

*Caras, superficies, interfaces [Faces, Surfaces, Interfaces]*, París, Vrin, 1982 [Tr. Paláu, 2005].

*Mort du paysage? Philosophie et esthétique du paysage*. París: Vallon, 1982.

*El Número y el lugar*, París: Vrin, 1984 [Tr. Iván Castrillón, completada por Paláu 2012]

*El Museo sin fin* (seminario bajo la dirección de F. Dagognet), Seylles: Champ Vallon, 1984; [Tr. J. C. Aristizábal. 2006].

*Filosofía de la imagen* (1984), Segunda edición aumentada, París: Vrin, 1986 [Tr. Paláu, 2006].

*Rematerializar, Materias y materialismo*. París: Vrin, 1989 [Tr. Paláu, Medellín, última impresión 1999].

“El animal según Condillac”, ensayo-prefacio a la edición facsimilar del *Tratado de los animales* de Condillac, Vrin, 1987 [Tr. Paláu, Medellín, 3.ª reimpr. 2002]

*Etienne-Jules Marey* (1987). París: Hasan.

“El consumo: una cuestión tratada con excesivo apresuramiento”. *Revista de Occidente*. N.º 162. Madrid: noviembre de 1994.

*El viviente*. París: Bordas, 1988 ver más adelante 2003.

*El dominio del viviente*. París: Hachette, 1988 [Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 9, 10, 11 y 12, julio y octubre de 1999, junio y octubre de 2000].

*El elogio del objeto, para una filosofía de la mercancía*, París: Vrin, 1989 [Tr. Paláu, Medellín, última corrección 2002].

*Corps réfléchis* (1990). París: Odile Jacob.

*Naturaleza*, París: Vrin, 1990 [Tr. Paláu, 2006]. *Considérations sur l'idée de nature*. 2.ª ed., Vrin, 2000.

*El cerebro ciudadela*. Le Plessis-Robinson: Laboratorios Delagrangé, 1992 [Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 18 y 19, julio de 2002].

*Por el arte de hoy. Del objeto del arte al arte del objeto*. París: Dis Voir, 1992 [Tr. Ma. C. Gómez, Medellín, última impresión 2002].

*El cuerpo múltiple y uno*, París: Les empêcheurs de penser en rond, 1992 [Tr. Paláu, 2007].

*Filosofía de la propiedad. El tener* (1992). París: PUF. [Tr. Paláu, 2009].

*La piel descubierta* (1993). Le Plessis-Robinson: Delagrangé. [Tr. Paláu, 2009]

*Réflexions sur la mesure* (1993). París: Encre marine.

“Ruta, anti-ruta y meta-ruta” in *Les cahiers de Médiologie 2*.

*La invención de nuestro mundo, La industria: ¿por qué y cómo?* París: Encre Marine, 1994 [Tr. Paláu, Medellín, última revisión 2002].

*Le trouble* (1994). Le Plessis-Robinson: Delagrangue. *El trastorno* [Tr. Paláu, 2011]

*Michel Paysant, Logique et Poétique* (1994). París: Voix Richard Meier et les cahiers des regards.

*Le Dr. Itard entre l'énigme et l'échec (Itard, Victor de L'Aveyron)* (1994). París: Allia

*Por una filosofía de la enfermedad*. París: Textuel, 1996 [Tr. Paláu, *Sociología 24*, Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, junio del 2001].

*Cheminement* (1996). París: Paroles d'Aube. *Suivre son chemin: un itinéraire philosophique*. 2.<sup>a</sup> ed. Entrevista con P. Vighetti. París: la Passe du vent, 2006. Tr. Paláu cuyos 3 primeros capítulo y su conclusión se publican acá *infra*, julio de 2015.

*Los dioses están en la cocina* (1996). Le Plessis-Robinson: Synthélabo [Tr. Paláu, 2006].

*L'Essor technologique et l'idée de progrès* (1997). París: Armand Colin.

*Trois philosophie revisitées: Saint-Simon, Proudhon, Fourier* Olms, 1997.

*Desechos, detritus, lo abyecto; una filosofía ecológica*. Institut Synthélabo pour la progrès de la connaissance, 1997 [Tr. Paláu, Medellín: *traducciones historia de la biología* números 20 y 21].

“Incorporar”. *Los Cuadernos de mediología*. N.º 6: “¿Por qué mediólogos?”. (Tr. Paláu, 2007).

*Georges Canguilhem: Filósofo de la vida*. Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1997 [Tr. Paláu. Medellín: *Traducciones historia de la biología* 25 y 26, noviembre de 2003].

*Una nueva moral: familia, trabajo, nación*; Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour la connaissance, 1998 [Tr. Paláu, mayo de 2009].

*Savoir et pouvoir en médecine* (1998). Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour la connaissance.

*Le pouvoir médical, la mort* (1998). Miguel Benasayag, J. Brunerie-Kauffmann, F. Dagognet.

*Les Outils de la réflexion. Epistemologie* (1999). Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo.

*La Muerte vista de otra manera* (1999) en colaboración con Tobie Nathan. Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo. [Tr. Paláu, mayo 2009].

*Faut-il brûler Regis Debray?* (1999). François Dagognet, Robert Dumas, Robert Damien. París: Champ Vallon.

*Sculptures et philosophies; perspectives philosophiques occidentales sur la sculpture et ...* (1999). París: Argument.

«Matière», «Mesure», «Nature (Système de la)» en D. Lecourt (dir.), *Dictionnaire d'histoire et philosophie des sciences*, 4.<sup>a</sup> ed., 2006. pp. 721-723, 734-736, 782-785.

¿Cómo salvarse de la servidumbre? Justicia, escuela, religión. París: Institut Synthélabo, 2000. [Tr. Paláu, mayo 2009].

*Image, philosophie et médecine; Le corps en regards* (2000). B. M. Dupont, Pieters, F. Dagognet.

*Ethnopsy n.º 1: authenticité de la schizophrénie, les mondes contemporains...* (2000). Tobie Nathan, François Dagognet, Isabelle Stengers. Les empêchers de penser en rond, Synthélabo.

*Considération sur l'idée de nature*. París: Vrin, 2000. Con la 2.<sup>a</sup> ed. aumentada y corregida del texto de G. Canghilhem, «la Cuestión de la ecología».

*Filosofía de un volteo*, París: Encre Marine, 2001 [Tr. Paláu, 2005].

*Epistemologie de la transparence; Sur l'embryologie de A. Von Haller* (2001). A. Cherni, F. Dagognet. París: Vrin.

*L'évolution créatrice d'Henri Bergson; investigations critiques* (2001). Yvettes Conry, François Dagognet. París: Harmattan.

*100 mots pour commencer à philosopher*. París: Les Empêcheurs de penser en rond, 2001. *100 palavras para começar a filosofar*. Lisboa: Teorema, 2002. *Ochenta y tres palabras para comenzar a filosofar* [Tr. Paláu. Medellín, septiembre de 2002-septiembre de 2006. Última corrección: junio de 2009]

*Los grandes filósofos y su filosofía. Una historia movidita y belicosa*. París: Seuil, 2002 [Tr. Paláu, Medellín, septiembre de 2006-marzo de 2010].

*Cambio de perspectiva, el adentro y el afuera*, París: La table ronde, 2002 [Tr. Paláu, 2006].

*Cuestiones prohibidas* (2002). París: Seuil, 2002 [Tr. Paláu, mayo 2009].

*L'échange, premières réflexions* (2002). Breal.

*Cien palabras para comprender el arte contemporáneo*, Le Plessis-Robinson:

Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 2003 [Tr. Gómez & Paláu, 2003-2009].

En el 2003 Bordas le pide a Dagognet que reimpriman el libro *El viviente*, y el autor hace algunas correcciones y añade doce páginas de “Medicina y terapia” y publica *Pensar el viviente, El hombre, ¿amo de la vida?* [Tr. Paláu, junio-julio 2005]

*La subjetividad*, París: Les Empêcheurs de penser en rond / Seuil, 2004 [Tr. Paláu, 2006].

*ABECEDARIO de dispersión de cierta filosofía*. París, 2004. [Tr. Paláu, Medellín, septiembre de 2006-marzo de 2007. Seminario sobre la estética de Dagognet. Instituto de Filosofía. Universidad de Antioquia]

*Entretiens sur l'enseignement de la philosophie*. París: little big man, 2004. Entrevistas con Jean-Luc Muracciole. Tr. Paláu, Medellín, enero de 2012- enero de 2014

*Philosophie a l'usage des réfractaires. Initiation aux concepts* (2004). París: Seuil. *Filosofía para uso de los refractarios. Iniciación a los conceptos* [Tr. Paláu, Medellín, agosto de 2009-abril de 2010]

*Comment faire de la philo* (2004) Empêcheurs de penser en rond.

*Les métaphores du corps* (2004). Christian Salomon, François Dagognet. París: Harmattan.

*Cien palabras para comprender los medicamentos. Cómo os curan*, París: Seuil, 2005 [Tr. Paláu. Enero de 2008].

*Philosophie du transfert*. París: Encre Marin / Michalon, 2006.

*Una introducción a la metafísica* (2006). París: Seuil. [Tr. Paláu, mayo de 2007].

*Adieu à la métaphysique idéaliste* (2006) Empêcheurs de Penser en rond.

*Les noms et les mots*, París: Encre marine, 2008. *Los nombres y las palabras* [trad. Paláu. Medellín, abril de 2011]

*Pour le moins*, París: Encre marine, 2009. *Por lo infimo*. [Tr. Paláu, diciembre del 2011]

*L'argent. Philosophie déroutante de la monnaie*. París: Encre marin, 2011.

*Philosophie du travail*. (En colaboración con sus colegas Jean-Claude Beaune, Gérard Chazal, Robert Damien, Daniel Parrochia). París: les Belles Lettres, agosto de 2013 (Tr. Paláu, Medellín, 28 de diciembre de 2013 / 2 de febrero de 2014).

### **Videos filosóficos de Dagognet**

*L'art*, M-EDITER, 2003

<https://www.youtube.com/watch?v=6t-3FCTCQKI>

*La biologie*, M-EDITER, 2003.

<https://www.youtube.com/watch?v=lbhKLuHvH8k>

*La mort*, M-EDITER, 2003 Ne maudissons pas la mort.

[http://www.youtube.com/watch?v=k8JZa7\\_tbuo](http://www.youtube.com/watch?v=k8JZa7_tbuo)

*Les déchets*, M-EDITER, 2003

*L'interprétation*, M-EDITER, 2003.

<https://www.youtube.com/watch?v=v0jpxm9Inwg>

*Materiologie*, M-EDITER, 2004.

Épistémologie, M-EDITER, 2004.

<http://www.youtube.com/watch?v=MXrtvgyvGZ-M>

*Moral et politique*, M-EDITER, 2004.

[http://www.youtube.com/watch?v=UYAF4\\_6HnSs](http://www.youtube.com/watch?v=UYAF4_6HnSs)

*Le libre savoir de François Dagognet*, UTLS, 2003.

<http://m-editer.izibookstore.com/produit/1/9782915725025>

*ABeCeDario-e de Dagognet*, 2004 con CD.

<http://m-editer.izibookstore.com/produit/26/9782915725377/Lart%20contemporain>

L'image peut-elle tout maîtriser?

<http://www.youtube.com/watch?v=uMCRjlecuoY>

## Obras y artículos sobre François Dagognet

En 1983, G. Canguilhem presidió un coloquio que él mismo había promovido bajo el título: "*Anatomie d'un épistémologue: François Dagognet*" en el que participaron C. Debru, G. Escat, F. Guéry, J. Lambert, Y. Michaud y A.-M. Moulin. París: Vrin, 1984. 129 pp.

En 1996, en Besançon, Robert Damien invitó a R. Debray, F. Courtes, J. Svagelski, J. Gayon, A. Metraux, J. Lambert, J.-F. Braunstein, Ph. Pignarre, J.-P. Cotten, J.-C. Beaune, R. Dumas, Y. Schwartz, B. Péquignot, M. Le Berre, J. Robelin, L. Ucciani, D. Parrochia y B. Bourgeois a hacer un balance de "*Une philosophie à l'oeuvre: François Dagognet, épistémologue, médecin, philosophe*", cuyas ponencias se publicaron en 1998 (Synthélabo, 303 pp.). Tr. Paláu: R. Debray, "la Diagonal del sabio", pp. 27-32; B. Péquignot, "La imagen, el arte y la

sociología”, pp. 197-209; L. Ucciani. “La filosofía del arte como filosofía de la presencia”, pp. 243-256.

El 25 y 26 de junio de 2004, en Dijon, se organizó un coloquio conjunto entre el Centro Gaston Bachelard, el Laboratorio de Anatomía de la Facultad de Medicina y la Asociación para el Desarrollo de la Investigación en Morfología... al que asistieron J.-C. Beaune, Marly Bulcão, G. Chazal, N. Cheynel, R. Damien, S. Delorenzi, R. Dumas, M.-J. Durney-Archeray, J. Gayon, C. Godin, P. Le Floch-Prigent, D. Parrochia, Ph. Pignarre, O. Plaisant, P.-Y. Quiviger, D. Raichvarg, C. Salomon, J. Svagelski, P. Trouilloud, J.-J. Wunenburger, y cuyas actas publicaron G. Chazal & Ch. Salomon, *François Dagognet, médecin et philosophe*. París: Harmattan, 2005.

Badou, Gérard (1998). “Las cóleras de Dagognet”. París: *Le Nouvel Observateur*, # 1736 del 12 al 18 de febrero de 1998, pp. 92-93. traducido por Luis Alfonso Paláu C. in *traducciones historia de la biología n.º 12*, Medellín: Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, octubre de 2000, pp. 52-54.

Maggiori, Robert (febrero 5 de 1998). “Dagognet, el hombre que hace hablar a los guijarros”. Presentación y entrevista con Dagognet a raíz de la aparición de su Filosofía ecológica, traducidas por Luis Alfonso Paláu C., in *traducciones historia de la biología n.º 12*, Medellín: Facultad de ciencias humanas y económicas, octubre de 2000, pp. 42-45 y 48-51.

Daniel Parrochia (dir). *François Dagognet ¿un nuevo enciclopedista?* Seyssel: Champ Vallon, 2011. Gérard Chazal. “Los salones de Dagognet: arte, ciencia y filosofía”, pp. 117-130. Tr. Paláu in *Revista de Extensión Cultural*, n.º 56, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, dic. 2012, pp. 39-50.

Mayet, Laurent (1998). “Lo artificial”. Entrevista aparecida en París, en el # 116 de *Science et avenir* de noviembre de. Traducida por Luis Alfonso Paláu C. in *Ibid.*, pp. 45-48.

Luis Alfonso Paláu C. “La parte y el todo en la biomedicina contemporánea o del “en-sí” al “para-sí” en las obras de Canguilhem & Dagognet”. CD. de ponencias presentadas en el XIV Foro Nacional de Filosofía, Cali, noviembre de 2003.

Luis Alfonso Paláu C. *Lo más profundo es la piel*. Libro en torno a la obra de François Dagognet presentado como parte de los requisitos para ser nombrado profesor titular de la Universidad Nacional de Colombia.

Luis Alfonso Paláu C. “El arte como celebración, la estética de François Dagognet” en el auditorio de Comfenalco, en el MDE07. Medellín, Abril 30 de 2007.

Luis Alfonso Paláu C. “Anotaciones sobre la noción de naturaleza” llevada a cabo en el coloquio sobre Arquitectura Natural de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, agosto 9 de 2006.

Luis Alfonso Paláu C. Conferencias en la Universidad de Brasilia sobre Dagognet como historiador de las ciencias del s. XVIII, y en la Universidad Federal de Río de Janeiro sobre los alcances del pensamiento biomédico de Canguilhem y Dagognet. Nov. de 2004.

Luis Alfonso Paláu C. Lección inaugural del seminario Dagognet: Materiología Objetología y Exología. Universidad Católica Popular de Risaralda. Pereira, 23 de febrero de 2007.

Luis Alfonso Paláu C. “La cuádruple raíz de la noción de naturaleza. Notas sobre derecho, pedagogía, moral y religión de François Dagognet”, auditorio de la Torre de la memoria de la Biblioteca Pública Piloto en el Aula abierta Alberto Restrepo el día 27 de mayo de 2009.

Marly Bulcão. *O gozo do conhecimento e da imaginação*. Río de Janeiro: Mauad X, 2010. L. A. Paláu escribió la cuarta tapa

Daniel Parrochia (dir). *François Dagognet, un nouvel encyclopédiste?* Un encuentro en Langres, tierra natal de Dagognet y de Diderot, en la que presentaron ponencias Jean-Claude Beaune, Gerard Chazal, Robert Damian, Robert Dumas, Christian Godin, Pascal Maire, Daniel Parrochia, Philippe Petit, y el propio F. Dagognet. París: Champ Vallon, 2011.

Carlos Fernando Alvarado Duque. La máquina y la **fábrica: el invento de una nueva naturaleza**. Prolegómeno al pensamiento de Francois Dagognet. <http://es.scribd.com/doc/94058506/La-maquina-y-la-fabrica-Prolegomeno-al-pensamiento-de-Francois-Dagognet#scribd>

Philippe Garnier (enTr.). «François Dagognet: en la escuela de la materia». Tr. Paláu. <http://colombiakritica.blogspot.com/2013/09/francois-dagognet-en-la-escuela-de-la.html>

Existe un video, desafortunadamente no difundido, realizado en 1999 por Cyrille Harpet, que se entrevista con el autor sobre su recorrido y sobre su obra.

Dominique Bernard Faivre. *François Dagognet ou l'apologie de l'art contemporain*. París: L'Harmattan, 2014.

## Por una estética del materiólogo, objetólogo y exólogo, Dagognet

Luis Alfonso Palau Castaño

La obra de François Dagognet se inscribe en la Contemporaneidad, buscando responder a su existencia mutante y a sus transformaciones continuas. Practica unas formas de lectura que corresponden a la existencia de los dispositivos tecnológicos actuales con los que transformamos la materia, instaurando así nuevas relaciones con la naturaleza y entre los hombres, generando nuevas representaciones que emergen en los paisajes urbanos de la artificialización. Punto de vista distinto del pregonado por el romanticismo de la contemplación de la naturaleza, y de aquel del egologismo derivado del acento propio de la subjetividad.

En el nuevo espacio antropológico abierto por el capitalismo, se han llevado a cabo variaciones íntimamente vinculadas a su despliegue en ese horizonte del mundo de las mercancías. Los gestos y los valores giran en torno a la utilidad del objeto para la comodidad y el bienestar de los seres humanos consumidores de bienes y servicios que satisfacen sus “necesidades”, utilitarismo del pensamiento burgués que reduce el universo de los objetos a la gran repartición entre los útiles y los inútiles, y que define el ámbito de lo social solo en términos de lo necesario y de lo innecesario. No vamos hoy a adentrarnos por los senderos luminosos de las teorías del gasto improductivo, de la parte maldita, del *potlach* que estudió Mauss, el erotismo de Bataille, y la crítica de la teoría de necesidades que hizo Baudrillard.

Obviamente que toda esta transformación del mundo luego de la bomba atómica que puso fin a la Segunda Guerra Mundial, que nos instaló en la guerra fría durante otros cuarenta y cinco años... nos llevó a la guerra en caliente actual que estalla en los discursos contra el terrorismo y en las acciones de una economía mundial que no disimula ya las estrategias bélicas de Estados al servicio de las multinacionales del imperio. Desarrollo maquínico-electrónico de esta era de la comunicación posindustrial que acelera el transporte de mercancías, de cuerpos y de símbolos... y que abre el pensamiento a nuevas corrientes que ostentan como denominación neologismos que aquí hemos de calibrar: la dromología (ciencia de la velocidad) de Paul Virilio, la teratología (ciencia de los monstruos)

de Omar Calabrese, la mediología (ciencia de los medios y de las mediaciones) de Régis Debray, la gramatología (ciencia de la escritura) de Jacques Derrida, la angelología y la parasitología (ciencias de las mensajerías hermesianas y de sus obstáculos) de Michel Serres. Porque Dagognet va a sumar a esta lista una serie de estudios que comenzaremos por enunciar en este nuestro primer sobrevuelo.

## Morfología y sistemática

La morfología es una disciplina importante, dado que el estudio de las formas de los cuerpos nos instruye a veces sobre ellos, mucho más de lo que lo hace la atención prestada a sus contenidos. Pero, además, por esta vía somos llevados a la “sistemática”.

Es fácil reconocer que la ciencia experimental no puede rechazar nada puesto que ella es la racionalidad misma y, por tanto, está abocada a encontrarse con una infinidad de datos. Uno de sus primeros problemas consistirá pues en poner orden en esta inmensidad (la de los elementos o los constituyentes, la de sus combinaciones, la de las tierras y la de las piedras, la de las hierbas y la de los árboles, la de los animales, la de las herramientas y la de las máquinas, la de los materiales complejos y de los procedimientos, inclusive la de las poblaciones). De aquí nace esta disciplina transversal que llamamos la *sistemática*, que trata de descubrir una lógica susceptible de asumir una tal cantidad. Dagognet declara que la obra histórica que le dedicó a la invención de las ciencias del viviente en la época clásica, *el Catálogo de la vida*, forma con los *Cuadros y lenguajes de la química*, y el *Número y el lugar* la tripleta de obras que encara los problemas que constituyen el núcleo fuerte de sus preocupaciones en el primer período de su producción.

Si “la esencia” de las cosas solo puede ser alcanzada a través de lo interrelacional, y no en sí misma, entonces el conocimiento científico supone un largo trabajo previo de localización en los cuadros clasificatorios, en las valiosas “rejillas” que la ciencia construye para reunirlos todo y sistematizar, de tal manera que el conjunto así estudiado pueda traducirse bajo forma tabular (una inscripción sobre una simple hoja de papel), una concentración que, sin embargo, no entraña ninguna disminución.

Interesa abrirse a la inmensa variedad de tierras, de piedras, de vivientes, en resumen, de empadronar y reconocer la riqueza del mundo, tarea inseparablemente científica y filosófica. Ahora bien, si se logra catalogarla, Dagognet se pregunta: “¿no perdemos el beneficio de esta abundancia?”. Y contesta: “es necesario juzgar precisamente en términos contrarios: solo el “ordenar” permite alcanzar y comprender ese pululamiento. No conviene aturdirse con el número, es necesario “pensarlo”. Por otra parte, la concepción tabular servirá de brújula

con el fin de ampliar aún el inventario y de liberar su parte desconocida. Entre más parece que se disminuye de un lado, más se abre su lista y se entra en lo ilimitado. Las dos operaciones van juntas, la inteligencia y el agrandamiento del universo. Por consiguiente, idejemos de vituperar al aprehensor que trata de captarlo y de ordenarlo!"

De la ciencia de hoy no se puede seguir repitiendo el viejo sonsonete que la acusaba de reduccionista, ni le conviene tampoco el viejo estribillo de que busca la unificación a cualquier precio, o que está encerrada en compartimentos estanco; por el contrario, ella tiene que ver con multiplicidades espectrales cuya amplitud nos ha ayudado a medir.

"Se deben solidarizar las dos cosas, lo real y su inteligencia —afirma nuestro filósofo en su obra *Corps réfléchis*—. Mostraremos que la vida, que no es necesario mistificar ni tomar por una fuerza ciega, se ha contentado con ocupar todas las casillas de un vasto tablero; no ha cesado de aumentar luego su extensión, los multi-fraccionamientos así como las combinaciones que dan nuevas "ramificaciones" (se reemplaza la noción de cuadro por la de árbol). Si es así, el problema de su comprensión inquietará mucho menos puesto que existen reglas estrictas que presiden su funcionamiento como su constitución y su proliferación".

En este dominio, lo que vemos es suficiente para permitirnos captar lo que no vemos por el momento; triunfa ya la visibilidad cuando es metódica y organizada. Testimonia aún a favor de esta disciplina el que la aproximación mórfica conviene tanto a una mejor comprensión de los cuerpos como a la de las construcciones humanas. El mapa geográfico y las particiones religiosas; las amplias divisiones administrativas, el catastro y la gestión, los códigos jurídicos; la trama de las ciudades y sus monumentos; las escuelas de dibujo, el elementalismo gráfico, la ciencia generalizada de los cortes, de las reducciones, de los contornos estrictos son algunos de los más importantes temas referentes a este dominio.

La religión, la ciencia y el arte —tan particularmente grafo-sensibles, tan acordes con el espacio y sus mutaciones— anticipan y anuncian juntas la buena nueva del paso de una morfología a otra. El intelectual, el escultor, el sacerdote y el pintor, el hombre político a veces, y el planificador, todos merecen ser comparados: buscan inventar otras "morfologías", otros recortes y modalidades de enlace. Una sociedad se lee pues en sus monumentos, que justamente exhiben sus voluntades distributivas, sus arquetipos, su propia tópica. No son solamente entrecruzamientos de masas o de volúmenes que se podrían modificar, seccionar o trasladar a cualquier lugar y de cualquier manera. Si las manipulaciones gratuitas y los juegos de superficie expresan claramente lo arbitrario de las puras caligrafías, las artes y las ciencias se consagran y dedican a las

estructuras que resisten, como límites y fronteras, membranas semi-permeables que sobre todo nos envuelven, que solo se mueven muy lentamente, a través de desgarramientos sociales, de desmoronamientos filosóficos o antropológicos, de enfrentamientos religiosos. Solo ellas cuentan y deben mantener nuestra atención: el arte presente a menudo el espacio nuevo, la ciencia lo explora, la religión lo vive y lo excava.

Si, por una parte, la concentración sigue siendo el arma necesaria de la gestión y de la organización, por la otra, e inversamente, los elementos, la multiplicidad de base sufre siempre esta subordinación que la reprime. El conflicto solo puede estallar entre la periferia y su centro. El "cuerpo social", las instituciones, tanto se pierde tanto al escuchar, al satisfacer todas las reivindicaciones incoherentes, incesantes de esas unidades dispersas (la autonomía), como incluso se arruina cuando las desconoce y las aplasta (la burocracia). Percibimos, a través de este desgarramiento espacio-social, una de las fuentes del arte, que glorifica los dos polos de la configuración: o bien la composición focalizada y racional, o bien la fiesta liberadora, una relativa descompresión de los fragmentos. Un poco más tarde, funcionará la oposición entre el eje vertical, necesariamente sinfónico e incluso orgánico, y el eje horizontal, signo evidente del estiramiento y del aislamiento. En resumen, las formas no viven más que del volcán de los antagonismos que ellas reflejan y aumentan. Debemos descubrir, bajo la simple morfología, la dialéctica de la violencia, de los enfrentamientos y de las orientaciones. No se puede ni deducir las figuras (ontología), ni solamente describirlas (*Gestalt*); no son ni ideas, ni hechos, ni tampoco simples desplazamientos que tendrían que ver con un estudio sémico. No nos encerremos demasiado en una morfología cuya movilidad y construcción progresiva no sea percibida. Son interesantes los inventarios morfológicos, pero son aún más necesarias las morfogénesis o las morfogonías. No somos lo que somos, somos lo que devenimos; no cesamos de esculpirnos. Pero lo esencial se deja ver, incluso si no lo vemos o lo vemos mal.

## Topografía y topología

La geomorfología nos ha enseñado a descubrir en las superficies el juego de lo que sutilmente las lima, redondea, quiebra y desplaza. Los fenómenos, si se los sabe reunir y descifrar, nos enseñan sobre las profundidades: el "contenido manifiesto" incluye demasiado al "latente", como para que no sea necesario ir detrás de la pantalla. ¡No existe trasmundo epistemológico! En geología —especie de memoria de los archivos de la Tierra— lo fenoménico o las solas apariencias deben retener, tanto más cuanto que uno siempre solo se encuentra en presencia de superficies, de líneas y de ondas, es decir, de trazos mínimos (la traceología). Dagognet compara así la geología con una ciencia de los signos (las huellas), igual que la patología, que bajo los síntomas discierne también una evolución.

Porque no hemos de olvidar que el evolucionismo, o mejor el transformismo, antes de dedicarse a los vivientes, se ejercita sobre los suelos. El ejercicio del viaje en un navío experimental como el *Beagle*, que atraviesa el Pacífico, ha permitido esta audaz lectura de la superficie. En otros términos, el *Beagle* finalmente remonta más el tiempo que lo que recorre el océano. Y el aparato —en este caso el observatorio que se desplaza— no consiste en agrandar el fenómeno, sino en cinematografiarlo, en entrar en su desplazamiento-desplegamiento. Fue la forma de descubrir lo “latente” en lo manifiesto.

Dagognet sitúa a Darwin ante todo como un naturalista errante, un geomorfólogo que después de haber captado la verdad de *Los arrecifes de coral, su estructura y su distribución* (1842) aplicará inmediatamente sus conclusiones a los seres vivos. Analiza esta victoria —la gran conmoción de la ciencia del siglo XIX— a partir de una relectura del *Origen de las especies*, vinculada con los *Arrecifes de coral*, dado que las dos obras no se separan, sino que por el contrario la segunda generaliza la primera. Se trata de comprender el espíritu científico darwiniano que le saca el cuerpo a lo constante, a lo general y a lo esencial —lo que constituye la tentación cuasi-ontológica— para sensibilizarse con los accidentes, con las diferencias, con los aspectos más ligeros, más visibles, aunque sean los que menos se consideren. Se nos presenta el darwinismo, la captura que él hace de los dramas a través de un juego de variedades y de apariencias, sin la ayuda de ningún instrumento especial, de ninguna disección, ni de ninguna modificación laboriosa. Una consideración del fenómeno como nómeno es decir que “la cosa en sí” se revela en la periferia, e incluso en el espejo de las aguas.

Se redefinen así las ciencias naturales o experimentales, sobre todo la geología y la mineralogía, como ciencias leibnizianas del mínimo fragmento que expresa la totalidad. Así pues, basta con traer polvo de la Luna, por ejemplo, para conocer tanto su naturaleza como su historia. “O más aún, un guijarro tiende a equivaler a la montaña de donde se extrae. La parcela monádica encierra el Mundo entero. Pero, además, nada debe dejarse de lado, lo que hace que las ciencias de la Tierra sean precisamente las ciencias del accidente o del relieve. Nada puede equipararse a las arenas, los guijarros y los acantilados. Los unos y los otros padecen, es decir, registran: no mueren y se mueven imperceptiblemente. Su no-ser permite definir en negativo la energía o la causa que los ha esculpido, deformado, roto y trasladado. Ellos informan tanto por lo que son como por lo que no son o han dejado de ser”. Esta observación la subraya Dagognet a propósito, en razón de su paradoja: la de la memoria alojada en las arenas movedizas o sobre los guijarros, cuando se la considera generalmente como el atributo de la vida. Estrictamente los muertos, por su esqueleto, sus dientes u otras huellas, sirven de marcas cronológicas, pero el animal en tanto que tal, escapa a menudo al tiempo, conoce mutaciones bruscas o se mantiene contra viento y marea; por lo tanto no podría incluir los dramas que se registran sobre o en las rocas.

La piedra se ha vuelto por sí misma el más universal y el más elocuente de los manuscritos. La geología nos ayuda a traducirlo. No abandonemos el suelo, es decir, la inscripción, el hábitat, el paisaje, allí donde se implantan los vivientes, los materiales, los datos, incluso también las sociedades. Se trata, pues, de la aplicación extensiva de este método que con precisión hay que llamar geográfico, aunque incluso sea válido para los textos literarios. Dagognet declara pues la guerra a los que se inquietan por el sentido, que quieren profundizar y siempre interpretar, cuando la verdad es que no hay nada que interpretar.

La biología se ha metamorfoseado el día en que aplicó este método geográfico que acabamos de siluetear, y que Darwin ilustraría y renovarían tan claramente. Pero la sorpresa mayor brindada en este texto es el hallazgo, producto de la elaboración arqueológica del saber del siglo XIX, que permite explicar cómo en el mismo momento, Mendel debía también sacar a la biología de su callejón sin salida. Y para ello recurre exactamente al mismo método de Darwin. Se los debe confundir, asimilar, identificar a los dos. “Un monje en su monasterio, o un viajero en medio de las olas en el *Beagle*, ambos, en situaciones aparentemente antitéticas, no arriesgaban este encarcelamiento por la vida replegada sobre sí misma, la alineación de los laboratorios, de las colecciones o de los hospitales. Uno y otro, perfectamente desenclavados, podían aplicar este *mismo* método exterior, contable y distributivo. Hemos claramente escrito: el mismo. No separamos esos dos genios de la cartografía. Los dos métodos, aparentemente diferentes –el de la herencia y el de la insularidad oceánica— reposan demasiado sobre las mismas bases como para que se pueda circular del uno al otro”.

Hasta el siglo XIX, las ciencias del viviente han descrito, categorizado, clasificado, pero el darwinismo desconstruye como lo hacen las otras ciencias que le son contemporáneas; ninguna disciplina natural escapará a esta aproximación espacial, situacionista y repartitiva: la geología, y con ella la química, la mineralogía, más tarde la medicina y la sociología. Entonces el método de la neo-geografía es el suelo común que ha de propiciar la concordancia Wallace-Darwin. La botánica, la medicina, la sociología, incluso la psiquiatría, se han beneficiado con este método que vigila la sola implantación, el hábitat, que recuenta las situaciones y las distribuciones.

La biología súbitamente se ha “exteriorizado”, definida en función del medio y de las circunstancias, sobre todo, reflejada a través de lo que se consideraba no-esencial o incluso fútil. En lo sucesivo, todo ocurre en la superficie de la Tierra (geografía y geología). No solamente se vuelve importante lo “visible” sino que los acontecimientos más ínfimos conmocionan a los vivientes y deciden por ellos. El medio geográfico orienta y por ende permite concebir al viviente y su evolución; pero, a su vez, este transforma la noción de “entorno”: por una parte, el viviente puebla los lugares, pero sobre todo obliga a que tengamos una nueva

comprensión del espacio, a definirlo ya no morfológica sino dinámicamente, en términos de flujos que pasan o que no pasan, de comunicaciones logradas o impedidas.

Cualquier nuevo espacio de distribución hace que la sociedad se proyecte en él y, de rebote, le favorezca su emergencia y su transformación. En efecto, el espacio tiene un doble papel: el de espejo en el cual una cultura se lee, se revela, pero también el que precipita una evolución. Él reproduce y produce. Espacialidad y psiquismo ya casi no se separan: este profundiza a aquella y allí se resguarda. La figura resulta de esta ósmosis. Las formas concretan fuerzas y las realizan. No dudamos de que parámetros afectivos y racionales (repetición, correspondencias, relaciones diversas, simetría, etc.) facilitan el reconocimiento perceptivo de las líneas, así como contornos más elaborados, monumentales y prestigiosos remiten a antagonismos sociopolíticos, visualizan conflictos de civilización, expresan abiertamente los dramas de la colectividad (por ejemplo, las transformaciones de las actividades, los cambios de clases sociales, el derrumbamiento de culturas, la evolución consecutiva de las costumbres, de las reuniones y de las fiestas, los cismas religiosos, etc.).

“La imagen” de una cosa no la reitera, sino que la renueva o la modifica. En cuanto a los monumentos, a los papeles decisivos, colocados en lugares así privilegiados: las fuentes, los templos, las columnas, los teatros— ¿sobre qué planos edificarlos y según cuáles líneas? Estos son problemas de estructura y de morfología, así como lo son los proyectos-diseños arquitectónicos. El arte es, pero solo es una topografía.

*Escritura e iconografía y Por una teoría general de las formas* son las dos obras que con *Epistemología del espacio concreto, hacia una neo-geografía*, forman el núcleo central de un segundo período en la producción dagognetiana.

Todo ocurre en lo visible, aunque nuestra cultura continúe descalificando la superficie (ella condena lo superficial) y privilegiando los fantasmas (lo que nadie puede verdaderamente observar) o las entidades tenebrosas que solo impresionan en razón de su infabilidad. Bien lo escribía el gran antropólogo:

Está de moda, sin más valor que el de una mera moda, reprochar a los antropólogos el fundir culturas distintas en el molino de nuestras categorías y clasificaciones, y el sacrificar su originalidad distintiva y su carácter inefable, al someterlas a formas mentales específicas de una época y de una civilización. Si con ello se quiere decir que una traducción no es nunca perfecta y que es inevitable que se le escape un resto de sentido, no cabe duda que se está en lo cierto, pero con ello no se hace más que enunciar un mero lugar común, y de los más simples. En cambio, los que pretenden que la experiencia del otro —individual o colectivo— es incomunicable en su

esencia, y que es en absoluto imposible, e inclusive culpable, pretender la elaboración de un lenguaje en el que las experiencias humanas más alejadas en el tiempo y en el espacio se volverían, al menos en parte, mutuamente inteligibles, esos tales, digo, no hacen otra cosa que refugiarse en un nuevo oscurantismo (Lévi-Strauss, 1977).

## Iconografía e imagenología

Uno de los momentos fundadores de las ciencias experimentales es aquél en el cual ellas nos vuelven verdaderamente dueños del universo que nos rodea y nos desbordan, por medio de la iconicidad geométrica y abreviadora, por mediación de una cierta escritura que transpone el mundo, lo proyecta y lo renueva. Contra los defensores de la palabra dicha, deberemos alegar el punto de vista opuesto: la expresión como conquista, la importancia del dibujo y de la representación, en resumen, una defensa de la escritura, la gloria, tanto estética como científica, de la figuración. El libro en peligro ha esculpido nuestra civilización, soportado nuestra filosofía, incluso creado las religiones monoteístas, todas ligadas a las escrituras, al análisis y al comentario de lo que está “trazado”, “depositado”, “archivado”. La escuela misma solo ha sido y era exégesis.

Pero lo impreso sufre actualmente una tempestad tal que sale de ella maltrecho. Y esta revolución cultural golpea tanto a la literatura como a la universidad. Entonces ¿cómo enseñar ciencias? ¿Cómo representar directamente seres complejos, incluso extensos e inasequibles? ¿Cómo visualizar realidades accidentadas, trazar croquis súper-elípticos, no obstante pertinentes (los de una máquina, un edificio, conjuntos)? ¿Cómo una vez más exponer la arquitectura de las piedras, de los árboles, de los animales? La ciencia de los diagramas, de los cortes y de los mapas, en lugar de destronar la frase, la resaltará, servirá para sostenerla. Lejos pues de que el “Cuadro” descarte el texto, es ante todo la escritura la que se nos aparecerá como una valiosa, fundamental “pintura”. La iconografía misma de la ciencia que comienza. Mezclaremos “la ciencia como escritura” y “la escritura como ciencia”. Esta mixtura alfabética del ver y del leer nos parece una de las exigencias de nuestra época, preocupada por la cultura del libro en peligro, de todo lo que circula e informa. Por su parte, la ciencia en general garantiza este acuerdo y trabaja en él. Estos esquemas racionales transforman la multiplicidad en un grupo serial, a su vez explicativo de la intensa variedad. Y los seres se clasifican, se descubren sobre esta curva ordenada, a través de esta topografía de sistema. Mejor, la figuración homotética justificará las propiedades sustanciales más heteróclitas. Se trata pues claramente de un dibujo quintaesenciado y generativo, no el redoblamiento de lo que es, la imagen-espejo, sino un icono paradigmático, “abstracto-concreto”, un cañamazo estrictamente distribucional.

Por su lado, otra vertiente, el arte alcanza abiertamente este campo. La literatura actual apunta cada vez más a lo figural en y a pesar de un lineal que lo ha laminado hasta aquí, o lo espacial en lo temporal de lo sucesivo, a pesar del desgarramiento aparente de las formas. Los unos y los otros —novelistas, pintores, grabadores, escultores— nos encaminan hacia una teoría generalizada de las formas y de las deformaciones, es decir, una dinámica espacial. Por su lado, los experimentadores y los científicos se dedican a ello y realizan su acción. Nos atrevemos pues a confundir “arte y ciencia”, relacionar a todos esos trabajadores de lo “multi-axial” o de lo “proyectivo”, esos escritores de la iconografía. Trataremos de examinar este encuentro, sus implicaciones culturales y sociales.

La imaginología nos ofrece la vista más completa de la realidad; los grafos dicen muchísimo sobre lo que parecen reducir o simplificar. ¿No contiene el mapa de una región más información de la que oculta lo que observamos directamente sobre el terreno? Hemos de examinar esta paradoja, según la cual el plano o el diseño de una cosa la desborda y, por consiguiente, nos aclara muchas cosas suyas.

## **Materiología**

Los primeros gérmenes de espíritu (la acción a distancia lo ilustra) se alojan ya dentro de las sustancias despreciadas. Y por esto no vamos a defender el materialismo (es decir, la doctrina del absoluto de la materia, como antítesis del espíritu, capaz de explicarlo todo), sino la materiología, en el sentido que dejamos de oponer lo material y lo mental, e incluso llegamos a aproximar el uno al otro, en esta ciencia de los materiales. Veamos algunas pruebas a favor de esta casi-similitud:

1. La sustancia material resulta de una combinación, pero no se trata de una unión cualquier de dos cosas, ni una simple mezcla ni una acumulación, ni siquiera de una adición. La fusión obedece a relaciones que fijan las proporciones de unos y de otros. De acá se sigue un conjunto de propiedades como la firmeza, la regularidad, la estabilidad o la permanencia estructural.
2. Para definirlo, la arquitectura de cualquier cuerpo real —y por tanto su forma— cuenta más que la naturaleza de sus unidades o de sus elementos. La prueba está en que podemos sustituir sus constituyentes por semejantes, sin que toquemos la disposición de base: algo esencial que permanece. Conviene, sin embargo, que además del tamaño tengamos en cuenta las cargas eléctricas de estos reemplazos. No deja de ser cierto que estos isomorfos, aunque diferentes, se deslizan dentro de nuestro sólido, se incorporan en él sin perturbarlo (la diadoquia). Una teoría holista o conjuntista explica pues la constitución de este corporal material. Y la forma misma suplanta el fondo.

3. Conocemos muchas sustancias polimorfas; pueden cambiar de aspecto (la heteromorfía). Vemos acá el signo de una materialidad susceptible de diversidad y de variedad (un mismo que no excluye lo otro). No consideremos la materia como monovalente cuando ella trasciende sus unidades y se expresa bajo un aparecer nuevo (la alomorfía).

Concedemos a la materia cualidades que la aproximan efectivamente a lo espiritual: la parte puede exponer el todo (la *pars totalis*), lo que la salva del simple ordenamiento o de la yuxtaposición (la exterioridad, la extensión). Hay que restablecer rápido en ella las polaridades, los intercambios, los enlaces, una dinámica más que una mecánica en el sentido habitual del término. Así asistimos a extraños resultados: sustancias que incluso siendo mixtas no les falta ni la permanencia ni siquiera una especie de configuración que permite su reconocimiento. Los procedimientos de incrustación y de completitud ayudan a comprender una materialidad desbordante; es por esto que esta materia —entre otras proezas— podrá encerrar en sí misma y conservar las menores huellas padecidas (la memoria). También la técnica se apresurará a completar o a agrandar el espectro de la materialidad con los superconductores, los vidrios no silicados, los eutécticos, los polímeros, los biomateriales, etc.

## Objetología

Dagognet nos llevará a privilegiar el objeto aunque a menudo los filósofos lo abandonen o lo rebajen porque quizá no se dan suficiente cuenta de que él se deriva del espíritu y de su ingeniosidad. No solamente el pensamiento ayuda en su fabricación (a través de esbozos y de maquetas) sino que se expresa a través de él. Su descrédito, del que buscamos recuperarlo, se entiende en parte por el sistema social histórico actual en el que se lo produce, como mercancía, que entra en un comercio, al término del cual el comprador es expoliado. Igualmente, el liberalismo sin freno no duda en diseminar la “baratija”, el “gadget” en el mercado.

Una prueba indirecta de lo que afirmamos está en las civilizaciones artesanales que no conocen esta desconfianza; muy por el contrario, al etnólogo le gusta recoger los utensilios culinarios, los instrumentos de música, las armas, las herramientas de esas poblaciones porque a través de ellos reencuentra el alma de esas tribus, sus mentalidades, sus maneras de vivir.

Otra desventaja estriba en que el objeto de ayer estaba concebido sobre todo en función de su uso, lo que lo limitaba; hoy, por el contrario se busca que escape a ese empobrecimiento: se le añadirán dispositivos que permitan otras prestaciones. Así el objeto prosaico se ha transformado, multiplicado, no limitándose ya a una sola función. Es verdad que el objeto de ayer sorprendía por su masividad, instalando así la separación entre él y nosotros (el dualismo). Merece

su nombre: lo que está al frente de nosotros, lo que se opone a nosotros, a la manera de la objeción. Pero el objeto contemporáneo está singularmente modificado; ya reculan los materiales angulosos o rígidos que constituían al antiguo; se imponen los objetos plásticos, los flexibles, los polimorfos, los desmontables, etc. Lo moderno tiende a abolir la distancia entre él y nosotros; incluye en sí dispositivos favorables a una cierta interactividad (desde que entro en la pieza la lámpara se enciende). Una disciplina industrial se impone, la del diseño o la arquitectura de lo doméstico. De acá en adelante la mesa o la silla van a tener formas inesperadas. Cesa el modelo reproducido siempre y por todas partes.

Sin duda lo ignoramos pero la antigua morfología disemina una sorda ideología: la inmutabilidad, un poco de dominación, el triunfo de la verticalidad, el aferramiento a lo tradicional y el sentimiento de que lo antiguo prevalece. El objeto que se creía utilitario e inerte no deja de encender una batalla filosófica.

Entonemos el elogio de algunos objetos ordinarios, interesándonos tanto en su propio funcionamiento como en su aspecto (el diseño). De paso, no podemos dejar de aprobar la audacia de algunos “*designers*” (lo que renuevan la morfología de nuestros aparatos ordinarios) cuando, en lugar de ocultar el “adentro” bajo una carrocería homogénea y reluciente, no dudan en mostrarnos el dispositivo productivo que exponen en una caja de vidrio. Nos comprometen en no separar los dos, el primer plano de la escena productiva y el fondo que lo alimenta. Y el aparato, entregado a la verdad, sale de esto más sugestivo y mágico.

## **Abyectología**

Lo abyecto es lo que inspira el disgusto, suscita la repulsión y por eso mismo, instauro la idea de separación y de alejamiento. El filósofo propone explorar un territorio abandonado: el de los seres descartados en razón de su insignificancia o de su pequeñez a tal punto que terminan por confundirse con lo informe; alejados también a causa de su peligro (contaminación, polución) o abandonados a causa de sus lazos con la descomposición y la muerte (lo podrido, lo fermentado, lo cadavérico). De esta manera podemos ambicionar construir una nueva ontología anti-platónica que llegue incluso hasta señalar, en lo demolido, lo manchado, lo raído, una abundancia real, los signos de una pertenencia a lo que se llama el “ser”. El menor fragmento, la más fina partícula conserva lazos, por tenues que sean, con aquello de lo que se han desprendido; la sensibilidad contemporánea va esta vez hacia las disciplinas que enseñan a examinar o a reconocer esta relación persistente, hasta el polvo que se pega a la suela de nuestros zapatos. El proyecto de una ciencia de las huellas, de los rastros que va dejando todo lo existente (la ciencia de los trazos, la trayectología) se reúne ahora a las tareas llevadas a cabo anteriormente: la hilética o estudio de los diversos materiales y sus prestaciones o sus actuaciones (performance); la materiología en su afán

por rematerializar en medio de un mundo cada vez más idealizante, más angelical, más verbal, más *light*...; la objetología y su persistencia en una ciencia de objetos, de soportes, de las cosas del mundo y de la producción industrial...

Sentimos que su tarea se enfila igualmente sobre la apreciación leibniziana de la riqueza en el más modesto fragmento. Por este camino filosófico, terminaremos por reunirnos con los que consideramos ahora como los mejores compañeros de viaje: los artistas plásticos que se han vuelto hacia lo precario, que han aprendido a renunciar a los sustratos habituales para ponerles atención a los papeles usados, los embalajes ruinosos, los vestidos desgarrados, todo lo que se demuele o se corrompe. Ellos han aprendido y nos han enseñado a escarbar en los muladares, los montones de residuos de hierro y los detritos con el fin de encontrar los materiales de sus obras. Se trata de dar cuenta de la compasión por lo débil y por lo frágil. Y por ende, por las pobres gentes que hacen los trabajos pesados en este planeta.

La rehabilitación de los desechos (la abyectología): todos los grandes artistas actuales han encontrado en ellos lo que habría de permitir su construcción; lo debilitado y lo desquijarado llevan consigo mismos, aunque implícitamente, la historia, por no decir los dramas que los han destruido; el desgaste les añade una dimensión a la vez material y social.

## Filosofía

La filosofía idealista platónico-kantiana se dedica a pensar, no “lo que es” sino el porqué de “lo que es”, o lo que lo ha hecho tal, el proceso trascendental. La filosofía como búsqueda de este fundamento, gracias al cual el saber habría podido forjarse y validarse, termina por dirigirse hacia las estructuras del entendimiento que habrían permitido el conocimiento –pues no se evita señalar entonces un ego constitutivo–. Se termina por instaurar un espíritu que cree encontrar solo en sí mismo lo que funda la renovación. El examen “de las condiciones de posibilidad” se ha elevado tan alto que termina por abandonar el suelo de la verdad en curso, y sus mutaciones; reencuentra permanentemente una “tabla de las categorías” que no logra actualizar.

El kantismo creía ser una “revolución copernicana”, pero nos propuso lo inverso; puso a girar las cosas en torno al pensamiento, situado en el centro y regulando todo el sistema. Actualmente vale la pena explorar una propuesta filosófica de plegamiento del pensamiento a las cosas, en búsqueda de desalojarlo de una posición indebida de excesiva dominancia.

Sabemos, por el contrario, que la idea verdadera no se distingue de sus aplicaciones, solo vive por ellas; la materialidad, en vez de ignorar lo espiritual o anularlo, lo ajuicia y lo sirve; asegura al menos su fecundidad.

Hay que atacar los bastiones de la filosofía clásica: el puro *cogito* (cartesianismo) y su versión positivista, el cerebralismo (el solo cerebro, la caja que contiene todas las facultades); la búsqueda de lo invisible o el descenso a los pretendidos arcanos del Universo, la indagación sobre las profundidades o la inmersión en la vida íntima.

La propuesta filosófica actual encara el yo y la exterioridad, en tanto que lo esencial se desenvuelve en su cruce (la ciencia, la técnica, el arte, los reglamentos jurídicos, las acciones morales y las prácticas religiosas solo se desarrollan en el encuentro entre el pensamiento y sus diversas construcciones o creaciones). Solo somos a través de lo que fabricamos o de lo que edificamos. Somos lo que tenemos hasta el punto que en rigor incluso esculpimos nuestro cuerpo, nos imprimimos sobre él, y por ende, podemos llegar leer en él el ser que se expresa y se expone.

## Exología

Exología ilimitada, exología que, a diferencia de la egología —a la cual se opone frontalmente—, nos hace girar hacia el exterior, por regla general descalificado, desdeñado. El afuera no goza de un estatuto privilegiado; parece que solamente ocultara el adentro; y si lo protege lo aísla sobre todo y nos priva de él.

Cuando una persona se encierra en sí misma y manifiesta una conducta de timidez es porque, sin duda, se prepara para volver al combate que solo ha interrumpido o porque se imagina que a través de su retracción se impondrá a aquellos de los que se aleja, porque son indigentes o groseros; en los dos casos ella continúa creciendo (imaginariamente). No podemos creer ni en la realidad de una existencia enteramente amurallada y cortada de sus semejantes, ni en la de conductas de verdadero aislamiento.

La exología que desea fundar Dagognet debería mostrar la inconsistencia y la falsedad de una interiorización absolutizada.

Pero ¿cuál es la finalidad más o menos explícita de estos análisis? Ante todo luchamos contra lo que nos sugiere el lenguaje y de lo que no podemos desprendernos. Por acá casi se nos ha impuesto la idea de que el afuera de una cosa no puede equivaler a la cosa ni informarnos sobre ella, puesto que él no se sitúa en ella sino solamente en su contorno. De la misma manera que el árbol nos oculta el bosque, asimismo la corteza nos esconde al propio árbol. Siempre parece que el fondo se impone a lo que lo rodea y también lo vela.

Seguimos tres direcciones convergentes presentes en las primeras páginas de libro de Dagognet *Cara, superficie, interface* (1982-2005):

A) Según la primera, en el centro de nuestro estudio, nos apasionamos por una figura eminente, la del hombre, y tratamos incluso de descifrar su rostro

(prosopografía); combatimos la clásica y demasiado chata fisiognomía, pero tratamos también de recuperarla, sobre otras bases y con otros medios. El “cuerpo” no cesa de hablar; buscamos entender su lenguaje (p. 2).

- B) Otro camino paralelo: nos dedicaremos incansablemente a no separar nunca los soportes de las funciones, y, como es más fácil estudiar los sustratos (en este caso el cuerpo y sus diversos segmentos) nos interesaremos en ellos con la esperanza de obtener aquí una información psicológica. En efecto, solidarizamos lo somático y lo mental, que simplemente lo expresa o aún lo aguza (p. 3).
- C) Tercera dirección complementaria, más ambiciosa: intentamos análisis biofísicos que privilegian las solas superficies, excluyendo las profundidades. Quizá se ha considerado en demasía la superficie como una envoltura que protegería, aislaría el adentro; y paralelamente el pensamiento parece atraído por el espejismo del “debajo” (p. 6).

## Monismo

El imán atractivo, la piedra que conserva, se aproximan a la psiquis; ellos impiden, si no el dualismo clásico, el del alma y el cuerpo (que habría de envenenar la filosofía clásica), al menos uno más general, el que separa la memoria de la materia o el espíritu de sus soportes.

Leibniz, con su *Monadología*, nos conduce por este camino del monismo: la materia, aunque la considera como una *mens momentanea*, es definida como un espejo confuso que encierra todo el universo; ella es, además, concebida dinámicamente.

Pero la mayor parte de los filósofos han buscado ampliar la fosa que nosotros queríamos llenar. Los griegos especialmente han alegado en favor de la separación; por tanto nosotros, en vez de predicar un regreso a esos antiguos, debemos liberarnos de su nociva influencia.

El platonismo no ha reservado lugar a la materia en su sistema; la considera como no-esencial y sobre todo peligrosa. Ella está ligada al devenir (por eso la inestabilidad) y a la mezcla (el desorden). Y de la misma manera que es necesario fundir el mineral para sacar de él el metal en su pureza (la ganga solo puede ocultarlo y perderlo, muy particularmente al oro al que deberemos aislar de los otros metales como el cobre, la plata, el diamante, para citar al *Político*, 303d), asimismo nos es necesario abandonar la región de lo sensible a cualquier precio y dirigirnos hacia el modelo ideal y eterno.

El *Timeo* insiste sobre la existencia de esos dos mundos, privilegiando el inmutable, el inteligible, y no el que ha nacido: “Si este mundo es bello y si el

obrero es bueno, es claro que él fije su mirada en el modelo eterno. En caso contrario, lo que incluso no está permitido suponer, habría mirado el modelo que nació. Ahora bien, es absolutamente evidente que el obrero contempló el modelo eterno" (29a). Por consiguiente el filósofo deberá huir del universo de acá abajo, de la misma manera que se le pide que abandone su cuerpo porque la organicidad abriga los instintos de los cuales debemos desprendernos. Y este cuerpo que hay que relegar nos aproxima demasiado de lo sensible, mientras que debemos alcanzar la estancia de lo solo inteligible, único objeto de intelección y reflexión. ¿Por qué? El *Filebo* da la respuesta: "La fijeza, la pureza, la verdad y lo que llamamos la esencia sin mezcla se encuentran en las cosas que están siempre en el mismo estado, sin cambios ni aleaciones, luego en las cosas que más se le aproximan, y todo el resto debe ser considerado como secundario e inferior". La materialidad, que está incluida en ese "resto", tiene que ver con la profusión (la abundancia despreciada) como con la confusión (también inseparable de las amalgamas). El platonismo define una metafísica de la pureza que se refiere a una creación de nuestro mundo.

Salimos en guerra contra la filosofía de la "interiorización ideal"; queremos quebrar o al menos discutir la más antigua de las divisiones, la que opone al pensador, que no se baña en las cosas y que no se arriesga a ser contaminado por ellas (la santuarización protegida o la cléricatura de los especulativos), con el que solamente ejecuta y manipula. El primero se imagina que puede elevarse hasta aquello cuya existencia ni siquiera sospecha el otro, impotente para abandonar la caverna en la cual está encadenado. Esta grieta recorta la que separa el pensamiento del cuerpo (el dualismo tradicional e inveterado), lo puro de lo impuro, lo espiritual de lo material. Nos hemos interesado en "un exterior excepcional", es decir, en nuestro equipamiento sensorial, que con frecuencia la filosofía ha despreciado; ella le imputa los errores que cometemos, pero la corporeidad (no se comprende sino por su periferia) interpreta en función de sí misma. Encontramos una "razón de ser", y por tanto, una legitimidad, en sus pretendidas desviaciones. Los órganos internos, a los que no privilegiamos solo sirven para sostener lo esencial que se juega con "este sentir" que nos alerta sobre el mundo; ponemos aparte el cerebro que registra y que conserva lo que hemos vivido, así como nuestros aprendizajes y los métodos que hemos elaborado, pero ¿vivir no es ante todo sentir? A este respecto, el organismo ha logrado una prodigiosa inversión: en lugar de plegarse sobre el adentro, ha construido en su periferia lo que le permite evaluar lo que se desenvuelve lejos y adelantársele si es necesario.

No hemos descartado ni minimizado la cerebralidad sino que la consideramos inseparable de los "órganos-centinelas" sin los cuales ella misma no podría ejercerse. ¿No es menester contar también con "un sentido interno" (la cenestesia) que se añadiría a los otros cinco, por lo demás todos reagrupados (la cabeza)?

Pero nosotros lo separamos de ellos y no lo incluimos en ese grupo en razón del aspecto vago y errático que lo caracteriza. Se desarrolla sobre todo en el sueño, acompaña lo vegetativo no entra en la llamada “vida de relación”. Para disminuirlo, añadamos también que nos informa mal (no localiza) e irregularmente (una patología puede entonces desarrollarse en el silencio de las vísceras).

Con Dagognet, vamos a abogar por la inseparabilidad de lo cerebral y de lo sensorial; por este hecho caminamos a contra-corriente puesto que le concedemos un lugar preferente a la “sensibilidad”, en las antípodas de la cultura ascética; y no hemos seguido el camino que conduce en demasía a la soberanía y al imperialismo del ego (la egología).

Abandonaremos este punto de vista y todas sus ramificaciones que nos han engañado pero que servían principalmente a un designio socio-político. El angelismo de la conciencia ideal va de la mano con juicios desiguales y deshumanizantes. Le da ventajas a una elite (la intelectual) que termina por perderse al confinarse en su aislamiento.

# Ensayo de autojustificación. Dispersión y recentramiento<sup>1</sup>

François Dagognet

Deliberadamente situados por fuera de las filosofías dominantes, tanto de aquellas que se preocupan por el ser o tratan de reencontrar las puras esencias, veladas por la empiricidad, como de esas que se interrogan sobre la validez de los enunciados, o incluso sobre el supuesto de las solas construcciones sintácticas, como de las que buscan las bases de una interpretación, nosotros evolucionamos en la atipia.

Añadimos nuestras reservas con respecto a una filosofía que le da la mayor importancia a la historia de la disciplina. No queremos negar la importancia de ella, pero tiende demasiado a ocupar ella sola el proscenio y termina por caer en la erudición; en este caso, la filosofía desaparece, ahogada en una marea de citas, de referencias y de recuperaciones.

Nos hemos fijado una triple tarea, o al menos es así como nos justificamos retrospectivamente.

Según la primera –a pesar de su ambición desmesurada– esperamos trabajar en dirección de la totalidad, con el fin de conocer el mundo. Para este efecto, partimos de una repartición bastante discutible, pero que la larga tradición universitaria sugiere, la de las facultades instituidas, las que almacenan el saber y también las prácticas, las cuatro facultades: derecho, ciencias, letras, medicina y farmacia, añadiendo aquí al final, con el fin de no descuidar nada, las escuelas de bellas artes. No evitaremos por este hecho un cierto “estallido”, por no decir la diseminación, pero (además de que ningún filósofo ha escapado a ello) nos preocuparemos, mientras avanzamos, de los recortes y de las confluencias.

Nos consolamos por adelantado puesto que Kant, por ejemplo –el metafísico de las tres célebres *Críticas*, uno de los más sistemáticos– se ha esparcido evocando cuestiones como: “¿envejece la Tierra?” o “la causa de los temblores de tierra” o también la “teoría de los vientos”. ¿Acaso no publica un *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*? ¿No se preocupa él por el problema de las razas

---

<sup>1</sup> François Dagognet, Ensayo de autojustificación. Dispersión y recentramiento. En: ANNALES d'histoire et de philosophie du vivant. Vol. 5. París, 2001, pp. 11-24. Traducción de Luis Alfonso Palau, Medellín, 29 de junio de 2015.

humanas? Entra también en la cuestión candente de la falsificación de libros, así como de “la industria del impreso”. En suma, geografía, geología, vulcanología, imprenta, participan en el conjunto y le confieren un aspecto singularmente variopinto. Y nadie encuentra acá algo reprochable.

Nosotros hemos pues ampliamente buscado en cada una de las instituciones académicas, pero hemos retenido lo que, en ellas, es lo más accesible o lo más propicio a la reflexión filosófica, sin excluir nada de lo esencial.

Para comenzar por la Facultad de Derecho, ¿cómo no consultarla en lo tocante a los “bienes”, a la propiedad –¿en qué fundamento apoyarla?, ¿es ella misma legitimable?–, a la vida privada –la defensa de la persona pero, ¿hasta dónde se puede ir?–, a los derechos del hombre, a la noción de voluntad contratante, sin contar con los otros numerosos problemas que implica “el derecho del trabajo”, la existencia de la familia, el respeto del entorno. Hemos consagrado dos obras, la una a *el Tener*<sup>2</sup> (es decir a una filosofía de la propiedad), la otra a la separación entre lo público y lo privado (*el Trastorno*<sup>3</sup>).

La Facultad de Medicina y de Farmacia ha sido nuestra tierra de elección, tanto más cuanto que después de la Segunda Guerra Mundial ella habría de conocer una verdadera transformación, a la que hemos asistido, incluso si nuestra posición de “filósofo” nos dejaba en los bordes de ese volcán. Sin duda este es aquí el momento de refutar una objeción que viene al espíritu: el filósofo, tal como ya lo entendemos, ¿no es entonces más que un testigo, parecido al periodista que relata la novedad?

Mostraremos posteriormente por qué desconfiamos de la actitud trascendental, honrada entre los filósofos, la que pretende instruir el proceso de la ciencia ante el tribunal de la razón, y que la interroga sobre sus títulos y sus pretensiones. Si es importante investigar “las condiciones de posibilidad de un conocimiento”, nos parece aún más esencial que él mismo se “manifieste” en su propio movimiento, en tanto que el análisis de lo que lo permite comporta claramente riesgos teóricos. ¿Cuáles? Para citarnos a nosotros mismos, notemos esto: mientras que nosotros nos interrogábamos sobre el ver, él continuó transformándose, lo que golpea de relatividad, por no decir de estrechez, la búsqueda de los fundamentos; lo que se ha examinado ha podido modificarse de tal manera que exige ya otras consideraciones. Si la retrogradación hacia las bases puede ayudar a revolucionar estas, igualmente tememos el aprisionamiento en el círculo de aquello sobre lo que se reflexiona. Además y sobre todo, este tipo de análisis conduce a lo peor, en el sentido en que el kantismo, aunque decidido a “legitimar” la ciencia e incluso a captar su *modus operandi*, termina

<sup>2</sup> *Filosofía de la propiedad*. Traducido por Luis Alfonso Paláu C., Medellín, 2007 – junio – agosto de 2009.

<sup>3</sup> Traducido por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio – septiembre de 2011.

por limitarla y retirarle el acceso al *noúmeno* (lo incognoscible); paralelamente triunfa el sujeto, puesto que él impone sus propias estructuras a lo real.

Nosotros no vamos pues en esta dirección, que nos parece conducir a un callejón sin salida, sino más bien en el sentido opuesto. Pero no identifiquemos por esto al filósofo con un simple “testigo”, porque este está acaparado por todo lo que observó; es y solo es un cronista; nosotros le solicitamos al filósofo sacar de la multitud de los datos nuevos “lo que los anima”, o incluso indicar su insuficiencia, para no decir su incompletitud. El epistemólogo supera la simple y sola empiricidad.

¿Y cuál ha sido pues esa revolución que metamorfoseó la medicina así como la farmacia?

- A) Primero la terapéutica conquistó sus títulos de nobleza; pudo contar con los antibióticos, con los psicotropos y con las moléculas capaces de entrar en los metabolismos celulares (la quimioterapia). Salvó a la medicina de su hipocratismo latente, pero tenaz; de caritativa, apaciguadora, expectante incluso, ella se volvió realmente curativa.
- B) Por su lado la fisiología superó el cuadro bernardiano y logró entrar en el santuario de la vitalidad, explorando dos continentes hasta entonces inaccesibles: la cerebralidad y la reproducción.
- C) Finalmente, la imagen médica habría de exponer, y ampliamente rebasar, lo que ya habían permitido los rayos X, el descenso a los abismos del cuerpo, sin pasar por la efracción.

Hemos pues consagrado muchas obras, primero a evocar el papel y los procesos de los biólogos fundadores de esta revolución en curso (entre otros, Claude Bernard, Pasteur & Etienne Marey); hemos tratado de tomar la medida del presente de la actual patología, llegando hasta publicar libros sobre el *Remedio*<sup>4</sup>, sobre *el Cuerpo mismo*<sup>5</sup>, sobre el cerebro<sup>6</sup>, y uno de ellos ha estado incluso consagrado a una especialidad –la dermatología<sup>7</sup>– llamada según nosotros a perder su estatuto de inferioridad, pues es demasiado vecina de la cosmetología.

No estamos pensando ignorar las dificultades con las cuales se tropieza la medicina de hoy; hemos tomado partido en las cuestiones de bioética, hemos también insistido en los callejones sin salida a los que conduce el tecnicismo

<sup>4</sup> *La Razón y los remedios*. París: PUF, 1964 [Tr. Paláu, Márquez & García]

<sup>5</sup> *El cuerpo múltiple y uno*. trad. Luis Alfonso Paláu C. “Tercera lectura de la obra de François Dagognet”. Instituto de filosofía, Universidad de Antioquia. Medellín, febrero de 2007.

<sup>6</sup> *El cerebro ciudadela*. Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 18 y 19, Universidad Nacional de Colombia, julio de 2002.

<sup>7</sup> *La piel descubierta*. Tr. Paláu, Medellín, 2009.

(en *Por una filosofía de la enfermedad*<sup>8</sup>). No somos el cantor de la novedad, creemos discernir todo lo que le falta a estas transformaciones que afectan tanto a la patología como a la terapéutica, mientras que esta medicina comienza a no poder funcionar ya más; el tercero social que paga está sumergido en razón de la medicalización de los problemas, de los que es directamente responsable la sociedad, y por lo que entramos en un círculo del que no podemos salir.

En cuanto a la Facultad de Ciencias, esencialmente la de las disciplinas experimentales, la de la vida y de la Tierra (la química general, la microbiología, la botánica, la geología, la mineralogía, etc.), nos ha parecido una mina para el filósofo, mina que los filósofos de la naturaleza no han sabido explotar (han visto en el mundo más sus sueños que su propia riqueza). Este campo inmenso nos permite encarar o abrir de nuevo cuestiones que hubiéramos podido creer reguladas o superadas.

Por ejemplo, hemos creído poder reactualizar lo que los filósofos recusaban o condenaban, las dificultades así como la importancia de la taxonomía, dominio de la multitud, la de los elementos, la de las sustancias (aunque todas combinadas las unas con las otras), la de los animales, la de las plantas, la de las piedras, etc.

Los más críticos han visto en esta operación partitiva un ejercicio de poderosa dominación; por una parte, el trabajo tabular sustituye al ser vivo por un conjunto de caracteres o signos exteriores que autorizarían su ordenamiento; pero ¿no es ya retirarle su energía, su violencia, al disponerlo en una caja o en medio de un grupo más o menos artificial? ¿No es negarle su irreductibilidad o su singularidad? ¿No debemos reemplazar la ciencia llamada natural por una auténtica biología? Por otra parte ¿no valoriza el científico aquí las rejillas y los encierros? Por ello mismo ¿no favorece los señalamientos o un logos que se ha vuelto policíaco, que luego se aplicará en criminalística, disciplina que se encargará de la “descripción” de las poblaciones, la de los opositores, de los marginados y de los delincuentes?

Pero ¿vamos a prohibir el saber porque él ha hecho posible las desviaciones y las perversidades? Claro que es verdad que también se condenó la física nuclear porque sirvió a la guerra y la bomba atómica. Pero nosotros comprendemos de otra manera la “sistemática”; hemos saludado su aspecto moderno (los bancos de datos) y creativo. El inventario es un trampolín para la invención: herramienta sin igual, ayuda a discernir las eventuales lagunas o los lugares vacíos que habrá que llenar; acerca también a los semejantes (así se constituye una familia en la que todos los miembros poseen obligatoriamente las mismas propiedades) y aleja a los diferentes, a menudo a pesar de algunas apariencias o de un exterior

<sup>8</sup> *Por una filosofía de la enfermedad*. Tr. Paláu, *Sociología* 24, Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, junio del 2001.

engañoso. En todo caso, el vertiginoso número de los casos o de las muestras es sustituido por una “tipología”, por no decir una topografía, que autoriza una comprensión noumenalizante de lo que ha sido situado regularmente.

Entonces será suficiente con que yo aprenda, por medio del índice, a reconocer el grupo al que pertenece tal o cual espécimen para que inmediatamente pueda enumerar las propiedades de ese desconocido. De acá en adelante, no se clasifica lo que se sabe, y por qué se lo sabe, sino que se sabe porque se clasifica.

De acá se siguen al menos dos conclusiones: por una parte, los Jussieu y los de Candolle sacaron la botánica del carril descriptivo, y la han hecho casi deductiva. Que se les presente un vegetal que ellos ignoran; luego de establecer el signo que indica su “lugar”, ellos están informados de ese “ser” y de sus predicados. Ellos descienden a las profundidades de su sustancia; a veces, el filósofo se interroga sobre la posibilidad de un juicio que supera la fenomenidad, aunque se origine en ella; acabamos de exponer uno de esos procedimientos.

Por otra parte, concedamos que lo importante se encuentra en el descubrimiento o, al menos, en la lectura del “signo” que manifiesta los parentescos y fija “el emplazamiento”. Él nos retiene, porque en este caso, el exterior no se separa del interior; el afuera expresa el adentro, teniendo que ver con la misma estructura. Linneo había contado con los órganos reproductores, pero los Jussieu prefirieron “la simiente” o “el grano”, que miniaturiza y esencializa al vegetal, a la manera de un resumen; y cuando falta este, cualquier otro aparato vegetativo –la hoja y la dirección de sus nervaduras– servirá para esta localización topográfica, rica en consecuencias.

Hemos abordado este problema, así como sus peripecias, en muchas obras, *el Catálogo de la vida*<sup>9</sup>, *Cuadros y lenguajes de la química*, pero también en *Memoria para el porvenir*<sup>10</sup> y *el Número y el lugar*<sup>11</sup>. Hemos llegado hasta preocuparnos por la aplicación de este método a los textos (la literatura y las obras arquitectónicas).

¿Pero no caemos en la dispersión? No lo creemos; por esto el segundo eje sobre el cual nos hemos comprometido.

En efecto, en un primer tiempo (en múltiples ocasiones) nos hemos preocupado por las conexiones que se habían tejido entre estos dominios distintos. Pero no por ello somos adeptos de la “interdisciplinariedad” que significa, en

<sup>9</sup> *El catálogo de la vida*. Tr. Paláu, Medellín: traducciones historia de la biología números 14, 15 y 16. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, marzo, julio y octubre de 2001]

<sup>10</sup> *Memoria para el porvenir, hacia una metodología de la informática*, Tr. Paláu, 2006.

<sup>11</sup> Los dos primeros capítulos fueron traducido por Iván Darío Castrillón, con la colaboración de María Cecilia Gómez y el apoyo del seminario permanente de Historia de la Biología, Medellín, abril de 2003. La segunda parte del libro fue traducida por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, enero de 2012 – julio de 2012.

el sistema universitario francés que la puso de moda, que se privilegiarían los cruces entre las teorías. Pero las mezclas no dan nada; un poco de lo uno y un poco de lo otro ilos ahoga a los dos! Esta falsa necesidad oculta, sin embargo, una obligación: la de sensibilizar, pero a partir de una posición o de un punto fijo, a las interferencias.

Para dar un ejemplo ¿cómo la innovación biológica y médica no vendría a socorrer la construcción jurídica? Hoy se ha hecho posible una terapia audaz que cura la esterilidad (la PMA o procreación médica asistida). De ella resulta que las funciones de paternidad y de maternidad quedan enteramente dislocadas: la madre genitora (la que da a luz) puede diferir de la madre biológica (aquella a la que se le extrajo el ovocito), así como de la madre educativa o nutricia (la que adopta al recién nacido y se encargará de él). El antiguo estatuto de la familia, piedra angular del derecho, es maltratado; se requerirán textos y una legislación nueva.

Pero no nos es suficiente con superponer los registros ni con jugar a la confluencia de los saberes institucionales para que podamos acceder a la unidad –la pendiente de la totalidad (nuestro primer eje)–; la hemos encarado de otra manera, e incluso a dos niveles.

Ante todo, ¿no se recentra todo en torno a la noción cardinal de “cuerpo”? La medicina sensibiliza al filósofo por los conjuntos complejos (la organización), pero reencontramos con o en el objeto (un cuerpo mínimo) una textura y una composición próxima de las que animan o caracterizan la organicidad. En efecto, el menor utensilio concentra el trabajo, la ingeniosidad, la creación técnica; solidifica la inteligencia morfogenética.

Para aceptarlo como tal se precisa desprenderse de una tradición que ha reducido demasiado el objeto a su función utilitaria, olvidando los papeles que él tiene, especie de pantalla sobre la cual se proyectan los valores sociales, simbólicos, estéticos. ¿No nos es suficiente con ver una herramienta o un instrumento doméstico de una civilización perdida o ajena, para entrar en su espíritu (la etnografía dispone piadosamente, en museos, esos restos, estos vestigios, los especímenes de una tradición o de una práctica)?

El objeto más simple, a pesar de las palabras que lo interiorizan y lo distancian para siempre del empíreo del filósofo (pacotilla, baratija, gadget, chapuza, etc.), define “nuestro segundo y verdadero cuerpo”, el que prolonga y asegura nuestra potencia (el vaso, como todo continente, conserva el líquido que nuestras manos desean mantener).

La cultura en general ha sido demasiado marcada por el ejemplo cartesiano teatralizado (en ese caso) del metafísico encerrado en su estancia (una pieza

vacía). Logra por medio de la imaginación y sus astucias “diabólicas” suprimir el universo que lo rodea; el propio pedazo de cera, situado en la proximidad, no resiste la volatilización. Solo queda el puro pensamiento. La filosofía, golpeada por esta experiencia tan radical, solo conserva el juicio, la *sola mens*; termina por absolutizar el yo, mientras que nosotros no excluimos que incluso este solo pueda surgir en el seno de una tecnosfera, a la que contribuye el espejo.

También hemos consagrado muchas obras al elogio del objeto, como al de la herramienta que prolonga nuestro cuerpo, al instrumento que suple nuestras deficiencias sensoriales (las gafas para ver mejor), al artefacto que permite operaciones pesadas, a la máquina misma que frecuentemente copia el trabajo artesanal primero, con el fin de multiplicarlo y de intensificarlo.

Platón ya condenaba al artesano porque solo podía copiar la idea del lecho o de la silla (cuatro patas, una cabecera o un espaldar, etc.). Pero los diseñadores de interiores no han cesado de renovar ese esquema, esa armadura. Un museo –el templo del reconocimiento– se ha especializado incluso en la recolección de todas las innovaciones concernientes a la silla (las maneras de sentarse –una técnica del cuerpo– han variado tanto como los medios que se utilizan para ello). También hemos privilegiado el “diseño” que enriquece e incansablemente transforma nuestros objetos cotidianos y vivientes.

Estudiar el cuerpo, o preocuparse por el objeto vecino (la objetología) supone la movilización de la literatura (a la manera de Francis Ponge, en el *Tomar partido por las cosas*), del derecho que diferenció los bienes, así como las operaciones que los conciernen, de las ciencias experimentales (tanto la química de las combinaciones como la biología o la medicina, esta última dedicada a las alteraciones y a las deformaciones de los cuerpos).

Pero, creyendo ir un poco más lejos y braceando más en las diversas disciplinas institucionalizadas –con miras a la unidad– hemos dedicado toda nuestra atención a la idea de “sustrato”; por este hecho podemos ser catalogados con toda razón como “materiólogo” o “matérico”; evitamos el término materialista que corresponde demasiado a una doctrina de combate, o que se limita a un simple anti-espiritualismo. Lo negativo de la idea se impone en exceso sobre lo positivo.

Las escuelas de arte contemporáneo favorecen nuestro enfoque; en lugar de expresar lo real y de representarlo, incluso en lo que él comporta de sutil y de casi invisible –pero sigue siendo siempre la mentira ilusionista– el artista plástico experimenta con el material, lo exterioriza de alguna manera, revela sus potencialidades latentes. Se abre a la vez a la multiplicidad de sus constituyentes como, dentro de cada uno de ellos, a la especie de pluralidad que abriga, nos entrega experiencias físicas y metafísicas.

Tenemos acá una muestra de las más pobres. A este grado rudimentario, es suficiente con que un cuerpo o una sustancia pueda extenderse (progresivamente, por grados) sobre otra, que servirá de plano-portador, o allí derramarse, si es un poco fluida. Entramos así en el drama de una exposición diferenciada, por no decir en lo que un escritor designó y alabó con el nombre de “mojabilidad” (no todos los ingredientes permiten estas juntas en ellos, esta aposición). Asistimos, a través de esta lenta aplicación, a un desvanecimiento que culmina incluso en simples regueros apenas perceptibles. Conviene realizar este trabajo (este encuentro, la aceptación del uno por el otro o la posibilidad de disponer el uno sobre el otro) con precaución, delicadeza, método; en caso contrario, fallaremos el paso de la plenitud a la desaparición. Importa también recurrir a un material que no sea ni demasiado resistente (por el hecho de la adherencia a sí mismo, de su autocontracción o de la tensión interna) ni muy diluido (la casi-liquidez, la coladura). Buscamos la revelación del uno gracias a la fuerza portadora del segundo, y que deseamos la incidencia filmica del que se aplasta o apoya en el que lo acepta.

¿En qué se trata acá de una experiencia metafísica? La materia, en el decrecimiento, saca una pluralidad de textura y de color, pues esta varía siguiendo el espesor de la capa. Por otra parte, no sabemos si se trata, en esta tan modesta y banal operación, de una liberación gracias al adelgazamiento, o bien de una aniquilación, puesto que se alcanza un caso límite, el de la casi extinción. ¿Cuál es el sentido oculto o el envite de una tal borradura? Estamos atrapados en una especie de incertidumbre y de balanceo, pero por ahí mismo, experimentamos una emoción estética (en emoción, hay claramente moción, un movimiento).

En cuanto a ese material-sustrato, aquí privilegiado, pensamos que les debe mucho a la medicina y a la biología, pues las funciones se limitan a exteriorizar las estructuras que las portan y que conocen ellas mismas una rica variedad. Ciencia y arte orientan hacia el tomar en cuenta un tal factor.

Hemos publicado obras que exaltan, tanto los simples hilos del textil como los metales o algunos metaloides, los plásticos, el asfalto, en *Rematerializar*<sup>12</sup>, el *Objeto del arte o el arte del objeto*<sup>13</sup>, en *Lógica y poética*, a propósito de un artista, Michel Paysant, retenido por el betún de la piedra de Judea, sin olvidar *Elogio del objeto*<sup>14</sup>, y sin contar numerosos artículos.

<sup>12</sup> *Rematerializar. Materias y materialismos*. trad. Luis Alfonso Paláu C. para el curso “Materiólogos y objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de ciencias humanas y económicas. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Septiembre de 1999. Última corrección febrero de 2007.

<sup>13</sup> Subtítulo de *Por el arte de hoy*. Tr. María Cecilia Gómez, Medellín, última impresión 2002.

<sup>14</sup> *El elogio del objeto, para una filosofía de la mercancía*, Tr. Paláu, Medellín, última corrección 2002.

Con el tercero y último eje –y no el menos importante– entramos en los problemas ético-políticos. Ponemos en funcionamiento aquí la idea de necesidad, luego de haber contado con la de “totalidad”, tras la de “unidad”. En efecto, sacamos las consecuencias de lo que precede, que debería valer para el porvenir.

Si por lo demás nos atuviésemos solamente al presente –a lo que es– limitaríamos nuestro examen (y ¿cómo pretender aún la unidad?); importa encarar lo que debe advenir, haciendo que la necesidad lógica y moral remate así tanto la totalidad como la unidad.

Por una parte, la noción de objeto que hemos alabado implica la producción fabril, y sobre todo la abundancia, así como la repartición de los bienes (como de los beneficios). Si conviene seguramente reconocer derechos fundamentales e inalienables, estos –con la libertad a la cabeza– serían solo vanas palabras o espejismos, en caso de que la sociedad no asegurara a todos la igualdad en el uso de los productos materiales. Por otra parte, la noción de sustrato, que igualmente hemos privilegiado, rebaja indirectamente las pretensiones individuales, las de un ego dominante, y hunde al sujeto en consideraciones materiales; le será preciso renunciar a sus excesos de soberanía.

Los filósofos del siglo XIX –Saint-Simon, Proudhon, Fourier incluso– han convocado con todas sus fuerzas al mundo de la producción, pero también al de una circulación generalizada (Marx les reprocha a los filósofos pensar el mundo, sin dedicarse a transformarlo, pero esta burla no se dirige a nuestros pensadores, puesto que los saint-simonianos cambiaron el mapa del mundo; estuvieron en los inicios de la construcción del canal de Suez como en el del canal de Panamá; trabajaron multiplicando las redes de carreteras y de ferrocarriles).

Nuestro mundo reposa sobre las separaciones y las compartimentaciones; se oponen el alma y el cuerpo, o el pensamiento y el cerebro; luego, de una cosa a otra, lo espiritual y lo material, el conceptuador y el ejecutante, pero la importancia polémica que le damos al sustrato (material o biológico indiferentemente) querría servir de arma de guerra contra estos cortes. Los cortes no deberían resistir. Correlativamente, el saber actual destruye los ideales seculares y obliga a “inversiones de valor”.

No es posible enumerar todas las situaciones, morales y políticas, donde podríamos y deberíamos aplicar nuestras observaciones (sobre la empresa y el trabajo, sobre el Estado y su papel<sup>15</sup>, sobre la propia Europa); nos limitaremos a un caso bastante reducido, a título de muestra.

---

<sup>15</sup> *Una nueva moral: familia, trabajo, nación*. Tr. Paláu, para la cátedra abierta Alberto Restrepo, U. de A., mayo de 2009.

El problema, del que conocemos sus límites, concierne al paisaje, nuestros campos y nuestra tierra, la civilización lugareña, la agronomía, un universo que sufre la crisis como el conjunto de las sociedades que conocíamos.

Por consiguiente es grande la tentación de vituperar la evolución, de lamentarse y de desear (a la manera de Jean-Jacques Rousseau) restaurar lo que se ha perdido, una comunidad agreste, anhistórica, en medio de una campiña armoniosa (las robinsonadas).

¿Por qué es este un callejón sin salida? Es ya olvidar que esos campos, ceñidos de setos, entregados a la variedad (el policultivo) corresponden a un momento de fuego y de violencia. La revolución agronómica, nacida en el siglo XVIII en Inglaterra (con los *enclosures*), entraña la renuncia al barbecho, a los campos llamados vagos, a los comunales, a los derechos de servidumbre. Marx analizó notablemente, en *El Capital*, la importancia del asolamiento, de las praderas artificiales, de las plantas forrajeras, de la rentabilidad económica. Igualmente, todo será acaparado, y por ello las famosas cercas que protegen la hierba contra los que la pisaban, pero también, sostenimiento de las iniciativas individuales. Desaparecen los antiguos campos abiertos (el *openfield*); los pequeños propietarios que vivían en los intersticios del sistema colectivo son expulsados hacia las ciudades que los explotarán.

La historia no se detiene en ese momento, puesto que la técnica actual, la de los tractores sobredimensionados, la de las máquinas que escardan, siegan y cosechan, impone la reconstitución de heredades, una relativa uniformización de la llanura (arrancar los setos), mientras que los pueblos se arruinan; solo subsisten algunas inmensas construcciones, generalmente antiestéticas, las de la agro-industria.

El cambio ha sido la ley de la ciudad, ¿por qué habría de escapar el campo de él? ¿Con qué derecho partir en dos nuestro universo, por un lado una megalópolis en plena remoción-remodelación y, por el otro, la tierra destinada a la inmovilidad? Si por lo demás la política marxista fracasó en su proyecto de socializar la agricultura, no significa esto que Marx no haya captado la arbitrariedad e incluso la injusticia de la separación entre lo urbano y lo rural.

Y en lugar de patetizar la tierra y loar al condenado de los campos que el siglo XVIII dibujó (la época de los acaparadores, sino de la espoliación), sepamos reconocer la potencia del instrumento –el tractor que le da vuelta en una jornada a una vasta extensión de una sola pieza– que obliga al abandono de los métodos tradicionales, como al de las propiedades de tamaño reducido o solamente dispersas.

De paso, que no nos objeten con observaciones fáciles, pues con lo que decimos no defendemos por ello que a los animales se los transforme en máquinas

de producir, ni tampoco los beneficios de una química que envenena los suelos, ni siquiera los rendimientos agrícolas que con frecuencia se obtienen a costa del deterioro de la cualidad.

Lo que preconizamos no es la imposible resurrección de los pueblos sino la revitalización y el mantenimiento de los burgos, los que irrigan el territorio y ofrecen a sus habitantes la panoplia de todos los servicios (educativos, sanitarios, administrativos, comunicacionales), con el fin de que sea abolida la separación entre las ciudades y los antiguos campos.

Recordémosles incluso a los que cantan alabanzas al pasado lo que ellos silencian: campesinos-cultivadores, amarrados a la gleba, aplastados bajo el peso de sus tareas, pueblerinos perdidos a causa de su aislamiento, ellos mismos aspirando solamente con irse a las ciudades. No escuchemos a los que les cantan a las fuentes al tiempo del sembrado o de la cosecha! Más bien no olvidemos que la tecnosfera revolucionó la agroesfera y puso fin a una esclavitud secular.

Le toca al filósofo entrar en esta batalla para denunciar a los que se dedican a plegar el movimiento en su solo provecho, y por ahí, pervertirlo. Pero no nos equivoquemos de enemigo, ino es el cambio mismo el que debe ser combatido!

A través del ejemplo que hemos desarrollado (el paisaje, la tierra, los campos) y que hemos tratado más ampliamente tanto en *Las revoluciones verdes*<sup>16</sup>, en 1973, como en *La invención de nuestro mundo, la industria ¿por qué y cómo?*<sup>17</sup>, podemos inferir que la filosofía debe tender a esculpir, por medio de sus análisis, el mundo que nos llega, participando en su emergencia, señalando los riesgos de deslizamientos, pero en las antípodas de los que lo mantienen en su antigüedad, con o a pesar de sus miserias y sus injusticias.

En razón de nuestra preocupación –verdaderamente temeraria– de abrazar el conjunto de nuestros análisis y de delimitar “nuestro territorio filosófico”, no podríamos separar el porvenir del presente, y mucho menos excluirlo.

Como lo hemos insinuado ampliamente, continuamos concediendo toda su importancia a los teóricos de la Revolución Industrial –un acontecimiento tan importante como la Revolución francesa de 1789 (por lo demás ¿no están ligados?), no solamente a Marx sino también a los socialistas como Saint-Simon, Proudhon & Fourier. Captaron y pensaron la renovación obrera y fabril; discernieron sus primeros trastornos. Pensamos con ellos que conviene no tanto denunciar el cambio técnico (el maquinismo) sino a los que lo desvían en su provecho, al mismo tiempo que a los que lo entorpecen, suscitando la tecnofobia.

<sup>16</sup> *Sobre las revoluciones verdes, Historia y Principios de la Agronomía*. Tr. María Cecilia Gómez, Medellín: *tradiciones historia de la biología números 1, 2 y 3*. Octubre de 1997, febrero y abril de 1998.

<sup>17</sup> Tr. Paláu, Medellín, última revisión 2002.

Según nosotros, la sociedad del siglo XX se caracteriza por la misma contradicción (que se ha vuelto más aguda) entre la racionalidad productiva que no ha dejado de progresar y de mundializarse –hacemos nuestra la ley de Gehlen: el hombre habría primero trabajado imitando lo muscular (la locomoción, el movimiento), luego lo sensorial (los sensores), finalmente el cerebro; en efecto, la información a través de las variaciones mínimas cuenta más que la potencia; de acá una electrónica que rebasa a la propia electricidad, la misma que en el siglo XIX había sustituido al carbón y al vapor– y un sistema de apropiación y de administración que ya no puede acordarse con las proezas actuales.

Uno de los desacuerdos tiene que ver con el hecho de que ya el trabajo debe ser pensado de otra manera: si sigue estando sometido a la ley del provecho, lo único que puede hacer es desarticular la sociedad y marginalizar a los obreros, masivamente reducidos a un desempleo inevitable. Se precisa, sin duda, concebir el trabajo en términos de servicio, en una perspectiva de inter-humanidad (lo que implica un cambio de filosofía política) y ya no más en una óptica de abundancia y de resultados materiales que aseguran los dispositivos automatizados.

Sobre los bordes de esta cuestión (la de la sociedad industrial tomada con sus contradicciones), nos interesamos en las máquinas modernas, que deciden sobre nuestra suerte, así como de los materiales que presiden su construcción. Una civilización depende, en una amplia medida, de su metalurgia; el siglo XX minimizó el hierro que triunfó sobre todo en el siglo XIX (luego de la Edad de Piedra y después de la del Bronce); demasiado pesado, se lo reemplazó tanto por los superconductores como por los metales llamados livianos, como el aluminio y el titanio; o también, dotado de un punto de fusión considerado como muy bajo y, por tanto, poco termorresistente (ahora bien, los motores debido a la velocidad de rotación o de funcionamiento, elevan la temperatura y suponen pues elementos que resistan tales calentamientos), debió ceder su sitio al tungsteno.

Por la misma razón, descendemos la pendiente que ya hemos seguido: persistimos en preocuparnos por los “objetos” (*los dioses están en la cocina*<sup>18</sup> significa bastante bien, que lo esencial, a nuestros ojos, reside en las realizaciones instrumentalizadas, e incluso utilitarias). Muy curiosamente, lo fundamental –allí donde la sociedad y el hombre se debaten– se aloja en lo mínimo y lo ordinario. Invocamos con todas nuestras fuerzas una filosofía popular que tenga en cuenta nuestro entorno doméstico.

Totalidad, unidad, necesidad, continuidad, nos parecen inseparables, siendo lo esencial no desjararlos, y consistiendo lo más importante en el paso del saber al poder y al querer.

<sup>18</sup> *Filosofía de los objetos y objetos de la filosofía*. Tr. por Luis Alfonso Paláu C. Medellín, octubre-diciembre de 2006.

# Seguir su camino (edición revisada y aumentada). Un itinerario filosófico<sup>1</sup>

François Dagognet & Patrick Vighetti

## Advertencia al lector<sup>2</sup>

Hace una docena de años le solicité a François Dagognet, mi antiguo profesor en el Facultad de Filosofía de Lyon, que escribiera un librito de entrevistas que lo presentara más directa y personalmente, que sus obras fundamentales de “pura filosofía”.

Fui más que satisfecho; no solamente su generosidad y su talento han producido estas vivaces páginas que nos brindan un excelente “retrato” no solo del pensador trabajando (con algunas confesiones sin duda difíciles, sus dudas, a veces sus interrogaciones sobre su propio proceder), sino de su manera de mostrar cómo su reflexión filosófica ha atravesado los campos más importantes tanto del saber como de la práctica humana; así nos ofrecen un verdadero “Discurso del método” (a pesar de las anotaciones bachelardianas y negativas contra una tal noción) para uso de los que quieran pensar un universo profundamente renovado por las técnicas.

Método o, como él lo propone, “camino” (pero ¿es claramente diferente?); henos en todo caso ante una singular manera de pensar, y de dar qué pensar (pues ise acompaña de buen grado a quién aclara!). En efecto, el acento se pone no tanto en la diversidad (y yo añadiría: ¡la impresionante cantidad!) de los acontecimientos acumulados a lo largo de sus estudios, sino en las ocasiones de hacerlos converger hacia una comprensión sintética y dinámica del mundo, así iluminado.

Su paciencia le permitió a la frágil editorial de la época de solo publicar el texto en 1996. Y luego, golpeada por la crisis de la edición, Paroles d’Aube no ha podido darle a la obra su plena difusión, antes de desaparecer a su vez.

*La passe du vent* ha deseado retomar la antorcha. Mejor aún, ella ha planteado su deseo de un capítulo suplementario (y complementario) sobre el lenguaje, la lengua y la escritura, su relación con las ciencias, con la poesía, con la personalidad misma de un autor.

<sup>1</sup> François Dagognet & Patrick Vighetti. *Seguir su camino (edición revisada y aumentada). Un itinerario filosófico*. Genouilleux: la passe du vent, 2006, pp. 1-85. Traducido del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio de 2015.

<sup>2</sup> Este texto apareció inicialmente en 1996 en las ediciones Paroles d’Aube con el título *Encaminamiento*.

Este capítulo faltaba (¡hubiera debido reclamarlo desde el comienzo!); cuando se escribe, en filosofía, sobre su propio transcurso intelectual ¿cómo no consagrar una parte de su reflexión a la escritura misma, como a su propia escritura (al menos en tanto que a su obra escrita)? A decir verdad, François Dagognet ha consagrado muchos libros o capítulos a la escritura científica o literaria: *Escritura e iconografía*<sup>3</sup>; *Cuadros y lenguajes de la química*; el *Trastorno*<sup>4</sup> (Mau-passant)... Ciertamente ha elogiado también los bellos análisis bachelardianos de la poesía (*Filosofía de la imagen*<sup>5</sup>...), o también la originalidad poética de un Francis Ponge (el *Elogio del objeto*<sup>6</sup>) o los caligramas de Apollinaire... Pero yo deseaba desde hacía mucho tiempo arrancarle alguna confidencia de lector, sobre sus preferencias más o menos discretas o sobre su propio gusto por las palabras; y también algunas confidencias de autor, sobre su vivacidad completamente sabia, su pavorosa capacidad para forjar términos densos de sentido, verdaderas pasarelas entre los dominios del saber. En suma, un encaminamiento también a través de las páginas leídas o la propia página de escritura (las dos o tres páginas que en otra parte confiesa escribir todos los días, ¡fuentes de esta obra abundante y monumental!).

Terminando con una reflexión sobre la utilidad fundamental de la filosofía (definida aún por la generosidad: “enseñar la reflexión al mayor número de personas”); así “el bucle se riza” puesto que la obra abría con una pregunta tocante a la naturaleza misma de la palabra “filosofar”; tenemos el conjunto acabado, logrado, enriquecido con una nueva coherencia a propósito de un “encaminamiento” personal que, bastante ejemplar (a pesar de isu modestia omnipresente!) invita al viaje reflexivo, a la meditación de las enseñanzas entregadas, al menos a la sorpresa ante ¡un tan vasto, activo y fructuoso repaso general!

Quiero entonces agradecer acá de todo corazón a dos personas: Thierry Renard, quien tomó la afortunada iniciativa de reeditar este agotado libro; y naturalmente a François Dagognet, a quien le renuevo toda mi gratitud; el estudiante de Filosofía que se benefició con su enseñanza marcadora en Lyon, el lector insaciable que soy de su sesentena (¡y más!) de títulos, no podía soñar con algo mejor que “suscitar” un poco más de páginas y afirmaciones estimulantes de parte de isu Maestro sin igual!

Patrick Vighetti

<sup>3</sup> Tr. por María Cecilia Gómez B. para el curso “Materiólogos, objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Febrero de 2003. Última corrección febrero de 2007

<sup>4</sup> Tr. Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio – septiembre de 2011

<sup>5</sup> Tr. Luis Alfonso Paláu C., Medellín, marzo de 2006 – marzo de 2007

<sup>6</sup> *por una Filosofía de la mercancía*. Tr. Luis Alfonso Paláu C., curso de contexto “Materiales, materiólogos, objetología/abyectología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Medellín, Octubre 12 de 2002

## **Prefacio a la primera edición**

Gracias a las generosas preguntas que Patrick Vighetti me ha hecho, expongo el trayecto de un filósofo que ha tratado, equivocado o con razón, de no atrincherarse en la historia de la filosofía. No porque él busque ignorarla o aminorarla, sino porque les necesario no encerrarse en ella!

El lector deberá excusar el empleo simultáneo del “yo” y del “nosotros”; en este último caso (el nosotros), la nota me ha parecido menos personal y más susceptible de ser asumida por muchos. Confesamos también que el “yo” implica tantas dificultades que hubo que luchar para introducirlo.

Deseo que este modesto itinerario interese, o divierta, o informe al que lo siga conmigo.

Hemos tratado sucesivamente de la formación del filósofo (en la Universidad), luego de la biomedicina, del derecho, y del arte contemporáneo, porque, al filósofo, nada le debe ser ajeno. Ejercicio peligroso tanto como pretencioso (a causa del vagabundeo y de la amplitud), pero también indispensable (la recuperación de todo sin excepción)! Filosofar consiste, en efecto, en abrazarlo todo.

(Verano de 1992)

## **Capítulo primero**

### **¿Qué es filosofar?**

Usted pide que se conecte la filosofía con la Modernidad y que se la alivie así de su antiguo estatuto: el del amor por la sabiduría. ¿Qué quiere entonces decir filosofar en la actualidad? ¿No existe pues una actividad perenne de la filosofía?

En efecto, la palabra filosofía nos parece tan inmemorial, *indesraizable* como inadecuada.

Los antiguos la forjaron. En presencia de un mundo dividido, hostil, perturbador, ellos se apresuraron. Quisieron dotar al hombre de medios destinados a apaciguarlo, y por esto la benefactora sabiduría.

A ellos les faltaban nuestros medios transformacionales. Además, se dedicarán a la defensa de los equilibrios. No cesarán también de temer los desbordamientos pasionales, “el espíritu de dominación”, las técnicas que no se dominan suficientemente.

Privilegiarán la naturaleza; desconfiarán de lo propiamente manufacturado, considerado como un artificio. Los esclavos serán suficientes para realizar los trabajos indispensables; por consiguiente no tenían ninguna necesidad de recurrir a aparatos y a máquinas.

De forma más general: en esta óptica, los filósofos enseñaron a los hombres la Ascesis: “*non desiderabis artifices, si sequeri naturam*” (no echarás de menos los artificios si sigues la naturaleza). Aprende a contentarte con ella, ilimita tus deseos! Rico con solo un vaso de agua y un higo iel sabio rivalizará de felicidad con los dioses! El discípulo conocerá entonces la calma, la serenidad.

Por otra parte –Séneca nos lo enseña– el uso de los cristales transparentes, el calorífero de las casas, la estenografía fueron inventados pero por esclavos industriosos. Sin embargo, esos descubrimientos pliegan el alma al cuerpo, dan facilidades a este.

Platón, en el *Fedro*, desarrolla un punto de vista cercano, con el mito de Theuth.

Esta suerte de demonio vino a buscar al rey Thamus; había inventado la numeración, el cálculo, la geometría, la astronomía, el tric trac, y sobre todo la escritura. Le rogó al rey que los difundiera entre los egipcios.

Con el fin de convencer al rey, Theuth argumentó así. “La enseñanza de la escritura, ioh rey! hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria: es el elixir de la memoria y de la sabiduría lo que con ella se ha descubierto”.

El rey respondió: “Ella producirá en el alma de los que la aprendan el olvido por el descuido de la memoria, ya que, fiándose en la escritura, recordarán de un modo externo, valiéndose de caracteres ajenos; no desde su propio interior y de por sí (...) Es la apariencia de la sabiduría, no su verdad, lo que procuras a tus alumnos” (275 a-b; O.C. Aguilar, pp. 881-882).

¡Que Diógenes se imponga entonces sobre Dédalo o sobre Ícaro!

Dédalo pasa por ser el inventor de los principales instrumentos (la sierra, las velas y los mástiles). Construyó el célebre laberinto donde fue encerrado. Pudo huir, con su hijo Ícaro, gracias a las alas que fabricó y que pegó con la ayuda de la cera. Pero, dado que Ícaro se acercó demasiado rápido al sol, esa cera se fundió y cayó en el mar Egeo. La suerte de Dédalo, aunque menos trágica no fue mejor.

Infortunio para iaquel o aquellos que rebasen su condición o violen las leyes de nuestro mundo! Por el contrario conviene tomar conciencia del orden que reina en el universo y respetarlo.

Otro tema que va en el mismo sentido: lo fabricado no puede moverse por sí mismo. Solo se lo puede activar desde afuera. Está minado de inercia. Y a la inversa, lo natural se mueve por sí mismo porque es animado, viviente.

Si se hunde un mueble de madera en tierra, en el límite podrá brotar por gemación, no otro mueble sino un árbol, dado que la madera es susceptible de

germinar. En cuanto a la forma de la cama, no estaba verdaderamente inscrita en ella; solo estaba pegada a ella, puesta encima; por esto se limita a deformarla y a someterla (provisionalmente) a sus designios. Permanece en la superficie o solo modifica el exterior. De todo esto se sigue un rechazo del prometeísmo o de la actividad manual.

El término sabiduría (y de ahí filo-sofía) vehicula esta visión restrictiva del mundo e infeudada en lo que es. También nos parece a la vez obsoleta y peligrosa.

En esta perspectiva, el propio Hipócrates, el fundador de la primera medicina, añadirá una nota al concierto de los griegos; según él el terapeuta no debe intervenir en el curso de la enfermedad que él trataría de cambiar; debe limitarse a favorecer su evolución (precipitar la crisis). *Natura sola medicatrix*. El cuerpo sabe defenderse; no lo sustituyamos (por esto de nuevo el elogio de la temperancia, de la medida). El organismo lucha contra el mal; expulsa entonces los humores pecantes (así llamados porque pecaban se excedían tanto por su cualidad como por su cantidad). El absceso no dejará de fistularse; el médico se contentará con ayudar eventualmente a la evacuación liberadora, en caso de que ella se revele difícil o dudosa. Solamente prolonga lo que el cuerpo buscaba. "¡Nada de encarnizamiento terapéutico!".

Hipócrates, como más tarde Platón, insistirá sobre los beneficios corroborativos de la naturaleza exterior; no solamente se preocupará por el régimen sino que justipreciará el clima, las aguas vivas (los baños), las atmósferas. Una vez más, el sabio desconfía de las drogas o de la farmacia, de los remedios peores que la enfermedad. No debemos brutalizar el cuerpo sino inspirarse en su propio funcionamiento.

¡Reduzcamos nuestras intervenciones! ¡Cultivemos la armonía! ¡Aceptemos lo que no puede ser cambiado! El sabio sabe y debe cumplir con la repartición entre lo que depende de nosotros y lo que no depende.

Esta filosofía de ayer, que hemos esquematizado, no merece ser absolutizada; ella no le debería prestar su nombre (el amor de la *sophía*, de la sabiduría) a la disciplina. El hombre moderno se inspira en otros valores, los del trabajo, los de la historia, los de la transformación desalienadora.

Juzga a la antigua filosofía desastrosa; sin necesidad de que haya que recurrir a Nietzsche, la considera por lo demás bastante hipócrita. En efecto, el filósofo no actúa sin segundas intenciones. Si domina sus deseos, se singulariza, esculpe su propia estatua, asegura su dominación. Podrá aconsejar e incluso gobernar. Si no domina para nada los acontecimientos y los materiales, podrá al menos comandar a los otros. La sabiduría podría servir de máscara al apetito de poder.

¿Será esta una anotación caricaturesca? Si acaso. Pero no podríamos ignorar que al margen de esta moral, el pensamiento griego debía echar las bases de una filosofía nueva; ella fundaba la reflexión sociopolítica, como también la económica; hacía los primeros análisis antropológicos (la psicología); no vamos a descuidar el nacimiento con ella de las primeras nociones de física y de biología (gracias a Aristóteles principalmente).

Las ciencias del mundo, y las del hombre, vinieron a sostener la meditación del sabio; es por esto que los antiguos no han dejado de contar. Y si criticamos la palabra (la filosofía), así como lo que recubre, no minimizamos el resto. Cuenta más que lo que parecía solamente sostener.

**Pero usted ¿cómo definiría la filosofía, y quién (o qué) lo ha llevado a filosofar?**

Filosofar actualmente –pero regresaremos sobre los griegos– consiste simplemente en tomar conciencia del mundo donde se vive y tratar de pensarlo. La filosofía no lo transforma verdaderamente (sueño de Marx) sino que ella puede, gracias a esta “reflexión”, participar al menos indirectamente en la amplificación de los movimientos que la atraviesan o la animan.

Conviene distinguir dos actividades muy confundidas:

a) La de la enseñanza de la filosofía como disciplina. Se limita esencialmente a informar sobre el pasado; se preocupa por “la historia de la filosofía”. No es algo despreciable, en tanto que el “cursus” de estudios es inseparable de programas, de concursos y de todo un aparataje administrativo, donde precisamente esta historia cuenta para lo esencial.

Por lo demás, un grandísimo riesgo pesa sobre él; el Estado lo toma a su cargo (y si no es él, se le asignará una institución). No se actúa pues inocente o gratuitamente. Tratará de vigilar o de plegar esta disciplina a fines políticos.

De ello resulta –por lo menos en Francia– una situación confusa: una historia de la filosofía falseada.

Retomaba a su manera un “platonismo blando”: la desconfianza de lo material, un espiritualismo fácil, la glorificación del solo pensamiento, de la libertad, del individualismo.

b) Pero existe otra dimensión de lo filosófico, lejos de la “República de los Profesores”, de las reglas o de los juegos universitarios; todo sujeto –científico, jurista, administrador– es filósofo a partir del momento en que él piensa su teoría o su práctica, busca comprenderlas o incluso aclararlas.

Por ejemplo, un eminente cirujano lyonés, René Leriche, ilustra muy bien este proceder; él escribirá una obra titulada *Filosofía de la cirugía*<sup>7</sup>.

Él se interroga sobre esta medicina y este análisis asegura un verdadero salto hacia adelante en su "arte". Él evoca su pasado. Trata de entrever el porvenir. Se pregunta cómo él mismo, a partir de algunas situaciones enigmáticas, ha logrado preconizar intervenciones en su tiempo inéditas. Crea así una verdadera "metodología".

Esta escisión dentro de la filosofía es suficiente para complicarlo todo.

1/ Notemos primero que el oficio de profesor de Filosofía –pues él es un oficio, con sus implicaciones (un salario, controles, una Corporación)– es de fecha reciente.

Antes del siglo XIX, solo se podían conocer pensadores que reflexionaban libremente sobre su propio saber, sobre la sociedad donde ellos vivían, sobre el mundo en general (el segundo movimiento que hemos distinguido del primero, aquel de la enseñanza). Naturalmente, estos "filósofos" vivían de ocupaciones diversas: Spinoza pulía lentes, Descartes pertenecía a los ejércitos, Leibniz era bibliotecario-diplomático; a veces, el filósofo se volvía preceptor, como el padre Condillac, pero él formaba a su ilustre alumno en retórica, en lecciones de historia, etc.

Luego de 1800, nacerá pues esa extraña profesión (historiador de la filosofía) que consiste en anexarse los pensadores, y dar cursos sobre aquellos que nunca enseñaron y que desconfiaban ellos mismos de toda escolástica.

Supongamos que ellos hubieran admitidos discípulos, seguramente nunca alumnos.

2/ Pero lo más importante viene ahora: estos filósofos no profesores, que sirven al juego de los profesores de Filosofía, inventaban, construían en efecto una filosofía, como hoy lo pueden hacer los científicos, los artistas, los hombres de Estado, los decisores. Seguramente. Pero entonces ¿cómo transmitirle a un estudiante en filosofía (que se forma en la profesión de profesor) esas filosofías que implican una teoría y una práctica problematizadas? Si el mismo no es un hombre del arte –y es claro que no lo es– ¿cómo comunicarle (y por qué si no para hacer de ellos discursos gratuitos, de segunda o de tercera mano) los dramas o las solas interrogaciones de quien las vivió?

¿Cómo no molestarse con que un no-matemático trate el problema de los fundamentos de las matemáticas, o que un cándido no experimentador, que ignora por principio las exigencias o las reglas de la manipulación, glose sobre ellas? ¿Y por qué nos habría de informar él mucho mejor de la psicología de lo que podría hacer el profesional o incluso el solo novelista?

<sup>7</sup> Tr. castellana realizada en Medellín por el Dr. Alberto Betancur

Llegamos así a la paradoja final uno no se vuelve filósofo –en el sentido de profesor de filosofía– sino con la condición de encerrarse en la sola enseñanza de los que nunca enseñaron!

**Pero usted no me ha dicho todavía ¿quién (o qué) lo ha llevado a filosofar?**

Ah, usted desea anotaciones completamente personales; pues voy a dárselas.

¿Quién me llevó a filosofar? ¿Quién o qué? Primero, yo me embarqué en estudios de filosofía por una razón bien contingente. Perteneciente a un medio particularmente desfavorecido (material y culturalmente) no pude frecuentar colegios o liceos. Me tocó a mí solo restablecerme, escolarmente hablando, como pude. Pero la “disciplina filosófica” (con solo un año cursado en algún establecimiento) era la única en la que yo no manifestaba retardo alguno. No hablemos del resto, en el que se entra más lentamente. Además, un adolescente está siempre atraído por los inmensos problemas que le reserva la filosofía; ella trata de todo (del Yo, del Mundo y de Dios).

Por mi parte, en la universidad tuve la fortuna de encontrarme y de escuchar a algunos Maestros prestigiosos.

Dos de ellos me han abierto a la historia de la filosofía de manera ejemplar: el uno enseñaba en Dijon, Georges Le Roy, irremplazable y modesto, nos introducía como convenía. Esa enseñanza de la historia de la filosofía (pues solo a ella se la puede enseñar, puesto que cuando el profesor quiere lanzar el vuelo y dogmatizar, no puede dejar de atravesar: aún los autores; tanto ique termina por solo hablar de ellos!) tiene un tanto de enseñanza rabínica o de aspecto seminarístico. La devoción al texto, su exégesis, la preocupación por el solo peso de las palabras, de su sitio, de su evolución, de su polisemia (y esto sin evocar a los que hay que traducir) remite claramente a una iniciación cuasi religiosa. Georges Le Roy, mi primer Maestro, oficiaba a la perfección; su curso era como una ceremonia.

¿Me atrevería a reprocharle que nunca haya hablado de los modernos? Para él la historia se había detenido en Bergson. Los nombres de Freud o de Marx le eran igualmente desconocidos. Y si se exceptúa a Bergson, solo alcanzaba a llegar a Leibniz.

Esta carencia reforzaba precisamente la sacralidad del culto; uno no se untaba de lo reciente; se respetaba la tradición, lo que la historia había sedimentado. Al santo tampoco se lo beatifica sino mucho tiempo después de su muerte. Y si uno de sus alumnos pronunciaba ante él nombre de un filósofo actual, Georges Le Roy se sonreía. Se estaba evocando para él otro mundo.

El segundo historiador de la filosofía que conocí y admiré era tan opuesto al primero como ninguno: Martial Gueroult daba, en la época en que lo escuchaba, sus cursos sobre Descartes, Malebranche y Kant. Alcanzaba una cierta sublimidad. Ya no era el canto gregoriano, pero sí los grandes órganos.

Hábilmente, atacaba a los intérpretes contemporáneos a los que echaba por tierra. Era soberbio, sabio y a veces hasta lírico; una historia de la filosofía imás triunfante que militante!

Pero ellos eran –isanta Bárbara bendita!, ¿me atreveré irrespetuosamente a decirlo?- solo eran historiadores de la filosofía. También mi propia vida dio un giro cuando asistí a otra dramaturgia, menos escénica por lo demás, y menos ligada a la escritura.

Gaston Bachelard, al que todo el mundo conoce, continuó fascinándome. Físicamente ya, él arrobaba. Tenía un aspecto de profeta, o el de un revolucionario que hubiera podido encender las masas (cabellos al viento, una barba blanca, una viva malicia en la mirada, un cuerpo en movimiento). Su enseñanza podía despistar a los burócratas incoativos, los que ya pontificaban y esperaban la historicidad convenida. Mezclaba los géneros, pero era una explosión de fuegos artificiales.

Con ardor, Bachelard sabía, como ninguno otro, exponer una cuestión con su amplitud y todas sus finuras. Nada de dogmático; ese filósofo de las ciencias y de las técnicas multiplicaba las alusiones efervescentes, seguía muchos caminos, sin perder de vista su objetivo: la rotura de los conceptos fáciles, la superación, la abertura.

Hablaba con su inspiración. En un punto preciso, casi local, lograba (sin notas a la mano) informarle al mismo tiempo que prendía fuego. Nunca la historia de las ciencias encontrará un teórico tan competente, tan alejado del régimen convencional: la meticulosidad, la erudición que se pierde, la pesantez del que no sacrifica nada. ¿Cómo aliar lo maravilloso, la luz, a veces la diversión, con la científicidad y lo fundamental? Bachelard se llevó consigo a la tumba su secreto.

No lograré “retratar” convenientemente al segundo de “mis Maestros de verdadera filosofía”; en efecto, me nombraron profesor de Filosofía en Thionville y, como yo debía preparar de nuevo el concurso de la Agregación, yo iba a Estrasburgo, donde precisamente uno de los Maestros nombrados se llamaba Georges Canguilhem.

Fue un trastorno absoluto. Nunca había asistido a una tal operación, a un tal surgimiento de precisión problematizada. Este enseñante no rozaba, no cavaba, sino que perforaba u horadaba.

Cada palabra había sido previamente pesada; la cita cuidadosamente preparada, el argumento cincelado durante mucho tiempo. ¿Quién no era afectado? Este filósofo-médico era más bien un cirujano; disecaba ante nuestros ojos, fragmento tras fragmento, hilo tras hilo, no sin experimentar él mismo algún dolor dentro, pues no sabía aún que descubrimientos (filosófico) lo esperaba. Evidentemente, él lo buscaba; mejor aún, tendía hacia él. Ilustraba así la fórmula “la paciencia del concepto”. No volví a conocer un tal momento, en efecto escasísimo, el trabajo del que acepta inventar delante de usted, en la extrema tensión.

Y como buen alumno, yo procedí seguramente a la inducción siguiente: los que han filosofado –el uno en el fuego, el otro en la lucha– con tanto dominio, lo han hecho en la medida en que abandonaron la morada filosófica. Se aferraron a lo real (Bachelard a la matemática, a la físico-química; Canguilhem a la biología, a la técnica misma). Hay que abandonar pues la filosofía, para reencontrarla mejor y comprenderla.

Sin embargo, yo dudé; la prueba de ello está en que me metí en un trabajo de tesis (historia de la filosofía) bajo la dirección de Martial Gueroult; en la época se tenía que estudiar dos temas bastante próximos (para la tesis principal y la complementaria).

La primera estaba dedicada a Spinoza, la estructura de la Ética; la complementaria sobre Spinoza, lector de Hobbes. Avanzaba, cuando súbitamente me interrumpí. Me parecía que estaba patinando en un círculo vicioso. En efecto, en ese momento decidí una inmersión en lo real, lejos de los textos fundamentales; comencé, *grosso modo*, por inscribirme en lo que se llamaba en la época el PCB (física, química, biología) que desembocaba también a los estudios de medicina.

A este respecto, déjeme plantear una pregunta y responderla. Que un estudiante se beneficie del encuentro y de la influencia de cuatro Maestros –dos historiadores de la filosofía *stricto sensu*, y dos filósofos que marcaron su tiempo– constituye un raro privilegio.

¿Es posible hoy objetivamente una tal proeza? No lo creo, de manera que ese privilegio debe ser definido como un híper-privilegio. Y ¿por qué? El número todo lo aplastó. El estudiante es introducido a un sistema demasiado rico o demasiado extenso; el DEUG (los dos primeros años) lo obliga a entrar en un número demasiado grande de “especialidades”. Se inicia en numerosas disciplinas. Se lo aturde. Además, escuchará, seguirá a muchos profesores eminentes, ellos también con frecuencia especializados (otra fuente de desmigajamiento). Y no está excluido ique uno de ellos abogue a favor de lo que el otro condena!

Cuando yo era estudiante de Filosofía en Dijon, la Universidad solo tenía un profesor (Georges Le Roy), incluso si él se hacía apoyar algunas horas comple-

mentarias con jóvenes agregados de los liceos de la ciudad. Sin embargo, él se encargaba de lo esencial: la historia de la filosofía –ya lo hemos dicho– pero también la filosofía general, la psicología, la moral, la sociología, un bloque actualmente impensable. Pero ¡qué suerte antidisipativa!, ¡qué unidad y que concentración! No se sigue, no se puede seguir más que a un solo Maestro. Al querer inspirarse de muchos, uno se pierde. Uno no puede pensar sino con (o contra) uno solo, no en medio de muchos.

Es verdad que ese tiempo la Unidad de Filosofía de Dijon no tenía sino veinte estudiantes. Comparemos: en este momento imagino que cuenta con un centenar (en primer ciclo). Pero, además de los dos Maestros-Titulares, la Unidad de Filosofía de Dijon, si no me equivoco se compone de al menos seis profesores magistrales. Los tiempos han cambiado; quizás incluso los actuales Maestros de Filosofía en la Borgoña superen por su saber al que antaño presidía la marcha de tal sección. Sin embargo, por razones estructurales, la caída de ayer a hoy no deja lugar a duda. Es la que separa la focalización (la interioridad misma) y la diseminación (la exterioridad). El Estado, responsable de las organizaciones, nunca lo entenderá; multiplica los puestos, acrecienta el número de estudiantes, a veces incluso intensifica los medios. Correlativamente, agrava una situación que estaba buscando remediar.

De esto se sigue que, si la hipótesis se verificase, se requeriría multiplicar las unidades o los focos; repensar el mapa universitario, instituir una pirámide de las formaciones; un estudiante, iniciado en la base solo accedería ulteriormente a un centro terminal más voluminoso. Evitemos a la vez el despilfarro y la homogeneidad! ¿Por qué preparar los concursos de fin de estudios (CAPES y Agregación) en todas las ciudades importantes? ¿Por qué mejor no diferenciar en el extremo?

Mis maestros (Gaston Bachelard, Georges Canguilhem) alentaron mi decisión; entonces me dirigí hacia el largo túnel médico donde estuve encerrado más de diez años.

Pero ¿acaso romper no es una obligación del joven filósofo? “Hay que abandonar la casa” (la textualidad, el palacio de las Ideas). ¡Que se expatrie!, ¡que se vaya de errante!

Nos parece que la filosofía consiste en pensar su universo y sus problemas; se requiere ante todo perderse en ellos.

Si hemos censurado, criticado por algunos lados la filosofía griega, en la medida en que ella conducía a una actitud, sin duda acorde con su época pero discutible y trapacera (la ascesis, la dominación de sí y de los otros), otra teoría nos parece más nociva, aunque ella atraiga o porque ella atrae al joven filósofo. No se le puede resistir.

El cartesianismo (probablemente mal entendido) y el kantismo, seguramente simplificado, favorecen esta fascinación; los dos, en efecto, aunque de manera diferente, celebran el "*cogito*" (el pensamiento) y, paralelamente, desconsideran el mundo, puesto que las leyes de este, aquellas por las que se le comprende, se encuentran en nosotros. El filósofo triunfa y se encierra, por consiguiente, en su ciudadela, por no decir en su torre de marfil. "El mundo es mi representación".

¿No es una desviación esta actitud idealista y este falso primado concedido al "yo pienso"? El especialista protestará, pero planteémosle la siguiente pregunta: ¿la *Crítica de la razón pura* (Kant) no afirma que el espacio, el tiempo, como las categorías, constituyen, estructuran la experiencia, es decir, la más simple de nuestras aprehensiones? Pero ¿de dónde viene que el mundo entre tan fácilmente en esta rejilla arquitectonizada?, ¿cómo explicarse que él se preste a esto? O en caso contrario habrá que admitir que lo real no equivale a nada en sí mismo. Especie de polvareda o cuasi-nada, no puede resistir y se pliega a nuestras exigencias especulativas.

Al cartesianismo no le repugna esto; es suficiente con pensar, con pensar bien para conocer, porque "del conocer al ser, la consecuencia es buena". Esta es la base de esa teoría: Dios creó el universo racional, con la ayuda de algunas leyes simples y evidentes. Me es suficiente con reencontrarlas, a través de la lógica de la claridad, para entrar en los cimientos o las fundaciones de este mundo. Es vano considerarlo en sí mismo o experimentarlo; es en nosotros, en la sola razón donde encontramos la realidad misma.

Puesto que lo real es racional, es necesario (y es suficiente con) pensarlo. El *cogito* encierra todo; de él se deducirá el conjunto. Y si no lo hace "el cogito mismo", se le solicitará a la lógica conceptual que nos lo entregue.

Estos encierros en el puro pensamiento, si colman al filósofo y le aseguran una primacía sin igual, ¿no deben al mismo tiempo inquietarlo? El acosmismo, la privación de lo real ¿no asecha al que cree detentarlo en sí mismo? ¿Es verdaderamente el mundo nuestra elaboración? Kant exige claramente que partamos "de un dato" (la intuición sensible), pero este ha sido ya parcialmente construido (el espacio y el tiempo lo han captado, enrolado); ya es nuestra propia aprehensión.

Sublime tentativa esta ide la reconstitución y de la re-creación del mundo! pero ¿no es también una peligrosa ilusión?

Para evitar esos excesos de soberbia, el teórico toma a menudo caminos de desvío. Parece reducir sus "pretensiones". Por ejemplo, sostendrá que todo, e incluso el conocimiento o el reconocimiento de los seres, pasa por el lenguaje. Este asegura nuestra visión del mundo. ¿Quién podría negar que somos "suje-

tos de la palabra y por la palabra"? Pensar es hablar. Uno no piensa más que y con el lenguaje.

Pero, precisamente, como ese lenguaje expresa las estructuras de nuestro espíritu, se ha tomado claramente una travesía pero se recae en lo mismo: creamos nuestro mundo. En rigor sería suficiente con escrutar, o con poner al día, las condiciones o los fundamentos de nuestros enunciados para que discerniésemos lo que de ello resulta.

Si los griegos nos enseñaron la renuncia y la vanidad de nuestros deseos, a la inversa los modernos han cultivado nuestra glorificación teórica; por ellos nos hemos vuelto los amos y los poseedores del mundo, no a causa de la técnica –solamente manipuladora y productora– sino en razón de nuestros conceptos que nos dan (la reproducción) al mundo mismo.

El metafísico no evita el pecado de orgullo; él se cree en el centro generador de lo que lo rodea. Como en el sistema de Ptolomeo el mundo gira en torno a él! Kant lo ha engañado particularmente: afirma que él realiza una "revolución copernicana" en el momento mismo en que pretende encontrarse, por el pensamiento, inmóvil, en el centro de todo.

¿Estamos predicando entonces un regreso a lo que se llama empirismo? Se trata de la filosofía más indiscutiblemente miserable; me somete de pies y manos atados al curso contingente de las cosas. Ya no hay verdades, no hay relaciones, sino simples surgimientos o asociaciones momentáneas, probablemente inconstantes. De nuevo, se asiste (en sentido contrario) a una volatilización de lo real!

Por lo demás, al filósofo le encantan estos antagonismos, estas antítesis, esos combates o aquellos debates.

En este caso ¿no es que todo está falseado o deformado? Nos parece más simple y más pertinente concebir un real ilimitado, embrollado, complejo. La tarea del pensador consiste en encontrar lo que podría organizarlo. Este orden se sitúa en las cosas mismas, pero a nosotros nos toca recuperarlo dado que él se escurre.

Para ser más claros, pongamos un ejemplo. Supongamos que nos encontráramos en presencia de una montaña de libros, y que debiéramos organizarlos. Es posible distribuirlos de diferentes maneras, tan justificables las unas como las otras: 1) colocar juntos a los grandes, luego los medianos, y finalmente los de pequeño formato antiguo criterio de la biblioteca francesa; 2) contar con la fecha de su publicación, suponiendo que se pueda fácilmente establecerla; 3) guiarse por la naturaleza exterior del libro: ¿pasta dura, rústica?; 4) seguir un orden alfabético: se considerará el apellido del autor, o también el título del libro. Se pueden imaginar cantidades de modalidades de repartición. Pero ¿no habrá

que preferir un método más juicioso que dividiera, recortara esa masa siguiendo líneas más armoniosas con el contenido (una verdadera enciclopedia)?

La biblioteca utiliza este procedimiento; recorta entonces siguiendo el árbol de materias. Luego de haber compartimentado, es fácil de pasar luego por la sucesión alfabética y de tomar en cuenta los apellidos de los autores método Dewey. Se logra así un conjunto que evita las mezclas más extravagantes.

Con un tal dispositivo, no solamente encuentro lo que busco, sino que puedo comunicar fácilmente los principios o los lineamientos de mi repartición. Podrá ser aplicado en otras partes. Siguiendo una fórmula conocida, no es suficiente con “acercar” las cosas entre ellas, ni acercarlas al mismo tiempo a nuestros espíritus; conviene también acercar los espíritus entre ellos y favorecer los intercambios y, para ese efecto, comunicar las reglas simples de nuestras particiones.

Hemos escogido una comparación fácil. Hubiéramos podido imaginar algo más complicado, que se tratara por ejemplo de disponer no libros sino millares de páginas que se han confundido y que vendrían de obras que se han descuadernado. ¿Cómo entonces hacer para poner todo en orden?

Pero esta situación ilustrativa merece ser prolongada, por muchos motivos.

1/ la cuestión se mantiene: ¿la organización final es mental (la he impuesto y lo real se ha plegado a ella bien que mal), o corresponde ella a esa aparente batiburrillo (precede pues a la clasificación que la reencuentra)?

En todos los casos –y es por esto que evitamos el empirismo– debemos trabajar en aprehender esa combinación oculta, aunque ella se nos adelante. Hay que descubrirla; no se ofrece inmediatamente. ¿No debemos evitar tanto la construcción pura (que se añadiría a la confusión de partida) como la lectura directa?

Nos parece que los dos registros (el de la organización y el de lo organizado) se implican mutuamente. Lo real se articula en grupos y en clases; esto no le repugna; correlativamente, esta disposición material se pone de acuerdo con una lógica composicional elemental que busca serializar (la continuidad del conjunto) y descomponer (tipos o casillas).

Tampoco el eclecticismo parece ser una solución idónea. Se preguntará con insistencia: “¿El orden se encuentra finalmente en punteado en la biblioteca, o viene de nuestras propias exigencias distributivas? ¿Quién se impone?”.

Para tratar de responder a este rompecabezas, entremos en un dominio vecino, por lo demás menos “artificial” que el de los libros, fabricados por el hombre; estamos hablando de la multitud de las hierbas, de las plantas, de los vegetales. Los científicos siempre han buscado dominar esta cantidad desbordante.

Ellos mismos distinguían los sistemas (clasificaciones bastante arbitrarias, que repartían confusión, puesto que se reunían seres diferentes e, inversamente, se alejaba a los vecinos) del método que era el único que respetaba las líneas o fronteras naturales.

Este trabajo no dejaba de arrastrar efectos ventajosos: las plantas que tienen que ver con el mismo sub-conjunto poseen seguramente los mismos caracteres señaléticos (exteriores, tales como los índices) pero también propiedades vecinas (el interior). Si uno de esos vegetales llegaba a faltar, se sabía entonces dónde encontrar el equivalente, el sustituto. Se evitaban las escaseces, los bloqueos.

¿Se acurruca el orden en los seres mismos? No aceptamos esta conclusión tal cual, porque ella limita demasiado las prerrogativas del investigador, que se contentaría con sacar de la sombra lo que allí se ocultaba. No, él debe construirla, reconstruirla, pero no puede dejar de inspirarse en las demarcaciones existentes.

¿No ha procedido la naturaleza misma de forma casi aritmética? Ella añade, gracias a la evolución acumulativa, las unidades (tal o cual fragmento: pétalo, estambre, carpelo, etc.) las unas a las otras, o incluso ella reduce la mayor parte de las piezas o su volumen. Ella trabaja igualmente con el número y el espacio, de los materiales discretos. En estas condiciones ¿cómo no se iba a ofrecer a ella nuestros recortes precisos?

A pesar de todo, y equivocadamente, se nos va a tachar de “empirismo”.

Recordemos que para nosotros la filosofía consiste en comprender mejor el mundo, en todas sus manifestaciones, como impedir su confiscación por parte de algunos (la desigualdad social). Su comprensión no es evidente. El ejemplo de la biblioteca como el del “libro mismo de la Naturaleza” (otra multitud), si no debe atenuar el trabajo del espíritu que los ordena, subraya la importancia, el peso complementario de ese real inagotable.

2) Nunca lograremos la meta fijada. Al horticultor le encanta hibridar, por no decir: confundirlo todo. Selecciona, desprograma y “quimeriza”. Aumenta en todo momento las cantidades. En cuanto a la propia biblioteca, sufre las mismas sacudidas; primero le toca recibir los libros inclasificables (por ejemplo, cuando los artistas eligen ese medio –el libro– para su arte; ese libro-objeto no equivale a un libro sobre arte, sino que se erige en libro-arte). ¿Habrá que ponerlo al lado de los libros-contenidos? ¿No será que apenas se les parece de fuera?

Además, lo más importante en esta reunión de libros tiene mucho menos que ver consigo misma que con el indispensable fichero que informa los emplazamientos y las unidades. ¿Dónde situar este libro de los libros?

En todo caso, la propia biblioteca comienza a entrar en la tempestad que la perturba; el microfilm emprendió el cambio; los dispositivos que transmutan los escritos a pantallas, y dejan de lado los “soportes” de papel tradicional echan por tierra el sistema de subrayados y de rejillas. La vieja pregunta sobre la localización pierde sentido. Prueba de que los problemas nunca se han resuelto, que ellos regresan o renacen como el ave Fénix, y que los pretendidos “órdenes” que uno creía definitivos entran ellos también en una historia que los relativiza.

Las tecno-ciencias cambian las interrogaciones; las disciplinas documentales evolutivas nos salvan de la cuestión a la que teníamos que contestar.

Si “el orden” coincide con lo real, nunca llega a abrazarlo por entero (libros-objetos se interponen), y él mismo, elaborándose poco a poco, corre también hacia la asfixia (el número de los libros que hay que ordenar termina por sumergir a la biblioteca, y obliga a deshacerse de los soportes materiales, si se quiere conservar la información). En suma, el problema que plantemos ise ha esfumado, al menos, en parte!

Hemos efectuado un largo desvío; estaba destinado a evitarnos una crítica (la de ceder al pensamiento empirista); pero queríamos paralelamente alejarnos de la atracción idealista, que solo conoce nuestras decisiones o nuestras capacidades categoriales. ¿Cómo pensar también que el espacio esté en nosotros y no afuera?, ¿qué todo lo que vemos y juzgamos solo tiene que ver con nosotros únicamente? La filosofía arriesga demasiado conducir al solipsismo.

Otra manera de evitar el “salto” al océano del mundo consiste en preocuparse no tanto por conocer como por las maneras de conocer o de las condiciones de posibilidad del saber. Se logra regresar sobre sus pasos y reintroducirse en sí mismo, a la búsqueda de un funcionamiento: “¿Qué puedo saber, o también: cómo adquirir ese saber?”.

Con una astucia más maligna todavía, se sostendrá que un descubrimiento (parcial, limitado) cuenta menos que la manera (eventualmente transponible) gracias a la cual él se ha logrado. Olvidamos el resultado, imientras se privilegia la “receta”! Con esta estratagema se logra aún desvalorizar la cuasi-materialidad en provecho de la sola operatividad mental.

El infortunio es que la disociación (entre el medio y el fin) no puede ser efectuada. Nos recordamos de la picante anotación de Gaston Bachelard que fustigaba los métodos: “todo discurso sobre el método es un discurso de circunstancia”. ¿Cómo separar el paisaje y el camino que él lleva?

Lo decisivo se encuentra en la promoción misma o la renovación del conocer; es impensable y pretencioso que se lo iba a ultrapasar, trascenderlo (o incluso trascendentalizarlo, para separarnos de Kant) con el fin de extraer principios

universales aplicables al futuro. El joven conocimiento quedaría transformado en un medio para acceder a algo más y mejor que él: un conocimiento del conocimiento.

Pero este constituye para nosotros una abstracción, una concha vacía, una falsa exigencia, una ilusión especulativa. Es necesario poner cuidado en el contenido suficientemente rico por sí mismo; si se lo desborda se cae en el vacío, o su duplicación, que cree emanciparse, mientras que lo está repitiendo. El método se encuentra en la obra misma, en el proceder; ¿cómo extraerlo, sacarlo por fuera de su movimiento mismo, sin echarlo a perder o reducirlo a un formalismo perezoso?

Por consiguiente descartemos las locas tentaciones, como la de un pensamiento del pensamiento, de la idea de la idea (bien querida por Spinoza) que nos parece un espejismo de la reflexión. El pensamiento no puede eximirse de un "material" que él aprehende y que transformará. Y regresamos así a nuestro punto de partida.

Se trataba de definir el acto de filosofar. Hemos excluido de acá la ascesis griega, el idealismo victorioso y soberano, así como empobrecimiento empírico. ¿Dónde refugiarse?

Por mi parte, he creído un deber al abandonar la morada (la prisión) filosófica, sin embargo, no recomendaría tal exilio. Desconfiemos de los desvíos prometedores idonde uno se pierde!

¿A qué se debe esta semi-decepción? Ante todo, porque no es suficiente con haberse untado de algunas teorías o prácticas científicas para penetrar verdaderamente en su *ratio essendi* y sus verdaderos problemas. Un barniz idesaparece bastante rápido! El estudiante, por muy juicioso que sea, permanece por fuera, afectado de pasividad.

Pertenece solo a los Maestros reales, a los concedores, entrar en el corazón de sus disciplinas, o exponer las cuestiones que son verdaderamente importantes. Y ni siquiera ellos mismos lo lograrán siempre.

A este respecto, notemos que se ha loado a Claude Bernard, se lo ha exaltado incluso porque en efecto él renovó la fisiología experimental, multiplicó los descubrimientos, al mismo tiempo que reflexionó sobre sus propios encaminamientos, y teorizó el cambio que suscitaba. Sin embargo, no hemos dejado de poner en evidencia el desajuste que opone su práctica de vanguardia, fundadora, a una teoría que no le corresponde verdaderamente. Él utiliza su saber y su indiscutible prestigio para caucionar una filosofía ya conocida (una ideología). Será de festividad de las escuelas y de los discursos académicos. Lo consideramos el Víctor Cousin de la metodología experimental. De ello resulta que la mayoría está en condiciones de pensar que su trabajo novador puede desviarlos; con

mayor razón el pobre diablo que se esfuerza en rebuscar un poco de información, y que la recibe de segunda mano.

Por otra parte, la medicina perdió su bella unidad; se fragmentó en múltiples especialidades que a menudo se ignoran. La técnica la invadió y ha expulsado la “retórica” que la embellecía, la exaltaba y también la organizaba.

Finalmente, una inmersión tan larga en la realidad de la enfermedad aleja de la filosofía; si se entra en ese universo tan estallado, se sale de él desorientado. ¿Cómo no estar desconcertado con ese repentino aflujo de disciplinas: la embriología, la histología, la bioquímica, la anatomía patológica, la biofísica; sin contar las enseñanzas básicas (la anatomía propiamente dicha, la fisiología, la semiología) y las que las siguen (la parasitología, la bacteriología, la inmunología, la toxicología, etc.)? ¿Cómo no doblarse bajo el peso de semejante “summa”, tanto más cuanto que las facultades o las escuelas se regodean en la acumulación de datos y no cesan de inflar sus programas?

Solo algunos pasan a través de las ráfagas de la tormenta; logran superar la prueba (René Leriche, Henri Péquignot y Georges Canguilhem han propuesto reflexiones fundamentales).

En lo que me concierne pude prevalerme, en medio de mis quejas, de una ventaja: yo saqué partido de una situación material al comienzo favorable. En efecto, luego del P. C. B. comencé mis estudios de medicina en una escuela (en Dijon) y no en una Facultad (fue solo más tarde que la Escuela de Dijon fue transformada en facultad autónoma). La diferencia, institucional y pedagógica, no es insignificante; se parece a la que separa un actual CES a un liceo.

Con medios modestos, ellas solo preparaban en los dos primeros años (el primer ciclo), luego de lo cual los estudiantes debían emigrar a una Facultad, donde terminaban su formación. Las escuelas no se beneficiaban de ninguna autonomía; los exámenes de fin de año estaban a cargo de maestros de la Facultad de la que dependía la Escuela. En junio y en septiembre llegaban a Dijon los jueces de Lyon que presidían las pruebas, las evaluaban y las caucionaban. La enseñanza estaba asegurada entonces, no por maestros patentados, sino por médicos en ejercicio de la Ciudad, reclutados a partir de su celo, o bien con el fin de asegurar su celebridad.

¿En dónde estuvo mi suerte de encontrarme en esta Escuela que solo reunía una treintena de estudiantes (por año, por tanto sesenta en total), cuando los más privilegiados iban directamente a los centros autónomos, a las facultades de prestigio? Además experimenté un ligero malestar, pues yo estaba sentado en los mismos bancos al lado de quienes fueron mis alumnos, el año anterior, en el liceo donde yo los preparaba para terminar el bachillerato (puesto que mientras tanto yo seguía dictando las clases de filosofía en undécimo).

La Escuela estaba dirigida por un agregado en medicina interna que no lo habían contratado los lyoneses; ellos lo habían descartado. Pero en ella reinaba Pierre Étienne-Martin (había sido el yerno de René Leriche, y su padre había sido profesor de Medicina Legal en la Facultad de Medicina de Lyon). Verdadero aristócrata de la medicina, él centralizaba todo. Organizaba a la modesta Dijon como un desquite. Nos reunía todas las mañanas con solemnidad. Reflexionaba a cielo abierto sobre los enfermos que estaban a cargo. Irradiaba. Fusionaba en sus “lecciones de clínica” todas las perspectivas biomédicas que dominaba; la Ciudad entera le reprochaba su vanidad, sus gustos por las amplias síntesis, su fiebre a favor de las brillantes consideraciones, pero los estudiantes no podían más que estar entusiasmados por sus fuegos artificiales. No se contentaba con brillar; era cierto que aclaraba. Con él, el más insignificante enfermo se transformaba en una especie de nube teórica cuya significación no podía ser agotada; comentaba tal o cual caso tan bien como Georges Le Roy, historiador de la filosofía de Dijon, comentaba un texto de Descartes o de Leibniz.

Más tarde, cuando tuve que ir a Lyon para continuar mis estudios, *a contrario*, pude constatar los efectos fastidiosos de la dispersión. Ya lo había notado en lo concerniente a la enseñanza de la Filosofía; la de la Medicina, más masiva o más colmada, lo exige aún más (un maestro, solo un maestro!). Le debo a Pierre Étienne-Martin lo poco que sé, a pesar de las limitaciones que aperecho hoy en sus exposiciones y explicaciones.

Mi suerte residió en los comienzos. Sin embargo, yo me pregunto si sí había necesidad de tomar ese largo y sinuoso camino, que aleja tanto de la filosofía y solo da probablemente una tintura (teórica). Creí en los beneficios del cambio, del contacto con “otra parte” pero ¿no fue una semi-trampa? Buscando la alteridad, se corre el riesgo de perderse “uno mismo”.

Es verdad que, por una parte, el hospital (sobre todo el de Dijon que acogía, por entonces, a todo el que viniera de la región) ofrece una consolación sin igual; el encuentro con los pacientes, en los momentos más insoportables, a través de situaciones sociales a veces inimaginables. El cuerpo del hombre enfermo frecuentemente entrega las huellas de una vida surcada de dramas y de pruebas. Pierre Étienne-Martin no dudaba en confiarles a los jóvenes principiantes a los que entraban; ellos se hacían responsables.

Por otra parte, no quiero limitar el alcance de esta semi-aventura, pero sería falso valorizarla; ella equivale sobre todo a un extrañamiento.

Este largo relato no me ha alejado de lo que, sin embargo, quería definir: ¿qué es la filosofía? Ella consiste esencialmente en ponerles cuidado a los problemas que sacuden el mundo. Ella debe renovarse con él mismo. Solamente añadamos, para terminar, que el profesor de Filosofía no es el mejor dispuesto para lograrlo. No abandonamos los callejones sin salida; el profesor, que reci-

bió las herramientas conceptuales, y que ha sido iniciado en la reflexión de los antiguos, sigue estando prisionero de su indispensable formación. Se requiere que él conozca el mundo, pero todo lo desvía de la meta, incluida esta filosofía que lo único que predica es el retorno a un pensamiento originario o fundador, para no hablar de un ser necesariamente retraído con respecto a los fenómenos que se consideran como obstáculos.

Y la historia de la filosofía va aún más lejos, en la medida en que ella nos hunde en la erudición, por no decir en el pasado. De este modo, “el filosofar” que debíamos definir se caracteriza sobre todo por las dificultades casi insuperables con las que tropieza.

## Capítulo segundo

La pasión de los cuerpos

**A pesar de sus observaciones críticas, el paso por la medicina le ha permitido una cosecha filosófica. ¡Usted no puede despreciarla!**

En efecto, a pesar de las reservas precedentes, no puedo negar la influencia, para no mencionar la especie de inflexión mental, debida a esa larga y laboriosa travesía.

Primero, la biomedicina considera al cuerpo humano que, con más de un título, merece la atención; porque el psiquismo (que retiene al psicólogo) podría solo ser el desconocimiento de este cuerpo. En cuanto a los filósofos, prisioneros de su “ego”, no consideran suficientemente al cuerpo en sí mismo, por él mismo; sostiene el papel de un simple medio ambiguo, a la vez para ocultar la conciencia y para revelar su conducta. Él muestra y disimula. La medicina habitúa al cuerpo desnudo, descubierto, teatro mismo de nuestra historia y de nuestras desgracias. Sin embargo, no dejará de sorprender. Un estudio, incluso elemental, iluminará sus extrañas características. Evocaremos tres de estas perspectivas, susceptibles de revelarlo.

1) Primero, el alma puede leerse en él; él la detenta y la descubre.

La fisiognomía (el arte de discernir el psiquismo en lo corporal, no siendo el uno sino el reverso del otro) ha sido severamente ridiculizada dado que se la ha comprendido mal, se la ha rigidizado y deformado; ella encerraría al hombre en una especie de caparazón. La frenología rápidamente la ha desnaturalizado y desacreditado.

Pero, si se la restituye a sus verdaderas dimensiones, se le reconocerán sus méritos; por ejemplo, el fundador de este enfoque, Jean-Gaspard Lavater –pastor

de la iglesia reformada de Zurich, nacido en 1741 y muerto en 1800— se dedicó a discernir en el rostro muchos rostros que no se equivalen; él distingue “lo duro” y “lo blando”, el que se ha recibido y el que ha sido modificado, el que hemos buscado atenuar u ocultar y el que emerge, el que nace del conjunto y ese cuyos fragmentos se analizan; más o menos convergentes, el que poco a poco se corrompe y el que uno logra reorientar. Con él no se corre el riesgo de hacer una lectura demasiado simplificada.

La fisiognomía –anota él– “pertenece a la física, tanto como a la medicina, puesto que hace parte suya; ¿qué sería la medicina sin la semiótica, y la semiótica sin la fisionomía?” (*El Arte de conocer a los hombre por la fisonomía*, 1820, O. C., t. I, p. 268).

Lavater a veces se limita a rejuvenecer la vieja tripartición; toma entonces en cuenta separadamente la frente (la vida intelectual), luego una segunda región (“toda la parte colocada entre los ojos y el labio inferior, solo pertenece a la vida moral e indica todos sus estados, sus diferencias y variedades”, *ibíd.*, p. 206), y finalmente “el labio y la mandíbula inferior parecen reservadas a la vida animal y no pueden prolongarse y tener una saliente notable sin que de ello resulten signos inequívocos de animalidad” (*ibídem*). Lo más particular estaría en que “nuestro cuerpo” se resumiría entonces él mismo en la cabeza; en ella se apercibiría la cerebralidad pero también el corazón y el vientre.

Lavater no se queda ahí; echa las bases de una gramática de lo corporal descifrabla o de una hermenéutica capaz de dar el sentido de tal protuberancia, de aquella redondez, de esa depresión o de este rasgo. Es verdad que él se dedica sobre todo a responder a las objeciones que le vienen de todos lados:

“¿Qué haces tú, el amigo declarado de la religión y de la virtud? ¡Cuántos males vas a causar! Te propones enseñarles a los hombres el infortunado arte de juzgar a sus hermanos en los rasgos de su rostro, sobre surcos equívocos. El furor de censurar, de vituperar, es espiar los defectos del otro ¿no es algo demasiado general? ¿Será que es menester aún que tú enseñes a sacar, del fondo de los corazones, los secretos, los pensamientos, las faltas que ellos ocultan?” (*ibíd.*, p. 287).

Lavater es excelente en la refutación; él no pretende aprisionar al hombre en sus rasgos o su exterior sino favorecer su desenvolvimiento o ayudar a su reconocimiento.

“A mí me gusta mucho más tener como base de mis observaciones sobre el hombre la fisionomía de su rostro, esa de toda su figura, de su actitud y de sus gestos, base infinitamente más sólida que iaquella que se funda en tal o cual acción aislada del conjunto y de las circunstancias! Se dice que este hombre es violento y colérico. ¿Cómo lo sabe usted? Por sus acciones. Enhorabuena;

pero yo me encuentro a este hombre, y me sorprende su suavidad y la modestia que expresan su cara y toda su actitud" (*ibíd.*, p. 293).

El exterior entrega el interior, como si en el anverso se apercibiese el reverso. Pero sobre todo: el cuerpo palimpsesto comprende muchas capas que no se superponen exactamente. Está cargado de índices o de signos reveladores.

En todo caso, por una parte, lo "blando" expresa la sedimentación de nuestros ejercicios (la tensión transformadora, sea que ella degrade sea que ella corrija), mientras que lo "duro" (lo óseo) traduce la pesantez de lo que logra encerrarnos (la fuerza de lo hereditario). Podemos evaluar el resultado de este combate. Por otra parte, el propio cuerpo escapa a la homogeneidad orgánica; se concentra en algunos lugares, lo que facilita su desciframiento.

Sobre todo, idescartemos los prejuicios y los juicios apresurados! ¡Aprendamos a observar! "Se ven mecánicos con una destreza sorprendente que ejecutan obras las más delicadas y las más finas con manos tan gruesas como las de los leñadores y los mozos de cuerda; mientras que los delicados dedos de la mano de una mujer a menudo son incapaces de todo trabajo mecánico que exige una habilidad". Rudo golpe a la teoría o al método! Pero "la mayor parte de los naturalistas atribuyen al elefante una figura pesada, un aire estúpido, y subrayan el contraste que existe entre la destreza de la que está dotado este animal y su estupidez aparente (o más bien pretendida). Pero comparad el elefante con el tierno cordero: ¿cuál, según el simple aspecto de la estructura de su cuerpo, anuncia la mayor habilidad? Seguro que no es tanto la masa la que decide sino la naturaleza, la movilidad, la flexibilidad del cuerpo, los nervios, la sensibilidad interna" (*ibíd.*, p. 369).

Sin ninguna duda, Lavater enseña claramente a examinar las estructuras y los dinamismos (los órganos así como sus movimientos), a encarar la morfología de los cuerpos y a inducir sus particularidades a partir de ellos.

2) Insistimos en el estudio elemental del cuerpo porque, para nosotros, solo existe un mundo, el nuestro, el que habitamos. Ahora bien, este cuerpo constituye, sin duda, la cima (ontológica), el ser más complejo. En él se recentra lo esencial, lo que subsume todo el resto. El propio pensamiento deberá nacer en él, de él, porque él lo superará y deberá resolver los problemas que lo detienen, salvarlo de sus propios automatismos. El vivir cederá entonces el paso a la "reflexión", pero no por ello deja de ser la base, el motivo de esta victoria. A este respecto, él merece que nos detengamos en él y que aprendamos poco a poco a comprenderlo.

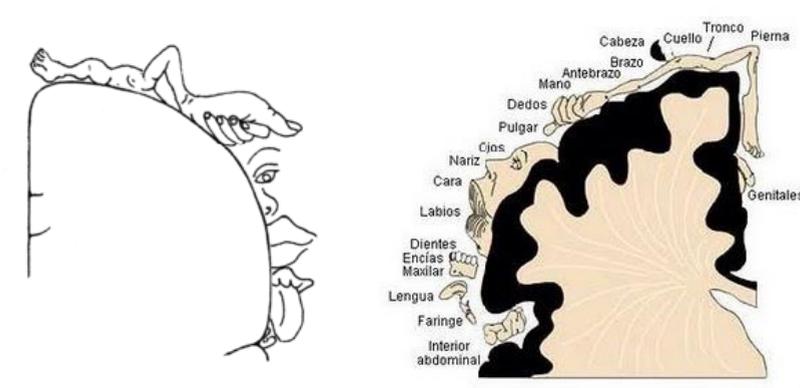
Uno gana ayudándose de diversos enfoques biomédicos (la biología comparada, la antropología física, la embriología, la electrofisiología, la neuroquímica, etc.), con el fin de descifrar mejor nuestro enigmático cuerpo. No lo reduzcamos

a una masa o a un volumen, a un simple ensamblaje de órganos reunidos los unos con los otros.

Una de estas disciplinas auxiliares, que favorecen su inteligencia –la electrofisiología– reveló en él un redoblamiento decisivo: desde 1870, Fritsch & Hitzig estimularon en un perro ciertas zonas de la corteza frontal y provocaron las contracciones de los músculos de la mitad contraria de su cuerpo. Según el punto excitado, ellos suscitaban los movimientos, o bien de la cabeza o bien de las patas anteriores, o bien del tronco (el área motriz bien delimitada). Más tarde (1940) Penfield (un neurocirujano) actuó de la misma manera, pero esta vez sobre sujetos trepanados que habían dado su consentimiento para este tipo de exploración inofensivo; pudo establecer así la cartografía de las diferentes “áreas” del cerebro motor humano.

Allí donde Lavater veía resúmenes o llamamientos, nosotros podemos, sobre bases más seguras, detectar otro cuerpo (el operacional) en el cuerpo mismo (que se vuelve un simple ejecutante).

En una palabra, cada órgano, cada segmento (para solo hablar aquí de la motricidad, pero lo mismo podría hacerse con lo sensorial, o lo endocrino, o lo visceral) se proyecta en una región cortical bien circunscrita como mínima; en este caso, en la zona prerrolándica, es decir, delante de la famosa cisura de Rolando, que separa el lóbulo frontal del parietal. También debemos admitir –además de nuestra mano real, la que vemos – una imagen de ella, que la comanda, aunque no se le parezca. El pulgar, por ejemplo, se impone por sus dimensiones sobre los otros dedos.



Un cuerpo cuasi-funcional ha desalojado al cuerpo mismo, aunque esté incluido en él; niega por ello su voluminosidad y la espacialidad. Conviene, a la vez, separar y también juntar la decisión (el querer) y la realización (el moverse). Seguramente que solo percibimos este último, puesto que aquel otro se sitúa en la cerebralidad que, de alguna manera, exalta al organismo y se lo apropia.

La medicina descubre precisamente estos dos cuerpos imbricados el uno en el otro; ella asiste a las más extrañas disociaciones, así solo sea aquella –la más elemental– de la parálisis central efectiva de un fragmento muscular y fisiológicamente integrado. ¿Quién lo prueba? La espasmodicidad de los reflejos, cuando no una cierta contractura. Pero, lo más curioso es que el cuerpo y su cerebro se hayan asimetrizado el uno con respecto al otro, puesto que un trastorno a la izquierda del uno remite a una modificación a la derecha del otro (e inversamente). La neurología, la neuropatología, desimplica, despliega lo que está enrollado sobre sí mismo.

El síndrome de Brown-Séquard –para entrar en una anotación más sustentada–, aunque concierna a los haces de la médula, y ya no a lo cerebral, confirma de manera sorprendente las posibles discordancias: por el lado de la lesión (de la mitad de la médula) se nota una parálisis, una abolición de la sensibilidad profunda, pero al mismo tiempo una hiperestesia al dolor y a la temperatura; del lado opuesto, la conservación del sentido muscular pero una franja anestesiada termo-algésica (el cigarrillo puede quemar al enfermo que no reacciona). Está cortado en dos, lo que explica el cruzamiento (en la médula) de las vías aferentes sensitivas.

No solamente debemos admitir la existencia de dos cuerpos sino, además, que las comunicaciones entre ellos han sufrido una especie de torsión y de quiasma; además, no todas las vías siguen los mismos trayectos (decusación para las unas, transmisión directa a la base para las otras); de acá se siguen diversos desenganches. Por acá las sorpresas de un cuerpo que se escinde y se revela. Pero permanezcamos aquí no en el volteo derecha/izquierda, las disociaciones (movimiento y sensibilidades) y hablemos de la asunción completa de lo bajo en lo alto, y por tanto la posibilidad de una desligadura, en los dos sentidos, a causa de esta importante geminación (o reproducción modificadora). De esta manera, la cima puede llevar a ignorar su base y, en sentido contrario, esta emanciparse. El cuerpo se hace trizas y termina incluso por ignorar que él se disuelve (asomatognosia). Pero, a través de estos trastornos, captamos mejor las polaridades o las envolturas de los diversos segmentos solidarizados.

3) En fin, en y para esta lectura cuasi laberíntica del cuerpo, evidentemente estamos atraídos por otra manera de distribuir las unidades y de volver a conectarlas; les concedemos su valor a los contrastes, así como a las conglomeraciones. Como lo anotaba magistralmente Buffon, y sobre todo Bichat, pongamos por un lado los aparatos llamados vegetativos, unitarios y homogéneos (el archipiélago digestivo, o el respiratorio) comunes a las plantas y a los animales; y del otro, los de la vida relacional, reconocibles en su bipolaridad (dos manos, dos ojos, etc.).

Fue principalmente Bichat el que comentó esta repartición llena de consecuencias.

Primero, no nos dejemos engañar en el sentido de que no es necesario seguir ciegamente las aparentes separaciones (dos pulmones, dos riñones...) sino respetar ante todo las desigualdades y escotaduras que los escoltan, contrarios a la similitud exigida. "Si se observa que el bronquio derecho es diferente del izquierdo por su longitud, su diámetro y su dirección; que tres lóbulos componen uno de los pulmones, que solo dos forman el otro, que hay entre esos dos órganos una desigualdad manifiesta de volumen, que las dos divisiones de la arteria pulmonar no se parecen ni por su trayecto ni por su diámetro (...) veremos que la simetría no era sino aparente"<sup>8</sup>.

Solo la fisiología, por una parte, y la patología por la otra permitirán trazar las verdaderas distinciones:

a) por ejemplo, los órganos de la vida llamada animal, siempre duales, como la motricidad o la sensorialidad, solo conocen una actividad intermitente (requieren del sueño, o la relajación, o el reposo), mientras que los de la vida vegetativa se activan de forma ininterrumpida. Continuamos digiriendo o respirando incluso cuando dormimos.

Estas dos provincias son a tal punto disjuntas que no nacen ni mueren al mismo tiempo; en efecto, es por partes sucesivas como la muerte nos alcanza. El cerebro se desploma o se cierra primero, porque la memoria se pierde, las ideas se oscurecen, los sentidos mismos se embotan poco a poco, mientras que "el adentro" se prolonga intacto. En el otro extremo de la vida (cuando se trata de su emergencia), la cerebralidad es la última que llega, luego de lo respiratorio y de lo digestivo. Lo que asegura la reproducción solo surgirá mucho más tarde, pero se trata acá de un conjunto que pertenece a la especie y que no se pliega a las reglas que conciernen al cuerpo individual.

b) por su lado la patología confirmará esta escisión, según el mismo Bichat. Una enfermedad que golpea un órgano del vegetativo no deja de repercutir en los otros, mientras que no tocará la vida animal sino a medias, sin repercusión sobre su simétrico (en la hemiplejía, un solo lado está paralizado, mientras que el otro no está alterado). Los aparatos de la sensorio-motricidad se han hecho independientes.

Por lo demás, ganan en esta separación; dicho de forma más simple: si la mano derecha (en un diestro) monopoliza la fuerza y la destreza, la izquierda juega el papel de sostén. Se sabe también que los dos hemisferios cerebrales no trabajan de la misma manera; el uno analiza lo que el otro encara de manera sincrética. Las dos mitades no son enteramente iguales (divergen funcionalmente). A este respecto, la antropología comparada aporta una sorprendente

<sup>8</sup> Bichat. *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*. 1800, p. 9.

confirmación: los japoneses conocen tres tipos de escritura, dos de ellas alfabéticas (*kana: katakana & hiragana*) y una ideográfica, parecida al modelo chino (*kanji*). El japonés cultivado lee las tres. Pero según el tipo de lesión, el cerebro podría leer una (ligada al reconocimiento de las formas) y perder la otra (el lenguaje alfabético), cuando no es lo inverso. Todo depende del lugar (las localizaciones) y del hemisferio concernido, lo que confirma bien la realidad de esta semi-dualidad de roles diferentes, aunque complementarios.

Los fisiólogos llegaron hasta tratar de evaluar los desvíos en el paralelismo; cuando son demasiado débiles, comprometen el juego de la vida relacional; cuando son excesivos, la desequilibran. El cuerpo se beneficia solamente de la ligera tensión, o de la complementariedad, de los dos simétricos (para nuestras manos, nuestros ojos, nuestro cerebro). La identidad no le conviene, como tampoco una amplia diferenciación.

Antaño, por lo demás, le hemos concedido valor a lo que realizaba un hábil psicofotógrafo que manipulaba los retratos; recortaba en dos mitades iguales el rostro de un sujeto y, con la ayuda de cada una de ellas recomponía un rostro derecho o izquierdo. Este último le parecía más revelador que el primero, mejor controlado y mucho más en relación con la vida social; nuestro cuerpo, nuestra cabeza incluso, abriga a un “otro” hundido en el conjunto. La operación de separación y de reconstitución a partir de este fraccionamiento ayudaba a discernirlo.

Así, resúmenes y analogías, tomar lo de abajo por lo de arriba, dualidad derecha/izquierda, el organismo no debe ser visto de manera conformista; conviene multiplicar las perspectivas, interrogar ese cuerpo en todos sus rincones y siguiendo todos los ejes.

Pero la medicina, que consagra este enfoque, va aún más lejos que lo que sugiere un examen directo, incluso si este renueva ya nuestra visión del organismo.

En el fondo ¿qué nos aporta ella? E incluso ¿en qué consiste este arte? Pensamos que el viviente, en el curso de su larga historia, ha encarado la integración de los fragmentos que lo componen. El vegetal, el primero, no ha alcanzado aún ese estatuto; se lanza hacia fuera y allí se dispersa. Por lo demás, cada pedazo de él mismo produce un “otro él mismo” (la *pars totalis*). La menor parcela puede restituir al conjunto, como si este desease solamente una pluralidad.

Los protozoarios no escapan todavía a este estado donde domina la multiplicidad, siempre perceptible en ellos; el corte de un gusano de tierra, así como la sección de esta sección, equivale a un animal entero. Esto se parece a una colonia virtual, fácil de desarticular. Y a la inversa, los más evolucionados lograrán la entera compenetración de las unidades y borrarán hasta los vestigios metaméricos<sup>9</sup> (la sucesión, la simple adición de las piezas).

<sup>9</sup> Es metamérica toda relación, comparación, inserción, etc. de este término o configuración, con otros de superior nivel holótico

El cuerpo humano, en lo alto de la curva, ha logrado la integración, de tal manera que cada uno de sus diversos segmentos depende de los otros, al mismo tiempo que los mantiene. El cuerpo realiza entonces una verdadera comunidad material: se opone a la autonomía de los aparatos, los “niega”, pero con el fin de absorberlos mejor en el todo. Los sustrae también de su relativa exterioridad (como de su independencia). A causa de esta subordinación, resulta un comienzo de interioridad y una suerte de auto-encierro (el “en sí” tiende al “para sí”).

Todo el arte médico podría consistir en ir en el sentido contrario, en desenvolver afuera lo que está fundido o solidarizado; aísla, pone en dos dimensiones, desliga... sin por lo demás romper enteramente los lazos que conectan las partes al conjunto. La biomedicina viola la pseudo-interioridad corporal –y por esto uno de los aspectos de su violencia– con el fin de captar mejor tanto lo que la constituye como lo que eventualmente la altera. Ignorábamos en parte al cuerpo y lo que él abrigaba; la tecnociencia se dedica a “desantuarizarlo”, y por tanto a revelarlo. Y el filósofo no puede permanecer indiferente en presencia de este trabajo de iluminación.

¿Cómo hace la biomedicina simplemente para desplegar sin demoler? Es posible evocar algunos de los procedimientos exploradores, entre los más simples.

1. El más elemental consiste en la toma de líquido (el cefalorraquídeo, pero sobre todo la sangre). Este último tejido, que asegura el enlace entre los sólidos, nos da una primera imagen de lo que él baña. Una de las informaciones más estupefactivas (y es por esto que vista de fuera la medicina limita con la magia) viene de que puede informarnos a la vez sobre el pasado, el presente, e incluso el porvenir de aquel del que se ha tomado la muestra.

Si este anteriormente padeció una enfermedad infecciosa, él conserva en efecto la “memoria” de ella bajo la forma de anticuerpos que el laboratorio de análisis sabe evaluar a la vez cualitativa y cuantitativamente. Asimismo, en lo que concierne al presente, la misma operación autoriza un diagnóstico. ¿Y el porvenir? Las enfermedades que afectarán al individuo están ya trazadas en punteado en su patrimonio y su sistema de defensa (HLA Antígenos Leucocitarios Humanos).

Esta muestra de sangre, que también nos indica el estado de lo que se llama el “medio interior” y sus constantes, “refleja” aún la actividad (hematopoyética) de la médula, así como la del hígado (la glucemia). ¿En dónde se va a encontrar un testigo más fiel y más decisivo? Es verdad que a veces, no ha registrado aún un mal taimado, un déficit incoativo; el médico remonta mucho antes y, con su trocar entra en la médula del hueso (el esternón), aspira algunas células matriciales.

2.- Étienne-Jules Marey, por su lado, puso en operación un medio simple que organizó: la técnica biofísica de los sensores. La vida nace de ínfimos y numerosos movimientos tan furtivo que no podemos captarlos a simple vista.

De esta manera Marey comenzó por colocar en la muñeca un dispositivo neumático para que registrara el pulso (el esfigmógrafo); pudo recoger la onda mínima que corre a lo largo de la arteria. A partir de ahí, no dejó de perfeccionar la tríada “tomar-transmitir-inscribir”.

Se le deben los comienzos de la cardiografía, que visualiza la alternancia de las sístoles y las diástoles, tanto de las aurículas como de los ventrículos. Los procedimientos cronográficos que proyectan las formas y las fuerzas en líneas sobre un cilindro que se ha ahumado fueron aplicadas a las contracciones musculares, a los movimientos respiratorios (la espirometría), luego ampliados a los batidos de las alas de los pájaros (el famoso fusil cronofotográfico, especie de primera cámara portátil), a la carrera de caballos y a todas las formas de desplazamiento rápido. Marey llegó hasta evaluar la velocidad de transmisión nerviosa (el cuerpo animado, fuente de innumerables flujos); al final, debía sustituir los aparatos estrictamente mecánicos por transcriptores electro-magnéticos.

¿Cómo no saludar esta revolución biomédica y notar que es desde fuera, a veces lejos del movimiento, donde opera el biomecánico su registro (la telecaptura)? Además, lo coloca (al menos sus trazas esquematizadas) en una línea ondulante, sobre una hoja de papel; nada más precioso (un documento que permanece y sobre el que se puede trabajar) ¡que se transfiere! Mientras que lo real, en su celeridad y en su fugacidad, se nos escapa, él viene como a inscribirse y a darse a ver entonces.

Como filósofos gritamos “victoria” aquí, por dos razones al menos:

a) Una ciencia experimental, cuando logra una tan importante captura, renuncia entonces al significativo confuso para quedarse solo con el significado (el sentido). El ejercicio intelectual más decisivo consiste en escapar a la materialidad del soporte, con el fin de acceder a lo que él vehicula verdaderamente.

La escuela nos lo enseña; la sola lectura o la escritura inician en estas operaciones de cambio de registro; en el primer caso pasamos de la forma gráfica a la oral (la pronunciación no debe solamente deletrear sino expresar la tonalidad del enunciado que en ella vibrará) sin modificación del contenido; en el segundo caso (la escritura), vamos en sentido inverso, de lo fónico a la inscripción. En los dos ejercicios, lo único que hemos realizado es un simple desplazamiento.

Posteriormente se irá más lejos; se lo efectuará con importantes beneficios, ya sea que se obtenga una reducción del volumen, ya sea que se logre una mejora informacional. Por lo demás se puede acumular la ventaja cuantitativa

y cualitativa: la reducción (por concentración) y la esencialidad (un plus de inteligibilidad).

El cardiograma mareyano, ancestro del electrocardiograma, ilustra esta eventualidad: el ritmo, la velocidad, las diversas fases de la contracción cardíaca estaban dispersas y ahogadas en el movimiento global; gracias al aparataje que las selecciona y las extrae de allí donde se actualizan, accedemos a una "imagen" depurada, un diagrama. Se descartan la voluminosidad y la confusión que la escoltaba. El electrocardiograma desborda en científicidad (una suma de datos) al corazón mismo, un órgano que no exhibe verdaderamente la animación ordenada que lo sacude y de la que solo se ven los efectos.

Esta delgada trayectoria eléctrica recapitulativa supera a su manera a la gota de sangre; en ella se detecta el pasado (los vestigios cicatriciales o los índices de antiguas fragilidades) como se asegura del presente, y también del porvenir.

Anteriormente, la medicina había ya reemplazado la vista desfalleciente por la oreja, más propicia para detectar el movimiento y sus anomalías; dado que la sangre pasa a través de orificios estrechos, emite sonidos que el clínico ha identificado y reportado a los dispositivos (un estrechamiento eventual o, a la inversa, insuficiencias). Él aprecia la solidez del juego valvular pero también, a través de él, la energía impelente. La traducción eléctrica rebasa esta sensorialidad auditiva que Laënnec había establecido.

b) La otra razón para celebrar la importancia de la cronografía viene de que la medicina (y ya la cultura) escapa con ella del mito de la interioridad que la roe; el clínico se imaginaba que el tenebroso y terebrante mal "se enterraba", y que convenía quitar poco a poco lo que lo recubría; salía pues a la búsqueda de una lesión oculta. La revolución técnica consiste en no sumirse en los arcanos orgánicos para sacar a luz las desviaciones o las dismorfías.

El esfigmógrafo nos alejó de la arteria pero nos entregó su textura (su elasticidad, su tonicidad). La biofisiología mareyana "detextualiza" el mal; lo desplaza, lo saca del lugar donde se había localizado con el fin de poder volverlo a situar en pantallas y líneas visibles.

3.- No es necesario que comentemos el procedimiento más clásico de la radiografía, ese que hace directamente perceptibles las menores muescas o las proliferaciones; con ella, el clínico penetra en el bosque tisular y lo aclara.

Hemos analizado en muchísimas ocasiones la radiografía, la tomografía, la ecografía, la tomodensitometría, la RMN, etc.

El problema no siempre es tan simple como se lo cree, puesto que el rayo puede no detectar nada. Pero el técnico utiliza entonces una simple astucia: inyecta al paciente una sustancia débilmente radioactiva de la que sabe que

entra en tal o cual funcionamiento celular, y no en otro. Los rayos emitidos por el isótopo bombardearán luego la pantalla negra; por ahí (método llamado escintigráfico) localiza tanto una “metástasis” como un exceso o una falta fisiológicos. El tumor o la disfunción se traducen en una nube de puntos. El radiólogo aprendió a esquivar los más temibles obstáculos.

Muestra de sangre, toma electrofisiológica, clisé configuracional, al médico no le faltan medios para el desciframiento. El filósofo-metodologista no puede desinteresarse de esas proezas; ¿cómo aprehender lo que escapa y captarlo incluso desde su comienzo? Generalmente el metafísico parte en guerra contra la “representación” (la “exterioridad”), mientras que toda la medicina se ha volteado hacia ella. Esta nos salva de la indeterminación; ¿cómo no se va a ganar al ponerse a escuchar lo que privilegia la “efectividad”, e incluso la medida?

Si los medios (o los métodos) desmitifican, sus resultados rematan la didáctica de la desilusión. En efecto, la interioridad es acosada, desalojada; las funciones más fantasmeadas, como las más reticentes a las investigaciones instrumentadas, son desplegadas, exhibidas, y por ello mismo pueden ser dominadas.

Tres de las últimas fortalezas acaban de caer, lo que no hace sino trastornar nuestro mundo moderno:

I/ Primero, la fisiología se apoderó de la procreación y de sus fases; le es posible por consiguiente fecundar el ovocito extraído y asegurar su desarrollo (los primeros días del embrión) artificialmente, por fuera del nido uterino, por lo que se ha popularizado la expresión “bebé-probeta”. Podría llegar el momento en que el ginecólogo prescindiera por entero de la madre y no verse obligado a reintroducir en ella lo que ha sido concebido por fuera de ella.

Desde ya, se entrega a inverosímiles manipulaciones (inseminaciones, madres sustitutas), tanto con el esperma como con la simiente femenina. La fecundación, la misteriosa creación de un ser constituía una barrera infranqueable; ahora bien, la actual medicina le ha dado ya la vuelta parcialmente; ella puede prevalerse de vencer la esterilidad. No es difícil prever los diversos movimientos causados por un tal dominio (a la vez efracción y exteriorización), así como los riesgos considerables que pueden derivarse de ello.

II/ Nos parece que la biomedicina (las neurociencias) atacó recientemente otro “bastión” que parecía inexpugnable; de acá el empuje de lo que se llama la inteligencia artificial

Finalmente, la corteza (la red neuronal) se parece a una máquina que almacena, integra y trata datos; también sabe reconocer las formas; con la ayuda de las reglas, o del programa con el que se le dote y que se le enseñe, saca correctas inferencias. Ahora bien, la arquitectura típicamente “neuronal” de

los programas se inspira en la estructura de la corteza y sus interconexiones. En medicina se llega bastante pronto a un increíble embrollo; se debe contar entonces con tres actores: primero el cerebro; luego la máquina que trata de sustituirlo (en lo que concierne tanto a los juicios como a las decisiones), lo que nos pone en presencia de los “sistemas-expertos” capaces del diagnóstico como del pronóstico; y tercero, el terapeuta-informático, que se ha desdoblado y ha fabricado ante sí, gracias a su experiencia y a sus automatismos, un “áster ego” al que interroga o consulta; de acá en adelante este zanja con más rapidez y seguridad que él.

En resumen, se han construido computadores portátiles –cerebros inteligentes, situados afuera de la caja craneana– que, con la ayuda de datos que ellos pueden fácilmente almacenar, y de las reglas (el algoritmo) que igualmente han grabado, inducen y diagnostican, en el caso de las enfermedades más endiabladas. ¿No es esta una conquista, un aclaramiento de nuestras actividades mentales, una simulación de resultados específicos?

III/ Un tercer candado acaba de saltar; de ello resulta una medicina de la prenatalidad, la posibilidad de discernir en el genoma (los diversos cromosomas) las eventuales alteraciones que ya ha sufrido, de donde la predicción de algunas patologías hereditarias (como la mucoviscidosis).

Es ya posible evitar la amniocentesis, la extracción del líquido amniótico en el que se baña el embrión; es suficiente con extraer un poco de sangre de la madre, porque algunas células fetales pasan a través del filtro placentario y circulan en aquella que lleva al niño, y suscitan incluso reacciones inmunitarias. El investigador podrá, a través de ellas, conocer el patrimonio genético, las primeras anomalías o el sexo de ese niño. De este modo, el embrión no resiste el que iluminemos sus potencialidades.

La procreación incluso, la inteligencia artificial, la patología prenatal; en suma, la medicina, luego de haber triunfado en el curso de los siglos sobre lo vegetativo (el corazón, los pulmones, los riñones, el hígado, etc.), acaba bruscamente de extenderse, de morder a la vez sobre lo que pertenece a la especie (la reproducción) y sobre lo sensoriomotor, así como sobre las operaciones cerebrales complejas.

Hemos evocado los medios, luego los resultados, de la fisiopatología; su convergencia salta a la vista. Los unos y los otros no dejan de movilizar la filosofía epistemológica de la inteligencia de la vida que sin duda hemos “oscurecido” o mistificado demasiado. Sin llegar a lo que la reduciría o la achataría, conviene levantar los velos que la ocultan; nosotros siempre regresamos a la “evidenciación”, al paso de una interioridad relativa a una exterioridad que respete aún a aquella y la revele.

Pero aún no hemos caracterizado el acto médico propiamente dicho. Yo lo percibo como algo que tiene que ver con lo fantástico y con lo terrorífico. Sea que el clínico recurra a la instrumentalización de visualización o de análisis, sea que busque descubrir algunos índices apenas perceptibles, o también que él cuente con la anamnesis (el pasado) del enfermo, él sustituye un organismo ya comprometido, en el que el sufrimiento, la decadencia y la muerte no tardarán en introducirse, por un cuerpo aparentemente “con buena salud” (o tal vez apenas inquieto por algunos síntomas que lo han empujado a consultar).

Recordamos que Pierre-Étienne Martin –nuestro primer maestro y un clínico sin par– era excelente en lograr la teatralización de lo mórbido. Un muchacho aparecía en el anfiteatro. El Maestro lo interrogaba (respondía con jovialidad y tranquilidad a las preguntas que le parecían sin duda o ridículas o insignificantes). Lo examinaba, lo palpaba, percutía su tórax. Apenas había entonces abandonado la escena, venía la predicción porvenir más sombría; el pronóstico fatal eclipsaba aún el siniestro diagnóstico. En algunos meses ya no existiría.

Curiosamente, el Maestro impasible anunciaba por adelantado las etapas del calvario que lo asechaban. El telón de las apariencias había sido, de repente, desgarrado, para que pudiéramos apercibir lo que avanzaba, aún de forma muy queda. Apenas se les solicitaba a los exámenes de laboratorio la confirmación de lo que había sido precisado.

¿Efecto de anfiteatro y de escenificación? Confesemos que para la época, las técnicas estaban menos desarrolladas que hoy; por consiguiente, el “sentido clínico” (el famoso ojo clínico) debía suplir esa carencia; después se embotó, tanto que entramos en la edad de los sistemas-expertos. Sin duda se trataba claramente de una medicina de gran espectáculo, pero todo acto médico tiene que ver por una parte con la tragedia. El médico –como el coro que se lamenta por lo que le espera al héroe– presiente a menudo el inexorable desenlace que él tratará solamente de retardar, de moderar, pero que se impondrá fatalmente.

Es verdad que el médico se oculta a sí mismo su angustiante trabajo, en la medida en que se activa, corre de un paciente al otro y entrega los remedios que temperan o difieren los plazos. O también se refugia, cada vez que puede, en ejercicios menos ligados a la crueldad (cura el malestar, prescribe terapias suaves, recomienda regímenes de higiene).

La enfermedad llega tarde que temprano, a causa de nuestra vulnerabilidad, pero también porque la muerte se aloja en el corazón del organismo. Al comienzo toma formas mínimas –la esclerosis, la rigidez, la lenta degeneración, a veces incluso algunas pre-necrosis: las células cerebrales, por ejemplo, que no se renuevan, desaparecen ellas mismas, y por tanto su número va disminuyendo, lo que afecta nuestras posibilidades de aprendizaje o de conservación. La muerte

nos apresura más con el tiempo; suspende ciertas fisiologías (la menopausia, la andropausia); nos quita la flexibilidad; nos entorpece y ralentiza los metabolismos celulares de base.

El médico está llamado –como veedor de lo patológico– a leer esta degradación que se cumple en el fondo de nosotros (la afección que cuida solo constituye un episodio, una ligera agitación o un hervor momentáneo); él también sustituye por las apariencias siempre engañosas las ineluctables transformaciones que ellas ocultan.

Rápidamente se topa con problemas insolubles: ¿deberá responderle al paciente que le pregunta y lo hará partícipe del contenido de sus aprehensiones (palabra esta de doble sentido: lo que aprehendo pero también lo que me temo)? ¿Se va a andar con rodeos? ¿No es mejor la mentira que tranquiliza que la verdad que mata? En qué juego arriesga entrar: ¿disimularles a los unos lo que le dirá a los otros (a los parientes)? o entonces ¿deslizarse él mismo entre palabras vagas, ambiguas? Es verdad que el hospital lo libra de estas dificultades, puesto que el paciente entra en una megamáquina donde las responsabilidades se diluyen. El jefe de clínica remite a los “internos de servicio” que, a su vez, se escudan y se escabullen tras la coartada de los exámenes que se esperan. Y esto que no hemos tenido en cuenta los “casos embarazosos”, aquellos en los cuales los médicos están divididos, mientras que muchas terapéuticas son enfrentadas.

Pero el clínico taladra y se adelanta a los datos. Lo esencial de su arte reside en el “pronóstico”, la evaluación de una situación evolutiva.

Cuántas veces he visto a médicos aguerridos dudar, multiplicar las investigaciones objetivas complementarias, pasar su tiempo eliminando hipótesis (con miras a un diagnóstico llamado diferencial), mientras que, en un solo instante el Maestro, sensible a un aspecto mínimo de la “escena” patológica, abría la vía al verdadero juicio y aclaraba de un solo tajo lo que parecía indescifrable.

Sin caer en la idolatría tecnicista, no minimizamos el peso de la instrumentación, pero continuamos pensando primero que el detector más sutil, el más seguro y el más premonitorio sigue siendo el propio enfermo –y es claramente esta, también, la lección que ha sabido dar Georges Canguilhem, filósofo de la medicina si hay alguno– con la condición de que no descuide las advertencias más discretas o los signos más en sordina, aquellos por los que la afección se insinúa en él, mientras que al comienzo ella podría ser yugulada. El más poderoso aparato no puede igualar esa sensibilidad a los primeros trastornos. Nuestro cuerpo vibra con el menor soplo.

El técnico podrá oponernos que este último también se equivoca; no dejamos de “somatizar” nuestras propias angustias; no debemos comenzar a parar

bolas al menor trastorno que nos indisponga. Pero lo que el biotécnico considera como una manifestación histérica, no debe ser ni descuidado ni menospreciado; se trata aún aquí de una perturbación somatopsíquica que es preciso no tomar a la ligera. Ella también expresa todo un conjunto y debe ser “escuchada”. Y no busquemos ahora separar lo patológico y lo que lo simula, porque son por lo demás inseparables.

Este proceder clínico –que por un lado debe trascender la vivencia pero que, por el otro, debe dedicarse a ella y no dedicarse sino a ella– explica el lado fascinante y específico de la medicina: la preocupación por las apariencias y al mismo tiempo su alejamiento, sin contar el contexto trágico dentro del cual ella se desenvuelve.

Los múltiples exámenes solo vienen en un segundo momento; deberán negar o corroborar la hipótesis; esta supone entonces el “sentido clínico” nacido de la larga frecuentación de los enfermos y de la sensibilidad a los signos y a los índices (nosotros también distinguimos los signos que el clínico reconoce, y sobre todo solicita, de los síntomas, lo que el propio paciente experimenta. Los unos y los otros no siempre coinciden).

Contrariamente a lo que se hubiera podido creer, el proceder médico (disciplina semiológica por excelencia), apenas si difiere del tipo de lectura que enseñaba la institución filosófica; en este último lugar también conviene inquietarse por las más mínimas palabras, por la forma de la construcción argumentativa, por las recuperaciones textuales ligeramente desajustadas, por las variaciones mínimas, por las eventuales renegaciones (porque desaparecen palabras), por los préstamos (una especie de epidemiología semántica), etc. La diferencia viene, sin embargo, de que los filósofos no pueden liquidar sus “conflictos hermenéuticos”, mientras que el laboratorio allanará el de los médicos. Además, la lectura en la biblioteca enfurtida de los libros del pensamiento nos aleja del sufrimiento y de la muerte que atraviesan el texto patológico enigmático.

En suma, entonces yo habría cambiado una hermenéutica blanda y liviana por una violenta y frecuentemente insostenible.

Un error arriesga con deslizarse en nuestros desarrollos. Nos preguntamos si, por lo demás, las teorías médicas no han cedido aquí.

Para nosotros, el hecho de haber permanecido exteriores a la clínica nos permite este juicio audaz de evaluación crítica que favorece el distanciamiento.

El cuerpo humano está indiscutiblemente unificado y parcialmente interiorizado. Lo certifica la noción fundamental de “medio interior” que lo caracteriza. Se cerró sobre sí mismo (la clausura defensiva) y así aseguraría su autonomía que roza la autarquía. Cuando una sustancia indispensable le llega a faltar la

fabrica a partir de cercanas de que dispone; innegablemente anula –guardadas todas las proporciones– sus déficits y compensa sus insuficiencias.

¿Pero dónde reside el error? La superficie, el tegumento estratificado (pues él se descompone en muchas capas) va a salir de acá aparentemente desacreditada, como si representase el exterior en el interior, o en torno a él. Se parece al muro, a la barrera defensiva y estanco que impide toda penetración; o también ella funcionaría como un simple continente que envuelve el contenido.

Dentro de nuestro cuerpo, los órganos esenciales no escapan ellos mismos a la obligación de una segunda envoltura (pleura, meninges, peritoneo, pericardio) con el fin de estar al abrigo de lo que podría afectarlos e impedir sus incesantes movimientos.

Por ejemplo, se mantiene la idea de un viviente constituido por auto-encajamientos destinados a la hiper-protección. Esta especie de paradigma, menos médico todavía que filosófico, se remonta a la noche de los tiempos y se inspira probablemente en nuestros primeros gestos; hay que desembarazarse de las películas, mondar las legumbres, abrir las vainas, pelar las frutas, romper las conchas, con el fin de acceder a la sustancia nutritiva (la pulpa, el jugo, el grano, la carne). Se valoriza lo que se encuentra atrás o bajo una pared resistente; ¿acaso no oculta la tierra sus tesoros en el fondo de ella misma (los fabulosos metales)? La filosofía general precipita la orientación hacia la profundidad, allá donde se alojan lo frágil y la esencia misma.

¿Es que la patología no ha cedido también a la tentación que acabamos de evocar, la que disminuye la visibilidad o la superficie, y por esto la apertura de los cuerpos a la búsqueda de una sede para el mal localizado visceralmente? ¿Por qué siempre alojar la afección en una oscuridad inaccesible o casi, sino con el fin de intensificarla (como un enemigo taimado, pérfido, que se agazapa lejos de la mirada)?

¿Dónde reside pues el error que queríamos denunciar, si no en ese relativo descrédito en el que una disciplina importante (la dermatología) es mantenida?

Ahora bien, el revestimiento cutáneo que se juzga “exterior” no deja de participar en el todo en el que se inserta y que lo comprende. No podría ser por ello aislado, incluso si nos pone también en presencia del medio (el afuera). ¿Qué se volvería lo interno sin este aparente exterior-centinela que lo rodea? Él también vive por y con el entorno; requiere ser avisado (ya por el sentir), al mismo tiempo que se ofrece demasiado a él, corre los peores peligros. La epidermis deberá ya resolver esta primera contradicción; ser tocado, impresionado, sin ser alterado; frágil tanto como coriáceo.

El estatuto de interfaz (exterior e interior mezclados) favorece el deslizamiento, pero recordemos solamente que las constantes (la homeostasia) interiores

implican, entre otras cosas, el juego termorregulador así como el que decide sobre el volumen hídrico; por tanto, estamos hablando de la intervención de la capilaridad y de las glándulas sudoríparas, es decir: la participación dérmica. No partamos más nuestro cuerpo en dos: por un lado, la insularidad cerrada sobre sí, y por el otro, un borde inerte y solamente protector. No los separemos.

De todo esto resulta ya una consecuencia metodológica que la clínica no ha tenido suficientemente en cuenta: antes del desencadenamiento o el arranque de las sondas o aparatos que perforan, a la búsqueda de lo que se nos escaparía, aprendamos a recoger los signos ofrecidos. En la superficie misma ise levantan los primeros índices! Beneficiémonos de este hecho, de que un aparato esencial está él mismo extendido y desplegado, que nos es suficiente entonces con escrutarlo. Nos informará tanto como la gota de sangre o el trazado eléctrico; nos abrevia súper-signos. No busquemos siempre demasiado lejos ilo que nos está ofrecido directamente! Evitemos la trampa que denuncia Edgar A. Poe en *la Carta robada* contra las “excavaciones, perforaciones, barrenas, sondas, exámenes al microscopio”<sup>10</sup>.

“Yo más convencido quedaba de que para ocultar aquella carta el ministro había recurrido al más amplio y sagaz expediente de no tratar de ocultarla absolutamente”<sup>11</sup>.

No entramos demasiado en el análisis fisiológico del revestimiento cutáneo, pero mencionemos, sin embargo, que no existe ninguna función vital que no lo implique o no lo suponga. No se encuentra pues al margen. ¿Bebemos, comemos, respiramos con nuestra piel? Seguramente. La alimentación (la absorción) sigue sus propias vías, pero algunas sustancias metabolizadas (esteroles) necesitan la energía solar, y por tanto, a nuestra epidermis que la recibe, para terminar su propia transformación (la vitamina D), a tal punto que la lucha contra el raquitismo supone la vida a pleno aire y a la luz.

Se ha notado la rareza de esta osteopatía en las regiones tropicales. Si bien es verdad que los esquimales, que viven la mitad del año de noche, tampoco la conocen es porque ellos beben aceite de hígado de bacalao que contiene ese indispensable factor antirraquítico, él mismo, a su vez, responsable de la regulación fosfo-cálcica. ¿Quién habría pensado en conectar el sol y el hueso (por el sesgo de la exposición al aire y a la luz)?

Otro dato bien conocido que echa un puente entre la alimentación y la epidermis, tan alejadas la una de la otra; todos conocen el caso de tal o cual persona, de cara ligeramente aceitosa pero súbitamente enrojecida, encendida, luego

<sup>10</sup> *Op. cit.* Librodot.com p. 9.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 11.

de comer fresas o pescado (los trofalergenos más conocidos). ¿Contienen estos potencialidades histamino-liberadoras? Siempre ocurre que al menor contacto de esos “antígenos” con la mucosa digestiva, esos sujetos quedan agarrados por una crisis de calores y de extrema congestión.

Lo que nos sorprende es la importancia del sistema inmuno-defensivo de la dermis (el SALT, el Skin Associated Lymphoid Tissue); la mayor parte de los neuromediadores, que operan en las sinápsis cerebrales, funcionan también “en la superficie”. Es verdad que la piel y la cerebralidad derivan las dos de la misma hoja embriológica, y por esto, este dipolo “periferia-centro”.

De la misma manera, no hay patología que no se refleje en el exterior, donde el clínico avisado logra pillársela: las enfermedades que afectan las vísceras más profundas se señalan por medio de dolores sentidos en el plano cutáneo (los puntos apendiculares, la irradiación del dolor precordial a lo largo del borde interno del brazo izquierdo). El propio Hipócrates había conectado los trastornos bronco-pulmonares con las deformaciones digitales que, a menudo, los acompañan: la uña “como cristal de reloj”, la hipertrofia de la pulpa de los dedos, etc. Se entiende el mecanismo (los cánceres bronquiales están acompañados de síndromes llamados paraneoplásicos de origen cutáneo, producidos entonces por sustancias cercanas a las hormonas del crecimiento).

Vamos a considerar solo estas tres proposiciones generales:

- 1) no existe función fisiológica central sin su correlato externo;
- 2) no hay patología que no sea seguida de recaídas epidérmicas visibles;
- 3) nada hay más sorprendente en patología que notar el abandono de la lectura directa en provecho de exámenes sofisticados y medianos.

Paradójicamente, la dermatología institucional acepta, por así decirlo, el desfavor relativo que la concierne; primero, se la desposee de sus propios territorios (el melanoma maligno quedó en manos de los cancerólogos; el acné, de los endocrinólogos; el eczema al alergólogo; la esclerodermia para el reumatólogo, etc.); segundo, ella misma solo debía conservar o anexarse las ETS (enfermedades de transmisión sexual), la sífilis, el chancro blando, el SIDA, bajo el falaz pretexto de que esas enfermedades, si ellas afectan la piel como la mayor parte de las otras, se propagan por “contagio”. ¿Por qué entonces no añadirle otras patologías como la tuberculosis? Al quedar asociada así a las enfermedades sexuales, la “dermato-venerología” ha firmado, al menos en la opinión pública, su degradación.

Pero lo que más nos perturba viene de que la medicina, la escuela de la visibilidad (o de la legibilidad) haya sido ganada, tocada también por ese demonio

que empuja a mirar del otro lado del espejo; o también que haya disminuido (metodológicamente hablando) “el simple observable” (la consulta, una palabra que incluye también el sentido de “observar”). El examen directo atento constituye, por lo demás, la mejor escucha del enfermo (“el ojo escucha”). Y nosotros vamos hasta imaginar los beneficios de kinesioterapias apropiadas (relajación, masaje, compresión, diatermia, multi-estimulación) con el fin de producir efectos sensoriales irradiantes, y de permitir sobre todo sedaciones (del dolor). Sin duda la acupuntura no busca otra cosa que no sea atacar el sistema nervioso autónomo, y la probable liberación de endorfinas. ¿Por qué no modificar el conjunto corporal (lo general) por lo local, o incluso lo vertical (dispuesto en profundidad) por lo horizontal? ¿No se realizan también desensibilizaciones por intradermo-reacciones repetidas?

Finalmente, el ser viviente, para subsistir, ha comenzado por encerrarse poco a poco en o sobre sí mismo; se ha agazapado bajo una concha, o una caparazón, o un exoesqueleto. Pero este “enmurallamiento” lo aislaba y lo aprisionaba. Un segundo volteo deberá borrar el primero (el viviente renegará de sí o negará lo que había sido efectuado, aquello por lo que había negado la exterioridad con el fin de interiorizarse).

Pondrá afuera lo más sensible y lo más ágil (la sensorio-motricidad, lo nervioso mismo, piel y cerebro). Solo dejará adentro lo primitivo, lo vegetativo propiamente. El animal evoluciona a la inversa del protozario-planta.

Y si la instrumentación biomédica tiende a remontar a la superficie lo que ocurre adentro de nuestro cuerpo, la semiología recoge lo que se dispone sobre el tegumento, donde la enfermedad no dejará de imprimirse. No opongamos pues el enfoque utillado y la dermatología! Pero renuncio aquí a mis exhortaciones o a mis remarques directivas.

Luego de los estudios de medicina, decidí tener una formación en neuropsiquiatría. En aquella época, la neurología avanzaba sobre la psiquiatría. Para entonces escuché y seguí la enseñanza de un psiquiatra, de una rareza brillante y deslumbrante: Marcel Colin que practicaba al mismo tiempo la medicina legal, la medicina de los muertos. Sabía rodear de cuidados lo que tenía que ver con lo simbólico. Había constituido un conjunto (la sociopatología) de muchos actores: no solamente el médico y el enfermo, sino la familia, el barrio, la policía, las profesiones.

Es cierto que una golondrina no hace verano; algunos otros no hacían sino escupir su jerga en presencia de los enfermos que estaban igualmente perdidos en sus delirios sin fin. En este universo pirandaliano, uno no sabía ya dónde se situaba la locura o la realidad. Las barreras habían caído. ¿Cómo no echar entonces de menos la época de las disciplinas llamadas básicas y más

sistematizadas? ¿Se puede soportar la “indeterminación” o la desaparición de las referencias, la existencia de algunos puntos fijos? El galimatías filosófico-psiquiátrico me descorazonaba y me congelaba.

Entonces abandoné la Facultad de Medicina y me fui a la de Ciencias; me esperaba un baño de juventud. Entré en el universo abundante de la enseñanza de la química; seguramente que la bioquímica, pero también la general, la estructural, la orgánica, por no decir todo lo tocantes a ella, la cristalografía. La medicina verdadera conduce allá, e incluso la neuropsiquiatría que comenzaba a entrar en la era de los neurolépticos (la quimioterapia).

Sin embargo, apareció una molestia; cuando uno está joven no experimenta ningún malestar en sentarse en un anfiteatro. Ya con cierta edad, uno se pregunta pronto si no está afectado de una neurosis infantil-escolar, dado que no puede abandonar las sillas de la universidad.

No vamos a entrar en el análisis de este largo recorrido, de esta renovación. La alegría era doble no tanto por el hecho de alejarme de la psiquiatría lenguaraz, sino que reencontraba, de forma más profunda, lo que había sido aprendido al comienzo de la medicina (la bioquímica).

Pasamos por alto lo que concierne a la física de las moléculas, las teorías de enlaces, la química de los hidrocarburos o de los plásticos, los principios de la materialidad organizada, de la síntesis o de los análisis más sutiles.

En un momento dado, por accidente pero en el marco de los estudios de cristalografía que prolongaban los de estructuras complejas, fui llevado a seguir enseñanzas apasionantes sobre las ciencias de las rocas que englobaba la de los paisajes (la geomorfología).

Sin confundir las disciplinas, reencontré aquí un poco lo que la clínica me había enseñado: la devoción por los menores índices, la sensibilidad por los accidentes, por las excavaciones, por los derrumbes, por las salientes, por los hundimientos, por los deslizamientos. La tierra era, o bien un inmenso libro, con caracteres o un alfabeto gigante (la geo-escritura), o bien una inmensa epidermis enferma, pues estaba llena de grietas, de erupciones o de arrugas.

Un curso anual tuvo que ver incluso con la “yacimentología”. Se trataba de saber cómo la industria (antes de pensar en “sacar dinero con engaño” carotter, o lanzar en un yacimiento su taladro con sus medios de aspiración) es informada por adelantado de la probable presencia de minerales o de hidrocarburos buscados. ¿No es esto, *mutatis mutandis*, el equivalente de una búsqueda médica que sondea también el cuerpo humano y que explora su sub-suelo? Paralelamente, la geología histórica se dedica a mostrar cómo, en el presente, es posible encontrar las trazas de un ultra-pasado completamente diferente. ¿Cómo reconocer que

un mar de los más agitados se extendía allí donde ahora tal o cual ciudad, en su calmo valle, no cesa de crecer? Las novelas de ciencia-ficción, o las películas fantásticas no llegan tan lejos como la geomorfología!

Pero hay otro motivo de admiración; el mineralogista, como por lo demás el químico orgánico, iguala ampliamente al clínico por la exuberancia de su nomenclatura; ¿dónde leer o escuchar, tanto como allá, palabras sabias de consonancia greco-latina, con etimologías evocadoras, con construcciones metódicamente dispuestas?

Es evidentemente posible que se rice el bucle, puesto que la literatura filosófica, la patología hospitalaria y la geoquímica terminan por confluír y por converger (una semiología comparativa, la ciencia de los relevos y de los índices).

Todas formarían la ciencia general de los cuerpos, los más complejos, los más arborescentes, e incluso, gracias a la química general que se preocupa por las arquitecturas o por las configuraciones, una comprensión del, por o en el espacio mismo, es decir: las esterorganizaciones.

## Capítulo tercero

### El fin de un reino

¿Es verdad, según usted, que las cuestiones ético-jurídicas se imponen sobre todas las otras? ¿Por qué se preocupa usted por ellas?

Antes de responderle, me gustaría desmontar dos críticas que me suelen hacer.

a) La primera viene de que nosotros no damos el brazo a torcer en lo que se llamará el “fenomenismo”.

Este término reprobador supone él mismo que es necesario superar las apariencias y que importa llegar hasta lo que las sostiene.

¿No es esto mantener la exigencia ontológica a la que hemos querido escapar? Esta palabra negativa de “fenomenismo” (uno se habría restringido a los fenómenos mentirosos o superficiales o no-fundamentados) implica el descontento de los que no toleran esta perspectiva. Si la juzgan tan oscura es porque ella presupone su despecho.

Para nosotros, solo existe un mundo. Conviene explorarlo y aprender a conocerlo mejor.

b) Pero en este caso ¿no quedamos atrapados, *ipso facto*, por la dispersión?

Nos parece, sin embargo, que todos los filósofos han estado amenazados. Ninguno ha escapado. ¿Cómo reprochárselos?

Por ejemplo, Bergson, con una filosofía tan unitaria, se comprometió en el examen físico (*Duración y simultaneidad*), lo neuropsicológico (la cerebralidad de *Materia y memoria*), lo biológico (*La evolución creadora*), lo estético (*La risa*), lo religioso y lo moral (*Las dos fuentes de la moral y de la religión*), etc.

Y lo mismo ocurre con todos, clásicos o modernos. Se requiere abrazar, reunir. Nadie abarcará suficiente.

Es la razón por la que, luego de la medicina y de las ciencias experimentales (las facultades de Medicina y de Ciencias), entramos en otra provincia de nuestro mundo, el de las ciencias jurídicas (la Facultad de Derecho).

Le confieso que no he conocido nada más apasionante; comparativamente, el resto pierde un poco de su brillo. Finalmente, penetramos en un universo concreto, el de los hombres mismos, el de los conflictos y de la injusticia. ¡No hay filosofía sin consideraciones sociopolíticas o éticas! No existe filosofía si no se tienen en cuenta los dramas! La moral, al menos lo que así se llama, sigue siendo el corazón mismo o lo esencial del pensamiento filosófico. Ahora bien, las disciplinas jurídicas se le añaden naturalmente.

La vida humana –antes de conocer la enfermedad– está tejida de innumerables y dolorosos conflictos: entre el marido y su mujer, entre el propietario y el inquilino, entre el empleador y el empleado, entre el vendedor y el comprador, entre los vecinos, entre la parentela, entre un poder represivo omnipotente y un sujeto al que aplasta. ¿No será necesario tratar de encontrar una respuesta a todas esas violencias? ¿Pero cuál? ¿Y cómo fundamentarla?

A guisa de preámbulo, para ofrecer un abrebocas de los diferendos que envenenan las relaciones sociales, saquemos de lo cotidiano algunos ejemplos de procesos difíciles de arbitraje.

1) Conviene reparar el mal que se comete, incluso involuntariamente. Luego de un accidente de tránsito un tuerto queda privado de su único ojo; ¿en qué consiste exactamente el perjuicio, la pérdida de ese ojo o la ceguera?

¿Hay que atenerse al solo efecto (la consecuencia directa del traumatismo) o encargarse del conjunto deficitario (que excede la causalidad estricta)? ¿Qué hay que tener en cuenta? ¿Dónde reside la justicia?

2) Un “sacerdote obrero” ha sido echado del trabajo. No solamente acababa de publicar un artículo consagrado a su experiencia de trabajador asalariado (y allí había criticado algunas prácticas industriales patronales) sino que omitió indicar, a la hora del enganche, su verdadera identidad (debía llenar un cuestionario que proveía un cierto número de informaciones sobre quien entra a la empresa).

¿Será reintegrado? ¿Lo exigirán los tribunales *ad hoc* y la inspección del trabajo?

Por una parte, se ha castigado indirectamente la libertad de expresión; por otra parte, en lo que concierne a la segunda queja, se han confundido la vida privada y la pública, mientras que la una no podría servir acá para entorpecer la otra. ¿Ha habido una falta profesional, o es necesario luchar contra el poder discrecional del empleador?

3) Otra fuente de rencores y de controversias viene de esa nebulosa constituida por la calumnia, la maledicencia, la difamación.

Se ha publicado recientemente la declaración de renta del patrón de una gran empresa; los periódicos han divulgado y precisado sus fabulosas ganancias. Le fue denegada su demanda por “perjuicios e irrespeto a la vida privada”. ¿No se buscaba hacerle mal?

O en el mismo sentido, anota que un ensayista (J.-J. Servan-Schreiber) ha sido duramente condenado por haber revelado, en una de sus obras (*Passions*) que el presidente de Consejo, Paul Reynaud, en compañía de su amante (una espía nazi) había buscado huir de Francia (por la frontera española) llevando consigo maletas llenas de lingotes de oro. Los herederos de Paul Reynaud demandaron al escritor que los había deshonrado.

El Tribunal, en su juicio, estipula que “las revelaciones de la vida amorosa de Paul Reynaud no están justificadas ni por la investigación histórica ni por las necesidades de la información; ellas constituyen una agresión intolerable con respecto a sus herederos”.

Por nuestra parte nosotros rechazamos estos considerandos. La vida privada de un hombre público ¿no termina por hacerse pública en la medida en que la una puede suscitar la otra? ¿Y cómo negar que el conocimiento de nuestro pasado nacional exige esas precisiones sobre la conducta personal de un hombre de Estado?

De este modo, a través de estas tres situaciones sucintamente evocadas (la reparación de los errores, el despido, la desaparición de la vida privada) tomamos ya conciencia de la importancia de los principios del derecho, de la dificultad de aplicarlos, al mismo tiempo que nos sumergimos –siguiendo el deseo del filósofo– en la vida concreta y real de los individuos. No es el mundo de la enfermedad, sino aquel bastante cercano, de los males (ligados a la injusticia) y de los antagonismos, el de las “situaciones o casos” los más embarazosos.

Para llegar al fondo del asunto, los filósofos confían en una tesis que nosotros no defendemos tanto como ellos, aunque ella haya reinado durante siglos: es la tesis llamada del “derecho natural”, la justicia en sí.

Este término (natural) reviste, por lo demás, muchos sentidos:

I.- Para poder decretar normas aplicables a todos, y susceptibles de zanjar equitativamente las oposiciones, conviene (según la doctrina nacida en el siglo clásico) invocar al hombre en y con sus incomprensibles exigencias, indispensables para su desarrollo: la necesidad de seguridad, el gusto por una sólida sociabilidad, el deseo de evitar los conflictos o el principio de la conservación. Esta doctrina se modernizó y se volvió la defensa de “la persona humana”, de donde derivan derechos imprescriptibles, es decir, que nadie puede transgredirlos y que incluso su desconocimiento no impedirá que continúen valiendo.

II.- Natural se opone sobre todo a lo convencional (y por tanto, a arbitrario) porque la ley coercitiva viene de la razón misma y, por tanto, deberá aplicarse a todos (tiene que ver con lo universal, por no decir con lo necesario).

Muy próximo de este sentido todavía (casi sobrenatural) implica tanto lo trascendente (el en sí) como lo cuasi-tautológico, a causa de su simplicidad. Ejemplos: el daño que se ha causado ¿no se requerirá repararlo? ¿No habrá que entregar un depósito que se recibió?, ¿aceptar una pena que compensaría el delito?, ¿no apoderarse de un bien que pertenece a otro?

III.- lo natural significaría también “lo que se impone por la naturaleza misma de las cosas”; el niño demasiado débil debe ser protegido por sus padres; para ello conviene otorgarles a estos el “derecho” de decidir por él, y por tanto, la autoridad parental legitimada.

Los iusnaturalistas generalmente han construido bellos sistemas, en la medida en que recurren al método geométrico o deductivo (los *jura connata*): a partir de algunos axiomas evidentes y lógicos, sacan sus consecuencias.

Esta incomparable escuela encuentra sus raíces en Platón, en el Aristóteles que Cicerón retransmitirá, en santo Tomás y el Medioevo. En los siglos XVII y XVIII, laicizará este ideal que la razón aprende a conocer y a desarrollar (Grotius, Puffendorf, Locke mismo, Montesquieu). ¿No hay que sostener una ley o un reglamento en un fundamento, sin el que pierden su poder? No es suficiente con poner (lo positivo) o con declarar un enunciado; el derecho rechaza, por principio, la pura y sola “factualidad”.

En efecto, el enemigo del derecho natural, la *lex humana*, el *jus positivum* –lo inverso del *jus naturales* (finalmente poco diferente del *jus divinum*)– privilegia la sola “forma” procedimental. De alguna manera solo se sostiene en su autosuficiencia y solo está subordinada a la regularidad de lo que ha prescrito. El origen de esta concepción relativista se remonta a la Antigüedad (los sofistas). Guillermo de Occam, el nominalista, la retomará: él separa la moralidad de la juridicidad; desacraliza la vida político-administrativa. Los hombres son llamados a regular, ellos mismos, a su manera, sus problemas. El derecho habría sido

demasiado contaminado por una ética trascendente (lo permitido, lo obligatorio, lo prohibido parecen nociones que pertenecen, en efecto, a los dos registros). El siglo XIX, más aún, buscará disociarlos; el término positivo (pariente al menos en el lenguaje de la filosofía positivista de A. Comte) privilegia la tecnicidad, emancipada de toda base metafísica.

Comprendemos perfectamente el fervor del filósofo por la doctrina del derecho natural; ella le permite reencontrar en él (la pendiente idealista, la subordinación a una instancia lógico-ideal) lo que debe resolver los problemas sociopolíticos. Una vez más, el mundo lo reabsorbemos nosotros, lo evaporamos. Pero, si nos privamos de este fundamento, ¿en qué apoyar la norma? En efecto, nos es difícil permanecer en el "derecho positivo", en el sistema cerrado de una codificación, a la vez coherente y susceptible de aplicación, que encontraría entonces en sí misma, y solo en ella, su validez. ¿A qué aferrarnos? Nosotros estamos tan alejados del derecho de los filósofos como de la filosofía de los juristas, entregados éstos a la positividad estricta, a la pura efectividad.

De este modo el jurista nos recordará que los que se pueden casar han de tener 18 y 15 años, o también que para divorciar basta con el consentimiento mutuo. Él no hace ningún juicio de valor y no va más allá del texto aprobado. Así es actualmente, esa es la ley. No dirá nada con respecto a si a los 18 y a los 15 años los esposos parecen o demasiado jóvenes o demasiado viejos, o tampoco que el matrimonio debía ser indisoluble. Se limita pues a enunciar el régimen que prevalece, no sin imaginar que bien podría cambiar. Le deja al moralista los problemas de apreciación. Por lo mismo al derecho le faltan bases (como le pasaba al antiguo empirismo, del que ya hemos hablado antes) y tanto más cuanto que creemos apercibir, en las legislaciones, artículos o proposiciones que no se avienen bien entre ellos. Según que se considere uno u otro, se sacan efectos opuestos.

Y dado que hemos rechazado ya los apoyos tradicionales, ¿sobre qué, Dios mío, nos vamos a sostener? Además de esta cuestión, se darán cuenta sin dificultad lo que nos cautiva en las disciplinas jurídicas; abramos simplemente el Código Civil de 1804, está repleto de datos pintorescos, que nos ayudan por ello a reencontrar el mundo del que siempre corremos el riesgo de perder (siempre es asunto de los conejos de campo, de los panales de miel, de las palomares, de los mercados y de las hipotecas, de las sucesiones, de las servidumbres, etc.). Pero sobre todo, la codificación no deja de tener conexiones con la nosología (la clasificación de las enfermedades, el conocimiento de los casos); conviene prever las principales ocurrencias, "categorizarlas", ordenar lo real con el fin de aplicar la reglamentación.

Sin embargo, el mérito del Código napoleónico proviene del hecho de que no busca encerrar el detalle de las acciones o de las relaciones humanas, sino que

prefiere atenerse a las grandes líneas, en una lengua clara y breve. Se coloca por encima del baturrillo situacional y puede, por lo mismo, encuadrarlo.

Ante la incompletitud (un caso nuevo e imprevisto), el Tribunal sabrá suplir las lagunas de base; buscará entrever, a través de los principios, lo que hubiera podido ser decidido; contará con las analogías, solicitará trabajos preparatorios que le aclararán sobre la letra del tal o cual artículo, se inspirará en precedentes históricos (la jurisprudencia), tanto y tan bien, que el texto, por acá ampliado y como comprimido, sustraído a sus indeterminaciones, proveerá la solución, pues no hay nada que no encuentre su lugar. De esta manera nos reencontramos de nuevo en el dominio de las disciplinas semiológicas o textuales (que englobaban los diferentes tipos de lectura y que incluían tanto la patología como la geomorfología).

Por lo demás, el juez no puede prevalerse del silencio, de la oscuridad o de la insuficiencia de la Ley para escurrirle el bulto a una decisión. Si no se pronuncia, incurre en graves sanciones.

Por otra parte, no debe ampararse en ese pretendido “vacío jurídico” para atravesar el texto e ir a su “espíritu”. ¡Debe atenerse a la letra! *“Ubi lex non distinguit, non distinguere debemus”*, “no debemos distinguir allí donde la ley no distingue”.

Si se entrega a muy audaces interpretaciones, termina por sustituir al legislador (la jurisprudencia no podría ser una fuente de derecho; ella debe contentarse con aplicarlo). La forma misma cuenta más que el “fondo”; si a veces es necesario arrancarle su sentido, no debemos perder el contacto con el enunciado y la materialidad textual.

El Código Civil, a mitad de camino entre lo empírico y lo racional –uno de los libros más famosos, como uno de las más peligrosos, como lo mostraremos– no deja de brillar también por sus multi-construcciones en términos de principios; si, por ejemplo, el que muere no ha dejado ningún testamento que exprese sus voluntades, conviene ponerse en sus zapatos e imaginar lo que él hubiera podido decidir, a nombre del cual se repartirán sus bienes entre los descendientes (los hijos llamados “naturales”, que han nacido de padres no casados, ni entre ellos ni con ningún otro, que se distinguen de los “adulterinos”, nacidos de la unión de uno de sus padres con un tercero, unos y otros entrarán en la repartición), los colaterales y los ascendientes (el derecho sucesorio), sin contar con que muchos miembros de esta constelación pueden morir al mismo tiempo, lo que complica el asunto; de ello resulta un verdadero tablero de numerosas casillas. Y este es apenas un sector entre muchos otros, igualmente ramificados y estructurados.

El derecho no puede pues sino apasionar al filósofo –y principalmente al metodólogo o al historiador de las técnicas– en la medida en que él recorta

lo real, y lo administra. Pero además, la evolución de los instrumentos, de los procedimientos o de las habilidades repercutirá sobre él. Pero el filósofo no se atenderá a un análisis de esta mega-máquina. Suscribimos ya la remarca del diplomático inglés al congreso de 1815: “Es inútil destruir Francia, el Código Civil se encargará de ello”.

En efecto, bajo su apariencia lógica, con sus fundaciones tanto religiosas como metafísicas, él eleva el monumento teórico más funesto. Contrariamente a sus pretensiones latentes a la inmutabilidad, debido a su coherencia sistematizada, y a pesar de la “Declaración” que lo solemniza, habrá que pulirlo.

Un primer neo-derecho también se pone a incubar dentro del antiguo, como si la fortaleza abrigara a su enemigo, o al menos a su competidor. Si algunos juristas defienden, cueste lo que cueste, la tradición y las visiones conservadoras, algunos otros intérpretes de la ley aperciben en ella con qué darle vuelta y privarla de su nocividad, al mismo tiempo que sustituyen por nuevas bases las antiguas que resisten mal los golpes de una realidad compleja. Aquí interviene el filósofo; no podría desinteresarse de esta lenta transformación que nos conduce hacia un derecho portador de porvenir, el que restaure un tejido social roto. ¿Qué fundamento le daremos? Vamos a descubrirlo.

Es bastante evidente que no apreciamos para nada las bases del edificio napoleónico, que remite en demasía al “derecho natural”; visiblemente el texto se inspira en la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de 1789, que sirve ella misma de preámbulo a la Constitución de 1791 (la libertad, la propiedad, la seguridad, lo que excluye el arresto arbitrario).

Ahora bien, esta igualdad de derecho –a pesar de las desigualdades de hecho e incluso contra ellas– se nos aparece como un espejismo; sirve demasiado de oculta-miserias de la dura realidad en la que están instaladas las diferencias más insostenibles. La igualdad verdadera debe ocuparse no tanto de la de derecho sino de la de hecho.

Yo puedo, por ejemplo, presentarme a un examen, o a un concurso de la República, si cumplo con algunas condiciones indispensables. ¡No existe discriminación en función de las diferencias de raza o de opiniones! Partimos todos juntos, desde la misma línea. Pero los que nacieron y han vivido en un medio cultural ¿no terminan por imponérseles a los que no han sido preparados para la intelectualidad? El verdadero problema no consiste en poderse presentar sino en lograr ganar. La igualdad de derecho enmascara excesivamente los desequilibrios más perjudiciales. El Estado nos tranquiliza cuando distribuye “becas” a los más vulnerables, o cuando abre establecimientos escolares o parques biblioteca; pero la fiebre no está en las sábanas; lo que hay que favo-

recer es la entrada de los desheredados en una cultura que no sea la de la calle o la de su medio, asistir el acceso a la abstracción y a una cierta interioridad reflexiva, estimular emocionalmente la aparición de otro modo de vida (además del “proletariado económico”, a veces ligeramente corregido, importa reconocer la existencia de un “proletariado afectivo” que se difunde, y el más difícil de combatir, el “proletariado cultural”). Antaño, en aldeas y pueblitos la Iglesia lograba reducirlo porque festejaba lo imaginario, el “más allá”, cultivaba la ascesis; su retroceso social ha dejado un vacío, mientras que florecen súbitamente las técnicas de estupidización y de valorización materiales, por parte de los *mass-media*, y los desarrollos comerciales.

Una igualdad de derecho, incluso fraternizada –que no conduce a una igualdad de hecho y que se acomoda con la pobreza de los valores que se consumen– puede seducir, pero engaña. ¡Piénsese primero en luchar contra la indigencia de los medios de transmisión de los saberes, y contra las carencias de las comunicaciones realmente transformadoras!

Pero debemos aportar la prueba de lo que afirmamos, la emergencia de una especie de primer neo-derecho que corroe al antiguo.

1) El Código de 1804 puso en el corazón de su fortaleza reguladora la noción de contrato, que según el artículo 1101 se define como: “una convención por la que una o muchas personas se obligan ante una o muchas otras a dar, a hacer o a no hacer alguna cosa”, ya se trate de matrimonio, de una compra o de una venta, de un trabajo o de un arriendo.

¿Cómo no alegrarse, filosóficamente hablando, de esta victoria de los compromisos voluntariamente consentidos? De ello resulta que: a) a todo sujeto se le reconoce la posibilidad de escoger con quién contrata. b) podrá discutir el contenido del acuerdo al que se compromete. c) se pronunciará sobre su duración y las condiciones de su rompimiento o terminación. La libertad lo comanda pues por entero; y ella se realiza en él. Incluso la “propiedad” derivará de un contrato; lo que queda por fuera de los contratos es la fuerza.

Puede que actualmente haya que alegrarse de que en dominios específicos ninguna de estas tres “libertades” se conserve... a) el Estado hoy puede inmiscuirse para evitar que los más astutos le arranquen su consentimiento a los más débiles; b) el Estado puede exigir la firma de contratos de aseguramiento a favor de terceros; c) el Estado puede obligar el cumplimiento de obligaciones pactadas en convenciones colectivas, o decretadas como salario mínimo.

La noción de contrato nació de una concepción atomística, subjetivista e individualista que por lo demás obstaculiza la marcha del mundo moderno.

Errores, violencias, lesiones ocultas, dolos... efectos de esos contratos son hoy reprimidos buscando la ventaja de lo público sobre lo privado. Esas descripciones valorizadoras de los contratos se han revelado utópicas; hoy el régimen contractual está vigilado, estipulado e impedido, si es el caso.

2) En el corazón del derecho, donde truena la libertad, se encuentra también la noción de responsabilidad. La responsabilidad civil, por ejemplo, estará regida por la lógica de la indemnización, haciendo que el derecho suene moderno cuando insiste en la responsabilidad más que en la culpa.

El interés que se le presta a la víctima tiende a alejar la acusación, y por tanto la condena del autor presunto del daño. Y para reparar a la víctima, se desarrollará todo un amplio sistema de aseguramiento que hará finalmente que “todo el mundo pague por todo el mundo”. Responsabilidad objetiva y colectiva a través de los seguros obligatorios (seguros de accidentes, Seguridad Social, riesgos profesionales, etc.).

3) A la tercera noción, la de propiedad que hace visible la libertad, le he dedicado un largo ensayo: *Filosofía de la propiedad, el tener* (1992)<sup>12</sup>. Los propietarios de tierras, de industrias y comercios han logrado a lo largo de estos dos siglos pos-Revolución, tales provechos y beneficios, que al capitalismo que se ha desarrollado ha llegado el momento de cortarle las alas para disminuir su poder, ese que contamina los aparatos de decisión, impone su imperio y corrompe las conciencias de los funcionarios, en detrimento de los que debería o pretendía servir.

En suma, contrato, responsabilidad, propiedad, que fueron los pilares del primer neo-derecho, hoy se ven limitados y asediados por un segundo neo-derecho, cuyo fundamento ya no es tanto la “defensa del individuo o de la persona (teoría ya antigua y que se ha revelado destructora)” sino la anticipación del futuro y el aumento material de la riqueza del que todos deberían aprovecharse. Y el filósofo debe participar en las luchas que favorezcan la emergencia de las legislaciones anunciadoras de un porvenir más igualitario.

a) ¿Cómo no obligar a las industrias a un eco-desarrollo? ¿Cómo no penalizar a quien destruye en su solo provecho, lo que todos pueden reivindicar?

b) La candente cuestión de la repartición de las dos vidas (pública y privada) es de extrema actualidad, dados los desarrollos tecnológicos de los medios de vigilancia, de control, de registro y de comunicación.

<sup>12</sup> Tr. Paláu, Medellín, 2007 – junio – agosto de 2009.

c) la biología ha venido a sacudir las bases del derecho... Donación de órganos, interrupción voluntaria del embarazo, eutanasia, procreación médica asistida, organismos genéticamente modificados... A estos temas se han dedicado obras como *Una nueva moral: familia, trabajo, nación* (1998)<sup>13</sup>. *Considérations sur l'idée de nature*. Reescritura de *Naturaleza* de 1990<sup>14</sup>. *Comme se sauver de la servitude?* París, 2000<sup>15</sup>. *Questions interdites*. 2002<sup>16</sup>.

---

<sup>13</sup> Tr. Paláu, Medellín, abril de 2006 – marzo de 2009.

<sup>14</sup> Tr. Paláu. Medellín, enero de 2006.

<sup>15</sup> ¿Cómo salvarse de la servidumbre? Justicia, escuela, religión. Tr. Paláu, Medellín, abril de 2009.

<sup>16</sup> *Cuestiones prohibidas*. Tr. Paláu. Medellín, julio de 2008 – mayo de 2009.

# Bioética I<sup>1</sup>

**François Dagognet**

La ciencia del viviente acaba de realizar progresos tales que se cuestiona lo que considerábamos inmutable; y sobre todo la conducta de los hombres se desorienta por esto.

Por ejemplo, y esta es una cuestión relativamente secundaria, la cirugía actual sustituye órganos que desfallecen por otros que han sido extraídos de individuos jóvenes, que han caído en un coma profundo y que habían aceptado cuando estaban vivos dar su corazón o su riñón. Pero he acá la primera pregunta: ¿se podrá beneficiar al que ha rechazado hacer “donación” cuando la podía hacer? Otra pregunta: ¿quién merecerá el trasplante, el más enfermo de los peticionarios o el más joven o el que estaba inscrito primero en la lista de espera o el más irremplazable para la sociedad?

Otro drama: la IVE o la interrupción voluntaria del embarazo ¿no es un infanticidio? Aunque el ginecólogo pueda diagnosticar una malformación desde el comienzo, no todas justifican la muerte del embrión. ¿En qué condiciones puede la madre reivindicar el derecho al aborto? ¿Será necesario establecer la lista de los casos que podrían justificarlo para no caer irremediamente en el eugenismo (la eliminación de los que no obedecen a una pretendida normalidad)?

Ayer no más nos enteramos de una situación perturbadora: la existencia de hermanas siamesas de las que una vivirá si puede ser liberada de la unión, mientras que la otra, minusválida, depende de su hermana que le permite respirar. En resumen, la una no vivirá sino que impedirá a la otra subsistir si no se autoriza la operación de escisión. Los padres la rechazan sostenidos por los que no admiten un asesinato (el de un ser que permitiría salvar por esto a otro, pero el fin no justifica los medios).

Las cuestiones más frecuentes y las más graves conciernen a las modalidades de existencia de la familia. ¿Se autorizará, para escapar a una esterilidad del marido o de la mujer, la donación de un ovocito extraño o la inseminación con el esperma de un donante anónimo (el IAD)? ¿Será necesario permitir el matrimonio o su equivalente civil, el compañerismo entre homosexuales, y se les negará el derecho de adopción (el Parlamento en los Países Bajos ha votado textos que autorizan este matrimonio y la posibilidad de adoptar en este caso)?

---

<sup>1</sup> François Dagognet, *Bioética*. En: *Ochenta y tres palabras para comenzar a filosofar*. París: Seuil, 2001. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, septiembre de 2002 – septiembre de 2006.

¿Cómo repartir los que se oponen a esta legislación y los que la defienden? La bioética no podría privarnos de un código de deontología, la disciplina que fija lo que está prohibido y lo que es lícito; es verdad que acá distinguimos la moral del derecho aunque los dos pertenezcan a la misma esfera. En suma, la ciencia permite que el problema se plantee pero no da la solución.

Por nuestra parte no aplicamos el principio del “respeto de la persona humana” porque lo consideramos demasiado vago y autoriza respuestas variables, ni el llamado a la libertad puesto que él no excluye entonces el riesgo de una franca equivocación. Nos referiremos al siguiente fundamento: lo que favorece el despliegue de la comunidad entera y lo que nos aleja de lo que consideramos prejuicios. De esta forma no impondremos a la mujer el nacimiento de su hijo, pero con la condición de que ella pueda informar al médico las razones de su rechazo (nos oponemos al aborto llamado de comodidad, cuando el parto impediría el período de vacaciones o porque vendría al mundo un niño de un sexo no deseado). No compartimos tampoco el rechazo de la familia homosexual y, en estas condiciones, no prohibiríamos lo que lo realizaría (la adopción). Se nos opondrá que para una familia se imponen un padre y una madre, pero así olvidamos el hecho de “hombres-mujeres” y de “mujeres-hombres”. La psicología nos ha enseñado el posible cambio de papeles. No debemos agarrarnos a lo que la “naturaleza” (o el pasado) ha consagrado puesto que seguiremos siendo prisioneros de ciertos prejuicios.

## ¿Cómo plantear bien el problema del aborto?<sup>1</sup>

François Dagognet

Me propongo examinar los problemas actuales ligados a la vida, desde la concepción hasta la muerte. El momento considerado como *comienzo* y el del *fin* supuesto han sido renovados por las técnicas médicas. Sin embargo, comenzaré por una reflexión sobre el aborto, la destrucción del embrión. Si sigo otro tipo de desarrollo, antes de retornar a mi lógica primera, es porque las sociedades modernas se han preocupado de esta cuestión antes de cualquier otra. Los propios antiguos la han abordado, tanto en Egipto antiguo, como en Caldea o Grecia. Además, me ha parecido razonable —antes de encarar el caso del “niño por nacer”—, tener en cuenta el de aquel al que se le ha rehusado la posibilidad de nacer, puesto que se ha puesto fin a su existencia desde que se sospechó de ella.

¿Por qué una ley que autorice el aborto?

El aborto —pero se ha forjado para designarlo una locución lenificativa, IVE o interrupción voluntaria del embarazo— ha atraído la atención a tal punto que nos ha costado discusiones encendidas; y la Ley del 17 de enero de 1975, que fijó su aplicación y que será adoptada, *grosso modo*, por casi todas las asambleas parlamentarias de los Estados europeos, será también ratificada por su ejecutivo. Mi primera pregunta es la siguiente: ¿cómo y por qué los representantes del Estado pudieron incorporarse a un texto que legitima el no-respeto del embrión, por tanto asimilable a un asesinato, a un infanticidio? No olvidemos que este acto estuvo severamente reprimido en el pasado. Ayer, el aborto era aún considerado como un crimen, susceptible de ser castigado con la pena capital. Marie-Louise Giraud, lavandera, será guillotinado en 1943 por este motivo.

Muchas razones explican este cambio de rumbo; es verdad que sometidos a la jurisdicción del juicio oral, los acusados podían ser absueltos por los jurados. También los poderes públicos, para evitar esta clemencia, los llevarán ante magistrados de lo correccional que se mostrarán siempre más severos. Lo que se corre el riesgo de considerar como una reforma rebajando la gravedad del delito, de hecho, se convertía en una intensificación de la represión.

La primera razón del cambio en la apreciación del delito traduce el deseo de poder luchar contra una flagrante desigualdad. Mientras que los abortos

---

<sup>1</sup> François Dagognet, ¿Cómo plantear bien el problema del aborto? En: *Cuestiones prohibidas*. París: Les Empêcheurs de penser en rond/Seuil, 2002. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, julio de 2008.

clandestinos se multiplican, los ciudadanos más acomodados se trasladan sin dificultad a los países vecinos donde el aborto está legalizado. Los más pobres, o los menos provistos de información, son condenados a dirigirse a ejecutantes mal preparados: “aborteros” que usan instrumentos asesinos o que recurren a inyecciones de sustancias cáusticas que provocan “el infarto uterino”. ¿No es menester un texto para sacar de la sombra esta práctica mortífera que golpea a la madre y al niño? Si se cree a los especialistas, se llegará hasta contar 300.000 abortos clandestinos por año en Francia. El Parlamento habría buscado no tanto legalizar la IVE que a quitarle su aureola negra y a promover la igualdad de las demandantes.

Pero hay otra razón. Los representantes de la nación votan tanto mejor la ley aparentemente permisiva cuanto que multiplican, en el texto, los impedimentos y limitan severamente el recurso a esta situación extrema. ¡Cuántos cerrojos jurídicos y médicos que previenen la trivialización de los que algunos continúan considerando como un asesinato!

Por ejemplo, la mujer encinta debe encontrarse en situación de gran peligro; las IVE llamadas de conveniencia serán impedidas. El médico le tiene que informar a la mujer que la solicite la gravedad del acto que encara, así como también de los riesgos que él comporta luego, especialmente una relativa esterilidad. Debe incluso dejarle al menos una semana de reflexión antes de volverla a ver y de escuchar la renovación apremiante de su petición; debe exigir previamente la confirmación escrita de su decisión. Se prevé otro encuentro, igualmente obligatorio; esta mujer debe también consultar un establecimiento de informaciones sociales que le avisará sobre los medios gracias a los cuales ella podría ser socorrida o ayudada para solucionar los eventuales problemas familiares que su estado plantea o agrava. Si se trata de una mujer casada, la pareja participará en lo posible en estas entrevistas.

Precisemos rápidamente que de ahora en adelante la IVE no será practicada sino por médicos y solamente en un establecimiento hospitalario público o privado, cuando este último satisfaga ciertas disposiciones.

Si la mujer es menor de edad o soltera, la autoridad parental deberá dar su consentimiento. Algunas otras medidas restrictivas se han planteado aquí o allá. No podemos enumerarlas todas. Subrayemos sobre todo lo esencial: la IVE solo es realizable en las diez primeras semanas del embarazo, al menos en Francia (en Alemania o en los Países Bajos, ocurre de otro modo). En 2000, el Parlamento ha llevado este plazo a doce semanas.

Finalmente —y esta es otra razón probable que explica su aceptación—, la ley Veil de 1975 retoma en muchos puntos las disposiciones reglamentarias que la han precedido. Lejos de favorecer la novedad permisiva, ella cauciona

también el rigor de ayer. Por ejemplo “serán castigados con prisión de dos meses a dos años y con una multa de 2000 a 20.000 francos, o con una de estas dos penas solamente, aquellos que, por cualquier medio hayan provocado la IVE, incluso lícita, y aunque esta provocación no haya tenido consecuencias. Serán castigados con las mismas penas los que, por un medio cualquiera [...], hayan hecho propaganda o publicidad directa o indirecta concerniente ora a los establecimientos en los cuales son practicadas la IVE, ora los medicamentos, productos y objetos o métodos destinados a procurar, o presentados como de naturaleza a procurar, una interrupción de embarazo” (artículo L-647). Ahora bien, el artículo 82 del Código de la Familia, promulgado en 1939, que modifica el artículo 317 del Código Penal, está redactado así: “cualquiera que por medio de alimentos, brebajes, medicamentos, maniobras, violencias, o por cualquier otro medio, haya procurado o tratado de procurar el aborto de una mujer encinta, o supuesta encinta, será castigado con prisión de uno a cinco años y de una multa de 500 francos a 10.000 francos”.

Además, con el mismo espíritu limitativo y controlado, la ley Veil (artículo L. 178-1) fija: “el número de IVE practicadas cada año en un establecimiento que tiene que ver con el artículo L-176, no podrá ser superior a un cuarto del total de los actos quirúrgicos y obstétricos. Todo rebasamiento entrañará el cierre del establecimiento durante un año. En caso de reincidencia, el cierre será definitivo”.

Es preciso recordar que dos tipos de aborto son tenidos en cuenta por la ley, uno del que acabamos de hablar, la IVE o interrupción voluntaria de embarazo, realizable en las primeras semanas; el otro, la interrupción médica de embarazo; la IME, llamada también ITE, interrupción terapéutica de embarazo. Esta habría de recibir un estatuto completamente diferente con la Ley de 1975.

La IME no se encuentra con las mismas restricciones que pesan sobre la IVE; mientras que esta última no puede ser practicada más allá de las doce primeras semanas, nada limita en el tiempo la IME. Se ha hecho posible por los progresos de la medicina que permiten de ahora en adelante detectar las menores anomalías; la ecografía ha contribuido a ello, pero más aún las extracciones ora del líquido amniótico, ora de sangre, que autorizan análisis particularmente precisos, tanto bioquímicos como cromosómicos.

El feto, así nombrado para distinguirlo del embrión que designa el ser de las primeras semanas, entra en el mundo de la visibilidad, mientras que aún ayer escapaba a todo examen.

No dudo en subrayarlo pues me alegra hacer notar que los innegables avances de la ciencia o de la técnica crean súbitamente problemas nuevos a la moral,

perpetuamente evolutiva en cuanto a las cuestiones que se plantea; es claro que estos cambios no entregan la solución sino que, por el contrario, la solicitan.

En estas condiciones, los padres pueden desear una IME en caso de malformación notable del feto. Antes de 1975, esta IME no estaba autorizada más que para salvar la madre en peligro; de ahora en adelante, conviene impedir el nacimiento del que adolece ya de un grave defecto orgánico. La fetoscopia hace igualmente posible una intervención en el embrión. Es un acto médico cuando se trata, por ejemplo, de transfundir sangre en los vasos umbilicales, y un acto quirúrgico cuando se atraviesan las dos paredes, la abdominal y la uterina, para llegar hasta el bebé enfermo.

La ley Veil ¿no va aquí a abrir las esclusas y a facilitar este tipo de aborto (la IME)? En este último caso, no se trata de impedir la venida al mundo de un niño, y por tanto de darle la muerte, sino solamente de anticipar esta última puesto que la existencia de ese feto está comprometida y tiene que ver con lo incurable.

Forzoso es reconocerlo: la Ley de 1975 mantiene el rigor. Ya no les corresponde a los padres o a la madre pronunciarse. Solo dos expertos debidamente autorizados tienen el poder de decidir: "Ellos testimonian, después de examen y discusión, que la continuación del embarazo pone en peligro grave la salud de la mujer, o que existe una fuerte probabilidad de que el niño por nacer padezca de una afección de una particular gravedad reconocida como incurable en el momento del diagnóstico" (artículo L. 162-12). Las calidades de estos dos decisores está fijada: el uno debe estar inscrito en una lista de expertos, el otro debe ejercer en un establecimiento de hospitalización público. No se cuenta pues ya con la "angustia de la futura madre" o los deseos de la familia, sino sobre la realidad anatómo-patológica de la deficiencia fetal.

Pero entonces ¡cuántos dramas! Los padres pueden contestar o criticar el juicio de los especialistas, pero deben tenerlo en cuenta. Además, la terapia no cesa de evolucionar y logra corregir tal o cual anomalía. Por esto mismo, los principales establecimientos han establecido comités de vigilancia (especies de comités consultivos de bioética que reúnen obstetras, parteras, anestesistas, pediatras, psicólogos) con el fin de que sea discutido el punto de vista eventualmente demasiado individual que habría sido aceptado aquí o allá. Estos macroparlamentos locales de la salud no zanján pero recopilan la información, y sobre todo reflexionan. Una hendidura labiopalatina (un "labio leporino") ¿debe implicar la posible supresión del que la padece? Lo médico, a través de esos dos expertos, ¿no corre el riesgo de desplazarse hacia una eugenesia que, por ser "negativa" (no se suprime en función de lo que se es sino, a la inversa, de lo que le falta), no por ello deja de ser menos peligrosa? En este último caso, un solo tipo estándar de individuo es aceptado. ¿No se participa así, indirectamente, en

la justificación de la exclusión de los minusválidos, mientras que una sociedad viviente debe integrarlos?

¿No hubiera sido preferible establecer una lista de patologías objetivas, susceptibles de entrañar la muerte del recién nacido, más bien que confiarle la decisión a especialistas de la medicina prenatal? ¿Cómo evitar que el resultado cambie según el centro consultado, pues nos movemos entonces en lo impreciso, para no decir lo insostenible (e importa, bajo algunos respectos, que sepamos diagnosticar no solamente el defecto, sino sobre todo: lo incurable)? Pero ¿qué concluir en presencia de una diabetes que la insulina solo podrá parcialmente corregir? Una agenesia unilateral —es decir la ausencia de una de las dos manos— no impide las actividades; no se trata de una afección funcional y los aparatos actuales podrán en parte compensar la deficiencia; en desquite, esta misma malformación, pero bilateral esta vez, no dejará de entrañar una IME.

Finalmente, podría ser que la constitución de una lista de las patologías incurables no sea una solución, a tal punto nos encontramos frente a situaciones evolutivas y siempre singularizadas.

No olvidemos sobre todo la idea que los padres conocen de ahora en adelante, en el curso del embarazo, lo que antaño les estaba reservado en el momento del nacimiento. Por esto la ley buscó enterrar una *réplica pasional* que implicara el rechazo del niño golpeado al comienzo por un vicio de conformación. Resolvió el problema confiando a los solos médicos experimentados la tarea de juzgar sobre la legalidad de la IME.

Creí mi deber el tener que recordar a grandes rasgos el contenido de la Ley del 17 de enero de 1975, principalmente en relación con la IVE. Por lo demás, esta ley está llamada a ser sometida a revisiones. Por ejemplo, ya se alargó el período en el curso del cual se puede producir la IVE, de diez a doce semanas. Esta modesta ampliación trata sin duda de ponernos de acuerdo con las legislaciones europeas: en Inglaterra, el aborto está admitido durante las primeras veinte semanas!

## **El punto de vista de los natalistas**

En un segundo tiempo de reflexión, me gustaría darles la palabra a los natalistas, a los que luchan por la abrogación de esta ley. En efecto, a pesar de un texto rico en matices y resuelto no tanto a legitimar el aborto como a encuadrarlo y a someterlo a condiciones que lo hagan aceptable, inspirado por la preocupación por lo humano, sus adversarios no dudan que haya facilitado un deslizamiento que conduce a la trivialización de esta intervención supresora. Pero, además, estos pensadores —como se debe— no quieren ser embaucados con palabras o con aparentes justificaciones; por consiguiente ellos se levantan contra el “infan-

ticidio”, un asesinato inaceptable cualquiera sea la motivación o la explicación. El Código Civil estipula que “la ley garantiza (o debe garantizar) el respeto del ser humano desde el comienzo de su vida”.

Es verdad que esta última proposición mantiene la vaguedad: ¿cuándo comienza la existencia? No nos podríamos detener en el nacimiento, ni siquiera en la fecundación pues los dos gametos —el óvulo y el espermatozoide— están tan vivos como el embrión (este último, notémoslo, después de un cierto estadio de desarrollo será llamado “el feto”); en caso contrario deberíamos admitir grados en o con la vida, de *más* o *menos* viviente, una concepción que acentúa la confusión conceptual y que solo reposa sobre definiciones personales o pasionales.

El natalista, enemigo del infanticidio, no entra en estas consideraciones sofisticadas. Condena no solamente todo lo que él considera como un “asesinato” sino también a todo el que manipula lo celular y lo instrumentaliza; tampoco acepta la extracción de ovocitos, después de recurrir a medios que favorecen la hiperoovulación; si no admite la embriomodificación, menos aún su destrucción. En efecto, este embrión contiene en él, desde el comienzo, lo que lo origina. Para el natalista, importa pues considerarlo una “persona” completa, pues desde que el óvulo es fecundado una existencia se emprende y no repite ni la del padre ni la de la madre. Y un tal ser no accederá nunca a la humanidad si no le reconocemos este estatuto *el primer día*. El término de “humano potencial” que generalmente se conserva para designarlo no puede sino chocar al moralista, pues tiene que ver con la sofística. Juega con la ambivalencia icomo si el embrión fuese ya humano pero todavía no completamente! Se ha fabricado aquí una estructura de mezcla ique a la vez que prohíbe legitima también la eliminación (la IVE)!

No me encierro acá en argucias o problemas secundarios de vocabulario o de etiquetaje; según la definición que se dé, se seguirán graves consecuencias. Por ejemplo, el 22 de junio de 2001 la Corte de casación debatió un asunto importante. Resumámoslo. Un automovilista en estado de semi-embriaguez hiere a una mujer encinta de seis meses. El accidente entraña la muerte del feto. Si este último es considerado como una persona, estamos en presencia de un homicidio, con las repercusiones penales que se imponen. La corte penal de Metz había considerado anteriormente que el feto no era aún una “persona”, y que él no puede ser protegido por el derecho penal. La sanción difiere pues por completo, según la perspectiva que se escoja.

La Corte de casación le negó al feto el estatuto de individuo o de persona; no admitió que el automovilista sea condenado por homicidio. Aunque esta muerte se haya debido indiscutiblemente al choque causado por el chofer en estado de semi-embriaguez, los jueces consideraron que se precisaba, para poder reivindicar el título de “persona”, haber venido ya al mundo, no fallecido (el corazón debe latir en el nacimiento, añadía el primer tribunal que tuvo que juzgar este asunto,

como si no latiera antes de nacer). La Corte de casación incluso se ha plegado a una solución de facilidad: la Corte sabe que ella debe condenar (estamos en presencia de un asesinato) pero no quiere abrir el debate sobre el estatuto fetal y sus límites. Esta última cuestión no hará parte de su competencia.

Se contentará con condenar al automovilista por herida involuntaria, porque ha afectado a la persona de la madre a la que ha privado de un nacimiento esperado. La solución del problema se encuentra así desplazada, para no decir edulcorada; lo esencial —la naturaleza misma del “niño por venir”— ha sido dejado de lado.

Como la mayor parte de los problemas planteados por la vida embrionaria, la cuestión tiene que ver con la existencia de *estadios* o de *fases* en el curso de la embriogénesis: un comienzo, en el que el pre-embrión (una palabra aún forjada con habilidad con el fin de legitimar oblicuamente el aborto posible) no se ha implantado aún en el útero materno (la anidación); después un segundo tiempo en el que no distinguimos todavía las células que contribuyeron a la edificación del embrión de las que decidieron por la placenta; finalmente, asistimos a las distintas fases de la construcción final.

Es claro que esta fragmentación, esta discontinuidad descriptiva, introduce cortes en un movimiento, sin embargo, indescomponible. Y el biólogo trata vanamente de fabricar una evolución a partir de estados distintos. Debe incluso multiplicarlos para esperar alcanzar un real que perdió (huevo, morula, blástula, botón embrionario, embrión, etc.), y esto mientras que —según los natalistas— lo humano surge desde la concepción.

Algunos especialistas en embriología han propuesto una solución audaz: lo que caracteriza verdaderamente al hombre reside en el cerebro. Por lo demás, la muerte del individuo está ligada a la cesación de las funciones cerebrales. Lo que fija el fin de una existencia debe, o debería, permitir lógicamente que se determine su comienzo; la emergencia de la persona no tendría que ver con la fecundación, que no es sino un preludio, sino con las primeras manifestaciones psicomotrices, por tanto del sistema nervioso.

El inconveniente de este último criterio viene de que el feto, y en particular su sistema nervioso, continúa desarrollándose después de su nacimiento. Ahora bien, evidentemente está excluido ¡que podamos situar la aparición del sujeto después del nacimiento! Es necesario pues renunciar a este criterio o a esta referencia casi definitoria.

La biología molecular viene también a aportar su saber: muestra que la primerísima célula que resulta de la unión de dos gametos parentales contiene una gran parte de lo que va a especificar al individuo en su entorno; el ADN contiene el programa llamado a expresarse. Y de paso, no podemos sino mara-

villarnos de notar que en una única célula se encuentra ya lo esencial de lo que constituirá la persona y participará en su perpetuación.

Estoy de acuerdo con los natalistas cuando dicen que no existen estadios, argumento que favorece e incluso llama al embriocidio. Antaño, esta tesis ha podido servir tanto a la filosofía de Platón como a la de Aristóteles, para no mencionar a santo Tomás, del que no se cesa de reclamarse. Los pensadores de la Antigüedad distinguían dos períodos en el embriogénesis; primero la localización de las estructuras (anatómicas), y el segundo su animación. Este último solo surgía incluso al cuadragésimo día después de la fecundación para los niños y al... nonagésimo para las niñas. En un tal contexto es lícito —moral y jurídicamente— actuar en el primer tiempo, mientras que se deberá preservar el segundo. Pero ni la histología ni la embriología podrían ratificar en nuestros días este viejo corte.

Sobre bases más sólidas, los teólogos refuerzan este punto de vista: ellos están de acuerdo sobre la solidez de un fundamento —*la naturaleza primera*— que solo el creador ha instituido y que por consiguiente conviene respetar. Es menester no jugar a los aprendices de brujos y terminar por destruir “el templo de la vida”.

Se podría aquí hacer una aproximación: algunos de los opositores a los OGM (los organismos genéticamente modificados) temen que, so capa de mejoramiento, se rebaje la cualidad del vegetal. Incluso si se ha modificado sobre todo su “forma”, se correría el riesgo de perder el “fondo”. Mientras que ayer las plantas restauraban a los hombres, podría ser que en el porvenir —como consecuencia de las manipulaciones— ellas los perjudiquen.

Como ellos, los teólogos enemigos de la IVE se reclaman indirectamente de la corriente hipocrática —*la sola natura medicatrix* (solo la naturaleza cura)— que condena una técnica ebria de sus proezas, defendida por los que descuidan la potencia reguladora de “lo que es”, del que uno no se aleja impunemente.

## **Defensa de la IVE**

Llego al tercer tiempo de mi análisis: después de haber recordado las grandes líneas de la ley, luego de dar la palabra a los natalistas con el fin de que defendieran su punto de vista bastante radical, debo exponer lo que me conduce a la defensa tanto de la IVE como de la IME.

La respuesta tendrá que ver necesariamente con el fundamento retenido a favor de lo que será la acción moral; en caso contrario estaríamos conducidos a justificar cualquier cosa, según los problemas, los momentos o las circunstancias. Solo hay moral sistemática; ella debe inspirarse siempre en el mismo principio, habiendo sido validado él mismo.

Si es la *naturaleza* la que juega este papel, se absolutiza la vida, nos inclinamos ante ella y nadie podría intervenir con miras a desviarla o a suspenderla; de acá se deriva la condena sin reserva del aborto considerado como un homicidio. Se trata acá de una perspectiva casi materialista puesto que está ligada a la biología soberana.

Es necesario oponerle un fundamento *cultural* —la voluntad humana ante todo— en el sentido en que no me preocupo del embrión en tanto que tal (la naturaleza), puesto que este solo existe verdaderamente en su relación con sus genitores, sus padres. Importa principalmente que él sea reconocido y esperado. Si solo viene al mundo por accidente, mientras que va a hacer más insostenible y más precaria la vida familiar, presa de diversas dificultades —económicas, o psicológicas o afectivas— comprendo el rechazo y la IVE. En otros términos, el embrión no debe agravar el drama de la miseria; si no, él participaría, aunque indirectamente, en el “menos-ser” de los suyos. El sí o el no individual no podrían ser suficientes para decidir sobre mi acuerdo con una tal solución cuya gravedad reconozco; importa pues que el nacimiento previsto favorezca la familia que agranda; en sentido inverso, esta IVE solo se justifica si protege tanto a la madre como al niño. La subjetividad no es suficiente, y no podría imponerse ella sola; solo se concibe y se defiende si lucha contra una situación objetiva de miseria.

Otra condición indispensable, con el fin de limitar el poder del individuo eventualmente inclinado a la facilidad y al desánimo, es contar con el consentimiento del “cuerpo político”. La asamblea de los representantes, es decir, el poder legislativo, debe autorizar e incluso fijar en este dominio lo que es legítimo. Si faltan tales límites al querer, caeríamos en lo arbitrario. Es preciso pues subordinar lo *cultural* (el querer) a dos previos: impedir el drama o la desagregación de una familia, y contar también con el acuerdo de la comunidad que encuadrará la acción supresora. El aborto dejará de realizarse en el secreto o la clandestinidad; solo será aceptado o realizado en un establecimiento público.

El fundamento que retengo se apoya, a su vez, sobre la idea que el ser es ante todo relación; no es ni un *en-sí* (una cosa) ni un *para-sí* (el yo solo y sus deseos), sino un *con-nosotros*. Entra en una comunidad a la que va a enriquecer y a consolidar. Conviene que esta se preocupe por acogerlo e integrarlo. Si por ventura pusiera mala cara, deberá expresar la causa. Pero si el embrión resulta de un azar o de un fracaso de contracepción, ¿por qué condenar a la madre que desea no soportar eso que la agobia?

No se trata de abrir la puerta a la comodidad ni, como a veces se lo sobreentiende, a la locura de las conveniencias, puesto que he sometido el aborto a dos importantes condiciones previas, a tal punto que esta medicalización no será preconizada ni efectuada en cualquier momento (solo cuentan las doce primeras semanas) ni por cualquier pretexto.

Tampoco podría dudar de la validez de la IME; me es suficiente con referirme al testimonio de Paul Milliez: “Cuando una mujer encinta —gran hipertensa o afectada de una azotemia elevada (es decir una elevación de la tasa de urea)—, viene a mi consulta, considero como mi deber interrumpir el embarazo y permitirle a esta mujer una sobrevivencia que le asegure muchos años en los cuales podrá levantar a sus hijos anteriores [...] En la inmensa mayoría de los casos estas mujeres son incapaces de llevar su embarazo a término; morirán antes de la viabilidad del feto, si no se interviene”<sup>2</sup>. Este especialista va incluso un poco más lejos: “A veces tomo una responsabilidad aún más grande en el plano moral: como en las mujeres hipertensas e insuficientes renales, las píldoras contraceptivas están absolutamente contraindicadas, hago practicar ligaduras-resecciones de las trompas, con desaparición, que le aseguran sin daños a la mujer una esterilidad definitiva. Por supuesto que a ella se le advierte el lado definitivo de esta decisión, como igualmente a su marido”<sup>3</sup>.

Louis Portes, teórico de la deontología médica, le había respondido: “Pido que se busque cuántas de estas mujeres, afectadas de insuficiencia renal grave o de cardiopatías descompensadas, en las cuales hemos interrumpido la gestación [...] están aún vivas un año después de la intervención. Constataremos que la mayor parte de ellas están muertas y que el sacrificio sistemático que hemos hecho del feto no ha sido realmente compensado por una verdadera sobrevivencia de la madre (...) Si seguimos seguros de la ilegitimidad del aborto terapéutico, no siempre estamos seguros incluso de la legitimidad simplemente médica”<sup>4</sup>.

Sin prolongar la discusión, mucho me temo que, al querer proteger al uno y a la otra (la madre y el niño), corramos el riesgo de perder a los dos. También, recurro —por razones de verdadera humanidad— a sacrificar “al que no ha nacido aún”, y entonces la madre podrá continuar asumiendo sus obligaciones familiares. En cuando a la mujer violada, ¿no merece ser ayudada y liberada de lo que pesa injustamente sobre ella?

El moralista sostendrá que el embrión no podrá ser tratado como un medio. Solo pide que lo dejen vivir. Nadie se opondrá a esta anotación. Sin embargo, en la realidad, ocurre que este embrión se vuelve curiosamente, y al mismo tiempo, fin y medio. Por ejemplo, en caso de embarazo múltiple, conviene (el Comité consultivo nacional de ética lo autoriza, mientras que busca respetar la dignidad del embrión) de suprimir algunos embriones para permitir la existencia incluso de los que han escapado a la destrucción. “La destrucción embrionaria

<sup>2</sup> P. Milliez, *Problèmes éthiques de l'avortement*, Privat, 1973, p. 12.

<sup>3</sup> *Ibid.* p. 13.

<sup>4</sup> L. Portes, *À la recherche d'une éthique médicale*, 1964, pp. 49-50.

se impone: consiste en eliminar uno o muchos embriones o fetos, sin interrumpir el desarrollo de los otros”<sup>5</sup>.

En su argumentación habitual los natalistas se refieren a dos principios, “el respeto debido a la persona humana” y “el embrión debe ser tratado como un fin no como un medio”, dos argumentos de coloración kantiana. Este doble axioma —el respeto debido a la persona, cualquiera sea o cualquiera que sea su estatuto, por una parte, y el hombre como fin, no instrumentalizable, por la otra— no puede aparentemente sino colmar al moralista. Pero estas reglas de base sorprenden tanto más cuanto que juegan con lo indeterminado. Autorizan tanto el pro como el contra. Nunca serán desmentidas. No toleran la menor excepción. Se transforman incluso en una ley que, en todos los casos, nos obliga. No debemos dejar de reconocer su nocividad doctrinal puesto que ellas sacrifican lo que había sido previa y arbitrariamente establecido. Cubren con su aparente autoridad la ideología a la que se ha adherido el que las aplica.

El respeto debido a la persona humana me parece un principio indiscutible pero vacío de contenido. En efecto, importa precisar en qué debe consistir la ayuda que le debemos: ¿se prolongará una existencia miserable o, bien por el contrario, se la interrumpirá? Es más ¿cuál de las dos vidas —la de la madre o la del niño—, a menudo implicados los dos en el drama y eventualmente amenazados, se va o se debe proteger, puesto que no se las puede salvar juntas?

## Dramas

Pero cuántos dramas —como ya lo he anotado— con la irrupción de las técnicas nuevas (en este caso el diagnóstico prenatal). El último de ellos, sobre el que me detendré a título de ejemplo, divide incluso a los especialistas de estos problemas.

Un feto es portador de una grave deficiencia. El consejo genético recomienda IME. Los padres se niegan. En efecto, los padres conservan la posibilidad del rechazo; nada de terapias sin el consentimiento del que las padece o, si se trata de un menor, la anuencia de sus padres. Y si les rehusáramos el derecho de zanjar, entraríamos en una especie de medicina terrorista, mientras que el médico tratante siempre ha subordinado su intervención al consentimiento del que trata o, al menos, del de los padres cuando se trata de un menor, y *a fortiori* de un embrión.

Más tarde, el hijo profundamente minusválido intenta un proceso contra sus genitores porque ellos habrían podido evitar, por el simple recurso a la medicina supresora por lo demás preconizada, la existencia desdichada que padece. El

<sup>5</sup> Bajo la dirección de Brigitte Feuillet-Le Mintiers, *L'Embryon humain*, Economica, “Aproximaciones multidisciplinares”, 1996, p. 77.

moralista podría avanzar que es notoriamente malévolo intentar un proceso contra sus padres, pero ¿por qué no considerarlos responsables de un drama que afecta a un ser desprovisto de toda defensa, mientras que hubieran podido evitarlo y que se les había recomendado prestarse a una IME?

Para mí no se trata aquí de una cuestión secundaria, una especie de querrela familiar; en efecto, algunos teóricos, moralistas e incluso médicos que reclaman, exigen, como fundamento de la conducta, el respeto de la “libertad individual”, el posible rechazo de toda decisión impuesta, para no hablar de la sugerida. Pero a menudo la sola subjetividad aconseja mal; es necesario entonces pagar su precio a los que se priva precisamente, aunque indirectamente, de su “libertad”, a tal punto se van a ahogarse en la incurable desgracia que deben soportar. Prefiero dar más importancia a los expertos que, en este caso, desaconsejan un tal embarazo. La IME se imponía.

Jurídicamente, no existe ningún daño que no pueda beneficiarse de una reparación y por tanto el juez del tribunal podrá fijar su monto y las modalidades.

No se le dio curso a esta demanda. Ya, el Comité consultivo nacional de ética (CCNE) se opone abiertamente al reconocimiento de un “derecho a no nacer minusválido”, derecho, sin embargo, que hizo posible la potencia de los exámenes y rastreos fetales. El CCNE rechaza el recurso a “criterios normativos que definan por sí mismos, independientemente del sentimiento de la madre, un umbral de gravedad que justifique la eliminación de los fetos anormales” (15 de junio de 2001).

Como moralista, no estoy de acuerdo y cauciono esta petición dirigida a la justicia evaluadora. No veo las razones por las cuales un niño debería aguantar lo insoportable, mientras que sus padres podían ahorrarle este sufrimiento. Por lo demás existe, según lo que conozco, al menos un caso contrario: un médico solicita una IME después de hacer los exámenes que evidencian una patología. A partir de los mismos datos, los expertos del CCNE rechazan la idea de una intervención pues, según ellos, esta patología no habría alcanzado “un umbral de gravedad” tal que se impusiera el aborto.

Quiero añadir que, como a menudo en este dominio, la habilidocidad se ha impuesto: el Consejo de Estado ha sido llamado a juzgar uno de estos asuntos, ligado a una gran deformidad de un niño. ¿Era necesario concederle una “reparación” financiera que él reclamaba puesto que sufría de una descalificación? El Consejo de Estado prefirió que les sea concedida una ayuda importante a los padres para los gastos que deben asumir, pero la idea según la cual el hecho de nacer lisiado constituía un perjuicio generador de indemnización ha sido evitada. Señalemos que la Corte de Casación (sentencia Perruche) se pronunció a favor de la reparación solicitada. Volveremos sobre el asunto.

El jurista se entrega a menudo a los compromisos. Utiliza su habilidad. Se apodera de las mínimas circunstancias con el fin de corregir los excesos que busca evitar.

Aunque hubiera debido detectar las malformaciones que los perjudican, los niños no pueden demandar al ecógrafo que no reconoció las anomalías que sufrían, que los incapacitan desde entonces, para obtener una indemnización. Uno de esos niños, nacido con una espina bífida severa, ha sido denegado en su demanda, dado que si su madre hubiera conocido esa anomalía (una distopía), ella no podía ya recurrir al aborto que solo puede tener lugar en las doce primeras semanas. Pasado ese plazo, la IME solo se decide si dos médicos expertos se ponen de acuerdo sobre su pertinencia. Suponiendo que las anomalías hayan sido detectadas, habría sido necesario que los especialistas reconocidos se pronunciasen a favor del aborto. Parece que ellos no fueron consultados. La invalidez no se debió ni a esta ausencia de respuesta, ni al ecógrafo que no puede decidir nada. La Corte ha pedido solamente que la madre sea ayudada pero no previó nada para el hijo.

Vemos acá la ilustración de un compromiso talentoso, aunque insostenible. Los jueces han corrido a socorrer al ecógrafo. En caso contrario, podían temer que se multiplicasen los procesos contra esos practicantes de la detección, y también en el futuro nadie se aventure a preconizar este tipo de examen. Y por lo demás, existen anomalías que no aparecen verdaderamente en las placas.

El caso “Perruche” debe ser separado de los casos precedentes: el niño recibirá una renta. El diagnóstico fue dado antes del final de las diez primeras semanas, período durante el cual la IVE es lícita. Su madre había anunciado que solicitaría el aborto si se le anunciaba cualquier riesgo en el desarrollo de su hijo. El médico no le avisó de la rubéola en curso, aunque sabía que esa enfermedad infecciosa se acompaña de afecciones para el feto. Él falló. El niño-víctima merece él mismo una justa reparación. Precedentemente, algunas condiciones de las exigidas para la indemnización no se cumplían; en este último caso sí se cumplen. En estas circunstancias, ya no son los padres los obligados a la reparación, con respecto a la desventaja de su hijo en el nacimiento, sino el laboratorio que no detectó la rubéola que estuvo en el origen de las graves malformaciones que hubieran implicado la IME.

A partir de un tal proceso, el CCNE parece sobre todo temer la extensión de estas situaciones. Los que se llaman los “leguleyos” no dejarán de satisfacer su deplorable pasión a la primera ocasión.

Sin embargo, yo me inclino por la opinión contraria: esta dramatización —el tribunal solicitado y que zanja a favor de la víctima— debería hacer raro el número de estas situaciones, puesto que los padres sabrán de acá en adelante que

no pueden sacrificar tan fácilmente su descendencia a las endeble convicciones que los alienan a ellos mismo. Para impedir la extensión de las indemnizaciones, que se pone a penalizar a los médicos dedicados a la imagenología fetal, existen argumentos sofisticados que han sido presentados; estos se oponen a tal punto a mis propias conclusiones que debo tratar de refutarlos.

Conceder una ayuda importante a estos desafortunados conduciría a admitir que una existencia cargada de afecciones o de enfermedades incurables no vale la pena ser vivida, mientras que la no-existencia no podría imponerse a una existencia incluso viciada o deteriorada. Al médico ginecólogo no se lo haría participar en estas evaluaciones. Además —siguiendo esta argumentación sofisticada— se correría el riesgo de deslizarnos hacia prácticas eugenésicas: todo lo que difiere demasiado será eliminado, solo será conservado lo canónico y lo regular. Y, finalmente, no olvidemos —según nuestros sofistas— que la radiología no puede descubrir todas las patologías en curso.

Y por lo demás, ¿en qué signo reconocerla? ¿Un miembro atrofiado o un dedo supernumerario entran en el grupo de lo que merece una IME?

El propio médico no cesa de recordar que él está sometido a “la obligación de los medios” que tiene que poner a operar, de ninguna manera a la de los resultados. En el asunto en cuestión, el ginecólogo no le ha fallado a su arte, sino a la interpretación de su examen y, por consiguiente, a las consecuencias que de ello se podían derivar. Según esta argumentación sofisticada, ¡él no puede ser designado como el responsable civil de las secuelas que comprometen la vida del niño!

Me opongo a este alegato que busca la inocencia del médico, así como de su DPN (diagnóstico pre-natal). La más mínima preocupación humanitaria exige ayudar a la víctima del error. Imputar las deformidades a la fatalidad busca en exceso dispensar aligerar el perjuicio.

Precedentemente, ya he deseado para la madre una indemnización que facilite la existencia; no voy a dejar de comprometer al médico en la misma causa.

Para mí, el feto es visto como una persona que —por consiguiente— puede prevalerse de consideraciones y de derechos, y no es asunto de volver a la teoría de la persona potencial, cuyos peligros y perfidia ya he subrayado.

Permanezco pues fiel a esta sentencia controvertida, aunque genera tales tempestades que no dudo en que tarde que temprano será abolida. Y es porque no creo en la verdad de la distinción (digna de la casuística) según la cual la medicina estaría obligada a los medios, no a los resultados, pues se trata de medios que siempre producen resultados y, cuando no los produce, parece evidente que el médico sale inocente. Y ¿a quién se le hará creer que no es posible

separar lo detectable (70 % de las malformaciones) de lo no-detectable? Por lo demás, nunca un ecógrafo ha sido juzgado civilmente responsable de alguna invalidez no diagnosticada.

Pero, además, las teorías extensivas de la responsabilidad civil se han manifestado siempre positivas, a tal punto obligan a los que se incrimina a luchar contra aquello de los que son acusados. El progreso resulta de esto, pero los médicos prefieren curiosamente que el Estado tome el relevo, por la obligación de los subsidios y del socorro de los minusválidos.

Los adversarios de la sentencia Perruche se aprovechan de este caso para librar una guerra agazapada contra el aborto, y para sostener la tesis de un feto de acá en adelante normalizado hasta el exceso, como si se tratara de una producción sometida a la conformidad y al estricto calibrado. Es bastante visible que se fabrican peligros imaginarios con el fin de hacer posible una especie de derecho al “error” (un error que a menudo es una falta).

### **Combatir los sofismas y respetar la ley**

Quiero evitar dos errores grandes, incluso si el primero se lo debería llamar más precisamente una hipocresía. En efecto, teóricos-moralistas hostiles al aborto —y más particularmente a la IVE— han creído, sin embargo (como ya lo vimos), tener que descomponer el tiempo ininterrumpido del embarazo, y así reconocer estadios relativos a los pretendidos momentos de la vida embrionaria. Al comienzo, a causa de una indiferenciación celular muy relativa y provisional, podría ser encarado impunemente la supresión fetal.

Salta a la vista que el embrión existe desde el comienzo, si no, nunca existirá. Con la fusión de los gametos, alcanza, si no su completitud, al menos lo que lo define y lo caracteriza; a continuación desarrollará lo que encierra.

Pero, para justificar una IVE —que por otro lado desaprueban— algunos médicos han fabricado “un tiempo de no existencia” o de simple latencia concebido como una maduración que precedería la animación, para retomar las teorías antiguas. Cada uno ve acá el rodamiento que permite a la vez el “sí” y el “no”. Evidentemente que la embriología no autoriza el corte del que esperamos servirnos.

El otro error es como una falta: ¿cómo algunos teóricos, e incluso algunos filósofos, pueden salir en guerra contra la ley, una ley que por lo demás fue aprobada por todos los parlamentos europeos? Si pueden seguramente contestar el buen fundamento de ella, no podrán impedir su aplicación por medio de manifestaciones subversivas o de vías de hecho contra maternidades que lo practican. Desde la Ley del 17 de enero de 1975, el aborto se legalizó en Francia; exalta incluso la voluntad de los padres potenciales que se rehúsan a someterse

a lo que los aplasta. El hombre ya no debe soportar lo que le destruye su familia o la sobrecarga hasta la asfixia. Finalmente, el verdadero defensor de la comunidad de base no es el que lo pretende, o el que parece protegerla rechazando el derecho a la IVE, sino el que la ayuda a subsistir en medio de la tormenta.

Subrayemos que los más opuestos a la IVE, e incluso a la IME, no pueden condenar el hecho de que —en ciertas circunstancias que precisaré más adelante— sea necesario recurrir a la destrucción de embriones “congelados”, lo que le introduce incoherencia a su posición.

La moral no puede ignorar los progresos materiales, técnicos y sociales; no que ella los ratifique sino que debe tenerlos en cuenta, *en la medida en que renuevan las cuestiones*. No se pueden olvidar las transformaciones de una medicina cada vez más hábil en materia de pronóstico, lo que obliga a los médicos a una reflexión moral.

La medicina permite ver lo que ayer se nos escapaba. Necesitábamos esperar el nacimiento para enterarnos de la existencia de un niño mal formado. El DPN (el diagnóstico pre-natal) se ha vuelto posible; entraña interrogaciones, tantas y tan bien que la IVE y la IME llegan incluso en parte a fundirse. Seguramente el problema de base permanece: ¿a partir de qué o de cuál trastorno pensar y aprobar “la muerte del niño”? Anteriormente no he querido establecer la lista de las invalideces o la distinción casi administrativa entre lo tolerable y lo insoportable, porque la decisión varía según los casos y las posibilidades. Dejemos a cada familia el cuidado de decidir sobre ello, y no transformemos esta experiencia en una consecuencia automatizada de una burocracia socio-médica que delimita. La libertad se impone, lo que nos debería evitar “las condenas”.

# La renuncia a las morales clásicas<sup>1</sup>

François Dagognet

Como ha sido indicado, entramos en el vasto campo de la moral; ya descartamos su sinónimo -la ética- así solo sea porque la mayor parte de los teóricos no lo han adoptado. Aunque Spinoza intituló su tratado *Ética*, en el mismo momento Malebranche publica su *Tratado de moral*, y Descartes enuncia sus reglas de “una moral” juzgada por él mismo como “provisional”. Más tarde, Nietzsche escribe una *Genealogía de la moral*, Kant nos platicará sobre la ley moral, y Bergson, en el siglo XX, nos entregará *Las dos fuentes de la moral y de la religión*. Seguiremos pues lo que la tradición nos recomienda indirectamente. También este término nos parece más familiar que el que no adoptamos.

Tememos sobre todo descorazonar puesto que en lo que sigue recurriremos poco a los teóricos de la moral; incluso prevendremos contra ellos: se mantienen en una región etérea, imprecisa y por tanto falaz. Por lo mismo, muchos han reconocido en las construcciones y las categorías morales una cierta nocividad, que justifica nuestra desconfianza de principio.

Mostraremos en efecto que los problemas tradicionales no deben detenernos, los que giran en torno al deber, la expiación, el bien, la culpabilidad, la responsabilidad, la virtud; y buscaremos legitimar nuestra desconfianza con respecto a este pertrecho nocional que ha nutrido querellas sin fin.

Pero, *grosso modo*, ¿por qué esta reserva? Estamos persuadidos de que el bien debe imponerse al mal; toda la cuestión consiste entonces en saber en qué consiste ese bien y lo que nos impone, a menos que llamemos “bien” lo que deseamos, caso en el cual creemos “tener” el bien en el momento mismo en que lo perdemos. Y este simple hecho de perderlo cuando pensábamos aprehenderlo prueba aun su aspecto huidizo, por no decir inconsistente. Llegamos hasta creer que el tradicionalista –austero y dogmático– imita al sofista al que acabamos de aludir (el que reduce el bien a lo que deseamos); solamente le da vuelta a su enunciado, para afirmar tranquilamente que todos deseamos el bien; se pone entonces a darle un sentido (ficticio) a ese Bien que esencializa; pero siempre no

---

<sup>1</sup> François Dagognet, La renuncia a las morales clásicas (cap. 1). En: *Una nueva moral: familia, trabajo, nación*. Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour la connaissance, 1998. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, abril de 2006 – marzo de 2008.

es más que lo que deseamos, aunque sea hábilmente sostenido que lo deseamos porque lo merece o porque es el Bien hacia el cual todos tendemos.

No excluimos que para realizar su fechoría –lo que juzgamos detestable– el malhechor comienza por considerar como un bien el mal que va a cometer; en *Crimen y Castigo*, Raskolnikov se persuade de que matar a una vieja usurera librerá a la sociedad de un parásito o de un ser que hace el mal. Se convierte en un justiciero corajudo en el momento en que actúa como un criminal. El Bien autoriza todas las decisiones: dado su carácter vacío (el formalismo) equivale solamente a un cuadro; debe ceder el lugar a lo que lo llena y que es lo único que cuenta (el contenido). No dejaremos de iluminar su aspecto fofo, presto a legitimar todas las ocurrencias. Asimismo, algunos de los teóricos de la moral se han dado cuenta de ello; utilizaremos luego sus argumentos considerados devastadores.

No ocultamos nuestra intención de desarrollar una “moral por fin objetiva”: lo que vale (el valor) debe poderse justificar, si no, ¿de dónde vendría su superioridad así como la obligación de inspirarse en él? Nos ponemos de acuerdo con Nietzsche: pide que esta disciplina, de acá en adelante científica, le sea confiada al fisiólogo y al médico. “Sería necesario ante todo que todas las tablas de valores, todos los imperativos de los que hablan la historia y los estudios etnográficos<sup>1</sup>, fueran aclarados y explicados por su lado fisiológico... Se trataría de someterlos a un examen por parte de la ciencia médica... Todas las ciencias deberían preparar de acá en adelante la tarea del filósofo del porvenir: esta tarea consiste, para el filósofo, en resolver el problema de la evaluación, en determinar la jerarquía de los valores”<sup>2</sup>.

El campo de la moral en el cual entramos coincide con el de nuestra existencia concreta y real: en efecto, vivimos en una sociedad, en el seno de una fraternidad, en medio de una empresa (o al menos de un taller), en una nación. Nos situamos dentro de estos tres círculos que nos envuelven (la familia, el trabajo, la nación), tres referencias de las cuales dependemos.

Ahora bien, cada una de ellas plantea problemas candentes que vamos a examinar. Por ejemplo, como moralista, ¿defenderemos o no la familia canónica? ¿Elogiaremos entre otras posibilidades institucionales la IVE (el aborto) o deseamos restringirlo? ¿Permitiremos –y con qué argumentos– la supresión de un feto porque es portador de una tara, incluso si ella no entraba la vida? Por lo demás, ¿por dónde pasa la frontera entre lo tolerable y lo insoportable? Numerosas interrogaciones se plantearán con respecto al ser familiar, lo mismo en lo que concierne a la organización del trabajo: ¿consideraremos el capitalis-

<sup>1</sup> Ovejero y Maury dice (equivocadamente) “etimológicos” (n. Paláu).

<sup>2</sup> Nietzsche. *La genealogía de la moral*. t. III, Tr. Ovejero y Maury. Buenos Aires: Aguilar, 1965. p. 616.

mo o la economía liberal como la que da los mejores resultados industriales y humanos? ¿No es esta una pregunta importante para el moralista? ¿Cómo permanecería mudo o en reserva ante el problema de la propiedad? ¿Debe fijarle límites? Y en cuanto a la nación, ¿aceptaremos, filosóficamente hablando, que sea insertada de ahora en adelante en un conjunto más amplio (Europa [para el caso de Francia])?

Para abordar y zanjar en estas cuestiones no podríamos contentarnos con preferencias o simples puntos de vista; debemos incluso apoyarnos sobre un triple método. Ante todo debemos buscar lo que en el pasado pudo suscitar tal o cual conducta (la investigación genealógica). Los comienzos, si pueden ser aprehendidos, nos ayudan a apereibir lo que recomendó una acción. A veces incluso la investigación etnográfica se impondrá; ganaremos con retroceder lo más lejos posible con el fin de sacar a luz las motivaciones de lo que ha sido condenado o de lo que es predicado. Para juzgar, contaremos entonces con las raíces que aclararán las vegetaciones.

Otro camino: nos es necesario ensayar una operación ardua, la que anticipa las consecuencias, las próximas como las lejanas, de lo que se opera (o de lo que no se tiene en cuenta, o de lo que incluso es rechazado). A falta de una previsión, no nos debe faltar la recopilación de los efectos inmediatos y directamente observables; se juzga el árbol por sus frutos. Por ejemplo, los estudios sociopolíticos y criminalísticos han mostrado que la institución de "la pena de muerte" no disminuye el número de crímenes en una nación. El temor de la sanción suprema no juega ni asusta. El propio Beccaria lo anota. ¿Cómo no concluir en su ineficacia? El moralista no está infeudado en los hechos y en su lectura; recuerda incesantemente que el imperativo (moral) no es un indicativo (los simples datos), pero no puede ignorarlos. Con el cadalso creía influir sobre los comportamientos anti-sociales, cuando no cambiarlos. Entonces, ¿para qué es buena la barbarie represiva? Por otra parte, la única investigación relativa al origen de este castigo –es decir la trayectoria etnográfica tal como Frazer la ha trazado en su célebre *Rama dorada*– sería suficiente para descalificarlo; Frazer descubre en esta punición extrañas consideraciones de magia negra, aspectos particularmente perturbadores.

Finalmente, tercera vía justificadora, seremos aclarados si logramos evidenciar el fundamento de tal o cual preferencia. Las decisiones virtuosas o malélicas no podrían ser tomadas sin razón; en caso contrario terminamos aceptando cualquier cosa. La legitimación remite a una base cuya solidez (o validez) es posible probar. Es claro que si, por ejemplo, le doy limosna a un indigente porque deseo obtener con ello ventajas (reales o imaginarias), dejaré de darle cualquier cosa el día en que renuncie a esa práctica supersticiosa. A este respecto Kant no se equivocaba (aunque tengamos que expresar ulteriormente nuestro desacuerdo

con respecto a su moral y a sus fundamentos): él desaprueba un “regalo” que implica consideraciones emocionales o circunstanciales. El bien real no podría estar a la deriva o solo tener que ver con nuestra sensibilidad momentánea; debe ser posible fijarlo e implantarlo en un soporte que lo consagre y lo asegure.

Con estas tres direcciones o previos, todos ampliamente indicados en nuestra *Introducción* –la investigación genealógica explicativa, después el estudio secuencial de los efectos, finalmente la búsqueda de la base que permite la validación–, deberíamos poder salir de la incertidumbre que continúa pesando sobre las acciones humanas, queremos decir las axiológicas, es decir las que valen y que merecen ser, si no impuestas, al menos recomendadas e incluso enseñadas.

De la aplicación de estos tres métodos se sigue que la moral debe ser incluida en una “epistemología general”, porque ella equivale a una disciplina científica original y rigurosa, lo que por lo demás disgustará al moralista y ofuscará al epistemólogo. ¡Pero no podremos guiarnos por las pasiones y las indignaciones de los unos o de los otros!

Para nosotros, la moral decide sobre lo optativo; la consideramos una ciencia del futuro. Con esto solo se incomodará el que encierra demasiado la cientificidad –con sus lados de solidez, operabilidad y verificabilidad– en solamente lo factual (“lo que es”, en el límite “lo que ha sido”). ¿Por qué rehusársela a “lo que debe o debería ser”? “Lo que debe ser” al comienzo no es nada; exhibe en sí mismo la pretensión de imponerse, por tanto de ser. Con él solo se trata al comienzo de una posibilidad (una simulación) cuyas consecuencias se busca entrever y precisar. Y nadie debería poder negar su consentimiento si las llamadas consecuencias se revelan como positivas. Positivas, ¿con respecto a qué? preguntará el moralista. Pues positivas para la vida de todos, porque satisfacen al conjunto de los que las aplicarán; las medidas preconizadas o encaradas impiden las discriminaciones o las flagrantes desigualdades; deberían asegurar a cada uno lo que tiene derecho a esperar. No estamos alejados del “A cada uno según sus necesidades”.

Una moral individual o personal es para nosotros una contradicción en los términos. Conviene que lo que es requerido –porque es moral– pueda ser comprendido, aceptado y efectuado por todos y para todos. Salta a la vista que una tal recomendación moral se beneficia de lo que caracteriza lo verdadero, el enunciado científico: la inevitable aprobación y por tanto la solidez de la prescripción, lo que nos conduce aun a aproximar la ciencia y la moral. Los unifica aún más el hecho de que un problema moral es siempre (sino en su totalidad al menos parcialmente) un problema material, aunque concierna también a la inter-subjetividad. Por ejemplo, deberemos responder a la cuestión siguiente: ¿cómo conviene calcular el impuesto que el ciudadano debe a la colectividad?

(Notemos que la mayor parte de los filósofos y de los moralistas aceptan el principio de este gravamen, pero el verdadero problema no es éste. ¿Hasta dónde se puede llegar con este baremo? Y en este momento si asistimos a verdaderas divergencias). ¿Qué salario se le debe pagar al obrero y cuál al ingeniero de una empresa? El moralista a menudo cae en la trampa porque es conducido a insistir en las incidencias humanas, sin tener suficientemente en cuenta el aspecto material, inseparable de la otra cara que ha sido privilegiada (lo social, por no decir lo antropológico).

Lo que tiende a probar la científicidad de un acto moral es que él se apoya sobre una base a partir de la cual podemos juzgarlo, como ya lo hemos mencionado. Este acto moral nunca es más que una aplicación de un trasfondo doctrinal; y es partir de este último que se conocerá su cualidad.

Por ejemplo, el rechazo o la condena del aborto supone que se considere a la naturaleza como armoniosa; por consiguiente nos preocupamos por no ir a tacharla o a corregirla. Según algunos, ella puede ser vista como la obra de Dios que la habría creado; de acá la obligación de sometersele. No podríamos pues interrumpir la vida u oponernos a ella. Permitir el infanticidio es también atacar el fundamento mismo del humanismo, es decir el respeto que se le debe a todo sujeto, real o en devenir.

Regresaremos sobre este drama; pero desde ya pensamos que no se trata de un asesinato. Por lo demás, para proceder a la IME (Interrupción médica del embarazo)<sup>3</sup> se precisa del consentimiento de la sociedad civil a través de sus representantes calificados y juramentados. En este caso (la IME) solo se impide una existencia ya entorpecida y comprometida; además, ella solo se encuentra al comienzo mientras que el embrión no se ha afirmado aún verdaderamente; por tanto el hecho de un ser relativamente indeterminado, más potencial que real. Y si se rechaza la IVE y la IME se le quita a los padres (los genitores) el ejercicio de su libertad; deberán padecer lo que los golpea. Pero una vida no es una vida más que si el hombre la acepta. ¿No debemos desprendernos de las cargas ciegas de la sola naturalidad cuando lo podemos hacer sin correr riesgos?

Para sostener su punto de vista los opositores avanzan anotaciones caricaturescas tales como la de una madre de familia que rechazaría al niño porque ella solo deseaba un niño de ojos azules!

Por otra parte, el legislador no le obliga a nadie a seguir tal o cual camino. En estas condiciones –se nos objetará– cada cual se conduce como a él le guste. En efecto, debemos respetar los principios religiosos a los cuales algunos permanecen sujetos: ¿cómo no reconocerles el derecho de seguir sus propias convicciones? El propio médico puede rehusar practicar lo que los pacientes

<sup>3</sup> Dagognet está hablando de la legislación francesa (n. del t.)

le solicitan (el aborto, si él lo condena). Todos los actos morales no entrañan la obligación de su ejecución. ¿No es esto entonces reducir la moral a escogencias personales, algo que sin embargo hemos censurado?

En este caso estamos en presencia de una situación aparte. Nos encontramos no tanto en una moral prescriptiva como en una moral permisiva. No es asunto de imponerle a nadie la IVE; solo deseamos que la prisión le sea evitada a los que se dediquen a ella y por tanto que puedan recurrir a ella impune e incluso legalmente. Aquí nadie está obligado a nada, pero la tecnosfera (y especialmente la imagenología médica permite la detección anticipada de la menor “irregularidad” de importancia) hace posible la escogencia. La actitud contraria (el rechazo) nos parece que deriva de la sumisión a las leyes intangibles de la naturaleza; también lo deploramos; además, volveremos sobre lo que consideramos como una actitud perjudicial y arcaica.

Lo que explica nuestra desaprobación resulta de la base misma a partir de la cual se saca tal o cual consecuencia; en efecto, el rechazo del aborto supone una infeudación en “lo que es”; ¿es moral sacrificarse a ello? ¿No es preferible valorizar la escogencia del hombre con la condición de que sea consciente y susceptible de ser compartida?

A pesar de todas nuestras observaciones subsistirá la vieja antinomia entre la ciencia y la moral, pero, ¿sobre qué reposan los valores que conviene, de una manera o de otra, validar? ¿Cómo permanecer en silencio sobre su propia consistencia que explica su superioridad o su excelencia? ¿Y no son exigibles en razón de lo que encierran (principios a la vez rigurosos, coherentes, incluso no contradictorios)?

Es verdad que la mayor parte de los moralistas padecen de un retardo: se quedaron en la edad de oro de la moral antigua (el estoicismo, el epicureísmo, etc.) que solo se inquietaba por salvar al hombre, sometido enteramente a la violencia del universo físico. El moralista le enseñaba a desafiarlo interiormente, a conservar la serenidad; le enseñaba la necesidad de ciertos encadenamientos (por ejemplo, el tiempo se lo lleva todo, envejeceremos, perderemos todo a lo que estamos ligados, pero ¡no vayamos a luchar contra lo inexorable! ¡Preocupémonos solamente de “lo que depende de nosotros”! ¡Adhiramos a las leyes de este mundo puesto que no podemos cambiarlas!). Pero una tal moral perdió lo esencial de su razón de ser, puesto que hemos adquirido los medios de modificar lo que nos rodea; de ahora en adelante debemos evaluar nuestras diversas posibilidades de intervención.

Además, la vida de un individuo no podrá separarse de las de sus semejantes: no se es hombre sino entre los hombres; no vayamos a buscar refugio en ningún desierto (los eremitas). Entonces esta es la pregunta fundamental:

¿qué existencia común queremos? ¿Defenderemos “el ser familiar” en su forma conocida? ¿Aceptaremos para él profundas transformaciones? ¿Nos dedicaremos a la Nación? Discutiremos la organización capitalista... y ¿cómo en este dominio consideramos que se arreglará el problema del desempleo, a menos que defendamos la tesis “del fin del trabajo”? Estas son las tres comunidades (la familia, la empresa, la nación) en las cuales evolucionamos y sobre las que discutiremos puesto que cada una de ellas conoce hoy una crisis.

Es verdad que el oponente de nuestra perspectiva sostendrá que esas interrogaciones pertenecen o bien al político (la nación, el Estado) o bien al psicólogo o al sociólogo (la familia) o bien al economista (el liberalismo, el mercado, el trabajo). Pero estos técnicos ponen a funcionar respuestas que no tienen suficientemente en cuenta los basamentos filosóficos que las soportan. Reivindicamos poder tratar también estos problemas actuales, incluso si nuestras respuestas padecen de algunas imprecisiones. En efecto, aquí permaneceremos en las grandes líneas. Pero rechazamos la expulsión del filósofo, un alejamiento que no es inocente. A él le pertenece cuestionar lo que con frecuencia ha sido dejado en la sombra.

## Trastornos. La procreación artificial<sup>1</sup>

François Dagognet

En el pasado —y solo hemos mostrado la punta del iceberg de la casuística biomédica— los científicos han loado tanto más la moral y la deontología cuanto menos la respetaban verdaderamente y les daban la espalda incluso con bastante frecuencia. Honraban las normas que no los molestaban.

A pesar de estas manchas y de las trasgresiones taimadas, debemos, sin embargo, mantener nuestros dos principios fundamentales: el respeto del hombre y el de la vida, confundidos en una sola máxima: la preservación de la vida humana, a reserva de flexibilizarlos. En efecto, si ayer se les ha tenido poco en cuenta, importa en la actualidad reactualizarlos porque la biología avanza a pasos de gigante y demuele las últimas construcciones ético-jurídicas.

En rigor, una medicina relativamente modesta en sus aplicaciones puede cumplir fácilmente con esos principios; no irá demasiado lejos. Pero, cuando ella posee de golpe capacidades extensas de acción, es obligatorio advertirle contra su furor intervencionista.

La ciencia ha pasado del estudio de las funciones al conocimiento de los juegos celulares, a nombre de lo que —entre otras proezas— entra en los mecanismos de la sexualidad y de la reproducción. Ya no se contenta con observarlos, sabe subvertirlos a petición; por esto en nuestros días el enloquecimiento y la obligación urgente de recuzar la “moral” y la “biología”. Pero ¿qué preconizar? ¿Hasta dónde puede ir impune y legítimamente la ciencia del viviente? No se trata de que el filósofo pueda regular este problema, pero él sí puede participar aquí y ayudar a tomar conciencia de lo que ocultan los éxitos más espectaculares. Se trata de fijar un tope, es decir, de recusar algunas sutiles tentativas de desvío de la vida y su utilización, sin duda, perversa (los efectos ventajosos a corto término producen catástrofes a largo plazo).

Recordemos algunos de los avances de la microbiología, así como las discusiones que de ellos se siguen:

<sup>1</sup> François Dagognet, Trastornos. La procreación artificial. En: *Pensar el viviente. El hombre, ¿amo de la vida?* París: Bordas, 2003. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, junio de 2005 – julio de 2005.

A.- Ante todo el IAC o el IAD, es decir la inseminación sea con el espermatozoides del cónyuge (IAC) sea con el de un donante anónimo (IAD), cuando se trata de vencer la esterilidad masculina (una oligospermia, por ejemplo). Se concentra entonces la llamada simiente que, luego, jugará su papel natural fecundante. No imaginamos hasta qué punto la variedad y el número de los casos en los que se estará obligado a usar este desvío: el sujeto achacoso inmovilizado, o incluso el detenido que envía, desde su célula, a su mujer, con qué ampliar su hogar o asegurar de alguna manera su descendencia. Es claro que el IAD va más lejos que el IAC, puesto que constituye una hetero-donación; se desarrolla a partir de 1954 porque esta fecha corresponde al éxito de la conservación de las células en el frío (el nitrógeno líquido, la criospermia, por esto el CECOS o Centro de estudios y de conservación del espermatozoides humano) que libera de los estreñimientos de lugar y de tiempo.

Se adivina la conmoción, el seísmo abierto por esta práctica, la generación casi artificial: a) ¿no se podrá aplicarla a la mujer no casada, es decir, soltera? b) ¿a una viuda (la inseminación llamada *post-mórtem*)? c) y a las mujeres homosexuales. ¿Se la reservará a las solas parejas estériles, con el doble consentimiento (escrito) de los dos cónyuges?

Estas preguntas han exaltado las pasiones; nos limitaremos a dos anotaciones que mostrarán la dificultad y la poca esperanza de un consenso.

1. La Iglesia católica ha tomado ferozmente posición. Se opone por entero a estos métodos de tratamiento de la infertilidad; la procreación solo vale y solo está permitida por ella como consecuencia de una relación conyugal. No piensa cambiar de punto de vista, bajo la presión de los hechos y de las realizaciones. "Los órganos sexuales tienen dos funciones: función de procreación y función de intimidad. No está permitido al hombre —anota el teólogo— ejercer una de estas dos funciones separándola de la otra, por medio del artificio humano"<sup>2</sup>. Ahora bien, se acaba de cortar en dos el acto de la fecundación; por lo demás se pueden temer acá todos los tráfico.

También se desaprueba este acto porque se ha debido, de una manera o de otra, sacar el elemento reproductor que ha sido aislado. La Iglesia ha censurado siempre la masturbación y sus equivalentes, porque ellos desvían de la "creación" y rompen pues un "acto respetable en su integridad"; sin embargo, en este caso (el IAC) la sirven y debería pues escapar a esta condenación. ¡Pues no! El fin no justifica el medio, se contesta. Confesamos nuestra sorpresa ante una posición tan rígida. Termina por reprender todo lo que la ciencia nos aporta (porque ella está consagrada a la "exteriorización") incluida la contracepción.

<sup>2</sup> *L'insémination artificielle*, Cahiers Laënnec, 1946, p. 37 (R.P. Tesson).

En cuanto a la hetero-inseminación, viola incluso el matrimonio y afecta la noción de paternidad, puesto que se deberá claramente distinguir el padre biológico diferente del social. Legaliza el adulterio. Por su lado, el donador solo tiene el papel de “reproductor”. La Iglesia piensa que se calca demasiado la vida del hombre y de la pareja sobre la de los animales o sobre las recetas que utilizan los veterinarios.

En cuanto a reservar una tal posibilidad a las solteras, es algo que no se puede ni plantear pues se atacan así los valores fundamentales: al matrimonio, a la filiación, al parentesco, a la educación, a la familia. “La voluntad deliberada de una mujer —comenta un teólogo— de querer conocer el amor por su hijo, excluyendo el amor por el padre y por el padre de este hijo, solo puede conducir al amor devorante, abusivo, insoportable, de una genitora por su progenitura, amor nocivo para el niño, destructor de su vida, amor inauténtico...”<sup>3</sup>. Y en este punto, la Iglesia se muestra intratable; no podríamos subestimar la importancia de su posición ni la fuerza de los argumentos que la apoya.

2. Problema aún más espinoso, que divide a los juristas e incluso a los antropólogos en general: la inseminación *post-mórtem*. Este es bastante próximo del IAC.

Un hombre, sometido a una terapia que lo volverá estéril (radiaciones a causa de un cáncer), decide, antes del tratamiento, guardar la simiente que servirá para agrandar la familia o para construirla, y esto de acuerdo con su mujer. Muere. ¿Podrá la viuda solicitar al CECOS la inseminación? La ley actualmente se opone a ello, aunque antaño el tribunal de Créteil lo haya autorizado. El presidente de la Comisión de leyes de la Asamblea nacional, hostil a este juicio, justificó así sus reservas: “Más valdría permitir un día a aquellas (las viudas) no seguir viviendo en el dolor y en el pesar, sino en el gozo y la esperanza de un amor que renace, pues la vida retoma siempre sus derechos”<sup>4</sup>. D. David piensa también que la pareja ha sido dislocada, y por consiguiente, no puede ya solicitar en su nombre este acto grave que la concierne (su prolongación), sin contar con el hecho de que se acepta la venida de un niño cuyo desarrollo se hipoteca (puesto que nacido de un padre muerto al que nunca conocerá). Para el CECOS, fiel a la tradición, el padre muerto no podría seguir sobreviviendo o reviviendo a través de su descendencia póstuma; y además, ¿a dónde se llegaría? Los muertos ya no se morirían.

No compartimos estas reservas: la familia puede continuar existiendo “moralmente” aunque haya terminado “físicamente”. Por lo demás, ¿por qué

<sup>3</sup> J.-L. Leuba, *L'insémination artificielle appliquée au genre humain*, Labor et Fides, 1982, p. 59.

<sup>4</sup> Artículo de Raymond Forni, con respecto a la decisión del tribunal de Créteil, “Non aux gadgets”, *Le Monde* del 3 de agosto de 1984, p. 13.

se permite la adopción de un recién nacido abandonado, o bien por parte de un soltero, o bien por una viuda? Sobre todo, en el asunto de Créteil, el marido había expresado suficientemente su intención, con el acuerdo de su mujer, como para que su petición pudiera ser escuchada por el tribunal. Asimismo, la “espermateca”, por su lado, había recibido el elemento fertilizante, sin ignorar la movilidad de este depósito (el cáncer del marido que debía ser irradiado). Por todas estas razones no compartimos el rechazo del legislador y nos permitimos abundar en el sentido del tribunal de Créteil. ¡Vayamos siempre lo más lejos posible, mientras que no se cuestione la “vida humana”!

¿Puede beneficiarse del IAC la mujer soltera? El ministro francés de Justicia (el guarda de los Sellos), en la conferencia del Consejo de Europa, tomó posiciones claras y corajudas: “Cualquier mujer, incluso una soltera, debe poder beneficiarse del IAD y de una transferencia de ovocitos [...] Dos padres son mejor que uno, pero qué pesa esta sabia observación en nuestras sociedades donde el divorcio es común, donde la madre puede ser soltera y querer ignorar todo de su compañero [...]. Sin duda hay alguna paradoja al invocar el interés del niño para prohibirle nacer”<sup>5</sup>. Se comienza a no pensar ya en el cuadro clásico de la familia tradicional; solamente se piden garantías psicológicas en cuanto al móvil del peticionario (el análisis de las motivaciones y un examen llamado de personalidad).

No trivialicemos esos nacimientos ni estos procedimientos, pero evitemos las prohibiciones que justifican un “ayer” inmovilizado. Sentimos mucho tener que discutir casos particulares, pero siempre es a través de ellos que los principios o bien se tambalean o bien se renuevan. Por lo demás, la casuística no ha ignorado que podía atacar las reglas más seguras por ese sesgo.

B.- Después de haber sustituido al “padre”, se aprenderá cada vez más a paliar la “madre”.

Por ejemplo, una mujer que debe padecer una “celioscopia”, y a la que previamente se le han extraído algunos ovocitos, podría darle uno de ellos a una amiga estéril; este ovocito sería entonces fecundado con la simiente del marido, luego reimplantado (el equivalente de una IAC, una especie de IAO, la implantación de un ovocito extraño).

Sin tener que recurrir a una oferta personal, siempre peligrosa y fuente de reclamaciones ulteriores, se han creado –al igual que los CECOS– bancos de óvulos congelados. Por lo demás no repetiremos al detalle lo que ya habíamos descrito previamente con respecto a la simiente paterna, pero de acá se sigue una disociación del papel o de la noción de maternidad, la que a veces se ha cortado en tres: una mujer da el óvulo, una segunda acepta recibirlo (el alquiler

<sup>5</sup> Conferencia pronunciada en el Consejo de Europa, el 22 de marzo de 1985.

de vientre o la “madre portadora”, porque la esposa no puede —por razones fisiológicas— conducir la maternidad hasta el final), en fin la madre llamada social beneficiaria (en resumen, el niño ha nacido de un óvulo extraño, fertilizado por la simiente del marido, que ha transitado a través de una madre de sustitución). Esta eventualidad extrema produce la virulenta condena de los teólogos porque resulta claramente que el embrión sale de una “fábrica” complicada; no ignoran tampoco que intervienen las cuestiones de dinero (se ha comprado un vientre). Habríamos llegado al estadio del “niño mercancía”.

De aquí provienen inevitablemente situaciones dramáticas, como el caso de ese niño que nació afectado de retraso profundo (microcefalia). Los padres comanditarios lo rehúsan, así como las sumas por pagar, puesto que no está conforme con el “contrato implícito”. ¿A quién pertenece este recién nacido? ¿A la madre llamada de sustitución o a los que lo han deseado? Explicaba regreso del ardor de las disociaciones; el embrollo jurídico, un estupefactivo proceso por un niño enfermo, sin hogar, y al que nadie quiere.

Es verdad que, para justificar estas “madres portadoras”, o estas madres que no lo son, se ha hecho referencia al *Génesis* (16, 1-2 y 15): “Sarai, la mujer de Abram, no tenía hijos. Pero tenía una esclava egipcia, de nombre Agar, y dijo a Abram: «Mira, Yavé me ha hecho estéril; entra, pues, a mi esclava, a ver si por ella puedo tener hijos» (...) Parió Agar a Abram un hijo, y le dio Abram el nombre de Ismael”<sup>6</sup>.

C.- Se puede todavía, dentro de muy pocos días, no necesitar ni al padre ni a la madre: se reemplaza al uno por el IAC y a la otra por una extracción directa del óvulo. La fecundación, así como los primeros momentos embriológicos, se operan entonces *in vitro*: el bebé llamado probeta será luego reintroducido, para su anidación, en el útero de la madre. Se lucha así contra una causa frecuente de esterilidad (las trompas obstruidas).

Lógicamente, se ha reemplazado uno tras otro al marido, después su mujer, luego a los dos (el padre y la madre). Pero de este rápido vistazo general se puede concluir que el biólogo puede en la actualidad suspender, desviar, controlar, modificar a su antojo tal o cual etapa de la procreación, debido a que la ha exteriorizado y, por tanto, descompuesto.

Aunque no la hayamos tratado, una de las proezas más acrobáticas de la biología consiste en poder interrumpir —para retomar lo luego— un desarrollo embrionario, lo que nos valdrá en Australia un extraño proceso.

En efecto, el señor y la señora X mueren los dos en un accidente de aviación en abril de 1983; tenían una empresa fabulosa evaluada en muchas centenas

<sup>6</sup> Cita retenida y comentada por Robert Clarke, *Les Enfants de la science*, Stock, 1984, p. 111.

de millones de dólares. En 1981, la señora X le solicita a su médico ginecólogo poner en marcha primero una fecundación artificial (una IAD, debido a la avanzada edad de su marido, que, sin embargo, da su consentimiento). Nacen dos embriones, pero serán colocados en cryo-conservación; su retorno uterino estaba pensado para más tarde. Sobreviene la muerte de sus “padres potenciales”, dejando pues tras ellos “dos huérfanos potenciales”. Pero todo se complica debido a que el hijo de un primer matrimonio del señor X se considera el único heredero legítimo de la fortuna. La justicia australiana le da la razón y exige la eliminación de los dos embriones. El movimiento por el derecho a la vida intentó una acción en justicia para demandar la no-aplicación del juicio, y el ginecólogo, por su parte, se negó a acatar las instrucciones del tribunal.

Conviene ir bien lejos en nuestras interpretaciones bioéticas, pero con el fin de fijar un límite infranqueable: se condenará sin apelación todo lo que implique la eugenesia o el desenvolvimiento de la vida humana para otros fines distintos de ella. En este asunto, no tenemos calidad para zanjar, pero una seria duda subsiste: ¿no se ha buscado expulsar al o a los beneficiarios de la importante herencia?

Los problemas vienen de todos lados y, como se lo ve, interfieren con los precedentes; isopla la tempestad!

Evoquemos dos de ellos, candentes: primero el del aborto, llamado por eufemismo “interrupción voluntaria de embarazo”, tanto más actual cuanto que progresa paralelamente la medicina prenatal, gracias a la amniocentesis y a la ecografía, las dos capaces de revelar tanto las aberraciones cromosómicas como las anomalías metabólicas incurables.

De aquí la inmediata pregunta que ayer no se planteaba: ¿se puede obligar a los padres a criar un “niño tarado” o un “deficitario”? Pero si el huevo (el cigoto) define ya la personalidad del niño, la emergencia de la vida, ¿se aceptará su supresión o bien se considerará —casuística obliga— el feto como una simple parte del cuerpo de la madre del que ella puede, como justa consecuencia de la definición, disponer libremente? ¿Es preciso matar a los “degenerados”? ¿No tomamos entonces por un camino peligroso? Además ¿quién lo decidirá? ¿La futura madre sola, o bien ella misma y su marido (el padre)? Y si se trata de una menor, ¿los padres? Por lo demás se anotará que en Francia el consentimiento del marido no es exigido, algo que ha sorprendido. ¿Por qué razón y en qué momento legalizar el aborto? Se sabe que en Francia se puede interrumpir el embarazo antes del fin de la décima segunda semana, porque en ese momento los movimientos del niño se vuelven claramente perceptibles, y esto constituye la prueba casi tangible de la autonomía. Pero se han abierto las puertas a inimaginables consecuencias; a otros procesos, como el de los padres que exigen indemnizaciones importantes sea al médico, sea a la institución de salud, por-

que no fueron informados de las deformaciones revelables y iporque se habría traicionado el “nuevo derecho del niño a nacer en buen estado de salud”!

Segundo problema: el de la eugenesia. ¿A nombre de qué, el colegio de abogados de Chicago habría propuesto a las autoridades de Illinois no autorizar el matrimonio más que entre individuos con compatibilidad genética (el comienzo de la selección)?

Es verdad que en el ultra-pasado filosófico Platón había ya preconizado esta solución, la sola alianza de un fuerte con un débil; en caso contrario, según él, el Estado correría hacia su desviación: los débiles que se unen dan nacimiento a timoratos, y los fuertes si desposan fuertes engendran brutos. Importa tempear y dominar a los unos y a las otras; es imperioso aprender a “tejer” los dos extremos y a armonizar así las constituciones individuales.

Los juristas americanos retoman por su cuenta esta regulación de las uniones, con el fin de prevenir —según ellos— los desórdenes biológicos o las reproducciones defectuosas. O entonces, dado que no pueden impedir los matrimonios que reclama la afectividad, se prohibirán los nacimientos. La biocracia desciende, a veces, esta pendiente: la pretendida gestión de la salud, una vida remitida al Estado y a la planificación. Comenzamos precisamente a perdernos y a jugar a los aprendices de brujos.

## Los rechazos

Conviene dejar a la vida lo esencial de su libertad porque al querer ordenarle tanto utilitariamente, por una parte se la empobrecerá, al mismo tiempo que por la otra se disminuirá al propio hombre. Se pierden siempre los dos conjuntos. Hemos dicho que tenemos que ir lo más lejos posible, sin embargo, hay tres tipos de investigación o de realizaciones en curso que creemos no poder aceptar en conciencia. La importante moral le aconseja a la biología, con el fin de que siga siendo la biología o ciencia del viviente, que no se preste a estos excesos:

1. La clonación. Se ha reprochado a los biólogos por animalizar la reproducción, pero nos parece aún más grave “vegetalizarla”. La manipulación de cirugía genética, ya lograda en oveja, consiste en producir células rigurosamente idénticas a otras, o un viviente copiado conforme, en suma, el doble.

*Grosso modo*, el micro cirujano procede en dos tiempos: primero, expulsa el núcleo del óvulo (a n cromosomas), segundo, logra introducir en su lugar una célula somática, es decir, un núcleo con 2n cromosomas (no se tiene pues en cuenta al espermatozoide). Cambió pues el centro iniciador del desarrollo.

Seguramente —y acá se encuentra la dificultad— las células somáticas del sujeto se han especializado (tal o cual fabrica piel, por ejemplo) y, para ese efecto,

ellas reprimen en sí mismas otras potencialidades. Conviene despertar lo que está o ha sido impedido, el aparato basal, obtener la desdiferenciación, el regreso al fondo original (el joven). Sí, sí, se le permitiría al individuo inmortalizarse como el vegetal incansable que vuelve a brotar parecido a sí mismo (la reproducción por esqueje).

¿Por qué nos quejamos si previamente hemos definido la individualidad como capaz del mantenimiento y de la repetición de sí mismo (la homeostasia)? ¿Vamos a admitir un ser salvaje, deseoso de cambiar? Pero importa distinguir dos momentos: el de la reproducción y el del funcionamiento (la producción). En efecto, en el metabolismo el organismo asegura estabilidad e identidad, pero, con la procreación se dedica a recombinar los caracteres ancestrales con el fin de alcanzar una cifra desconocida. La sexualidad permite ensayar una combinación que luego convendrá conservar. Las dos operaciones, aunque diferentes, no dejan de completarse; se renueva la presentación del *stock* del cual se saca; después se lo preserva. Por esto el error de la clonación que confunde las dos dialécticas; busca todavía el mantenimiento en el momento en que se precisa renovarse por medio de la mezcla patrimonial, lo que conduce al empobrecimiento del viviente, encerrado en la sola repetición. Además, la operación parece simple cuando se la esquematiza; sin embargo, señalemos que se encuentran numerosas dificultades, por ejemplo: el núcleo importado se despega rápido de lo que lo rodea y lo nutre (el citoplasma del óvulo) porque cada uno de estos dos fragmentos no se divide al mismo ritmo. Es necesario entonces poder o bien lentificar al uno, o acelerar al otro. Por lo demás es esta la razón por la cual el manipulador ha escogido a menudo “células cancerosas” (por tanto jóvenes y virulentas) con el fin de llevar bien a cabo su proliferación.

Hemos mostrado ya el aspecto devastador de la empresa que han intentado los Mefistófeles; por allá se evitan las mezclas, las incertidumbres; correlativamente, gracias a este bricolaje genético se inmoviliza y aprisiona al viviente en la lógica de lo mismo. En otro registro: ¿quién no percibe en esta maniobra el loco espíritu de la eugenesia? Nos dedicaremos a copiar a infinito al genio y se impedirá así mismo la reprografía de los menos dotados. Aquí, la ciencia sirve a lo patológico, el narcisismo de un sujeto que se reitera y se perpetúa sin límites.

2. Otro proyecto y otra proeza: la escogencia del sexo del niño por nacer. ¿Por qué tolerar familias desequilibradas? ¿Por qué no ayudar a las diferencias, al cruzamiento de lo masculino y de lo femenino?

El resultado no excede los recursos de la biología menos equipada; en efecto, se sabe que los espermatozoides portadores del Y, al contrario de los que contienen el X, pueden ser separados por centrifugación; será suficiente entonces con practicar una IAC después de haber eliminado la simiente susceptible de feminizar (los dos X). Se asegura así el sexo del embrión y se implanta luego lo

masculino o lo femenino. Algunos especialistas se rebelan contra esta maniobra: “Se trata sobre todo de los mediterráneos —afirma Jacques Testard— que desean niños machos... Pero para mí —añade él— el bebé concebido por la fecundación *in vitro* debe seguir siendo el bebé del azar”<sup>7</sup>.

En principio se pueden prever algunas excepciones: si, por ejemplo, tal o cual anomalía está ligada al heterocromosoma. Y, es imperioso evitar el nacimiento de un “muchacho”; o también, la selección podría estar permitida en una familia demasiado orientada, ora del lado de la prevalencia femenina, ora del de la masculina. Se restablecería el equilibrio. ¡Pero desconfiemos de los “casos” que terminan por llevarse poco a poco todas las barreras!

El tráfico de la vida, la sustitución de las determinaciones naturales por intereses culturales (incluso legítimos) no deja de tener funestas consecuencias: la vida ha asegurado su éxito, ¿por qué quererla reemplazar? Se puede prolongar su estrategia, corregirla si ella se desvía, pero no podríamos suplantarla. ¿Cuál es la verdadera razón? Cuando se tocan las bases biológicas del individuo, se lo aliena irremediamente<sup>8</sup>.

3. Otro anhelo y otra proeza: concierne a la pareja de homosexuales. “Se trataría de recoger un óvulo maduro en cada una de las dos mujeres y provocar *in vitro* la fusión de los dos gametos como un óvulo fusionado con un espermatozoide. Se obtendría un huevo fecundado de genotipo femenino que se podría reemplazar en el útero de una o de la otra participante (la disposición de muchos óvulos o la duplicación del embrión permitiría el desenvolvimiento simultáneo de dos embarazos). La experiencia ha sido llevada a cabo en ratones en 1977”<sup>9</sup>.

No avancemos más en el comentario de este “caso” ni el de otros vecinos, pero se comprenderá nuestra semi-reticencia; además de que se perturba el juego de la procreación —solo nacerán niñas que solo conocerán a su madre— se limitan también las posibilidades de la mezcla, uno de los atributos esenciales de la vida; se la somete a disposiciones personales. De este modo, a través de estas tres tentativas modernas —la clonación, la escogencia de sexo, y el óvulo fecundado por un óvulo— se tiende a descartar la fecundación “masculino/feme-

<sup>7</sup> Jacques Testard, *De l'éprouvette au bébé-spectacle*, 1984, p. 102.

<sup>8</sup> Creemos que este problema invoca una respuesta matizada. En efecto, ¿por qué padecer y no poder escoger el sexo de su hijo? Sin embargo, con el fin de evitar desequilibrios demasiado flagrantes que comprometerían la estabilidad sociocultural, e incluso las bases de la población, una tal opción debería ser reglamentada. No se podría ejercer su escogencia mas que a partir de un cierto momento o en un cierto porcentaje, por ejemplo, en una familia que solo cuanta con muchachos o con niñas. Entonces tendría el derecho de introducir la diversidad que le falta. Y mucho más evidentemente en caso en que la malformación sería llevada por el heterocromosoma Y, se evitaría la descendencia masculina.

<sup>9</sup> J. Testard, *op. cit.*

nino” o sus resultados. Y repetimos que al mutilar la vida, al buscar sustituirla, se golpea tanto al individuo como a la sociedad.

Y nos convenceremos tanto más de la urgencia de evitar estos “bricolajes inconsiderados” cuanto que la biología avanza aún y accede de aquí en adelante a las manipulaciones genéticas llamadas a revolucionar tanto los mecanismos de reproducción como el medio industrial (la fábrica de mañana o la biotecnología). Acá se sitúa la verdadera transformación. Se comenzó por aprender a referir tal o cual propiedad a lo que la lleva (el primer descubrimiento data de 1940 cuando Beadle y Tatum establecieron el enlace “un gen, una enzima”). Así, todas las informaciones relativas a la constitución de un viviente están alojadas en las moléculas de ADN que, a su vez, están distribuidas en los diversos genes; y estos están alineados en los cromosomas. Por ejemplo, el célebre colibacilo (*Escherichia Coli*) solo cuenta con un cromosoma, lo que simplifica el trabajo; contiene un milímetro de ADN y millares de genes. Ahora bien, se ha logrado cartografiar y analizar este patrimonio: se sabe que una determinada función depende de tal *locus*.

No nos sorprenderá que se haya comenzado a ver el paralelismo por el hecho del vínculo, macroscópicamente perceptible y notado, entre el heterocromosoma X o Y y las afecciones transmisibles, inseparables del sexo del enfermo (por ejemplo, el albinismo, la miopatía o la hemofilia solo golpeaban a los descendientes machos). Se estaba pues en el camino del descubrimiento de las correlaciones.

Hasta una fecha reciente, solamente se notaba y se probaba la correspondencia; de acá en adelante se la dirige. La nouménobiología puede prevalerse de una re-creación demiúrgica. El reino de lo biológico natural invencible ha terminado.

Por una parte el microbiólogo (la ingeniería) puede poner entre paréntesis un fragmento hereditario, por otra parte y sobre todo, reemplazará un factor para intercalar otro en la cinta de la cadena productiva (un injerto) que transmitirá cualidades de excepción. Tal o cual bacilo, noumenalmente modificado, fabricará, pues, lo que se busca; ha sido suficiente con proceder a una reorganización de su genoma. Para este efecto, se usa un bisturí bioquímico que debe cortar las cadenas de ADN; se les adiciona un gen artificial, por tanto, un plásmido, es decir un fragmento libre del patrimonio genético de la bacteria; finalmente, se vuelven a pegar los dos extremos con el fin de restituir un colibacilo *ad hoc* que producirá en grandes cantidades —dada su velocidad de reproducción— las proteínas o las sustancias más activas, las que romperán las piedras o se tragarán los hidrocarburos, porque no existe nada que no se degrade.

¿Futurología de un filósofo que cae en el triunfalismo o la pura ficción? Desde 1978, el equipo americano de la universidad de California, especializado en las

“manipulaciones”, obligaba claramente al colibacilo a producir el HGH (*human growth hormone*), la hormona del crecimiento que es secretada por el lóbulo anterior de la hipófisis, un polipéptido de ciento noventa y un aminoácidos; permite tratar los casos de enanismo hipofisiario, lo que no se podía esperar antes a causa de la penuria; en efecto, se necesitaba recolectar este remedio natural en millares y millares de hipófisis de personas fallecidas, porque su especificidad no permitía que se pudiera contar con los recursos animales; por lo demás, se había creado en Francia la “France Hypophyse” encargada de asegurar esa laboriosa recolección. El éxito de los californianos (1979) pone fin a esta escasez. Asimismo, el hospital ya no requiere en la actualidad insulina de la res o del cerdo, se le pide a una bacteria a la que se cortado y reordenado. Trabaja más rápido y da mejores resultados.

En estas condiciones se puede dibujar el porvenir: se suprimirá el gen patológico y se estará evidentemente tentado a introducir el que nos rinda beneficios; un cierto eugenismo que piensa dominar la especie, el enemigo de la vida más peligroso puesto que cree o pretende ampliarla, tiene buenos días ante sí, si el moralista no le impide el paso.

## **El derecho a la muerte**

En el otro extremo de la existencia, el inevitable deceso, el biólogo piensa que puede también intervenir; ya ha tratado de intrigar los nacimientos; podría decidir sobre nuestra muerte; por lo demás, de acá se sigue un derecho que todos tenemos de escoger su hora. El biólogo-médico se engalana a veces de un afuera humanitario y blande el siguiente argumento: hasta aquí se ha soportado la vida como un fardo, ¿por qué no volverse por fin su amo? De la misma manera que se puede disponer de la entrada (las contracepciones, el aborto, las manipulaciones), se puede ordenar la salida.

El problema tiene ante todo una dimensión jurídica: ¿quién tomará la decisión? ¿El enfermo, el que agoniza? Además de que no conoce bien su estado —generalmente disminuye lo grave o amplifica lo benigno— puede ceder al desánimo (terminar con esto). No nos debemos plegar a un anhelo tan ligero y transitorio. Se nos dirá que es suficiente con advertirlo; de esta manera se ha añadido aún una complicación a la precedente. ¿Podría ser habilitada la familia para solicitar la eutanasia? Se sospechará pronto de que se quieren deshacer de un achacoso estorboso; pero además, parece inverosímil consultar a los parientes con el fin de convenir con ellos el final de la vida de uno de los suyos.

¿Zanjarán los médicos? Pero si el secreto de su decisión debe ser guardado, se podrá siempre preguntarles si no han provocado una muerte injustificada. Por tanto, ni el pretendido beneficiario, ni el equipo médico, ni los parientes próximos pueden zanjar.

¿Se sostendrá que planteamos aquí un falso problema? Bastaría con no recurrir a un tratamiento inútil; no se le da la muerte sino que solamente se pone fin a una prórroga. El cuerpo médico sabe cuándo no se puede esperar el regreso al estado de salud (se conocen los signos del coma traspasado e irreversible). Precisamente, solo se desea la detención de lo que se ha llamado el “encarnizamiento terapéutico”.

La casuística —el cáncer de la moralidad— se reintroduce por este sesgo; si se penetra en el campo de los “casos particulares” ya no nos podremos detener: ¿por qué no suprimir también a los degenerados inconscientes y vegetativos? Nosotros estamos también inclinados a mantener los principios, contra los hechos que nos empujan a renunciar a ellos.

Por lo demás meditemos este argumento conocido: el hemofílico morirá, debido a esa tara; pero un déficit no existe en sí mismo, solamente con respecto a un medio o a un tipo de existencia. En caso de que los viajes interplanetarios se vuelvan comunes, no está excluido que este anómalo se imponga debido a la no-coagulación, mientras que los normales (los terrestres) podrían sufrir como consecuencia de una fisiología ajustada a la gravedad.

Cerremos este paréntesis. Nos preguntábamos cómo definir al viviente. Él es al que la “moral” abriga de la ingeniería o de una biocracia (la planificación eugénica). Los comités de ética han debido multiplicarse para defenderlo. Estaba amenazado.

Es obligatorio ir más lejos —cortar por lo sano— pero con el fin de salvar una interioridad o una riqueza que, so pretexto de mejorarla, se corre el riesgo de dilapidar.

## **Justicia y moral**

Pensamos que el filósofo debería prestar atención a los “diversos hechos”, generalmente desdeñados, como preocuparse por lo ultra-trivial, como el perro aplastado o incluso por el robo al mostrador del tendero. Solo cuentan los acontecimientos de importancia o lo que remite a las vastas cuestiones del mundo contemporáneo que comprometen a las naciones e incluso a los continentes.

En filosofía hemos conocido ya —con las teorías de inspiración platónica— esta práctica de la evasión. El mundo sensible estaba descartado; solo nos oponíamos a sombras (la alegoría de la caverna). Solo la inteligencia merecía ser atendida. En la actualidad, corremos el riesgo de tomar un camino comparable, descuidando lo que parece anodino, casi insignificante, mientras que aquí se juegan no solamente los grandes principios sino el porvenir de los que van a ser o que han sido abandonados.

Vamos a cruzar, a la vez, una cuestión de bioética y un problema de justicia. Si el filósofo tiene que respetar las decisiones de una Corte de justicia, no está obligado —moralmente hablando— de suscribir interiormente sus considerandos; puede desear otra salida.

Detengámonos en tres litigios bastante próximos que forman, directa o indirectamente, el dossier Perruche. Nicolás Perruche —que va a dar nombre a la ley— es un niño muy incapacitado desde el nacimiento debido a un error médico. La Corte de casación, el Consejo de Estado han deliberado sobre el caso, y de allí derivará lo que se llama la Ley “anti-Perruche”. ¿Cuáles son pues estas tres situaciones procesales?

a) Un niño nace en el hospital, con una desventaja muy grave debida a un error en los exámenes (ecografía y amniocentesis, el arsenal de la prevención); pero los *dossieres* habían sido trastocados. Fueron anunciados resultados favorables a la que habría debido ser informada de lo que habría que temer; y la futura madre habría sin duda deseado una IVE o una interrupción voluntaria de embarazo.

b) En otro caso vecino, un laboratorio de análisis médicos no diagnosticó a la madre la rubéola que le comenzaba; ahora bien, se sabe que esta patología provocada por un virus entraña grandes malformaciones para el feto.

c) Finalmente —caso del mismo tipo— un niño intenta un proceso contra su madre: esta había sido claramente informada de los riesgos que corría, desde el nacimiento, su hijo; pero ella rehusó el aborto preconizado; pertenecía a una secta que condena el infanticidio.

En los tres casos, estamos en presencia de un grave daño. ¿Quién debe asumir la indemnización: el hospital en el primer caso, el laboratorio equivocado en el segundo, o la madre misma en el tercero? ¿No se precisa reparar los errores o las negligencias cometidas (de lo que se es civilmente responsable)?

Ahora bien, el Consejo de Estado debía anular la sentencia llamada Perruche que había validado la Corte de casación, y que concedía al niño inválido una importante indemnización compensadora, a causa del descuido (inversión de los *dossieres* o resultado falso de un análisis elemental). Por consiguiente, el niño solo recibirá una ayuda “en razón de la solidaridad nacional”; será entregada a los padres, únicos responsables de la vida y de la educación de su hijo.

¿Por qué tal sentencia? Nos imaginamos libremente las causas:

a) Se puede sostener que la desgracia no viene tanto de las negligencias cometidas como de la fragilidad de la vida embrionaria, y como si el daño sufrido por el trisómico (primer caso) no se debiera al ginecólogo sino al patrimonio genético.

Reduzcamos el perímetro de la responsabilidad médica, sino el terapeuta se rehusará a esta especialidad.

b) En principio, el médico se encuentra al abrigo de la obligación de reparar porque se debe distinguir “la obligación de los medios” de “la de los resultados”. Tanto está obligado a hacer todo lo posible, como no se le pueden imputar los fracasos de su celo.

c) Si obligamos al hospital o al laboratorio (segundo caso) a indemnizar, se precisará entonces volver a ver todos los trisómicos que no se han beneficiado de las técnicas anticipadoras susceptibles de evaluar la morfología del niño antes de su nacimiento. La omisión (o la no-aplicación de los medios) debe ser imputada al igual que el error en esta aplicación; no vamos a separar o a discriminar: por un lado los trisómicos víctimas de una negligencia, y los otros, excluidos de los progresos de la medicina.

No ocultamos nuestro desacuerdo; solo el tercer caso nos deja perplejos, aunque lo zanjemos claramente.

a) Es chocante que un hijo pueda demandar a su madre ante el tribunal para exigir de ella una renta con connotación punitiva (en razón de su estado).

b) Un hijo puede buscar condenar a su madre porque ella ha adherido a ciertas ideas –ciertamente discutibles e incluso particularmente nocivas–, pero la ley no podría retirarle a la mujer encinta el cuidado de decidir sobre el aborto o no. En este caso ella lo rehusó; quizá ella ponderó mal la casi necesidad.

c) La secta es indirectamente cuestionada, pero la religión (en general) es igualmente hostil a lo que destruye el embrión; el feticidio es para ella un homicidio. No se puede buscar culpables por este lado.

La madre y el hijo trisómico deberían, más bien que perseguirse en justicia, buscar un entendimiento en parte salvador.

Buscamos no unificar los tres casos, a pesar de su similitud. Y precisamente, sobre los dos primeros señalados, nos encontramos en desacuerdo con el juicio del Consejo de Estado, o, en otros términos, con la ley llamada “anti-Perruche”.

Además de que la falta es patente, y por tanto exigible el derecho de reparación, no perdamos de vista el “lado pequeño” de la decisión (anuladora). El minusválido solo recibirá entonces una pequeña indemnización. ¿Por qué? Porque no se podría indemnizar una malformación; solamente queda incriminar su naturaleza. Al hospital o el laboratorio solo les habría faltado el descubrimiento.

Algunos de estos enfermos profundos se habían ya beneficiado –después de la primera sentencia que había reconocido el derecho del niño minusválido

(en este caso Perruche) a ser indemnizado con una renta que los responsables entregarían— de sumas importantes, pero se les ha obligado a reembolsar el 90 % (deducida la ayuda —bastante floja— imputable a la solidaridad nacional). No solamente todos estos inválidos deben restituir el “pretendido exceso percibido”, sino que ya el minusválido no es el beneficiario del subsidio; solo los padres pueden recibirlo. Cambio notable: al trisómico nada se le debe (la fisiología de la generación conoce fracasados!), solamente el Estado viene a ayudar a sus padres y a sus encargados.

En estas circunstancias, la obligación de los medios (sea para el hospital, sea para el laboratorio de análisis) no podría separarse de la obligación de los resultados; jugar con esta distinción es lo mismo que engañar. Cuando se trata de diagnosticar una enfermedad infecciosa como la rubéola, no es posible caer en el error. Y si el hospital confundió las historias clínicas, y por tanto, a los enfermos, no debería poder sustraerse a la sanción remuneradora, por lo demás bastante modesta, si se tiene en cuenta lo que debe compensar.

Aquí nos encontramos, no ante un simple error (lo que impediría el deber de la reparación, según el artículo 1382 del Código Civil) sino ya ante una falta, o al menos su equivalente (un cuasi-delito). Es verdad que a veces la distinción se opera difícilmente y que, por lo demás, en este caso no existe ninguna intención de hacer mal. Creemos, sin embargo, que tenemos que admitir la noción de “cuasi-falta”. Y puesto que el drama tiene que ver con una “cuasi-falta”, no puede sustraerse a sus justas consecuencias, a la vez financieras e incluso administrativas (es así como deseamos que se le pudiera retirar tanto al laboratorio como al hospital —por un tiempo al menos— el ejercicio de este tipo de especialidad).

No buscamos golpear al uno o al otro (el laboratorio o el hospital) sino a responsabilizarlos y a obligarlos a una mejor vigilancia; no se podrían tratar problemas del viviente en el descuido.

Y esperamos que el derecho evolucionará, tarde que temprano, y volverá sobre la ley que ha preconizado y sostenido —ley que no aprobamos— y cuyo principio nosotros discutimos.

## **Conclusiones**

El viviente ha nutrido las mitologías y las metáforas; es emblemático de todo lo que evoluciona y se renueva! Se recurre a él, contrariamente a lo que lo constituye verdaderamente.

Sin duda los hombres han sido atraídos por las primeras apariencias: las hojas brotan, las flores se abren y los animales crecen. Nada permanece tal cual. La vida se solidariza entonces con el cambio.

Se olvida ya que las hojas caerán, que las flores se marchitarán, que el animal envejecerá bastante rápido. Más exactamente, no se lo descuida sino que se lo pone aún a la cuenta de la movilidad. Sin embargo, los vivientes se insertan en los ciclos de renacimiento y de destrucción; se magnifica el primer aspecto en detrimento del segundo; sobre todo se descuida que se trata de un círculo cerrado sobre sí mismo (la ineluctable repetición).

Por esto el viviente debe ser concebido ante todo como lo que se mantiene, la estabilidad estructural, y debe ser juzgado también por su interioridad, la reflexividad de sí consigo mismo: se esboza tímidamente con el vegetal, se prolonga en el animal y remata con los seres superiores que se emancipan cada vez más y más del medio. Se nutren de él, es decir, que se lo absorben y, por tanto, lo niegan.

En sentido contrario al de la vida, la ciencia se dedica a desplegar lo que ha sido enrollado: la exteriorización de la interioridad define lo esencial de la biología que transfiere y descompone lo oculto. De acá sacamos tres consecuencias:

1. Ante todo, el viviente debe morir porque no puede asegurar durante mucho tiempo esta hazaña de la autonomía relativa. El desgaste lo asecha: el mismo texto, a fuerza de imprimirse y de recomenzarse a toda marcha, se desnaturaliza. Cada ser se canceriza a lo largo de la jornada, y es verdad que logra corregir las menudas deformaciones que lo afectan. En suma, es suficiente con una intervención o con una superposición de letras para que el “sentido” se pierda; de allí por lo demás la importancia y la variedad de las “enfermedades llamadas auto-inmunes” que vienen de que el sujeto no se reconoce ya, y se comporta con respecto a sí mismo como con extranjero al que hay que combatir (la escisión interna). De paso sacamos la prueba de que la enfermedad nace siempre de adentro; no viene de fuera, o entonces, si parece que se deriva de ahí es porque encuentra en nosotros la complicidad. Estamos enfermos de nosotros mismos, y frecuentemente, por nosotros mismos.

Otra justificación de una muerte obligada y saludable: la estabilidad profunda, constitutiva de la vida o del viviente, no concierne al individuo sino a la especie. Y a esta no le falta, por lo demás, beneficiarse y jugar con todo su patrimonio costosamente adquirido: la sexualidad asegura entonces la mixtura (lo otro en lo mismo); ella garantiza a la vez la sólida permanencia y la explotación de todo el *stock*. Si la vida no se apropiara de la oportunidad de esta revisión posible, cedería a la lógica del recomienzo o de una identidad miserable. Por consiguiente, ella recombina.

La vida incluye seguramente la variedad pero dentro de un espectro definido (el reensamble de los factores); sobre todo ella se dedica a proteger esa “cifra”. La sexualidad (o la muerte del individuo) sirve pues a la especie y permite la

“*mixtión*”, mientras que la vida *stricto sensu* garantiza la invariancia. En los dos casos se “conserva”.

Es pues inevitable morir; si por lo demás los vivientes no desaparecieran, no podrían innovar, sin descuidar también el hecho de que se asistiría a un atestamiento insoportable y una sobresaturación que implicaría, de todas formas, la destrucción.

El viviente resulta de una doble obligación: la permanencia pero también la renovación, dos posibilidades que se contradicen sino se percibe la conexión entre ellas. ¿Y por qué preservar lo que no tiene valor? Para este efecto, es necesario entonces admitir transformaciones y la originalidad (el reordenamiento). Ningún ser se parece a ningún otro; sin embargo existe algo más que la similitud entre ellos: todos participan al comienzo del mismo alfabeto y cada uno de ellos recurre a los mismos mecanismos con el fin de preservar su identidad. Por todas partes constatamos la imbricación de las dos exigencias, muchas veces subrayadas, la del cambio (por no decir las mutaciones a favor de los cruces) y la de la conservación.

El viviente no ha suspendido el tiempo sino un instante, pero no puede pretender la duración que solo le concierne al género; la vida y la muerte son inseparables.

2. El hombre desaparece tanto mejor cuanto que ha vencido la vida y ha logrado trasponerla; si sobrevive ya en la especie, también ha superado los límites.

En efecto, nuestra memoria se debilita porque se ha deshecho del lastre de su fardo en provecho de centros de documentación; nuestro juicio se remite en ello a los sistemas expertos que hemos forjado. El hombre viviente no cesa de fabricar máquinas que lo reemplacen (se regresa a la tesis del hombre-máquina, con la condición de invertir los dos términos: no que el hombre se vuelva una máquina sino que la máquina se vuelve el sustituto del hombre).

Las “prótesis” sostienen las funciones vegetativas: por ejemplo, la calefacción de las casas nos eximen de la lucha contra el frío; el CECOS refuerza una sexualidad que desfallece; las gafas socorren incluso una vista defectuosa. ¡Pero no establezcamos la lista de todas las suplencias institucionales! El hombre se desplaza en ciudades homeostásicas: nuestra defensa pasa no tanto por nuestra epidermis o nuestras uñas como por la de los escudos primero y la vigilancia de los guardias que nos advierten la llegada de los enemigos, antes de que los “radares” o los sensores no efectúen esta tarea mejor que nuestros centinelas. Por lo demás, no vemos tanto los objetos en sí mismos como la eventualidad de sus amenazas o la posibilidad de sus beneficios. En resumen, con el hombre la vida se ha culturizado para garantizarse mejor; la Ciudad eclipsa la naturaleza, de acá la verdadera conservación y la memoria viviente. De paso, ¿se trata del

elogio sordo de la organicidad, presente por todas partes? No, puesto que nos hemos dedicado a relegarla. Señalemos simplemente que el hombre ha logrado tejer en torno de él un “cuerpo nuevo” más rico, más envolvente y más sólido que el natural que puede desaparecer sin molestias.

3. Finalmente, el viviente nos ha parecido sobre todo el envite de un conflicto entre el “interior” y el “exterior”.

Más precisamente, la biología y sus aplicaciones múltiples corren el riesgo de “poner afuera” demasiado al viviente y de desconocer su interioridad basal. Por esto hemos podido loar tanto su principio fundador –captar mejor el funcionamiento y desplegar esta reflexividad de sí por sí mismo– como ha sido necesario limitar su actual extensión. La bioética nunca ha parecido imponerse tanto; cuando el científico no intervenía o muy poco, no corría ningún riesgo de ignorar las reglas de su arte; pero a partir del momento en que él desaloja los procedimientos mismos de la vida, se plantea la cuestión de su poder.

Se nos preguntará, sin duda, si el moralista que queremos ser autoriza entonces el principio del aborto (la IVE). No eludamos la pregunta, tanto menos cuanto que hemos subrayado suficientemente el peso de las “situaciones concretas”: ellas terminan por roer los valores más indiscutibles. Suponiendo precisamente que la vida haya fracasado ella misma (el feto malformado), parece invitarnos a prolongar su insuceso; por esto no desautorizamos lo que nos debemos cuidar claramente de asimilar a un infanticidio. Señalemos que la IVE solo surge verdaderamente hoy gracias a la posibilidad del cariotipo, la fotografía de los filamentos hereditarios (basta entonces con extraer un poco de sangre de una vena, a la cual se le añadirá en la probeta sustancias que activarán las “mitosis”. Los linfocitos entran entonces en una efervescencia multiplicadora, después de lo cual se le añade colchicina, que bloquea las divisiones. Se destruyen las membranas celulares con el fin de liberar los cromosomas, se los apila uno a uno, se los separa pues, mejor aún se los colorea y se usan incluso fijadores que se adhieren a los trozos de esas briznas; pierden su aspecto tradicional de bastones oscuros y homogéneos. Se agranda el cliché con el fin de distinguir bien las menores líneas de este documento matricial. Se exterioriza así el soporte de la vida futura; se puede juzgar sobre la cualidad de la “película”).

Asimismo, si la familia que debe acoger al niño lo rechaza por adelantado, ¿por qué imponerlo a cualquier precio? Pero es evidente que no se admite esta “IVE” más que dentro de los límites estrictos (al comienzo solamente) y practicada por un centro autorizado por el Estado que controla su legalidad. Conviene obtener el asentimiento de los dos padres. Solo hemos censurado las operaciones que se oponen a la “mixtura” querida por la vida y a su favor: la clonación, la determinación del sexo, la fecundación del óvulo por el óvulo, para recordar nuestras discusiones anteriores. Solo hemos descalificado la

peor, especialmente el eugenismo indirecto que se pretende más avisado que la vida misma; sobre todo que al querer de esta manera reglamentarla, aliena al hombre al que somete por adelantado a sus terribles apreciaciones. No es más que una opción, aunque hemos tratado de justificarla.

Retendremos que el ser viviente deviene, más que nunca, el centro de la civilización, a través de las manipulaciones que puede sufrir (por esto el impulso, en lo que concierne a los vegetales y a los animales, de los conservatorios de las formas en vías de desaparición y de los que se sospeche su riqueza) y que mañana podrían golpearlo, efecto de los progresos de la noumenobiología. ¿No intentará el hombre querer mejorar al hombre mismo, es decir sustraerlo de sus males (las enfermedades o las deficiencias)? ¿Y por qué no escapar a la tiranía de lo natural como de lo secular?

Pero si no es efectivamente necesario padecer la vida —lo intocable y lo sagrado— ni alinearse sobre sus exigencias, tampoco debemos subyugarla a nuestros cálculos. Terminamos con una trivialidad que sin embargo vale la pena recordar, puesto que corremos el riesgo de olvidar este elemental principio, tan evidente por lo demás que se lo creía inevitable.

En suma ¡ni esclavo ni amo! Es verdad que la cuestión sigue siendo la de saber si no se cae de un lado cuando se alega del otro. La frontera es y será difícil de trazar —y acá radica todo el problema— tanto más cuanto que nuestros casuistas, tan activos en el pasado, se ingeniaron para desplazarla, por no decir incluso por borrarla.

# Sobre la religión<sup>1</sup>

**François Dagognet & Patrick Vighetti**

Hemos efectuado un amplio repaso, puesto que usted también ha tratado en sus libros del remedio, de la microbiología que comenzaba, del reconocimiento de las flores, de la nomenclatura científica, de la escritura, de las piedras, de los paisajes, de las ciudades, de la memorización de los datos, de las imágenes, del arte contemporáneo últimamente, del cerebro, del cuerpo y de las disciplinas jurídicas.

Usted rastrilla amplio, pero hay un dominio que usted no cruza nunca, el de la religión<sup>2</sup>.

¿Cómo explica usted su ausencia?

Lo que usted anota es exacto. Sin embargo, yo considero el fenómeno religioso como fundamental, en el corazón de la filosofía, al mismo título que el pensamiento político y ético. Y voy a decirle por qué no he tratado el asunto.

La importancia de lo ético-político no deja lugar a dudas en cuanto a su lugar central, con la condición de expulsar de él, o de reducir al menos, las cuestiones tradicionales que se ventilan, como las de la culpabilidad, el arrepentimiento, el placer, la intención, etc.; nos parece que los verdaderos interrogantes se sitúan en otra parte, cercanos a los institucionales, que cruzan lo jurídico: ¿cómo organizar la empresa?, ¿qué poderes reconocerle al Estado, a las minorías?, ¿conviene limitar las prerrogativas de la célula familiar, aceptar la pena de muerte, o la IVE (el aborto)? ¿Tolerará la nación a los “objetores de conciencia”? Pero en parte ya nos hemos pronunciado sobre algunas de estas candentes cuestiones.

Sobre la religión no hemos dicho ni una palabra porque nos encontramos en un callejón sin salida. El hombre puede, e incluso debe, ser definido como “un ser religioso”. Lo es y lo será cada vez más.

<sup>1</sup> François Dagognet & Patrick Vighetti, Sobre la religión. En: *Seguir su camino* (edición revisada y aumentada). *Un itinerario filosófico*. Genouilleux: la passe du vent, 2006, pp. 125-130. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, julio de 2015

<sup>2</sup> Después de la primera edición de *Encaminamiento*, al menos una obra ha tratado ampliamente esta cuestión: *Una nueva moral* (1998).

Esta palabra religión viene del latín (*religare*, religar), a menos que se adopte la etimología de Cicerón: *relegere quae ad cultum deorum pertinent* (reparar de memoria lo que se refiere al culto de los dioses); de acá el escrúpulo, la meticulosidad, la fidelidad ritual.

Roger Caillois sostenía que, en un lexicógrafo latino “la religión era un nudo de paja”; y Marcel Mauss habría comentado: “¿Qué nudo? ¡Pardiez! Los que servían para fijar entre ellos los postes de los puentes. La prueba es que en Roma el señor de la religión, el sacerdote supremo se llama ‘el constructor de puentes’, el pontífice”.

Construir un puente equivale a transgredir el orden de las cosas; para poder romper la armonía, se le habría pedido el sacerdote que bendijera la operación, con el fin de evitar la cólera de los dioses.

Estos diferentes sentidos, estos diversos orígenes, se recortan; se trata siempre de volver a ligar, o de aliar, o bien a los hombres con Dios, o bien a los hombres entre sí.

Para nosotros, la dificultad proviene sobre todo de que requerimos imaginar una religión sin Dios, contra el cristianismo. Este, por lo demás, ha perdido su autoridad. Antaño, el jefe (el rey) derivaba su poder de él; la ciencia también lo ha sacudido y reducido; en este momento, la moral busca emanciparse de él, tanto más cuanto que él mismo se ha aferrado a posiciones insostenibles. Pero sobre todo, no es posible concederle ni una pizca de fe a los dogmas, tomarlos al pie de la letra; ellos tienen que ver con el mito, como el propio teólogo Drewermann lo ha dicho. ¿Cómo creer en la resurrección o en la Ascensión de Cristo, y en la Inmaculada Concepción? El misterio de la Trinidad, así como lo anotaba Kant, significaría solamente las tres funciones que colocamos en Dios: la santidad, la bondad, la justicia. ¡No vayamos a imaginar una tripartición real! Por lo demás, la práctica religiosa que declina implica cada vez menos la adhesión a esas creencias obligatorias.

Pero, sin reducir lo religioso a la religiosidad, no es concebible que un hombre venga al mundo, se desarrolle en él y muera, sin que haya ceremonias comunitarias (eclesiales) que marquen esos momentos. Reencontramos acá de nuevo, un simbolismo más indispensable que nunca.

¿Quién no tendrá necesidad de indicativos, de presencias, de cultos, para no mencionar sobre todo a un “espíritu” que lo levante y que le ayude a abandonar sus límites? Conviene aún festejar el mundo en sus estaciones, sus ritmos, en sus sustancias primeras (la liturgia cristiana no ha dejado de venerar, a su manera, el pan ofrecido, la sal protectora, el fuego o el agua purificadores). No se trata acá de reducir la ceremonia al onirismo o a gestos artísticos, sino de aprender ante todo a respetar lo esencial. Así, no es posible vivir por fuera de lo sagrado.

La religión de la humanidad, la que fundó Auguste Comte, uno de los filósofos más desconocidos y entre los más desfigurados, no ha tenido futuro, aunque logró una proeza; si aceptar las ilusiones de lo trascendente, religó a los sujetos a una inmensidad (inmanente) que los rebasa, el célebre Gran-Ser. Amar a Dios significa entonces “amar al prójimo como a sí mismo”; servir a Dios equivale a trabajar por la felicidad de la humanidad. Augusto Comte buscó restablecer la religión sobre bases no imaginarias sino “positivas”; predicó un calendario (con el fin de honrar a los sabios, a los artistas, a los héroes), un culto, una iglesia, un régimen incluso (una manera de vivir que preciso su *Catecismo*)<sup>3</sup>.

El verdadero espíritu religioso irriga la comunidad, impide los resquebrajamientos, y sobre todo lucha contra lo que la sociedad civil no puede tener en cuenta: el sufrimiento, la desgracia, la muerte misma. Esta no puede solemnizar los acontecimientos de la vida; fracasa en ello. Por ejemplo, el matrimonio, en presencia del oficial o del “oficiante” del Estado, puede registrarse el mutuo consentimiento de los esposas, pero se percibe bastante la pobreza como la brevedad de esta ceremonia; le falta la gravedad; parece una simple declaratoria de estilo administrativo o procedimental.

Y a la inversa, las iglesias cristianas, en Europa, se benefician de un lugar (la iglesia-monumento), de una larga historia (la procesión de sus mártires y de sus santos), de un marco (el sacramento), de ministros (el sacerdocio). Nada le faltará al compromiso.

Pero si Augusto Comte nos ha salvado de las metafísicas ociosas, o de las prácticas imaginarias, ¿no ha perdido también el verdadero espíritu religioso, en la medida en que él lo reducía a una especie de moral (el altruismo), o a rituales puramente alegóricos (así como Kant en *la Religión en los límites de la simple razón*)?

Este filósofo que ha privilegiado el afuera (al que sometía el adentro), que reconoció las potencias tecnológicas, fundó la sociología sobre bases biológicas, no ha dejado de fracasar en la medida en que aprueba la liturgia católica y sus ceremonias culturales. En este dominio, cuando se imita a tal punto, se “profaniza” y uno se pierde.

Además ¿no ha acentuado él las divisiones? Bajo el vano pretexto de que distinguía en el cerebro tres zonas (lo afectivo, lo racional, lo activo, o “amar, conocer, actuar”), termina por encontrarlas en la sociedad; separaba; a nombre de lo que finalmente, opone el poder temporal (el de los militares y de los industriales), al espiritual (confiado al filósofo, asistido de “la mujer”, guardiana a la

<sup>3</sup> Cfr. “Sobre una cierta unidad del pensamiento de Augusto Comte: ¿ciencia y religión inseparables?”, artículo de F. Dagognet que tradujimos y publicamos con su autorización in revista *Sociología 20* de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Medellín, Junio de 1997

vez del hogar y de la fe positivista). ¿No es entonces atrincherar la religión en un universo en retracción, propicio a la exaltación, a lo afectivo, al solo fervor y al ritual?

Estamos presos en un círculo vicioso, sin contar con que una nueva religión no se decreta; ella se inscribe siempre en una cultura, supone una tradición.

Si el filósofo rechaza las antiguas, como no puede entrar en “una nueva” que por lo demás muere tan pronto ha nacido, ¿no queda proyectado a un vacío insoportable?

¿Cómo salir de este callejón? La religión católica que baña Europa está demasiado prendada de sus dogmas, y no piensa acoger a sus herejes. Pretende la infalibilidad. Practica incluso “la excomunión”, y no ha dudado en el pasado declarar la guerra a los infieles. Y mucho menos acepta al que diera a algunos artículos de su fe una interpretación metafORIZADORA, que es lo que solicitamos.

Por ejemplo, pretender (como ella) la resurrección de la carne, o que el muerto vivirá una vida eterna, solamente significa para nosotros que conservamos piadosamente la memoria del que trabajó contra lo instintual egoísta y enriqueció la comunidad (el cuerpo místico).

En suma, las religiones reveladas no aceptan las racionales o las positivas, e inversamente. Sin embargo, nadie puede vivir sin pertenecer a una Iglesia que tenga en cuenta su vida, la de todos sus semejantes, que luche por las igualdades y haga al menos escuchar su voz contra las injusticias o en los dramas que sacuden el mundo (a favor de la paz y de la fraternidad).

Para poner aún un ejemplo, las obsequias religiosas teatralizan la ilusión, pero las cívicas chocan por su frialdad y su inconsistencia. Ni las unas ni las otras hacen posible la verdadera “conducta de duelo”.

¿Puede uno atenerse a una simple incineración, en su brutalidad (como si el cadáver fuera un desecho que hay que quemar) o al enterramiento (el que le espera al animal, pronto a descomponerse)? ¿No convendría pedir más, una solemnidad real, la participación comunitaria, un desquite contra el olvido, la evocación de principios sagrados? Escandalicé por haber deseado en otra ocasión “la extracción de órganos”, su donación (generosa, si es posible; si no, socialmente autorizada) con el fin de permitir a un medio-muerto (en coma profundo) consumir su afecto con los que abandona.

Es cierto que en esa cruzada, el filósofo que soy fracasó. No se puede verdaderamente salir de la contradicción: a la vez no evadirse en un sobrenatural místico, y no quedarse en un real privado de significación, encerrado en su prosaísmo.

Nuestro mundo actual conoce muchos dramas importantes:

1) ¿Cómo conciliar el poder indispensable y constrictivo (el jacobinismo) con el respeto de las justas y legítimas diferencias que él tiende sin embargo a aplastar (el espíritu girondino)? El federalismo no puede resolver este antagonismo, que evoca lo jurídico, desgarrado –como lo hemos visto– entre lo público y lo privado, aunque el primero de los dos debe primar sobre el otro.

2) ¿Es posible poner de acuerdo al capitalismo mismo –al que es necesario conservar puesto que es el motor de la producción y de la industrialización– con un indispensable socialismo?

Se lo busca; se han encontrado acá o allí algunos medios, sino para ponerlos de acuerdo, al menos para limar sus antagonismo. Pertenece a los filósofos exigir el no-sacrificio de los que trabajan, y por tanto el repartir beneficios.

3) El problema religioso sigue siendo el obstáculo más importante e insoluble. Nuestro mundo, que se rompe y se disloca tanto más pronto cuanto que evoluciona, siente cada vez más la necesidad de una “religión”, pero esta se revela (a causa de su dogmatismo y de sus desbordamientos) cada vez menos susceptible de responder a las aspiraciones que suben hasta ella. Se asiste pues a una profunda rotura, una fosa incluso que la “religión de la humanidad” de Augusto Comte no logró llenar. ¿Cómo salir de este pozo sin fondo? Confesamos nuevamente no saberlo, prueba de que la filosofía no tiene respuestas para todo.

(Verano del 2005)

# Lógica y magia de la máquina<sup>1</sup>

François Dagognet

Dos cuestiones preocupan actualmente a los filósofos: ¿podría pensar la máquina moderna? y, cuando pensamos, ¿no seguimos mecanismos, lo que significaría que pensar se convierte en calcular con más o menos automatismo?

El siglo XIX se planteaba ya la cuestión de saber si un jugador artificial lograría ganarle al hombre. E. Poe, que había asistido a una demostración del "Turco", jugador de ajedrez, trató esta cuestión para sostener que el éxito del androide dependía de una astucia. Pero en el siglo XX, la técnica computacional permitirá modificar esta conclusión y afirmar que la máquina programada sabe a la vez jugar y ganar.

En los siglos XVI y XVII, los filósofos y los mecanólogos estaban ya divididos sobre el tema, pero a propósito de otras actuaciones y de otras simulaciones: ¿hasta dónde va "la artificialización" de las capacidades o de los ejercicios propios de los seres vivientes? Esta automatización parece haber obedecido a muchos móviles, y evolucionado según una ley de los tres estados.

Primero, se encuentra en la magia, como si el hombre pudiera remedar al creador o realizar el sueño de Pygmalión. Las escenas vivientes mecanizadas sirven para la "recreación". En el siglo XVII, las primeras realizaciones se hacen en el teatro, con los teatros de máquina como el Andrómedo de Corneille, o en los juegos de agua como la gruta de Saint-Germain-en-Laye. Pero mucho más que el teatro, la música y sus instrumentos son los que van a favorecer la aceleración de esta mecánica humana. Mersenne se esforzará por fabricar estatuas que hablen y que canten, haciendo pronunciar sílabas por medio de tubos de órgano. Rápidamente la mecanología, de la misma forma que reconstituye movimientos, sabe forjar los ruidos, los sonidos y los cantos que los acompañan.

Luego, la escuela cartesiana va a amplificar el número y las proezas de los autómatas y sobre todo a confiarles otra misión: dar una lección de metafísica. Para Descartes, el autómata aporta la prueba que la sola y simple disposición de las piezas y de sus diversos engranajes es suficiente para realizar lo que

---

<sup>1</sup> François Dagognet. "Lógica y magia de la máquina". *Museo de artes y oficios*, La revista n° 8, septiembre de 1994, pp. 24-28. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau C. Medellín, 16 de abril de 2007.

observamos en la naturaleza, especialmente en sus aspectos más complejos. Ya el autómata no solamente muestra, sino que demuestra.

Finalmente, el autómata conocerá una discreta entrada en el mundo de los talleres y manufacturas. Esta nueva automatización consiste en reemplazar y amplificar el trabajo físico o intelectual del hombre, que es desfalleciente o inconstante, por el funcionamiento de un dispositivo capaz de autorregulación. El siglo XVII retomará y ampliará lo que los ingenieros del Renacimiento habían ya puesto a funcionar, como el regular de bolas de Francesco di Giorgio. Pero lo que más sorprende es que los pensadores del siglo XVII tratarán de aplicar estos procedimientos de eficacia y de celeridad al espíritu mismo. Spinoza, en la *Ética*, se propone analizar la vida afectiva humana como si se tratase de puntos, de líneas, de planos. En el *Tratado de la reforma del entendimiento*, va más lejos al defender una real mecánica del espíritu. Estas ideas son retomadas por otros pensadores, especialmente Leibniz.

El siglo XVII no permaneció indiferente al problema de la auto-mecanización. Ha jugado con esta teoría, y se ha servido de ella para expulsar las teorías naturalistas, hostiles a los artificios. Ha llegado hasta aplicarla al dominio del espíritu y de la invención. El reloj y el órgano constituyen sus referencias. Si no se trata completamente de un automatismo, si son ya instrumentos sorprendentes, capaces de sustituir al hombre y realizar lo que solo él podía evaluar o producir.

Descartes como Spinoza recordaban también que el artesano, cuando trabaja, respeta procedimientos y sigue "el orden". El siglo XVII nos ha encaminado directamente a la revolución del trabajo, allí donde la división de las tareas, analizada por A. Smith, cuenta menos que su entera autonomía, la automatización.

## Objeciones y respuestas dadas por Dagognet a sus colegas<sup>1</sup>

François Dagognet

Una jornada tan lograda como la de San Julián no ha terminado de recomenzar; se perdonará sin dificultad al que se encontró, de grado o por fuerza, en su centro, de prolongar los análisis, incluso de tratar después de todo de volverlos a lanzar con el fin de que el Coloquio pueda continuarse. ¡Tratemos de darle una especie de continuación ininterrumpida!

A guisa de prólogo, nos preguntamos si la extraordinaria iniciativa de Canguilhem no innova, en el sentido en que una comunicación, por una parte es explícitamente “desparisinizada”, por tanto diseminada o regionalizada; por la otra, no ha pasado a través de los medios de información tradicionales: ni la lección demasiado académica, ni la escritura secular, sino un encuentro desacostumbrado, discusiones libres, incluso si algunos han podido juzgarlas demasiado enfurtidas, intercambios laterales, en un lugar privilegiado en todos sus aspectos. Mañana emergerán centros múltiples, favorables a enfrentamientos directos entre protagonistas venidos de horizontes diferentes.

Un escritor, cualquiera él sea, permanece al abrigo tras la potente pantalla de palabras bastante anónimas y que no responden; el enseñante está bien protegido por la distancia entre los que lo escuchan y él mismo, que profiere y profesa. Pero aquí, colegas y amigos, cuestionan o intervienen; no veamos en ello inmediatamente un regreso a una especie de Platonismo —diálogos llenos de fingimientos, de giros conocidos y de arreglos— sino la invención de otro abordaje, más violento y menos premeditado. Las pantallas comienzan a caer: si el coloquio de San Julián afortunadamente ha sabido mantener las tradiciones de cortesía, de amistad y de su suave clausura, también habría podido claramente dar asilo a la vehemencia, a la incisión, al fuego de anotaciones apremiantes, cruzadas, incluso acusadoras. Las ha rozado.

Lejos de la justa oral, de la presentación demasiado canónica o de la tradición escritural, se intentó una reunión bien focalizada; se ha ocupado provisional-

<sup>1</sup> François Dagognet, *Objeciones y respuestas dadas por Dagognet a sus colegas*. En: G. Canguilhem et al. *Anatomía de un epistemólogo: François Dagognet*. París: Vrin, 1984, pp.101-124. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Palau C. Medellín, 9 de octubre de 2006.

mente otra escena, para un teatro distinto. No el tribunal, demasiado ritualizado y excesivamente utilizado por los filósofos que les ha gustado condenarse los unos a los otros, sino más bien el "desnudamiento" de tal o cual reflexión! Que cada uno pueda perder sus prudencias o sus gazmoñerías, que no dude ni en cuestionar ni en responder: la mordaz palabra "anatomía" expresa claramente ese lado de la operación, decidida a descomponer libremente y a poner sobre la mesa lo que estaba dado de manera demasiado implícita o aún confusa. Disecar y desplegar.

Para favorecer este fuego no extinto, pongamos aún en claro algunas sordas demandas y tratemos de responderlas aquí, a reserva de tomar por circuitos menos calurosos y menos eléctricos.

## I

Ante todo, ¿qué es una filosofía, de dónde viene, quién insiste sobre las "formas" y los "dispositivos"? ¿Sobre la espacialidad y las apariencias, es decir los datos sensibles, hasta correr el riesgo de caer en el más lamentable empirismo?

La filosofía quizá ha sido infectada desde el comienzo; corre el riesgo de jugar el papel de una religión y de solo propagar mitologías bastante perniciosas: reemplaza entonces el alma, de alguna manera juzgada demasiado neumática, por el "pensamiento" impersonal; la finalidad y la armonía del Cosmos creado, por un orden implícito y suficiente en sí mismo; el Mundo, fuente constante de errores y de ilusiones, cederá el lugar a lo racional y a un modelo inteligible. Ella equivaldría pues a una suma de creencias minimalizadas, laicas y universalizables, pero en verdad, este platonismo sin cesar revisado o modernizado, se pone de acuerdo con un cristianismo larvado, enfermizo incluso según la terminología de Nietzsche. La enseñanza filosófica sacerdotal no puede desarrollarse sin esta cripto-teología y la ontología que la acompaña.

El filósofo griego había partido el universo en dos, el de lo sensible y el de lo inteligible. El pensamiento occidental, nacido de o con esta disociación, ¿podrá alguna vez volver a coser lo que ha sido desgarrado: lo material y lo intelectual, la percepción y la inteligencia? Los adversarios de la dicotomía, ignorándolo y paradójicamente, la refuerzan: cuando Bacon, más tarde, abra la vía al empirismo y recoja las solas apariencias, se contentará demasiado con acumular los "datos" (los restos) dispares y muy insignificantes; nos propone aún un universo informe, es decir, el mantenimiento de la más vieja quebradura: en efecto, o bien se coloca la realidad en el mundo de las ideas o bien se glorifica al mundo sin ideas de un percibir bastante pobre; las dos actitudes, aunque opuestas, se responden.

Descartes, aunque bastante ambiguo, sufre de la misma distorsión; si por un lado el modelo espacial ha podido generar la diversidad fenoménica y aclararla,

si es uno de los primeros en utilizar el audaz método topo-geométrico, por el otro lado, cae rápidamente en el imaginario de los torbellinos, porque nunca es gracias al examen de las cosas como se aprende a conocer su organización como sus propiedades. Al menos se afirma que se las deduce. Se reemplaza la física por la lógica dado que el pensamiento contiene en sí las reglas de lo verdadero. El posee en su fondo la racionalidad, y por eso esos desarrollos autónomos a partir del *Cogito* y de Dios que garantizaría su fecundidad. Y el empirismo más ácido retoma esta misma solución que creía discutir, pero a la cual no es fácil sustraerse: para Hume el pensamiento religa, por medio de la causalidad, lo que nos es ofrecido tanto en la dispersión como en la sucesión; pero las secuencias habituales, a fuerza de repetirse, nos comunican un sentimiento de casi-necesidad (subjetivo). La razón ha sido bien destronada pero subsiste y funciona siempre como instrumento de enlace. Ilusión, pero invencible ilusión; se explica el tenaz error de nuestras certidumbres.

El kantismo, verdadero pivote de la filosofía moderna, irá aún más lejos: el sujeto solo recibe impresiones, en estado de dislocamiento y de desmigajamiento. Y los primeros cuadros relacionales, como el espacio, que permiten ya conglomerar y colectar, solo vienen de nuestra sensibilidad. Mejor aún, se renueva y refresca más que nunca, la vieja dualidad platónica, aunque se tenga dificultades en mantenerla, entre el fenómeno y el ser, es decir la “cosa en sí” incognoscible. ¿Cómo en efecto y por qué plantear este “noumeno”? Puesto que conocemos ya y afirmamos su existencia, cualquiera sea el argumento, y que las apariencias se remiten a él y sin duda lo manifiestan —él es su substrato o su fundamento—, no se lo podría considerar como enteramente desconocido. Seguro es también que la no-suficiencia de los “datos exteriores” autoriza la libertad y la moralidad; en efecto, solo podemos afirmar estas si el aparecer no constituye más el todo de la realidad (determinada); debe ser previamente limitado en sus prerrogativas como en su campo. Se le concede mucho, la necesidad y la coherencia, porque se le retira, en un segundo tiempo, lo esencial, la auténtica realidad. ¿No es entonces Platonismo, pero en su paroxismo? La separación tiende a volatilizar lo sensible y a quitarle “su seriedad”. Mientras tanto es una filosofía difícil y laboriosa, puesto que una misma cosa cabalga, se lo quiera o no, sobre dos mundos: el exterior donde puede ser conocida, lo nocturno o lo nouménico donde ella escapa a nuestra intuición. ¿Existe entonces un lazo entre estos dos universos? Sin duda, pero entonces el ser mismo se da en la fenomenidad y allí se traiciona, aunque se lo querría indeterminado o imposible de captar.

El rechazo de lo que previa y sutilmente se ha desvitalizado, el desprecio correlativo del cuerpo demasiado ligado a lo sensible, así como la glorificación de un “más allá” o de la Idea; a esta prédica se ha consagrado lo más a menudo la filosofía clásica. Es necesario pues considerarla como una “religión” tan pér-

fida que le conviene aún a los pretendidos ateos, a los espíritus fuertes o a los que se creían críticos, pero que no por ello dejan de tragarse todas las culebras.

Por esta razón, preocuparse de los solos dispositivos materiales; no reducir el Universo a algunos principios o a un mecanismo tan abstracto que aplaste, so pretexto de glorificar la necesidad; explorar la variedad y la importancia de las “arquitecturas” naturales, constituye un poco la antítesis de la corriente racional, de inspiración platónica, que hemos recordado anteriormente, incluso si la hemos caricaturizado. Aprendamos a poner de plano, a tener en cuenta las superficies, los embrollos y sus enlaces complejos, incluso tratar de comprender sus propiedades así como también la razón de sus construcciones; tal sería en parte la tarea del filomorfo. Es evidente que para él, el ser —al menos lo que se llama tal— no podría existir sin el aparecer; no se coloca ni por fuera ni por debajo de él. Es suficiente con que este último, generalmente despreciado y alejado, sea restaurado en su complejidad o su continuidad, sustraído de los falsos recortes, y del desmigajamiento o de las brumas que nos lo disimulan. “Solo las cosas superficiales pueden no ser insignificantes. Lo que es profundo no tiene sentido ni consecuencia. Por el contrario, la vida no exige ninguna profundidad”, para citar una fórmula de un pensador con el que resonamos siempre<sup>2</sup>.

¿Todos los filósofos estarían contaminados por esta cripto-teología que, a su vez, diseminarían? No, y por lo demás podríamos hacer la lista de los que han resistido a esta cruzada o a este deslizamiento. Evoquemos solamente uno de ellos, el más inesperado de todos, el inmaterialista Berkeley, con la condición de retener solamente algunos desarrollos de su sistema: la crítica corrosiva de las “ideas abstractas”, la repulsa a distinguir las cualidades llamadas primeras de las segundas (que por eso mismo quedan un poco rebajadas), el rechazo de una naturaleza pretendidamente situada bajo lo que percibimos (la substancia), la plena reconciliación del existir y del sentir (una lógica del aparecer), etc. Con el fin de asegurar y de amplificar la presencia de Dios, Berkeley suprime todas las construcciones, según él artificiales, que sostienen el Universo, pero que sobre todo forman pantalla entre nuestra conciencia y el creador; se descubre el mundo pelicular en sí mismo; se lo concibe como el lenguaje directo de Dios; pierde pues todas las armazones con las que se lo ha cargado, como sus inútiles basamentos. Las leyes físicas representan solamente la gramática de un texto, saturado de sentido.

Evidentemente no se puede admitir la crítica de las “abstracciones” sin tener que aceptar el principio del hiper-teologismo. Los dos se sostienen recíprocamente; sin embargo, pedimos que se los despegue para solo conservar la condena de las controversias verbales nocivas como la de los que desprecian “las particularidades secretas”, aunque a través de ella se pueda leer un uni-

<sup>2</sup> Valéry. *Tel Quel*. 10.<sup>a</sup> ed., p. 271.

versal. “Es un punto sobre el cual se insiste mucho: que todo conocimiento y toda demostración tienen que ver con nociones universales; estoy de acuerdo plenamente. Pero me parece que esas nociones no se forman por abstracción como se lo ha propuesto; la universalidad, como yo la puedo comprender, no se encuentra en la naturaleza o el pensamiento de una idea fija, sino en la relación que ella sostiene con los particulares...”<sup>3</sup>.

Por esta especie de lógica de los solos fenómenos, de las superficies, dos operaciones lo esperan y lo definen; lo real saldrá de aquí transformado. Volveremos más tarde sobre esta metamorfosis espacio-temporal.

a) Primer trabajo, a la vez material y mental: el reagrupamiento o la concentración de lo que nos es ofrecido diaspóricamente (las palabras, los catálogos, los cuadros, los mapas...).

La naturaleza está golpeada, necesariamente, de entropía, de hemorragia y de dispersión. No puede resistir a esta huida. Pero el individuo y la sociedad son llamados —así como también el viviente— a luchar contra esta dilución-lapidación. La pasión por el reunir hunde sus raíces en una justa protesta, un poderoso “mecanismo de defensa”; y la cultura podría nacer de ahí.

Muy curiosamente, es verdad que allí donde reina el número y la acumulación, sobre todo se tiene en cuenta y se subraya sus aspectos negros y negativos: o bien el cafarnameo, el revoltillo y el caos, o bien la colección —perversidad sádica que domina a tal punto los bienes en su totalidad que nada escapa a su escapatrate (una posesividad sin falla)—, o aún el pululamiento, lo vibrionario, la insigne. También se ha desacreditado “la concentración” porque la economía capitalista amontonaba los medios de producción como los útiles financieros, los unos y los otros condicionando el crecimiento industrial y la “productividad”, así como la potencia política, de donde se deriva el aplastamiento de todos. Porque algunos han confiscado los instrumentos del poder —la reunión de máquinas, de mercancías y de signos— rápidamente nos hemos equivocado de enemigo; se ha visto en la intensa reunión la causa de nuestras miserias, por no decir de la alienación. Por lo demás algunos han sacado la consecuencia: el retorno a la dispersión individual, el artesanado, las robinsonadas. Pero la explotación, como la desviación de un medio, no debe servir para despreciarlo en sí mismo. Que se lo quiera o no, desde la simple palanca hasta la planta hidroeléctrica, incluso nuclear, la realización técnica logra concentrar y con ello decuplicar las energías. No se podría aminorar su fuerza, la de reunir y focalizar. Por lo demás no se puede escapar ni al monocultivo que se centra también sobre una sola producción (las Revoluciones verdes) ni a la Ciudad que se hiper-especializa en un tipo de fabricación.

<sup>3</sup> *Principios del conocimiento humano*, in *Oeuvres choisies* de Berkeley, Tr. André Leroy, Aubier, p. 189.

Reconocemos por todas partes la anti-dispersión en ejercicio: ya los pueblos y, *a fortiori*, las ciudades nacen de una intensa reunión-amontonamiento; en su centro, modesto o inmenso, todo se vuelve a cruzar: las rutas, las riquezas, los edificios, los documentos, las escrituras, los recuerdos, los servicios, los residuos, etc. Por ello su prestigio. Y ellas mismas, nuestras ciudades, para asegurar esta función tónica recapitulativa, se han desarrollado en lugares privilegiados, o bien en las cimas, fáciles de defender, así como también abiertas ya a una amplia vista, un panorama, es decir una especie de *compendium* natural. O también “la aglomeración”, en lugar de ocupar un promontorio se estira a lo largo de un río, es decir allí donde todos los bienes y los intercambios convergen; o también se aloja en el valle, pero porque lo transitan las caravanas y los viajeros. En resumen, verificamos la intensidad y la ampliación de las reuniones, de bienes, de hombres, de símbolos, de ceremonias y de desfiles. Y a la inversa: nada hay más debilitador e insoportable que la vacuidad, la dilución y la separación.

No podemos analizar al detalle las réplicas a un universo demasiado diseminado y centrífugo; solamente mencionemos, a título de muestra ejemplar de esta pasión por la colección y la colectividad, la importancia de los códigos y de los libros panoptizadores.

No solamente las obras conglomeran, reúnen, sino que mejor aún, la Biblioteca, que las reúne y las alinea, situada ella misma en el corazón de las Ciudades donde se amontonan tantos documentos variados; aquí, asistimos a un triple reagrupamiento (como una especie de tabla o de armario extensible): primero el libro del Mundo, después todos los textos, y finalmente, en medio de una megalópolis centralizada. Nadie puede discutir la Modernidad ni la posibilidad nerviosa de estos “Observatorios”: la obra de ciencia como la novela —las dos “recopilaciones”—, contienen, como recipientes, aventuras, experiencias, lecciones, explicaciones. Reservas o depósitos de signos, atesoran. Concedemos, además, más atención a los actuales “bancos de datos”: *Biosis* para la biología, *Chemical Abstracts* para la química, *Medlar* para la medicina, etc. ¿Por qué estos sistemas? Porque, por una parte, los científicos aprenden cada vez más a codificar los signos, y por otra parte, porque la materia, con recursos sin fin, se vuelve capaz de almacenar (el almacenamiento) sin límites y de manera segura. La informatización intensifica el proceso anteriormente descrito (la cosecha).

El psiquismo elemental, a su vez, resulta de esta fuerza de contracción; recibe ante todo informaciones de todos lados, en desorden, las canaliza y las organiza, saca de ellas también aplicaciones. Mejor aún, porque religa logra obtener una “representación” del universo; en efecto, el percibir constituye una conducta anti-dispersiva: “Esta sensación de luz roja experimentada por nosotros durante un segundo corresponde en sí a una sucesión de fenómenos que, desenrollados en nuestra duración, con la mayor economía posible de tiempo, ocuparía más

de 250 siglos de nuestra historia". Fusionar lo que ha sido separado, aproximar, combinar, son tantos otros actos intelectuales de la misma naturaleza: la anti-exposición o la anti-diseminación.

Por lo demás, algunas de las exposiciones de San Julián han insistido, de manera inolvidable, sobre la fecundidad de los inventarios, de las ordenaciones o de los reagrupamientos; Lambert apasionadamente ha evocado la reseña histórica como las dificultades, mientras que Escat remitía a la corriente leibniziana la pasión filosófica, heurística, de las notaciones y de los registros.

b) Segundo trabajo, completamente parecido: oponerse ya no al espacio que divide sino al tiempo que dispersa (la Memoria).

Si la palabra "concentración" o "amontonamiento" sufre de connotaciones bastante negativas, su recíproca "conservación", está sometida a la misma suerte depreciativa. Entonces, se arriesga devaluar el recuerdo que presentificaría lo que ha dejado de existir y que en nada innovaría. Inmovilizar, embalsamar, preservar, otras tantas expresiones restrictivas por no decir, incluso, funerarias. No solamente el término traduce (mal) el lado más pobre —siempre la fijación, el registro, el mantenimiento— sino que descuida el aspecto más activo como el más fructuoso de la conservación, porque esas "inscripciones vivientes" continúan moviéndose, decantándose y permitiendo otros enlaces (diagonales). Solamente al final se comprende y se capta el comienzo: a este respecto, Gaston Bachelard ha sorprendido cuando mostraba que la verdadera infancia se despierta en el viejo, muy tardíamente, al término de su existencia. ¿Visión poética? No lo pensamos; aquí tenemos la prueba de un "pasado" que se mueve, que lentamente se cierra y se organiza.

En todo caso conviene luchar contra la erosión: el psiquismo, la sociedad, las instituciones (por tanto nuestras ciudades, sus monumentos, los archivos y sus actas), todo se consagra al recuerdo. La escritura, que ya reúne los datos y los encierra en algunas líneas, no deja de depositarlos con el fin de no perderlos, gracias a medios estrictamente materiales: al comienzo se graba, luego se reemplazarán las duras incisiones por presiones sobre la arcilla blanda, más tarde por simples rayones, finalmente con huellas y marcas lo más indelebles posibles, aunque raspadores puedan a veces tachar o tengan que borrarlos. Asegurar y guardar.

No podríamos pasar revista a todas las actividades que tienen que ver con la energía y con el anti-desgaste: oponerse a lo que recubre y suprime. Se ha sostenido que, si el espacio servía a nuestra potencia (se circula en él en todos los sentidos, sin restricción y uno puede incluso entregarse en él a frecuentes idas y regresos), el tiempo que corre acusaría nuestra debilidad. No estamos seguros de ello porque logramos llegar a suspender sus efectos destructores

y porque sabemos también remontar su curso (la memoria). Pero se agrava la importancia de su irreversibilidad con el fin de humillar al hombre y obligarlo a la sumisión, por eso el desencallamiento correlativo de un Ser o de un real más poderoso que él, que lo absorbe. Denunciemos siempre lo que nos aplasta, la funesta ontología larvada o la cripto-teología que ha corrompido el espíritu filosófico, a tal punto que un historiador ha podido pretender recientemente: "si se considera el recorrido filosófico en lo que tiene de esencial, se ve cómo todas las grandes filosofías son una crítica del objeto a nombre del ser. Entiendo por esto que ellas critican lo que aparece a nombre de lo que es en sí". Entonces, ¡exigimos el derecho de marchar completamente a contracorriente!

Se nos recordará que la muerte se lo lleva todo, incluso a los individuos rebeldes. De paso ¡es esta una prueba que la filosofía y la religión beben en el mismo fondo argumentativo!

Discutimos este juicio: en efecto, el viviente nace de su oposición a la destrucción; solo piensa en reproducirse. La herencia en él, tan bien protegida en el corazón del núcleo mejor cerrado, sustrae el patrimonio del aniquilamiento. Ningún tesoro se aísla tan cuidadosamente. Y él lo transmite con una fiebre y una prodigalidad que constituye la sexualidad; y ésta define integralmente las plantas y los animales, que se perpetúan contra viento y marea. La menor brizna de hierba prende; ¡no se la detiene o muy poco se lo puede hacer! Siempre vuelve a brotar; el grano mínimo y resistente atraviesa las edades, como las tempestades. Todas las funciones fisiológicas trabajan en esta "inmortalización". Otra vez Valéry lo señala con agudeza: "Con respecto al individuo, la muerte se opone a la vida, pero por el contrario, en una visión de conjunto de los vivientes, ella es condición de vida... El más grande artista solo puede esculpir en un mármol que es indestructible y el más grande mecánico no tiene para ensamblar sino cuerpos perecederos, oxidables, corruptibles. Y si los cuerpos no fuesen así de alterables, estos prácticos no podrían el uno esculpir, el otro perfilar y ajustar... lo que hace que las obras sean posibles hace también que ellas sean perecederas"<sup>4</sup>. Otra perspectiva valeriana: el viviente escapa al tiempo porque no cesa de repetir, ya no "reproducirse" sino reproducir simplemente: "Admiramos un insecto que recommienza el trabajo indefinidamente cuando destruimos indefinidamente su obra, de esta forma el mundo hace nuestro cuerpo y éste se defiende como insecto. Cada pulsación, cada secreción, cada sueño retoman ciegamente la obra"<sup>5</sup>.

Valéry ha ahondado bien el examen de esta guerra llevada contra la erosión: en efecto, importa negar por todos los medios y anular los efectos del tiempo que disuelve. Muchas técnicas, según él, se caracterizan por el poder no tanto de

<sup>4</sup> *Tel quel*, p. 345.

<sup>5</sup> *Ibidem*. p. 334.

ensamblar o de transformar sino por impedir la desnaturalización y de consolidar la preservación, por eso “la subsistencia” es más importante que la “substancia”; por ejemplo, en los siglos más lejanos, los quesos, las carnes ahumadas, las salmueras, la cocción, y sobre todo, le añadimos nosotros, la putrefacción utilizada y vuelta contra sí misma! El hombre usa lo corruptible en su provecho: si la muerte asecha la vida, inversamente ésta se servirá de aquélla con el fin de salvarla, al mismo tiempo que se recuperan los desechos que se creían perdidos o sin empleo. La industria recicla y, a su manera, “inmortaliza”. Nada se pierde.

Sobre todo el pan y el vino prolongan sin fin la época de la cosecha y de la vendimia; aparentemente cambian pero sobre todo “ponen en reserva” o inmovilizan. La cava y el granero. El tiempo ya no los muerde, o muy poco. Entonces se sigue una mística y ritos. “El cristianismo —anota Valéry tan sorprendido— cuenta con el pan y el vino. El catolicismo los exige. Pan, vino y la noción de substancia. La operación esencial, que define al catolicismo, es el cambio de substancia de dos productos elaborados por la industria del hombre... Todo esto define en el globo una cierta región que se dispone en torno a la cuenca del Mediterráneo, región cuyos límites son los de la viña y el trigo... En los imperios del arroz, de las papas, de los bananos, de las cervezas, de las leches agrias y del agua clara, el pan y el vino son productos exóticos...”<sup>6</sup>. Cita larga que no queríamos truncar porque ella liga muy bien el cultivo [la culture] de la tierra y la de los espíritus. Por todas partes es pues necesario dedicarse a convertir pero con el fin de ponerse al abrigo: por aquí se escapa a lo que destruye.

Valéry irá más lejos aún, en su pasión intensa de glorificar “la conservación” —a sus ojos la adquisición más eminente y fuente de toda la civilización—; de ella resulta incluso la poesía. No es más que eso, una victoria sobre el tiempo; los sentidos y el sentido se solidarizan con el fin de perdurar. Generalmente las palabras se las lleva el viento y perecen una vez emitidas; han servido. Por el contrario, los versos se retienen: ante todo no “expresan” nada, no piden nada; además, el cuerpo los retoma sin dificultad porque son acordes a su ritmo. La prosa muere [meurt] mientras la poesía permanece [demeure].

Se estaría equivocado aquí si se quisiera oponer nuestra concepción en filigrana del viviente —que conserva y se conserva— a la que Canguilhem ha desarrollado e impuesto tan bien; su inventividad (la normatividad) tal como ella se adapta a las circunstancias y que, sobre todo, no se encierra en reglas de funcionamiento invariable (entonces medible y objetivables). Pero la palabra “conservación” no significa fijeza; importa atravesar las crisis a toda costa. La vida del viviente consiste en sobrevivir, el mayor tiempo posible, en y a pesar de la adversidad. Ahora bien ¿lo que se pliega no resiste mejor que lo que se quiebra? La flexibilidad, y no la rigidez, asegura y define la verdadera constancia.

<sup>6</sup> *Rhumbs*, p.38.

Solo retengamos entonces nuestra conclusión: la doble victoria sobre el espacio (por medio de la concentración) y sobre el tiempo (el mantenimiento), pero, la una y el otro por medio de “formas” susceptibles de reunir y de subsistir.

## II

Pero dado que nos estamos explicando, debemos responder a una sorda objeción que se nos ha dirigido: ¿cómo un filósofo puede seriamente llegar a agrandar “la imagen”, la iconicidad, incluso en un grado aún menor “el audio-visual”, contra el cual la filosofía nos ha inmunizado desde el origen?

Uno de los primeros que nos ha puesto en guardia contra ella ha sido Platón: el triángulo no debe confundirse con su reflejo, la figura. Por un lado la idea, por el otro la ilustración, que a menudo abusa; se va quizás de la una a la otra, pero sobre todo de la una contra la otra. El dibujo geométrico no sabría entregarnos la necesidad ni las verdaderas propiedades. Más tarde Alain se apresurará a decir que la vista del cubo o su representación no lo capta nunca más que en perspectiva y solo nos descubre pues algunas de sus caras o aristas. No es pues él mismo sino su peor deformación. Se lo desnaturaliza. El cubo solo se piensa; no podría describirse ni mucho menos ofrecerse a nuestra mirada.

Por su lado, la ciencia moderna, la microfísica, ¿no le puso un término a las “visualizaciones”? Los libros lo repiten bastante: la relación llamada de Heisenberg (la incertidumbre), o más simplemente la asociación de la onda y el corpúsculo, incluso aún la concepción de partículas cada vez menos localizables son suficientes para alejar los esquemas demasiado fijos y simplificadores. Incluso en química, se calcula y demuestra, más que mostrar. Por todas partes. Entonces ¿qué es una epistemología aún apegada a las imágenes?

Gaston Bachelard ¿no se ha dado cuenta de que la ilustración concreta es el obstáculo mayor para la comprensión de lo verdadero? ¿No está en la fuente de los bloqueos? De esta forma, el atomismo antiguo, con sus granos en miniatura, su polvo y sus minúsculos sólidos, ha pagado los costos: quería a todo precio representar (*Les intuitions atomistiques*). “Las intuiciones son muy útiles: sirven para ser destruidas... El esquema del átomo propuesto por Bohr, hace un cuarto de siglo ha actuado en este sentido como una buena imagen: ya no queda nada de él”<sup>7</sup>.

Por lo demás regresamos al mismo problema que ha sido encarado precedentemente, pero bajo otro ángulo; itanto peor!

Defendemos efectivamente “la graficidad” y pedimos incluso re-abrir el proceso que se le ha instaurado. Se lo ha cerrado demasiado rápido. Y deseamos su rehabilitación.

<sup>7</sup> *La philosophie du Non*, p.138-9.

Para comenzar, no es tan seguro que la ciencia moderna la haya despachado; a este respecto remitimos al artículo de Louis de Broglie, "Las representaciones concretas en microfísica" (in *Logique et connaissance scientifique*). El ilustre teórico se rebela contra la filosofía con la que se la ha vestido. Alega abiertamente por un regreso a las "imágenes teóricas", descarta los puros formalismos, las solas matemáticas o los análisis demasiado vagos (inspiradas en el solo probabilismo). Según él, cada partícula se define por números, expresa pues una estructura bien determinada y no está excluido que, tarde que temprano, se la pueda "siluetear", sino su presencia misma al menos sus efectos. La física no remataría pues sus teorías más que por el acto y gracias a los instrumentos que autorizan "una evidenciación" (por ejemplo, la cámara de Wilson, las rayas de la espectroscopia y los niveles de energía, etc.). Seguramente no lo real, pero realizaciones, la concretización y la efectividad.

Todo depende de lo que se ponga bajo las palabras: bajo la de configuración no entendemos un reflejo o una sombra, sino la puesta en claro de una "organización", el perfil teórico de los elementos como de su composición. Rehusarlo o minimizarlo nos parece peligroso, una especie de regreso a la metafísica (la cripto-teología), lo que le tiene afecto a lo invisible o a las fuerzas a distancia; se les ha reemplazado precisamente por líneas, que dibuja la limadura del hierro en la vecindad de un imán, en el experimento bien conocido del espectro magnético de Faraday: "Gracias a él, comenta Kastler, el espacio vacío de los matemáticos se ha vuelto un medio dotado de propiedades físicas"<sup>8</sup>. Trayectorias y curvas, polos, en efecto lo enriquecemos; la sola ley de Coulomb, según la cual los campos (electromagnéticos) se rechazan o se atraen en razón inversa del cuadrado de la distancia, suponía demasiado un espacio idéntico a sí mismo; solo se contaba entonces con el alejamiento para medir las influencias. Ahora bien, "el medio" pierde su isotropía o su homogeneidad: lo cruzan líneas. "El espacio atravesado por las líneas de fuerza ¿tiene las mismas propiedades que el resto del espacio?", tal ha sido la pregunta de Faraday. Esta es su respuesta: "Un anillo que corta las líneas de fuerza es la sede de una corriente eléctrica, mientras que en el espacio desprovisto de líneas de fuerza ningún fenómeno eléctrico aparece". Maxwell y Hertz ampliaron esta abertura. En resumen, las ondas no circulan en todos los puntos; se levantan caminos o circuitos particulares, de la misma manera que el agua que chorrea se canaliza, se difunde en hilillos y no se distribuye completamente, de manera uniforme, por el suelo, en la superficie.

En cuanto al bachelardismo con el que se piensa entrabarnos, creemos que él tampoco ha cesado de moverse: no ha dado tanto la guerra contra las imágenes

<sup>8</sup> Faraday. *Extracto de las Investigaciones experimentales en electricidad*. Presentadas por Germaine Hirtz, Prefacio de A. Kastler, Gauthier-Villars, 1967.

fosilizadas y nocivas como que ha suscitado las oscilantes y las modernas, las que integran mejor las vibraciones o las energías. Los sutiles croquis —su obra está llena de ellos— se modifican con las teorías y las precisan, de la misma manera que los símbolos, las notaciones y también las puntuaciones. Se las rectifica y se las retoca sin fin. No inventamos nada, pero es necesario subrayarlo claramente puesto que la epistemología de Gastón Bachelard, por lo demás tan evolutiva, ha sido demasiado arrastrada de un solo lado y porque él mismo ha dado pábulo al ladeamiento. Sin embargo, ¿no está escrito —y es una frase entre otras— en el *Materialismo racional*: “Desde entonces, puesto que los electrones no son localizables, se va a buscar representaciones que darán la densidad de presencia de esos electrones, la densidad electrónica en las diferentes regiones de la molécula. Y es así como los libros de química moderna están ilustrados con ‘mapas electrónicos’. Dicho de otra manera, ¿se instituye una verdadera cartografía de la molécula”<sup>9</sup>? Y la obra entera irá en este sentido, en favor de una neo-iconografía. Por ejemplo —el caso más frecuentemente comentado—, el núcleo de benceno ya no merece ser considerado como un hexágono anguloso. Tiembla e incluye posibles; nos dedicaremos pues a encontrar medios que materialicen y capten su relativa inestabilidad, una figuración casi-Calderiana (el escultor de los móviles).

Por otra parte, nosotros creemos que Gastón Bachelard no ha dejado de alejarse del intelectualismo de estilo brunsvicgiano; no ha creído más que en aplicaciones; se ha fenómeno-tecnificado y materializado. ¿Renunciaba por ello a la clásica devaluación de lo sensible? Seguramente: los olores y los sabores, que tienen que ver con la química de los matices, entraban en la arena de la ciencia nueva; de acá en adelante, no importa tanto alejarse de lo real como de ampliarlo y de reconstruirlo. ¡Salvemos los fenómenos! ¡Creémoslos, como el demiurgo!

Estas ciencias morfológicas, de las que nos reclamamos, les falta desarrollarse. ¡Tengamos sobre todo en cuenta su crecimiento como su irradiación! El filósofo estaba quizá inclinado a aminorarlas, o incluso a olvidarlas. Actualmente, ¡qué desquite!

[...]

Lo visible expresa pues lo invisible con el cual coincide: no pedimos más (...) Cerramos demasiado los ojos a las minúsculas diferencias como a las distancias débiles. Recubrimos, abstraemos, generalizamos.

Además de la mineralogía y las ciencias de la Tierra, creemos poder extraer “argumentos” o “lecciones” de disciplinas en pleno movimiento: primero, no se

<sup>9</sup> *Op. cit.*, p.150. La cita prosigue: “Estos mapas electrónicos ¿son realistas, solo son representaciones?... Si se concluye limitándose a la noción de representación, será necesario decir que nunca una representación ha estado más próxima de la realidad” (*Ibid.*, p.150).

tiene el derecho de encerrar la morfología en la sola biología, segundo, de encerrarla en la ingrata y simple descripción, ora de los aparatos (la anatomía estricta), ora de los tejidos (la histología). Extendamos su influencia. La química física en general, la geografía —y llegaríamos hasta incluir las organizaciones sociales, así como la literatura y la poesía— entran todas en este vasto campo donde uno se preocupa del examen estructural; solo se tiene en cuenta las superficies, sus posibles enrollamientos, las composiciones exhibidas y las arquitecturas (de ahí el grafo y la graficidad). Aprendamos a erigir y a leer los relieves, los emplazamientos o las triangulaciones que expresan las situaciones más complejas; incluso saquemos de ahí curvas relacionales (binomiales) o súper-esquemas; si hemos aprendido a deletrear textos, conviene también saber descifrar los mapas de localizaciones, de reparticiones y de intercambios múltiples.

Atrevámonos a algunas últimas observaciones en favor de esta “visualización” demasiado desacreditada:

a) El croquis que quisiéramos analizar y defender condensa la información, de la misma manera que la transmite mejor que un largo discurso; tiene que ver con las teorías de la notación y de la comunicación; concierne tanto la pedagogía de la ciencia como la filosofía de la “contracción” cuya obligación hemos creído tener que precisar y de la que hemos subrayado su importancia. ¿Cómo favorecer la comprensión y como encerrar también una multiplicidad de datos en un esquema que le sea equivalente, aunque más recogido? Se vuelve sobre todo heurístico, en la medida en que facilita el reconocimiento de amplias divisiones como la de las líneas principales o de las fronteras o de los dispositivos mismos. “Lo que se llama invención es de la naturaleza de la comunicación. La fecundidad inventiva en todos los géneros crece como la posesión, la perfección de los medios de comunicación. Una buena notación entraña invenciones”<sup>10</sup>. Finalmente la ciencia, lejos de renegar o de abatir la escritura, la exalta y favorece una combinatoria o una “sobre-codificación” (la graficidad misma).

b) Nuestra época podría claramente caracterizarse por el progreso fulgurante llevado a cabo en las técnicas de captura, de registro (frecuentemente automatizado) y de la condensación sobre la pantalla (visible, legible) de resultados. No insistiremos en este punto puesto que hemos consagrado una buena parte de una obra a definir la medicina, a través de su historia, como una ciencia o un arte explícito de la *picturalidad*. Ella logra apoderarse cada vez mejor de lo que se le escapaba; no tanto disecciona como que saca a la superficie; detecta y exterioriza. La clínica solo vive de este pasaje y de esta transferencia, del adentro al afuera. Y también la sensorialidad, tan fundamental en sí misma; la mirada del médico no ha terminado pues de ejercerse; se aguzza sin cesar: no

<sup>10</sup> Valéry, *Tel Quel, Analecta*, p.234.

tanto un “mirón” como un “vidente”; una doble visión, dado que se prolonga y está armada de sus aparatos, sus telescopios.

Con respecto a este tema arriesguemos incluso una breve evocación de una estrategia de este “aparecer” ante los jóvenes epistemólogos de la patología y de la inmunología; precisemos en una palabra lo que se llama “la desviación del complemento”, no tanto por sí misma (y sobre todo ahora que no se recurre a ella) sino como paradigma de una astucia y de un reactivo bastante sensible, antiguamente puesto en funcionamiento por instigación de J. Bordet.

En efecto, cuando la precipitación de un antígeno, microbiano o no, no puede traducirse al ojo desnudo –entre otros el caso de la sífilis–, entonces Bordet no dudaba un momento en conectar esta reacción muda sobre otra, particularmente perceptible. Injertemos. Si se utiliza sensibilizadora y sobre todo alexina (llamada también el complemento) en cantidades apropiadas, si han sido consumidas en el dipolo “antígeno sifilítico-anticuerpo”, no quedarán muchas para entrar en la floculación que lo acompaña, el hemolítico (el conejo-antiglobulinos rojos); pero en caso en que la alexina no hubiera sido utilizada para la primera destrucción, el tubo enrojecerá bruscamente; se es pues informado por “un indicador” inmediato de un drama o de un no-drama. Ciframiento indirecto y bastante fiel; además aquí no deseamos más. La medicina solo vive y progresa por estas astucias o estas iluminaciones. Para el caso, ella trabaja como el químico del laboratorio que, a través de los cambios de tinte, de aspecto o de forma, se asegura de una oxidación-reducción o de una acidobasicidad. Se mide, por el sesgo de un desplazamiento o de una consecuencia que desaloja lo oculto. Y la detección de los medios de defensa ha permitido a la primera inmunología conocer el pasado de aquel al que se le ha sacado un poco de su propia sangre; en el extremo límite, se podrá responder a otras preguntas, como el momento en que la afección que padece se ha declarado y que testimonian los anticuerpos presentes, así como la eventual repetición de este traumatismo (la reviviscencia de la defensa). El presente (¿está atacado?) como el pasado (¿ha sido ya invadido?) se ven en el tubo de ensayo, puesto que no se conoce nada que no deje su firma. A la manera como reaccionamos, podemos y sabemos inducir “las heridas” que ya han golpeado “la imagen del yo”, como las que están en vías de alterarlo. Mencionemos pues de paso el poder hipermnésico de nuestros humores: el suero es como un palimpsesto inigualable. Se aprende a traducirlo, ante todo a analizarlo, después a referir los menores desórdenes de sus constituyentes con los acontecimientos ora exteriores ora personales. Una gota de sangre encierra el Universo (hematología geográfica).

¿Debemos aún responder a la sempiterna objeción que aleja y minimiza lo “sensible”? Podemos, afirma nuestro adversario, razonar sobre la caja del reloj e incluso buscar lazos entre sus diversas piezas; se observará inmediatamente que

el minuterero da doce vueltas más rápido que el horario. ¿Estamos más avanzados? Sobre todo importa buscar adivinar algunos órganos ocultos que explican los movimientos visibles. Buscar así adivinar la existencia o las propiedades de objetos que no pueden aún ser alcanzados por nuestra experiencia, buscar “explicar lo visible complicado por lo invisible simple”<sup>11</sup>.

El argumento de Jean Perrin no nos ha convencido verdaderamente: evidentemente que no se le pedirá a los empaques, destinados a encerrar y a proteger el contenido, que den cuenta de él. Es evidente que es necesario abrir la caja para estudiar lo que ella guarda. No enredemos todos los planos. No confundamos el frasco y el coligado, lo que envuelve y lo envuelto. Descomponemos, despleguemos. Si se quiebra un radio, se encuentra en el interior una bobina (especie de antena), lámparas, un auricular-transcriptor. Por este camino no se comprende nada (o casi nada) del mecanismo de la transmisión inalámbrica; y tampoco mucho más si el receptor funciona con una pila. El resultado no se lee ni se concibe a través de esos medios que portan, pero que también disimulan, el funcionamiento. Aquí también se han mezclado los niveles. La máquina o el aparato no dejan de solidarizar, y muy profundamente, el material y la operación, en este caso, electrónica y electromagnética (ondas hertzianas). Precisamente el objeto técnico se caracteriza por esta rigurosa equivalencia entre la estructura y las capacidades; es pues irritante que se piense o que se ose contar con él para ampliar el divorcio que se desea entre la función y el substrato, demasiado despreciado.

### III

Última respuesta a las objeciones que flotan en el aire de San Julián; hemos desembocado en una dificultad mayor: Michaud, con su viva perspicacia no ha dejado de darse cuenta de ello. ¿No nos deslizamos hacia una especie de filosofía naturalista unitaria o de tipo monístico? En ninguna parte se asistiría a verdaderas rupturas. ¡Con el aplanamiento generalizado, se debe renunciar a los relieves y a las dialécticas! Valéry nos empuja hacia allí, por lo demás y todavía, por medio de anotaciones de esta naturaleza que abundan en su obra: “Uno no se puede figurar bastante nítidamente el sistema psíquico, y su singularidad, mas que por una comparación constante con el mundo de la física. Estoy hablando de una comparación fina, es decir tratando de adaptar por analogía los conceptos de la física, su lenguaje, y sus análisis a los hechos psicológicos”<sup>12</sup>.

La materia, o bien por la fuerza de un poderoso principio de conservación, o bien gracias al azar de un encuentro de circunstancias favorables, no ha podido dejar de engendrar conjuntos momentáneamente sustraídos a la erosión,

<sup>11</sup> *De la méthode dans les Sciences*. 2a. serie, p.79.

<sup>12</sup> *Tel Quel, Analecta*, p.280.

no-destructibles, por lo menos durante un cierto tiempo. De ello resultarían los primeros vivientes, una especie de naturaleza que, por sus solos recursos, escaparía a las leyes mecánicas y lograría una relativa autonomía. No tenemos necesidad ni de un creador, ni de un impulso o de un soplo o de una misteriosa aspiración, ni siquiera de una dialéctica de la negación de la negación; nada de esto es exigido por la actual biología, capaz de precisar el determinismo de este no-determinismo. (Energetismo, intercambios, puestas en reserva, degradaciones y recombinaciones bioquímicas, inseparables las unas de las otras). La Vida constituye el primer centro transformador, el enigma de los comienzos y de las innovaciones: vinculada a la sola materialidad, ella logra hacerla más compleja y hacerle dar la vuelta, con el fin de asegurarla mejor. La Muerte la acecha en todo momento y la convoca a la dura realidad a la que quizás creía poderse sustraer. Pero no regresemos, ella ha logrado vencerla gracias a la proliferación y a la invencible reproducción que consolida su mantenimiento.

A este respecto, los luminosos descubrimientos de Claude Bernard sobre la regulación y el “medio interior” merecen ser mencionados, no solamente porque nos encontramos en San Julián, sino porque ellos aclaran las bases mismas de la fisiología: nosotros nos constituimos nuestro entorno y no padecemos más los “golpes” de los estímulos externos, aunque ellos no nos dejen de someter y de despertarnos. Si no viéramos ni escucháramos nada, ¿no seríamos víctimas de los desórdenes que suscita la ausencia completa de comunicación? ¿No estaríamos sumergidos en el atontamiento o la apatía?

Además, creemos que la conciencia debe rematar la empresa de la Vida misma, lograr mejor que ella las dos operaciones de preservación (conservar) y de focalización (concentrar). Voluntad y Memoria. El hombre solo nace de una protesta contra el desparramamiento y la disolución. Él constituye el foco oposicional mayor. Dependiendo de la naturaleza en la cual está inmerso, ha sabido robarle sus secretos, ponerla a distancia con el fin de aprehenderla mejor y de contrarrestar sus desmigajamientos como su propia destrucción. Aquí tampoco es necesaria ninguna trascendencia, y mucho menos un “fondo innato” de donde sacáramos y que nos autonomizaría desde el comienzo.

En estas condiciones debemos preocuparnos, por razones tanto filosóficas como epistemológicas, de las operaciones mentales más significativas, aquellas por donde es dominada la potente materia de la que derivamos, no tanto negada como amordazada, no tanto distanciada como reducida:

a) la empresa taxonómica generalizada que llega a sustituir a la multiplicidad tanto como a la dispersión de los seres o de los elementos, por cuadros (conceptuales) que los aprisionan. ¿Qué no clasificamos (los individuos, las sociedades, incluso los sistemas filosóficos)?

Como todo se sostiene, se sigue que la nomenclatura intensificará la captura: las palabras logran recoger aún más y sistematizar. Un verdadero nombre “es sinóptico o esencial” afirmará Linneo. Abramos un paréntesis sobre el propio Linneo: con él no solamente la Naturaleza se vuelve un diccionario, no solamente escribió un libro de *Filosofía Botánica* —famosa empresa guiñol de recopilación y de recolección—, sino que no tuvo temor de comenzar su texto por el recuento de todos los que habían escrito antes de él sobre esta misma cuestión; de alguna manera inventa no tanto el libro en la Biblioteca como la Biblioteca en el libro: la colección de los autores rivaliza con la de las plantas, desfilan los nombres de los viajeros, de los curiosos, de los jardineros, de los médicos, de tal forma que cada vegetal remite a un enjambre de autores, de publicaciones, incluso de planchas.

b) la tipología, muy próxima de la precedente, reagrupa también, ordena y nos libera de la superpoblación. Se reemplaza aquí lo que ha sido amasado por una neo-escritura; ella se dedica a relieves “las similitudes” que se imponen sobre las diferencias (las distancias, que permanecen, son medibles). Cuando un cierto número de rasgos no se disocian —la correlación obliga— y que solamente mínimas ondulaciones animan las unidades, se está claramente en el derecho de aislar esa casi-invariante y de considerarla como un punto de referencia estable. Frecuentemente se ha criticado esta forma elemental de la racionalidad que favorece los cortes y desconoce las evoluciones, es decir los pasajes. Inmovilizaría pues y privilegiaría demasiado el espacio de las discriminaciones.

La irritación aumenta bajo todos los aspectos cuando este tratamiento se aplica al propio hombre; por dos razones al menos: primero a causa del rechazo implícito del dualismo que entraña la operación, puesto que la metafísica se aferra a menudo a la distinción del alma y del cuerpo que garantiza la espléndida autonomía de la “*sola mens*”; segundo, se rompería la individualidad puesto que se la obligaría a entrar en cuadros predeterminados.

Pero a través de estas anotaciones críticas, ¡cuántos malentendidos y presupuestos! Se admite demasiado pronto que lo “somático” (desvalorizado) no es suficiente para personalizar. Se cree equivocadamente que ser “encerrado” dentro de un sub-grupo destruye al “sujeto”, mientras que uno se limita a concebirlo mejor y a situarlo. No entremos en esta discusión pero, “la lectura corporal”, las medidas que la acompañan y la aprehensión de ciertas relaciones inter-fragmentarias significativas nos parecen una tarea que ha sido rebajada demasiado, siempre por las mismas causas: se espera sustraer “el yo”, como no importa cualquier otra obra, de las ciencias llamadas de cuadrícula y de captura, no menos que de “contracción”. Por lo demás es claro que debemos rápidamente reemplazar estos términos demasiado negativos por sinónimos menos sospechosos: análisis craticular, pensamiento matricial, disposición tabular, escalogramas, corpus del campo de variaciones, etc.

c) Las ciencias jurídico-administrativas entran también en este vasto conjunto epistemológico y filosófico. ¡El monismo les ha conducido ahí! La exposición sugestiva liminar de Guery se ha dado cuenta inmediatamente de los peligros, porque un tal estímulo a la cameralística como a las empresas gestonarias, que multiplicarán las etiquetas, los controles y los recortes, conduce, por ciertos lados, a una política temible, incluso irrespirable (la burocracia).

Pensamos que se han exagerado demasiado los maleficios. En todo caso, ningún Estado moderno puede eximirse “de indicadores económicos”, de cuadros de borde y de procedimientos de evaluación. No se gobierna ya a ojo. El que toma las decisiones se rodea hoy de consejeros, solo sueña con “planes”, cifras y umbrales. La aritmética política y econométrica ha adquirido sus títulos de nobleza.

Más aún, la vida social consiste en encontrar y en aplicar “medios técnicos organizacionales” que impiden el aplastamiento de las minorías y permiten las correlaciones incesantes, el juego de los intercambios múltiples como de las suplencias. ¡Una meta— o mega-maquinaria! Según nosotros, el derecho define los principios gracias a los cuales se puede esperar resolver los conflictos o impedir los deslizamientos. ¿Cuáles intercambios (los contratos) y cuáles bases de apoyo (las instituciones)? La sanción para las malas asambleas suscita descontento, esclerosis y revuelta, cuando no resistencias. Empleemos el lenguaje de la cibernética: reglar y regular. Y por consiguiente, el derecho no dejará ni de evolucionar ni de evaluar (por medio de sus códigos).

d) la estética material forma el más bello florón de la corona. ¿De qué se trata si no es primero de una educación de la sensorialidad, demasiado aplastada, y de una atención a las realidades y a los diversos ensamblajes (la composición)? Estos perderán poco a poco sus particularidades y se abandonará los elementos en provecho de sus disposiciones, los diversos emplazamientos y sus relaciones. “Las bellas obras son hijas de su forma, *que nace antes de ellas*”<sup>13</sup>.

En esta óptica, hemos sido llevados a examinar algunos pintores de la región lionesa, puesto que aquí nos encontramos. No abandonemos el terreno experimental y concreto cuando es posible. Detengámonos entonces, un breve instante, en uno de ellos, el célebre Ravier que Paul Claudel —que vivía igualmente no lejos de aquí— no ha dejado de glorificar. Al comienzo pintó paisajes, a la manera de Corot, después, bastante rápidamente, su casi-ausencia, no solamente porque la luz y las brumas los irrealizaban, sino sobre todo porque él abandonaba cada vez más los detalles y los contenidos con el fin de conservar solamente las grandes masas, las solas líneas, se orientan hacia lo basal solamente, por no decir lo casi-abstracto; por lo demás termina su vida semiciego.

<sup>13</sup> Valéry. *Tel Quel, Choses Tues*. t.I. p. 17.

Evolución notable y muy instructiva: aparentemente la Naturaleza se evapora, pero también se la retiene y se la transcribe cada vez mejor. Doble paradoja: 1.- entre menos medios se usen —algunos trazos, en el dibujo— ¡mejor o más se aprisiona en sus redes!; 2.- cuando parece que se retiene muy poco, en verdad se transportan conjuntos voluminosos de importancia. ¡No busquéis desplazar demasiado, fracasaréis! ¡Benedicid los constreñimientos que os obligan a no cargar demasiado y a desbrozar! Efectivamente, al final Ravier con muy poco, entrega lo “casi-nada”, la inmensa llanura y el cielo confundidos.

Más tarde se irá más lejos, se cambiará incluso de plano; se descenderá entonces hasta lo ínfimo (la microscopía); nos preocuparemos no tanto por la pintura como por las condiciones materiales que la hacen posible, otra manera de remontar hacia los fundamentos. En este caso el arte canta los materiales que preceden y permiten el trabajo transferencial. De esta manera no se duda en pintar la hoja blanca dentro de la hoja blanca misma, con la exageración de sus agrietamientos, de sus imperceptibles cráteres, de las asperezas que hacen caminos de cebra en el espesor de su superficie: los granos del papel o, eventualmente —y es algo que conduce a lo mismo—, las fibras de madera, o los nódulos de la plata de metal. Otras perspectivas se presentarán, no menos de “segundo grado”, una pintura de la reflexividad. Pero conservemos solamente nuestra conclusión: el arte sale de la naturaleza, pero la transporta, la domina pues y la hace perceptible, hasta en sus rincones más recónditos. También la despliega.

e) Que se nos permitan aún algunas observaciones finales en favor del monismo.

Se ha condenado demasiado y alejado lo real en la medida en que, precisa y previamente, se lo empobrecía. Operación hábil: se le vacía de su contenido, para poder luego descalificarlo mejor. Pero su riqueza se filtra al menor de sus fragmentos: tomamos aquí de Gaston Bachelard un bello análisis que hace de un instrumento trivial, a través del comentario inspirado de Michel Leiris, de las ensoñaciones, es decir de los agrandamientos y de las prolongaciones. Ya no relativo a la página en blanco sobre la cual se escribe, ¡sino a propósito del lápiz que la raya! No la pintura sino la más próxima literatura: “Ajusta el cuchillo primero a la dureza de la materia, después a la dureza rechinante de la mina. Nada falta, ni los ruidos ni los olores. Este es pues un ensayo de fenomenología de la materia: ‘Más que cualquier experiencia preparada con cuidado, que logra o en la que fracasa un profesor de física, estos actos de una elemental simplicidad nos hacen entrar en contacto con la materia mineral, aquí comprendida por entero dentro de los límites ridículamente reducidos de este cuerpo que brilla, vecino de las piedras preciosas por su exactitud y su delicadeza’...”<sup>14</sup>. El menor

<sup>14</sup> *La terre et les Réveries de la Volonté*. p. 280.

pedazo contiene el Universo, de ahí la intensidad y la profundidad de las consideraciones “microscópicas” o liliputienses. Por otra parte, convendría ligar los fenómenos los unos con los otros, puesto que es necesario a toda costa impedir el desparramamiento o la amputación. Completemos, restauremos, abramos.

La sola conciencia puede revelar sus maravillas puesto que precisamente ella las aclara. En una especie de vuelta, ella ha sabido distanciar; mientras que el universo huye por todas partes, en la representación (palabra clave) se inmoviliza y se panoramiza. La imagen brota de allí y el conocimiento saldrá de ella. El podrá extrapolar luego, proseguir, rematar una naturaleza que se quiebra, se entraba o se escapa.

La psicología, pretendida ciencia del *ego* —insistimos en esto— ha sostenido generalmente los mitos. Sin embargo solo ha progresado cuando ha fisicalizado sus investigaciones, sus aproximaciones, sus modelos. Pero bien pocos lo han logrado. El filósofo aquí arriesga protestar: nos situamos ahí, es verdad, en una zona neurálgica, en la frontera, del movimiento y del sentimiento. Pero no abramos este debate, sembrado de todo tipo de trampas; para nosotros lo psíquico no se convierte en una luz que se superpondría, y que por lo demás no sabe ni cómo ni por qué, a lo físico; él es la esencia misma de lo físico.

En resumen, situémonos filosóficamente en las intersecciones: por un lado, el Universo en su inmensidad, su variedad, su inesencialidad, por el otro lado, una conciencia que logra apoderarse de él. Lo resume, por tanto lo aligera y lo transcribe. Aunque nacida de él y en él, ella lo voltea; ella lo inventa y lo prolonga.

¿Monismo lleno de dificultades y de sombras? Es verdad. Confesamos nuestras dudas. ¿No terminamos por divinizar la “materia”, que se ha vuelto el absoluto? No, puesto que logramos captarla y salvarla de ella misma. El Mundo ha dado a luz lo que lo absorbe y lo sostiene; so pretexto de “subsistir” mejor y de perdurar, se han forjado poco a poco, inevitablemente, “estructuras” más resistentes que él, capaces de desplazarlo y de reemplazarlo. Tales serían la fuerza y la proeza del espíritu cerebralizado. El hombre solo existe por y para este fantástico recentramiento.

Hemos tenido el honor de explicarnos, no solamente ante algunos de los más prestigiosos científicos de la biología moderna, sino también ante los epistemólogos más conocidos, como ante algunos filósofos de renombre.

¿Hemos respondido a sus expectativas, queremos decir a sus cuestiones? No es seguro.

En resumen, podemos sostener que hemos trabajado en el surco de las reflexiones que han abierto, en Francia, los trabajos de Gaston Bachelard y de Georges Canguilhem.

¿Los hemos traicionado? Seguramente, puesto que es lo propio de los discípulos más seguros. Ellos lo han repetido claramente. Recitar, con la punta de los labios, en el perfecto mimetismo y la concordancia, no nos parece la actitud más devota ni la más conveniente.

¿Desviación? Quizás, deslizamiento, pero de ninguna manera herejía. Solamente hemos sacado a nuestra manera, interpretado, incluso deformado.

Dos palabras merecen ser finalmente retenidas: la de “materialidad” —Gaston Bachelard la ha festejado— y la de “vitalidad”, y es un hecho que Canguilhem la ha reconocido siempre y celebrado. De estas dos palabras, hemos osado hacer una sola, puesto que la una desenvuelve y exalta la otra. En una doble fidelidad, fusionémoslas. Y sobre todo, no dejemos de habitar en el corazón de su interferencia.

# Incorporar<sup>1</sup>

**François Dagognet**

La mediología –esta disciplina que Régis Debray ha sabido reconocer y analizar, para la cual ha encontrado fundamentos y a la cual ha “bautizado”– difiere de las técnicas de la comunicación o del estudio de las mentalidades. Se distancia de las concepciones estrictamente comportamentales como de las demasiado mentalistas o de las interioristas (fórmula de choque del *Cours de médiologie générale*: “el pensamiento no existe”). Ella toma en cuenta a la vez lo inmaterial, lo ponderal, lo colectivo. Ya no separa, para nuestro goce de filósofo, el mensaje, su soporte, lo simbólico, los útiles vehiculares, el grupo que atraviesa lo nuevo y del que será impregnado. Ya, en el simple nivel instrumental, contamos con el emisor, el transmisor, el receptor. Entramos difícilmente en esta lectura puesto que continuamos pensando que “solo las ideas gobiernan el mundo”, mientras que ellas suponen una comunidad (un colectivo) y implican un sistema procesal (material).

Finalmente, gracias a la mediología, vamos a evitar lo segmentado, lo abstracto (lo desencarnado), lo lineal (preferiremos lo diagonal). Nos proponemos –con el fin de liberar mejor su eficacia y su importancia– insistir sobre un operador paradójico que parece entorpecer la irradiación del mensaje, mientras que favorece su propagación y asegura su completitud. Le es necesario a la doctrina o a la idea o al dogma “el paso obligado por la corporeidad; para algo cuenta el soplo, el acento de la pronunciación, la manducación, la reverberación somática”. El *Cours de médiologie générale*, así como *Transmitir*, por lo demás lo han subrayado claramente; el solo título de algunos capítulos (“El misterio de la Encarnación”; “¿Es verdad que las ideas gobiernan el mundo?”) es suficiente para probarlo.

Vamos a añadir a este horizonte metafísico y teológico algunas consideraciones más prosaicas, sacadas del dominio psicofisiológico, que podrían fortificar la perspectiva de conjunto.

Comenzaremos por evocar una “experiencia personal” modesta pero reveladora: una organización universitaria programó recientemente, en el Futuroscope de Poitiers, una videoconferencia de la que nos encargó. Hicimos una intervención

<sup>1</sup> François Dagognet, Incorporar. En: *Cuadernos de mediología*. N.º 6: ¿Por qué mediólogos? Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, abril 16 de 2007.

que se dirigía a muchos grupos francófonos dispersos en los cuatro rincones del mundo (Reunión, Guadalupe, etc.). Nos volvimos “una palabra enseñante” que se despliega en una red. Un especialista en administración educativa ve acá un sistema con muy buen desempeño –él lo aproxima al “teletrabajo”– puesto que un solo locutor se dirige a una multitud: una fuente única y económica, puntos de llegada en estrella.

¿Por qué se presenta, según nosotros, el fracaso mediológico? Ante todo porque las técnicas de grabación y de difusión repercuten sobre la voz y le sacan algunos armónicos (la palabra se neutraliza un poco a través de ese filtro), pero sobre todo las sonoridades retumban pues un poco por todas partes y se dispersan. El locutor no ve, no encuentra al que le habla; vive la ausencia, la separación. En una clase, el alumno puede detener o cuestionar a quien se dirige a él; y si no se presenta esta interrupción, el maestro no deja de modificar o de modular su enseñanza según la actitud o la escucha de sus auditores.

En la experiencia (futurista) de Poitiers estaba cortado el vínculo comunitario –el intercambio “emisor-receptor”– a causa de que la técnica vehicular absorbió, e incluso devoró, el lado pedagógico; nadie se dirige verdaderamente a la inmensidad, a lo innumerable, al mundo mismo; excepto si se entra en la desviación patológica. Importa no romper la proximidad de los cuerpos (por eso la asamblea de fieles, la reunión de algunos discípulos, por no decir una clase de alumnos). La mediología reconoce la obligación estimulante de la reversibilidad entre los dos extremos de “la cadena” que difunde.

Se me objetará que en la radio el escritor o el conferencista desarrolla sin embargo, y con seguridad, su punto de vista ante anónimos que tampoco lo ven. Llega a ellos a través del sistema ciego que desacreditamos. En realidad, lo más frecuentemente se le pregunta; circula sobre las ondas una entrevista, no una exposición. El jefe de Estado no ignora el lado artificial, teatral, de débil alcance, generalmente breve, de un discurso en sí; se rodeará de periodistas que lo interrogarán y deberán incluso (a partir de un acuerdo secreto, tácito) abrazarlo. En resumen, no se puede prescindir de la “mediación corporeizada” incluso dentro de todas las mediaciones; ella condiciona la vitalidad, por no decir la verdad (lo vivido); asegura su completitud. Es necesario primero “hablar a pocos”, antes de pretender hablar a muchos; no se puede saltar por encima de estas primeras barreras aparentemente restrictivas. La mediología no ignora ni este “mediano” ni este “medio”.

Tomatis, un especialista en audiofonología, lo probó de otra manera: nos ha persuadido de la importancia del “lugar” donde se habla, si se quiere ser escuchado, recibido. De esta manera, Bossuet solo se eleva a lo patético del púlpito en la catedral, gracias a su acústica ideal. Su propia voz le regresa no tanto

intensificada o amplificada, como orquestada y de alguna manera glorificada; ella lo exalta (a causa de la auto-escucha reflexiva). En este caso, el orador se encuentra en una situación paradójica y enojosa: vive intensamente, interiormente, la relación “donador-receptor” y es en la medida en que participa en lo que lanza y de ello se beneficia, que puede emitir con más patetismo y energía (lo que hemos llamado “la reverberación”).

Si no se da este retorno valorizado – que provoca el “transporte” – no se sabe suficientemente que la voz (la laringe) termina por entorpecerse y empobrecerse. El mediólogo llega hasta esos rincones (boca y oreja inseparables) para sorprender allí el juego de los determinantes psicomotores y sobre todo aprender que el hombre solo tiende a inaugurar en él una interrelación, el cebo de una comunidad (consume lo que produce).

Inversamente, en un recinto demasiado reducido, que “orquesta mal”, el sonido se refleja rápido y de manera brutal; hiere la oreja que lo capta y llega a romper el entendimiento psicofisiológico, el bucle de un cuerpo que se auto-controla y sobre todo se auto-estimula. Esta es la razón por la cual “el cantante profesional” poco a poco se desordena; a tal punto desconoce el enlace auto-humano dentro de su melodía. En general le es necesario intensificar la emisión para ser escuchado allá lejos, con el fin de satisfacer a su público. Entonces regresan sobre él ruidos que lo violentan y lo hacen desequilibrar. Se le recomienda pues o que ponga sus manos sobre sus orejas, o al menos sobre una de ellas (la más activa) con el fin de atenuar esta incomodidad y excesiva “resonancia”. O que utilice un casco que rebaje y suavice lo que graba; sino, su voz se rasga y no podrá seguir ejerciendo su profesión.

Lo que aquí nos interesa no es tanto la receta o el análisis de una patología que se conoce ya bien (por lo demás, la audición de lo demasiado agudo o de lo demasiado ruidoso siempre ha producido sordera) sino la obligación que tiene lo que es “transmitido” de transitar a través del cuerpo, y sobre todo de no excederlo. La mediología no pretende descuidar el zócalo corporal sin el cual el sentido (ya se trate de un sermón, o de un canto o incluso de un curso profesoral) no puede verdaderamente circular y al que le faltaría “lo que le aumenta su voltaje”.

Jean-Jacques Rousseau –mediólogo y también musicólogo— incriminó a otra causa: según él, la escritura y el libro han eclipsado poco a poco la palabra; ellos le han hecho perder la tonalidad. Ya no podemos escuchar, a tal punto es verdad que la función crea el órgano.

Nuestros predicadores se atormentan y transpiran en los templos sin que se entienda nada de lo que han dicho. Luego de haberse agotado gritando durante una hora, salen del púlpito semimuertos. Seguramente, no valía la pena tomarse tanto trabajo. Los antiguos se hacían entender fácilmente por el pueblo en la plaza pública; hablaban

sin problemas todo un día. Los generales arengaban a sus tropas; se los escuchaba y ellos no se agotaban. (...) Supóngase un hombre arengando en francés al pueblo de París reunido en la Place Vendome. Gritará a voz en cuello, se escuchará que grita pero no se distinguirá ni una palabra. Herodoto leía su historia a los pueblos de Grecia reunidos al aire libre y por todas partes resonaban los aplausos. En la actualidad, el académico que lee una memoria en una asamblea pública apenas es escuchado al final de la sala (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Buenos Aires: Calden, 1970. p. 132).

Condillac había comentado ya esta situación: “Se trata de saber cómo los oradores romanos que arengaban en la plaza pública podían ser escuchados por todo el pueblo” (*Essai*, II, 1, 3, § 29). El filósofo de la sensación acusa aquí a las lenguas modernas muy poco discriminantes, mientras que el latín por ejemplo diferenciaba mejor el fin de las palabras y exigía también que la voz se subiera o se bajara incesantemente. Dejemos de lado las interpretaciones. Permanecemos aplicados a la idea de la importancia de la sonoridad de retorno, a la del medio físico (que en realidad es psíquico); nuestras ciudades y nuestras arquitecturas no tienen suficientemente en cuenta la “reflexión” (gracias a las configuraciones que la favorecen, como una plaza cerrada). El cerco que rebota “la palabra” nos parece que tiene el mismo papel que “el espejo” que nos da “nuestra imagen” (el sí mismo) cuya importancia se conoce (el estadio del espejo).

Diderot nos relata una “situación psicosensores” que va en el mismo sentido de las precedentes; frecuentaba el teatro, si le creemos y según la *Carta sobre los sordos y mudos para uso de los que escuchan y hablan*: “Tan pronto como se levantaba el telón, y llegaba el momento en el que todos los otros espectadores se disponían a escuchar, yo metía mis dedos en mis orejas, no sin sorpresa para los que me rodeaban y que, al no comprender, me miraban casi como a un insensato que venía a la Comedia a no escucharla... Prefiero hablaros de la nueva sorpresa en la que no dejaban de caer quienes estaban a mi alrededor cuando me veían derramar lágrimas en los lugares patéticos y siempre con mis orejas tapadas”.

Aquí, la corriente pasa gracias a la gestualidad que se impone a las palabras, de un tirón o declamadas. Una vez más, el cuerpo asegura la electrificación. El mediólogo no ignora que el “sentido” no se difunde necesariamente a través de las letras o signos gráficos, allí donde corre incluso el riesgo de hundirse y de enfriarse. Los momentos más tensos implican la “corporeización” que dramatiza más la escena.

En el pasado, por las mismas razones, hemos tomado en serio los trabajos de un antropólogo, Jousse, que se había interesado más en el recuerdo (la conservación del mensaje) que en su transmisión. Pero ¿no es necesario mantenerlo para poder luego distribuirlo?

Ahora bien, los textos sagrados eran tanto mejor recitados, salmodiados cuanto más correspondieran a ritmos en resonancia con el propio cuerpo (una especie de manducación permitía la asimilación, luego la restitución). En la medida en que no fuera preservado este método de incorporación, los recuerdos se borrarían, y sería necesario recurrir a medios externos, por no decir dispositivos topográficos o tabulares, como lo ha puesto de presente Yates en su *Arte de la memoria*.

Hemos somatizado al máximo la mediología, pero Régis Debray cauciona sin duda esta manera de ver por la importancia que le ha concedido a la “encarnación”, la que en la cima nos gratifica de un dios visible que ha tomado cuerpo.

La mediología rebosa de estrategias y de principios que han conservado algunos lazos (indirectos) con el cuerpo. Vamos a evocar tres:

Primero, la vida podría servir de modelo a la mediología si se guardan las proporciones. En efecto, ella se caracteriza por su fuga a propagarse; la creamos clausurada sobre sí misma, negentrópica, sustraída al afuera, autónoma. En realidad, el ser solo pretende perpetuarse, extender y diseminar su propio patrimonio.

A este respecto, el viviente ha logrado una triple operación: ha delegado en una semilla (cuasi puntual) el conjunto de sus predicados; le impide autofecundarse incluso aunque los órganos de reproducción broten uno al lado del otro (por ejemplo, el uno madurará solo cuando el otro habrá acabado su propio ciclo generativo: de acá la discordancia, la distancia buscada); en fin, ha conferido a esta semilla la mayor liviandad para que pueda volar y solo fecundar lejos, logrando vencer el espacio de la separación. No olvidemos sobre todo que la simiente detenta la totalidad del viviente en el más pequeño volumen; al mismo tiempo se conjugará (la heterogamia) con una que le es diferente y asegurará así la biodiversidad. No se trata para ella de desplazarse solamente, de revolotear o de viajar. Se acopla con una planta parecida a ella; dará nacimiento a un ser que encierra al antiguo pero que exhibe también al nuevo.

¿Cómo lograr esta proeza? Mientras que las células comprenden  $2n$  cromosomas –una doble hélice– en su núcleo, la célula reproductiva los reduce a  $n$  cromosomas con el fin de poderse ligar a  $n$  extranjeros (una fusión que realiza un apareamiento desconocido).

La minimalidad, que no compromete la esencia del viviente, así como la emergencia de un individuo original, nos parece una victoria sin igual. La mediología –más próxima de una filosofía de la naturaleza que de una filosofía de la conciencia– se inspirará en ella; reconocerá la necesidad de la miniaturización (sin pérdida) de lo que es transmitido.

No será esta la razón por la cual la imagen (recogida en su bidimensionalidad, simultánea) se impone sobre un relato y una narrativa sometida a la rectilinalidad, y por tanto al estiramiento, obligada a reglas que frecuentemente la disminuyen, la aplastan o incluso la vuelven trivial.

Segunda enseñanza. El mediólogo no ha cesado de mencionar que la mediación (que por definición excluye la inmediatez y obliga a un pasaje) vincula extremidades; sobre todo insiste en que la una y la otra –visión orgánica y no mecánica– se transforman a causa de esta relación (la retroacción). La mediología no se reduce a privilegiar los traslados; en el curso de las operaciones nota un aumento.

De esta manera, el saber dispensado a espíritus atentos se renueva a lo largo de la trayectoria educativa; por ejemplo, en filosofía, llegaremos a pensar que “el spinozismo no existe”. No se concibe por fuera de su interpretación, ella misma ligada a su difusión-transmisión. Su sustancia se vuelve la suma de las perspectivas que se tengan sobre él.

Retomarlo solamente, restituirlo tal cual (pretendidamente) lo degrada y lo pierde. Por ahí, el monitor no logra imponerlo. No concuerda con la dinámica de las ideas.

El escéptico sostendrá que más vale la evocación de un sistema o de una teoría que una presentación personalizada. Es desconocer el beneficio de la pasión; es olvidar que solo hay verdadero intercambio entre las consciencias y que, por todas partes, la simple reconducción de un sistema no interiorizado no permite su asimilación. Para que pueda ser aceptado, importa que sea repensado.

Antaño, a propósito de este problema de la integración y de la reciprocidad “emisión-recepción”, de su mutua transformación, hemos cometido un error recordando la fórmula: “Se espera a Cristo pero fue la Iglesia la que vino”, fórmula chocante, pero ante la cual el mediólogo no debe detenerse. En efecto, la religión no puede dejar de redefinirse y de inventarse. Cristo resucita con sus historias, incluso si corre el riesgo de morir también en ella. Su iglesia asegura su perpetuación y sobre todo su renovación. Llegamos hasta discernir aquí una posible comparación con la vegetalidad (*mutatis mutandis*) –como en el caso de la cepa de la vid– en la medida en que la planta se reproduce tanto como cambia; prolonga seguramente lo mismo pero lo casa con lo otro.

Finalmente –tercera observación– añadimos una notación que el mediólogo podrá discutir; con ello abrimos un debate en la disciplina. Nos referimos al cerebro y, más generalmente a la “corporeidad” receptora, que situamos en el corazón del intercambio Inter-subjetivo, persuadido de que la mediología no tiene que ver tanto con lo físico como con lo orgánico.

También pensamos que uno se equivoca al excitar el cerebro de muchas maneras al mismo tiempo (el multimedia); se lo electriza pero una sacudida no equivale a una estimulación y mucho menos a lo que facilita la interiorización. Mientras la velocidad cuenta a lo largo de un circuito que religa interlocutores, tanto más conviene respetar el tiempo necesario para la acogida. Las tecnologías modernas nos cubren demasiado de sonidos, de imágenes, de sensaciones; deslumbrar no es instruir. Debemos respetar los equilibrios o las exigencias orgánicas, aprender a recibir “el alimento psíquico” al ritmo de la manducación. La saturación, la proliferación, la poli-sensorialidad hacen perder tono y fatigan; entrañan rápidamente el rechazo. Regresamos así a una tesis que hemos defendido, una concepción de la cultura intussusceptiva (*intus*, adentro, y *susceptio*, la acción de tomar) lo que supone el tiempo para incorporar, y rechaza, en el mismo movimiento, el hiper-consumo. Ayer, J.-J. Rousseau criticaba “el clavecín ocular” de Père Castel, que solidarizaba la vista y los sonidos: “Yo vi ese famoso clavecín con el cual se pretende hacer música con colores. Significa conocer muy mal las operaciones de la naturaleza el no advertir que el efecto de los colores reside en su permanencia y el de los sonidos en su sucesión” (*Ensayo sobre el origen de las lenguas*. Cap. XVI. *Op., cit.*, p. 113). En efecto, alejemos las sobredosis, las mezclas, las adiciones.

Hemos querido subrayar –corriendo el riesgo de una amplificación excesiva, por no decir caricatural– “el peso de lo corporal” en el intercambio verdadero, no solamente para que ese cuerpo se sitúe en el corazón de las mediaciones y las patetice, sino porque él mismo, en su fondo, cuenta, fusiona incluso lo físico y lo psíquico; el uno se expresa a través del otro.

Es pues justo que lo que es mediación básica o fundamental repercute sobre los vínculos inter-subjetivos más variados que la mediología, disciplina cardinal, tiene en cuenta y aclara. En resumen, el “mediador por excelencia” no puede dejar de participar en las diversas mediaciones que hace posibles e incluso origina.

# La diagonal del sabio<sup>1</sup>

Régis Debray<sup>2</sup>

## 1

Más que practicar una extracción de órgano, un corte anatómico en esta “filosofía actuante”, en este organismo sin cesar creciente, multipolar y polivalente, me hubiera gustado poder entregarme acá a una investigación fisiológica: ¿cómo funciona este *corpus* proteiforme? ¿Cuál es su principio de regulación? ¿Su ley de composición? ¿Sobre qué lance corre su autor, en todo sentido si se lo quiere pero siempre en un cierto sentido y de una cierta manera? Me hubiera gustado poder examinar el núcleo organizador de esta bulímica, irradiante y tentacular arborescencia. Sorprender el corazón secreto de esta proliferación enciclopédica... Para alcanzar el nivel meta-Dagognet, quizá sería necesario ser uno mismo un sobre-Dagognet y poseer una ciencia sobre-enciclopédica. Sería necesario por lo menos saber algo de ciencias biomédicas, luego de ciencias físico-químicas, y finalmente de ciencias ético-jurídicas, para retomar el camino cronológico de nuestro Maestro o al menos de su obra siempre en movimiento. La tarea es imposible. En lo que me concierne, es onírica. Debo pues contentarme con leer, uno por uno, sus obras que me sumergen por su originalidad y su densidad de información. Son simples impresiones de lector las que aquí entregaré, sin colorete ni elaboración. No ocultaré que la primera sensación de un lector medianamente instruido en filosofía es la de extrañeza. El lector es aclarado y desorientado a la vez por esta obra; aclarado por el trozo, desorientado por el conjunto. Cada libro precisa luminosamente sobre una cuestión ardua (el cuerpo, la escritura, el museo, la piel, etc.) en una lengua admirablemente clara que despliega lo complicado y al hacerlo nos simplifica la vida. Pero toda esa iluminación después nos hace dar vueltas la cabeza. Cada obra nos permite escalar muy ágilmente una cara norte de la modernidad multiplicando las conexiones bajo nuestros pies; pero la variedad de las caminatas nos desconcierta.

<sup>1</sup> Régis Debray, La diagonal del sabio. En: Robert Damien (dir.). *François Dagognet médecin épistémologue philosophe. Une philosophie à l'oeuvre*. Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour le progress de la connaissance, 1998, pp. 27-32. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu c. Medellín, febrero 14 de 2003.

<sup>2</sup> Agregado de Filosofía, doctor, ha publicado *Transmitir* (Odile Jacob) y *Loados sean nuestros señores* (Gallimard). Su principal objetivo intelectual es echar por tierra los tabiques que separan los mundos técnico y simbólico. Esta empresa lleva el nombre de “mediología”.

Encerrados como estamos en los signos ¿habremos desaprendido el mundo y sus objetos más familiares hasta el punto que reencontrarlos sin estructura bajo nuestros ojos nos extravía como en una excursión exótica? ¿Habremos olvidado el eclecticismo de los intereses cartesianos y el nomadismo de un Bergson que iba de la física a la biología pasando por la estética y la religión? El pensamiento clásico, a donde se iba por saltos y gambetas era infinitamente más barroco que nuestros armarios universitarios...

## 2

Y ante todo ¿dónde situar a este diablo de hombre? ¿De dónde sale? ¿De qué cruce? Ha surgido en la encrucijada de la máquina y de la vida. De la medicina y de la técnica. Como su maestro Canguilhem. No mezcla los géneros, los confronta. Rechazo de una biología de tipo mecanicista. Rechazo de un fisicalismo regresivo (nada de regreso a las cosas mismas, avance hacia el objeto). Se da vuelta hacia la naturaleza, sin vitalismo, sin exaltar una *natura naturans* metafísica. Se gira hacia las técnicas, sin tecnicismo, sin creer en el *Deus in machina*. Exploración de las biotecnologías que reconcilian los órdenes o los compenetran. Desde sus primeras obras, Dagognet avanza hacia un monismo feliz, no belicoso, pero escudriñador y exigente. Quiere reconciliar las fuerzas y las formas, las realidades sensibles y las combinatorias, la ebriedad de las cosas y la precisión de los alfabetos. Se comprende su amor por Junger y las “cazas sutiles” del entomólogo. El abecedario del mundo les es un programa común. Este sistemático abierto a todas las fiestas de la exploración quiere también reconciliar a Linneo con Goethe. Este proyecto intelectual, esta contradicción sin cesar reenviada –integrar la exuberancia romántica y nocturna del mundo en una taxonomía solar y sin rebabas– tal sería la apuesta de partida. Me parece exitoso de hecho; a tal punto que se puede echar de menos que no lo haya tematizado en una epistemología prescriptiva, un discurso del método bien propio, apto para viajar y para convencer a lo lejos (a todos los que no tienen su bagaje). François Dagognet es demasiado modesto. Le tocará a sus alumnos ser ambiciosos por dos.

## 3

La unidad interna de esta totalidad en efervescencia quizá haya que buscarla más allá o más acá de los conceptos, en un cierto humor o en un cierto tono. Los del optimismo. Es la vena Diderot, si se quiere (pero un Diderot aquí sin periodismo ni literatura, filósofo de tiempo completo y de forma íntegra). Se reencuentra el mismo *molto vivace*, el mismo apetito de descubrimientos, la misma alegría en el ataque de las complejidades, la vuelta y revuelta que

dobla un recodo, el resumen/escorzo que ilumina. Un lirismo transferido de la naturaleza a los aparatos. Aquí también se visita las manufacturas y los talleres, las galerías y los laboratorios. Aquí también se está contento porque “la desdicha de todo filósofo se debe a que ha sido cortado del mundo, de sus cambios, de sus producciones”. Pero el optimismo no es una simple salutación a la profusión productiva, un homenaje a la abundancia, un desbordamiento sin límites de las riquezas materiales y materistas. Es evidentemente menos poético y más trapacero, sin admiración fenoménica. Lo que este optimista admira y nos hace admirar, a cada instante, es la facultad que tiene la materia de colaborar dinámicamente en su propio conocimiento, por donde la celebración de los materiales y de las sustancias escapa a toda bobería, a toda pasividad. Lo real es disperso, volátil, ilimitado pero puede diferenciarse, clasificarse, ordenarse. Lo inagotable es reductible por traducción. No está para recibir, está para dominarlo (pero inventariar es ya adueñarse). De acá la valorización de los montajes técnicos. Por esto el minucioso elogio de los captos, convertidores, codificadores y descodificadores, registradores, trazadores y numerizadores. Todo lo que transcribe transforma; todo lo que transforma libera. La conversión informacional de los fenómenos equivale casi a una promoción ontológica. Por esto escritura e iconografía no son descriptivas sino inventivas; siempre hay más información en la gráfica que en la cosa misma, el mapa es más nutritivo que el territorio. La exaltación ante la multitud que excita pero que sumerge se convierte en la miniaturización que salva contratando. Toda esta filosofía, exuberante en lo posible, desemboca en un elogio de lo menos. Se comenzaba por un bazar: Dagognet encajero. Se termina en un diagrama: Dagognet asceta. De lo heteróclito al ordenamiento químico, el trabajo opera en continuo; no hay necesidad de abstraerse del *cafarnaum* para reencontrar, sin quebrarlo, sus conformaciones internas.

#### 4

¿De dónde viene entonces el sentimiento de choque que deja al lector cuasi-*groggy*? ¿De dónde viene la impresión que este hombre perturba, que este pensamiento exacto y barroco no encuentra su sitio en la casa común? Por esto sus libros prescriben a los lectores abandonar la casa de los libros y tomar el camino. Ir a buscar información afuera, en las márgenes, en las naves laterales del Logos. La lectura de Dagognet suena a “lo agitado del bocal” como una bocanada de oxígeno a contra-tiempo. No estábamos acostumbrados a esto. Aunque sea insensible al que se dirá, el aficionado queda apresado en un campo de fuerzas, institucionales y epistemológicas, que recorren el mapa de lo que hay que pensar, jerarquizando los dominios o las prioridades intelectuales de una generación. François Dagognet no ha pensado como su generación, la

estructura, el significante, el modelo formal. Ha tomado en serio las técnicas, saltándose las prohibiciones logocráticas de la época. Es un cambio de terreno, una inversión de los horizontes a la cual nada nos preparaba. Ni la actualidad, ni la propia tradición desde hace más de un siglo. Cuando no había profesores de filosofía, los filósofos eran médicos, físicos, escritores, navegantes, ópticos, soldados, mercaderes. Et caetera. No hacían historia de la filosofía. Ni comentarios de textos. Ni interpretaciones de interpretaciones. Intentaban comprender el mundo, en directo, con los medios de cada cual. A la filosofía le hacían, si me atrevo a decirlo, hijos en la espalda (esos son los más fuertes). Dagognet es de este linaje. En el fondo, este gran profesor, este mandarín que ha asumido en el seno de la universidad francesa el poder siempre peligroso de recibir, nombra y promover (y por tanto de suspender en el examen, excluir o frenar) de ninguna manera pertenece a la República de los profesores. Es un alógeno, un inmigrante de fresca data, que entró en el santuario por la puerta pequeña –la medicina– como todos los grandes primogénitos. El santuario filosófico tiene por actividad esencial la historia de la filosofía. Allí se cogita el cogito, allí se piensa el pensamiento de los otros: entreglosa, exégesis, hermenéutica. Allí se asegura un paso controlado de los textos (sagrados) a otros textos (profanos), pasando por los semi-consagrados (los semiclásicos que son los intérpretes recientemente fallecidos). ¿Qué pensar ahora de un hombre que viene a hablarnos, no de problemas debidamente repertoriados, no de grandes cuestiones axiológicas o de sentimientos patéticos, sino de cosas y de objetos que encontramos en la calle o en la cocina? ¿De un pensador que se pone a pensar la madera, el hilo, las sales, los polímeros, la piel, la pez, los vidrios y los vasos, las sillas y las mesas, las colas y las consolas, las cajas y paneles? Todavía la filosofía tiene sus nobles objetos, antiguamente acreditados, como el reloj, la lámpara o el candil, las lentes. ¿Pero se podrá tomar en serio, universitaria y periódicamente hablando, la raedera, el botón, el anillo, la grapa? Estos pobres utensilios podían interesar a un poeta como Francis Ponge. ¿Pero a un científico, a un reflexivo? Es claro que Dagognet no es de la boutique. Jugar la superficie contra la profundidad, las morfologías contra la ontología y los relieves topográficos contra los juegos de lenguaje, es evidentemente excluirse del campo, como se dice. Los aliados están lejos –Valéry está muerto– y los puntos de apoyo en la otra orilla: Dubuffet, Vasarely, Tapiès, Viallat, Ubac o Fautrier. Los artistas no son autoridad en el campo de los conceptos. Dagognet es un revolucionario. Ha tomado por la tangente. Atraviesa todos los campos del saber y de la creación en diagonal, para volver a coser, de otra manera, el abrigo de Arlequín donde cada pieza se comprende por su vecina. Revolución copernicana al revés. La “gran filosofía” gira en torno al sujeto, él le opone una objetología. Ella inspecciona sus orígenes y su pasado; él asecha, acoge y analiza de nuevo. Ella cultiva la generalidad, incluso las sublimidades; él cultiva el objeto mínimo, el desecho, lo trivial (y prefiere el examen de casos jurídicos a la ética). Ella sondea sin descanso la in-

terioridad; él navega alegremente en la exterioridad natural y maquinica. Pues este naturalista asume hasta el fondo el universo industrial, y este ferviente de las materias plásticas compone un himno filosófico a las maderas de nuestros bosques. ¿Habrá que perder su latín? Sí y mucho mejor. Digamos más bien que es reencontrar un Continente perdido: la filosofía como lengua viva. Amplio programa. Para François Dagognet, a quien el tiempo presente no le ha concedido su verdadero lugar, el porvenir le durará largo rato.

# La imagen, el arte y la sociología<sup>1</sup>

Bruno Péquignot<sup>2</sup>

*Será necesario devolverle a la razón humana su función de turbulencia y de agresividad*

Gastón Bachelard<sup>3</sup>

Responder a este llamado de Bachelard me parece ser una buena introducción —que me gustaría sana y francamente polémica—, a una reflexión sobre la sociología, la imagen y el arte a través de una lectura particular, la de un sociólogo —y si yo lo soy es gracias (o a causa de, dejo a cada quien la libertad de escoger) a F. Dagognet—, del libro de F. Dagognet: *Filosofía de la imagen*<sup>4\*\*</sup>. Antes de entrar en el ardor de la polémica, digamos una palabra sobre G. Bachelard que, yo espero, entusiasmará a F. Dagognet: a propósito de Lobatchevsky, del que Bachelard nos dice que creó *el humor geométrico*, escribe: *Promovió la razón polémica al rango de razón constituyente*<sup>5</sup>.

Polemicemos pues a propósito de la sociología, de la que F. Dagognet nos propone una definición provocadora, provocante, en todo caso, es decir que invita a pensar, lo que (definición por definición) me parece a mí que soy sociólogo, la función eminente del filósofo.

En *Filosofía de la imagen*, escribe: *Respondamos a nuestra pregunta ¿qué es la sociología? Según nosotros sería una compleja sociografía que nos muestra los*

<sup>1</sup> Bruno Péquignot, La imagen, el arte y la sociología. En: Robert Damien (dir.). *François Dagognet médecin épistémologue philosophe. Une philosophie à l'oeuvre*. Le Plessis-Robinson: Institut Synthélabo pour le progress de la connaissance, 1998, pp. 197-209. Traducción del francés al español de Luis Alfonso Paláu C. Medellín, julio 18 de 2007.

<sup>2</sup> Profesor de Sociología en la Universidad del Franche-Comté (LASA - UFC). Sus trabajos tratan la epistemología de las ciencias sociales (*Pour une critique de la raison anthropologique*, L'Harmattan, 1990), y la sociología del arte y de las prácticas culturales (*La relation amoureuse*, L'Harmattan, 1991 y *Pour une sociologie esthétique*, L'Harmattan, 1993). Sus proyectos buscan elaborar teórica y prácticamente una sociología del arte que, teniendo en cuenta el contenido de las obras, se articulara con una sociología del conocimiento.

<sup>3</sup> Bachelard, 1972, p. 7.

<sup>4</sup> Tr. por Luis Alfonso Paláu. Medellín, marzo de 2006 – marzo de 2007.

<sup>5</sup> Bachelard, 1972, p. 9.

*agrupamientos humanos a la vez tal como son, tal como devienen, y tal y como hubieran podido y debido ser*<sup>6</sup>. ¿Por qué un tal pasaje puede sobresaltar, por lo menos, al sociólogo? Dos elementos de respuesta: ante todo el deslizamiento, no justificado, del *logos* al *graphein* que rebaja o reduce la sociología a estar solo del lado de la descripción, de la recopilación de datos, a solo ser una “ciencia empírica”, expresión clásica pero incomprensible para mí, fingiendo designar la empiricidad como el pivote, el centro, para no decir la única preocupación legítima del sociólogo. El sociólogo sería una especie de trabajador manual o de luchador sin ilusión —estilo Indiana Jones— que iría a caminar por el barro de la vida social, en donde recogería cifras, cosas, objetos, hechos, que el científico, el que estaría del lado del *logos*, podría cómodamente “pensar”, en el calorcito de su oficina.

¿Se me dirá que casé mal la pelea? No estoy tan seguro, pues F. Dagognet agrava un poco las cosas al escribir que esta sociografía “muestra” y no demuestra, prueba, analiza, explica, permite comprender, todas operaciones que se esperan habitualmente de la actividad científica. Si solo se trata de “mostrar”, una tarea de simple recopilación de datos sería ampliamente suficiente.

Pero la sociología tiene otras ambiciones. Como todo discurso que pretende la cientificidad, busca decir más sobre lo real que lo que muestra. ¿Se trataría aún de una ciencia, si nos contentáramos aquí con la simple exhibición de las informaciones sacadas de la averiguación empírica? Ciertamente no; la sociología como toda disciplina científica pone en relación, según modalidades que le son relativamente específicas, una materia prima empírica, establecida y construida en función de instrumentos forjados por la teoría, e instrumentos teóricos de análisis, de investigación y de interpretación de los resultados de esta investigación. Como lo escribe F. Dagognet: *La ciencia capta y hace visible lo invisible*<sup>7</sup>, es decir, que en su campo la sociología busca establecer y hacer aparecer las lógicas que operan en la diversidad indefinida de las formas sociales.

Los diagramas, los indicadores, las columnas matriciales convocadas por él son instrumentos de visualización de este invisible y, en este punto, hay acuerdo entre nosotros; pero este invisible no tiene que ver con la descripción, sino con el análisis, con la racionalización, con el *logos*, por tanto, una vez más, deploro que haya desaparecido entre el tiempo de una pregunta y el de una respuesta. Seguro, sé bien que un sociólogo eminente pudo escribir: “El sociólogo no es «un hombre que piensa». El sociólogo es un hombre que ante todo observa y que trata luego de organizar lo que miró”<sup>8</sup>, pero yo no filo bajo ese estandarte.

<sup>6</sup> Dagognet, 1984, p. 221. Tr. Paláu, p. 152.

<sup>7</sup> Dagognet, 1984, p. 221 Tr. Paláu, p. 152.

<sup>8</sup> Mendras, 1980. Notemos que se trataba de una conferencia que se dirigía a médicos. H. Mendras sin duda tenía en mente algo distinto a la simple idea de negar el pensamiento de los sociólogos. Sin embargo, esta posición me parece sintomática de una concepción de la sociología que yo no comparto.

Un último punto polémico a propósito del final del texto citado: *hubiera podido o debido ser*, nos dice F. Dagognet. Pero, si se aceptase una tal definición, el sociógrafo saltaría alegremente sobre la sociología para entrar al mismo nivel en la profecía, la ficción. Lo que le interesa al sociólogo es ante todo comprender lo que es la vida social en la actualidad y cómo ha sido producida en un proceso histórico del que busca establecer las lógicas de desarrollo. Lo que hubiera podido o debido ser la sociedad tiene más que ver con una moral o con una política, es decir con discursos normativos —sin duda legítimos— pero cuyas bases científicas serían sin duda difíciles de definir, si, como lo decía A. Einstein: *es imposible demostrar lógicamente que no es preciso destruir la humanidad*. Es sobre este punto bien preciso que E. Durkheim se apoyaba para justificar la separación de la sociología y de la filosofía:

Nunca la filosofía se ha dado como objetivo traducir fielmente, sin añadirle nada, sin quitarle nada, una realidad moral determinada. La ambición de los filósofos ha sido más bien la de construir una moral nueva, diferente, a veces sobre puntos esenciales, de aquella que seguían sus contemporáneos o que había tenido sus antecesores. Ellos han sido ante todo revolucionarios e iconoclastas. Ahora bien, el problema que yo me planteo es saber en qué consiste o ha consistido la moral, no tal como la concibe o la ha concebido tal individualidad filosófica, sino tal como ella ha sido vivida por las colectividades humanas<sup>9</sup>.

Todos conocemos que algunos sociólogos contemporáneos, y a veces entre los más eminentes, se deshacen gustosos en los *mass-media* para presentar lo que consideran ser una buena palabra; pero sin negar que ese discurso pueda apuntalarse en su trabajo científico, me parece ilegítimo que ellos puedan firmar ese tipo de intervenciones como “sociólogos”; entonces serán —y es su derecho de ciudadanos— militantes, políticos, intelectuales comprometidos, quizás filósofos, pero no sociólogos; la diferencia se sitúa en la distancia que existe entre una previsión —siempre necesariamente hipotética— y una predicción, o peor aún, una prescripción —siempre estructuralmente dogmática—<sup>10</sup>.

Esto me parece importante de señalarlo como preámbulo a una intervención que querría tratar del arte y de la imagen, dominio para los cuales es tan a menudo fácil olvidar la profundidad en provecho de la superficie, de conservar el tornasolado del resultado (la obra) para olvidar mejor, u ocultar, el trabajo de producción, de manipulación de materias y de ideas. Aquí, por supuesto que me pongo de acuerdo con F. Dagognet, e incluso en un primer momento lo voy a tomar como guía, pero voy a lanzar la hipótesis de que es la misma deriva por

<sup>9</sup> Durkheim, 1951, pp. 111-112.

<sup>10</sup> Otro sociólogo eminente convocaba por ejemplo en un Congreso Internacional de sociología en 1992 a votar si en el referendo sobre el Tratado de Maastricht. Su discurso, ¿será necesario subrayarlo? tenía tanta legitimidad como el de cualquier otro ciudadano emitiendo una opinión, ni más, ni menos. Como G. Bachelard (1949, p. 76), yo desconfío de los profetas, incluso si respeto y a menudo admiro los compromisos concretos.

su parte la que produce nuestra oposición en lo que se refiere a la sociología y nuestro acuerdo, al menos parcial, sobre el arte: su voluntad legítima, y que yo comparto, de *Rematerializar* nuestra aproximación, nuestra comprensión del arte.

El arte nos ofrece, en efecto, un terreno de entendimiento, en todo caso si seguimos las proposiciones de su *Filosofía de la imagen*. La primera tesis que retendría podría ser expresada de la siguiente manera: el arte es una producción material, tesis que se presenta como una desmistificación, una des-idealización del arte. Se trata de aterrizar y de ir a ver lo que ocurre en el gesto del artista, allí donde se despliega, en el taller: *Evitemos toda mistificación: el artista debe ser considerado no como un inspirado sino como un realizador: a) maneja materiales, más o menos nuevos y sutiles; b) aplica reglas e inventa nuevas con el fin de ensamblar todos esos ingredientes; c) expresa una gestualidad, su personalidad que se adivina en sus empastados y sus juegos de color; d) devela datos insólitos o abandonados; e) él mismo está incrustado en una evolución, tanto la propia como la de su época, la que él traduce*<sup>11</sup>.

Retomemos estos cinco puntos de manera un tanto sistemática, y ante todo su preámbulo: no existe sitio para una inspiración, que hiciera del artista el simple *medium* de algo que lo rebasaría; el artista fabrica: realizador, él conduce a la realidad, el produce una realidad nueva —en el sentido propio del término—, es productor, es decir que él presenta, da a ver una realidad a los que la contemplan. Pero esta operación de realización supone algunas explicaciones que F. Dagognet describe en cinco fases importantes: ante todo el material, de los que solo se sabrá en los puntos tres y cinco de qué tipo son. Lo que ante todo se nos dice (y sin duda que no es por azar) es que él es objeto de una manipulación, subrayando la importancia de la mano que actúa, transforma una materia; el arte es una actividad manual, aunque no solamente esto, pero lo es ante todo. Lo que le quita el vuelo a toda veleidad de idealización de un artista que sería creador a imagen de un dios: *ex nihilo*, dice el texto bíblico (en latín), lo que quiere decir que no hay materia y por tanto tampoco manipulación posible. Fue solo en el sexto día que él metió la mano en la masa, pero ese fue otro asunto.

La segunda etapa es intelectual: la manipulación no es de cualquier tipo, como un cierto crítico del arte contemporáneo quería hacerlo creer; el arte es orden, hay reglas de articulación de los elementos materiales que se movilizan. Este orden es incluso uno de los lugares de la creación artística. Y si no hay sino aplicación de reglas estaríamos en el manierismo, o peor aún, en el academismo. No, el artista trabaja según reglas, impuestas por él, a su propio trabajo. El punto cinco nos precisará que estas reglas están siempre inscritas en una historia. No se trata de comenzar de cero, sino de establecer reglas que permitan superar, transgredir otras, que provisionalmente han tenido su vigencia.

<sup>11</sup> Dagognet, 1984, p. 149 Tr. Paláu, p. 103.

La tercera etapa nos da una idea de lo que busca el artista en las operaciones precedentemente descritas. Es sin duda el punto más difícil, quizás únicamente por cuestiones de vocabulario; ¿expresión? ¿es el arte expresión? G. Colli escribe: *Es de la naturaleza de la expresión el tener que abandonar algo, develar solamente de manera incompleta e imperfecta. Lo que es pensado es más rico que la prensadura*<sup>12</sup>. En todo proceso de expresión, hay una acción de extracción, de una información, de una representación, a partir de una realidad originaria siempre más rica y más compleja que lo expresado. Además, es necesario indicar que lo expresado está siempre ya presente en aquello de lo que es expresión. Ahora bien, a mi parecer —y creo que también según F. Dagognet— la obra de arte no es “extracto de la realidad”, ella es recomposición de la, o de una realidad, resultado de un “ensamblaje”, para retomar la palabra de F. Dagognet.

Quien dice recomposición dice ante todo descomposición en el tiempo mismo de la manipulación o del trabajo de producción. Esta recomposición no es ciertamente menos “rica” o menos compleja que la realidad originaria; ella presenta otra riqueza, otra complejidad y de cierta manera es más compleja, puesto que permite ver lo que no era visible antes de la intervención artística. Ella es más “rica” porque está regulada por la intervención del artista. Sobre este punto los remito por ejemplo a los análisis de J. L. Godard sobre la cuestión del montaje.

El segundo término, el de “personalidad”, me parece que plantea dos tipos de cuestiones: lo que es “personalidad”, y su relación con la actividad artística. Si “personalidad” designa en su complejidad histórica y social lo que define a un agente social como tal, se comprenderá que el sociólogo prefiera el concepto de *hábito*, propuesto por P. Bourdieu a partir de las investigaciones de E. Panofsky, concepto que tiene la ventaja de salirle al paso a toda psicologización del proceso; entonces se reencuentra lo que se propone en la quinta etapa del texto de F. Dagognet en lo concerniente a la relación del artista con la historia. Pero si “personalidad” remite a una “individualidad psicológica”, aunque corra el riesgo de caer en la polémica, yo manifestaría mi desacuerdo profundo; el arte no es un medio de efusión de los estados de alma y —si se me permite un desvío por la filosofía— como lo dice G. Canguilhem a propósito de Cavailles: *Pensaba que filosofar es demostrar, más bien que hacer confidencias sobre su propia subjetividad*<sup>13</sup>—; en este sentido pienso que el arte está más próximo de la filosofía, para no hablar de la ciencia, que del diario íntimo o de la confesión. Sin embargo, este punto tres insiste con toda razón en la especificidad de la obra de arte subrayando que este proceso está inscrito en la materia misma manipulada: empastado y colores, y aquí nuestro acuerdo es fundamental.

<sup>12</sup> Colli, 1988, p. 31.

<sup>13</sup> Canguilhem, 1976, p. 36.

El cuarto punto es esencial, y sostiene mi tesis, puesto que el artista es descrito aquí según los mismos términos que los propuestos por F. Dagognet para describir la actividad científica. *La ciencia capta y hace visible lo invisible*<sup>14</sup>, el artista es el que exhibe un ensamblaje, un montaje inédito de materiales que son banales o que pueden serlo; para retomar el título de un libro de A. Danto, él es *transfiguración de lo banal*. De cierta manera se puede decir que aquí la función del arte está definida como la acción de hacer ver lo que no se ve en lo que se ve.

Finalmente, para concluir esta lectura paso a paso del texto, F. Dagognet nos da una última indicación esencial, que ya he señalado: el material que el artista trabaja no se reduce a colores, formas, materias, se trata también de una historia o de varias, la suya en la de su época y de su arte; trabaja pues tanto con pinceles, sobre la tela en la que coloca colores, como con un estatuto social, una historia de la pintura, una crítica de arte; pero también con una época, sus ciencias, sus técnicas, sus conflictos y sus dramas. Es sobre lo que F. Dagognet insiste un poco más adelante en esta misma obra: *Además, el examen de la materialidad tiende a mostrarnos en el artista al hombre en quien, y gracias al cual, el mundo se vuelve a centrar. Precisa reunir lo que, sin él, se aleja: volver a liar y ordenar*<sup>15</sup>.

Nos queda por comprender lo que es esta relación entre el arte y el mundo, relación tan a menudo pensada en términos de imitación, de parecidos, ora para condenar, ora para glorificar la pintura. Sin duda existe una relación muy grande entre este mundo, historia individual “encajada” en la historia colectiva, y la obra que es producida por medio de re-ensamblaje, montaje de los elementos sacados de su descomposición, de su “análisis” en el sentido del químico; pero imitación, parecido, etc., designaría al mundo como fuente y a la obra como copia. Ahora bien, aquí todavía, nada es menos seguro que lo que parece evidente, y F. Dagognet cuestiona una vez más esta evidencia: *Pero la imagen pictórica no se molesta con este paralogismo; ella invierte la antigua servidumbre en el sentido en que la tela no se compara con lo que ella aprehende, sino que lo real tiende más bien a enaltecerse hasta su pretendida copia (vuelta modelo para él). Es el mundo el que imita. ¡Inversión óptica! El pintor nos ayuda pues a concebir mejor y a ver una naturaleza que él ha captado; lo apercibimos de ahora en adelante a través de su mirada. Si evidentemente no inventa el universo, mucho menos lo copia; lo descubre*<sup>16</sup>. Rechazo simultáneo de la teoría idealista del creador increado, y del chato materialismo de la teoría del reflejo, a veces atribuida falsamente a Marx y que pertenece de hecho a Taine, como bien lo ha mostrado R. Bastide

<sup>14</sup> Dagognet, 1984, p. 221 Tr. Paláu, p. 152.

<sup>15</sup> Dagognet, 1984, p. 159 Tr. Paláu, p. 109.

<sup>16</sup> Dagognet, 1984, p. 240 Tr. Paláu, p. 165.

(1977). El artista no copia, ni crea; hace visible, descubre, lo hemos visto; y en este sentido está bien cercano del científico.

Una tal definición del arte, y especialmente de la pintura, abre al análisis de la relación con lo real en términos renovados, y F. Dagognet se reúne con un Picasso para quien: *no es el arte el que imita la vida, sino la vida la que imita el arte*, pero esta relación no es simple inversión, puesto que esta vida que imita el arte, no lo puede hacer sino a condición de que el arte haya producido previamente un conocimiento de ella. La obra de arte no es el propio mundo, sino su interpretación, su comprensión, su conocimiento. Este conocimiento es el resultado de una operación de desmonte y de remonte de la realidad. Picasso subraya que la pintura es un medio *de penetrar siempre más allá en el conocimiento del mundo y de los hombres*, insistiendo sobre el hecho de que para que este conocimiento advenga, es preciso pintar; el conocimiento no preexiste formalmente a la pintura, que entonces no sería sino una ilustración; él es producido y reconocido como conocimiento en el gesto mismo de la pintura. Como lo escribe J.-L. Godard: *Pienso que es preciso hacer lo que no se sabe hacer, puesto que lo que se sabe hacer uno sabe hacerlo*<sup>17</sup>. Pierre Soulage ha dicho algo en este mismo sentido con motivo de una reciente emisión de televisión: *El artesano es lo contrario del artista, él va hacia un objeto que él conoce por adelantado, él reproduce, mientras que para mí, como pintor, lo que hago me enseña lo que busco*<sup>18</sup>.

De una tal concepción se comprende fácilmente que se pueda establecer un programa para una sociología del arte que se interese en las obras, y no solamente en lo que las permite, las prepara, las condiciona pues río arriba; pero tampoco en lo que determina su recepción, institucionaliza su encuentro con el público, establece su notoriedad —o para hablar en términos de mercado—, su precio. Un tal programa —ya descrito en otra parte— ira a buscar sus referencias entre los que han establecido sus primeras bases teóricas; citemos de memoria: E. Panofsky que impone a la historia del arte la atención a las condiciones socioculturales de la producción de las obras; P. Francastel que institucionalizó la expresión “Sociología del arte” (forjada por M. Guyau a fines del siglo XIX), para quien la obra es el lugar por excelencia de elaboración de una sociología del arte; él escribe: *Ya no es suficiente con ver en un cuadro un tema anecdótico; es necesario escrutar el mecanismo individual y social que lo ha hecho legible y eficaz (...) Las obras de arte no son puros símbolos, sino verdaderos objetos necesarios para la vida de los grupos sociales. Estamos en el derecho de buscar a través de ellas testimonios sobre los reflejos y las estructuras mentales del pasado como del*

<sup>17</sup> Godard, 1988, p. 53.

<sup>18</sup> Soulage in *Bouillon de culture*. France 2, el 12/4/1996. Por lo demás esta misma idea fue reportada como siendo de P. Soulage por su amigo el escritor Claude Simon.

presente<sup>19</sup>; o también en J. Duvignaud o R. Bastide para quien la obra de arte es además un instrumento de la investigación sociológica: *Si el arte en efecto actúa sobre la sociedad y la modela, la obra de arte podrá permitirnos alcanzar lo social, tanto como la economía, la religión o la política. Nos permitirá lograr en particular lo que el sociólogo, interesado por las instituciones, no puede ver: las metamorfosis de la sensibilidad colectiva, lo sueños del imaginario histórico, las variaciones de los sistemas de clasificación, en fin, las visiones del mundo de los diversos grupos sociales que constituyen la sociedad global y sus jerarquías*<sup>20</sup>.

Recordemos que la sociología del arte, como toda sociología, busca producir un conocimiento racional, verificado y verificable (en una palabra: científico) de la realidad social; su especificidad proviene de su trabajo sobre una materia particular —el arte, y más generalmente el conjunto de las producciones simbólicas— para realizar este objetivo. La sociología del arte supone que un tal conocimiento es posible por la aprehensión (descripción, análisis) y la comprensión (interpretación) de las obras mismas, articuladas en una relación con el estudio de las condiciones sociales de producción de las obras, y de su recepción o difusión, que son el objeto de un comportamiento más clásico. Se trata pues de reunir en un mismo proyecto investigaciones que hasta el presente han sido muy a menudo realizadas de forma separada, por no decir a veces opuestas en el espíritu de sus autores. Mi hipótesis es que el arte produce representaciones nuevas y que es por éstas que nuestra percepción de la realidad, y por tanto nuestra comprensión de ella, y aun más, nuestra acción sobre, o en esta realidad, se transforman. Muy por el contrario, el artista no nos permite ver de forma diferente nuestro mundo sino en la misma medida en que es de este mundo de donde parte... *el arte es un inventario tan preciso de las actividades y de las creencias de una época* —escribe Pierre Francastel— *que se puede plantear en principio que un estudio bien conducido a partir de las obras debe necesariamente enriquecer, y no solamente confirmar, nuestra experiencia*<sup>21</sup>.

Se comprende que un tal programa me dé unas ciertas ganas de polemizar con F. Dagognet, que asigna al sociólogo una plaza más bien limitada a “recopilación de datos” y a su exhumación; cito: *Creemos pues en el Laboratorio de los indicadores, de los cálculos, de los diagramas y de los cómputos. Por todas partes la vida comunitaria se materializa y difunde; cambia también y busca tanto renovarse como mantenerse. Es necesario situarse allí donde es “comprensible”, inventar procedimientos de “recolección” (recoger las informaciones) y exhumar sus fundamentos, sus movimientos, sus lentitudes tanto como sus contradiccio-*

<sup>19</sup> Francastel, 1977, p. 10.

<sup>20</sup> Bastide, 1977, p. 203.

<sup>21</sup> Francastel, 1977, p. 43.

nes<sup>22</sup>; se puede estar de acuerdo con un tal programa, si es concebido como un momento, no privilegiado, del trabajo sociológico. Para que a partir de esos datos pueda(n) ser establecida(s) la (o las) lógica(s) de los procesos sociales, en otros términos, para que se pueda pasar de una sociografía a una sociología, es necesario establecer las condiciones que dan sentido a esos datos cifrados, así recopilados; ese sentido se encuentra en aquello de lo que no habla F. Dagognet: los discursos, los textos, los archivos, las imágenes; es decir, en objetos no matemáticamente explotables pero que suponen otro camino: la interpretación, que no debemos confundir ni con la hermenéutica filosófica ni con exégesis teológica.

La interpretación supone —contrariamente a la hermenéutica que busca en el texto un “verdadero” texto— que se piense el sentido de un texto como el resultado de un proceso de producción que determina, no solamente su forma, sino su significación, y por ahí, su (o sus) comprensión(es) posible(s) por parte de un lector. Como lo subraya J. C. Passeron: *La sociología del arte solo existe si sabe obligarse a poner en relación las estructuras de la obra y las funciones internas de sus elementos, con las estructuras del mundo social donde su creación, su circulación y su recepción significan algo o ejercen alguna función. Es tanto como decir a la vez: contra el sociologismo externalista, que el análisis de los efectos o de los contextos sociales del arte recurre al análisis estructural interno de las obras, y más precisamente de las obras singulares, puesto que no puede (sin riesgo de auto-anulación) ser conducido como análisis que funciona en todos los casos de una práctica simbólica que se vuelve anónima; y, contra el formalismo internalista furioso, que el análisis interno de la “literalidad” o de la iconicidad pictórica debe encontrar en la estructura del texto, o del icono, las razones suficientes y las interrogaciones pertinentes que lo obliguen y lo guíen en el análisis externo del funcionamiento de las obras como funcionamiento cultural*<sup>23</sup>. El trabajo de interpretación supone pues la localización de una dialéctica entre un análisis interno y un análisis externo de la imagen, bajo la hipótesis de que su significación, y sin duda una parte de sus efectos sociales, no puede ser establecida sino por la comprensión de las modalidades específicas de “correspondencia” entre estos dos niveles de análisis. Ella no es ni puro reflejo, ni simple copia, ni puro fantasma, ella es una representación, una construcción plástica de la realidad que escenifica y de la que propone una cierta estructuración significativa. Ahora bien, una tal concepción del trabajo sobre la imagen implica que se exhibe de una parte las condiciones de su producción, y de otra parte, las de su recepción, y que se articula su análisis con un análisis interno de su estructura. Los indicadores, los cálculos, los diagramas, los cómputos, ya no son entonces más que elementos entre otros que permiten construir el objeto de la investigación y del análisis.

<sup>22</sup> Dagognet, 1984, p. 221 Tr. Paláu, p. 153.

<sup>23</sup> Passeron, 1986, p. 455.

Más allá de la polémica, encontrar a F. Dagognet permite reflexionar a una distancia, esa que los años han puesto poco a poco entre la filosofía y la sociología. Parece que los profesores de filosofía de la Sorbona de su época reprochaban a E. Durkheim el tratar objetos poco nobles: el trabajo, el suicidio, etc.; el trabajo esencial que F. Dagognet ha realizado desde sus primeros estudios sobre la medicina para integrar en la filosofía este tipo de objetos: tejidos, mapas de geografía, etc., hacen que el sociólogo encuentre en su obra materia para reflexionar, y muy a menudo se sienta próximo de sus análisis. La distancia reaparece cuando, por la preocupación legítima y sin duda necesaria en filosofía de exaltar lo concreto, F. Dagognet reduce nuestra disciplina a una simple actividad de registro contable.

¿Encontraremos un terreno de entendimiento si digo que, es verdad que no es inútil recordarle a ciertos filósofos que el mundo existe por fuera de los libros, como sin duda tampoco es inútil recordarle a algunos sociólogos que él no se reduce a una serie de datos cifrados? En este sentido, la definición provocadora de F. Dagognet me parece saludable.

### Textos citados

Bachelard, Gastón. *El racionalismo aplicado*. P. U. F., 1949.

Bachelard, Gastón. *El compromiso racionalista*. P. U. F., 1972.

Bastide, Roger. *Arte y sociedad*. Payot, 1977.

Canguilhem, Georges. "Vida y muerte de Jean Cavailles", *Les carnets de Boudasser*, 1976.

Colli, Giorgio. *Filosofía de la expresión*. L'Éclat, 1988.

Dagognet, François. *Filosofía de la imagen*. Vrin, 1984.

Durkheim, Émile. *Sociología y filosofía*. P. U. F., 1951.

Francastel, Pierre. *Pintura y sociedad*. Denoël, 1977.

Godard, Jean-Luc. "El arte de (des)montar", entrevista in *Cahier du Cinéma*, n.º 403, enero de 1988.

Mendras, Henri. "¿Qué es la sociología?", in *Économie et Santé* n.º 11, julio, 1980.

Passeron, Jean-Claude. "La serie de cambios inútiles de las obras y de la sociología", in *La Sociología del arte* bajo la dirección de Raymonde Moulin (pp. 447-459). La Documentation Française, 1986.